



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

845Z74

OfoSPc

1888

v.1-2

CENTRAL CIRCULATION AND BOOKSTACKS

The person borrowing this material is responsible for its renewal or return before the **Latest Date** stamped below. **You may be charged a minimum fee of \$75.00 for each non-returned or lost item.**

Theft, mutilation, or defacement of library materials can be causes for student disciplinary action. All materials owned by the University of Illinois Library are the property of the State of Illinois and are protected by Article 16B of *Illinois Criminal Law and Procedure*.

TO RENEW, CALL (217) 333-8400.

University of Illinois Library at Urbana-Champaign

MAR 13 2000

JAN 18 2000

When renewing by phone, write new due date below previous due date.

L162

LA FORTUNA DE LOS ROUGON

TOMO PRIMERO

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LITERATURA

- Arambillet.** — *Agnes* (narración del día): 1 peseta.
- Barbey d'Aurevilly.** — *Lo que no muere*: 2,50.
- Belot.** — *Loca de amor*: 2,50.
- Belot.** — *La Culebra* (continuación de *Loca de Amor*): 2,50.
- Belot.** — *Las Corbatas blancas*: 2,50.
- Belot.** — *La Explotación del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): 2,50.
- Belot.** — *La Pecadora*: 2,50.
- Bouvier.** — *Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5.
- Cañizo.** — *Justicia y Providencia*: 2,50.
- Claretie.** — *Juan Mornas*: 2,50.
- Claretie.** — *Noris*: 2,50.
- Claretie.** — *La Fugitiva*: 3.
- Cubas.** — *El Angel del presidio*: 1,50.
- Cubas.** — *El Panal de miel*: 2,50.
- Cubas.** — *La Mortaja de limosna*: 1,50.
- Cuentos escogidos** de varios autores: 2,50.
- Delplé.** — *Las represalias de la vida*: 2,50.
- Dickens.** — *Días penosos*: 2,50.
- Eça de Queiroz.** — *El Primo Basilio*: dos tomos, 5.
- Edmond.** — *La Leñadora*: 2,50.
- Enault.** — *Gabriela de Célestange*: 2,50.
- Ennery.** — *El Principe de Moria*: 2,50.
- Feuillet.** — *La Muerta*: 2.ª edición: 3.
- Feuillet.** — *Los amores de Felipe*: 2,50.
- Feuillet.** — *Un matrimonio en la aristocracia*: 2,50.
- Fortunio.** — *La Virgen de Belem*: 2,50.
- Galería de desgraciados**, por varios escritores y escritoras: 1.
- Gautier.** — *Fortunio y La Muerta enamorada*: 2,50.
- Gautier.** — *Novelas cortas*: 2,50.
- Houssaye.** — *La Comedianta*: 2,50.
- Julio Simon.** — *Dios, Patria y Libertad*: 5.
- La Cerda.** — *El gran problema*: 2,50.
- La Cerda.** — *La Tela de Araña*: 1.
- Mahalin.** — *La Bella Horchatera*: dos tomos, 5.
- Malot.** — *Zyta la saltimbanquis*: 2,50.
- Ohnet.** — *El Gran Margal*: 2.ª ed.: 3.
- Ohnet.** — *Las Señoras de Croix-Mort*: 3.ª edición: 3.
- Ohnet.** — *Lise Fleuron*: 2,50.
- Ortega Munilla.** — *Orgía de habre*: 2,50.
- Ossorio y Bernard.** — *Cuadros de gnero trazados á pluma*: 2.
- Ossorio y Bernard.** — *Romances ciegos*: 4.
- Ossorio y Bernard.** — *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: 2.
- Rivière.** — *El Combate de la vida*: tres tomos, 7,50.
- Soles Eguílaz.** — *En el quinto cielo*: 2,50.
- Trueba.** — *El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5.
- Ulrich.** — *El Suplicio de un padre ó confesión de un sacerdote*: 2.ª ed.: 2,50.
- Vascáño.** — *Javier Malo*: 2,50.
- X***.** — *Al lado de la dicha*: 2,50.
- Zaccane.** — *Los dramas de la Bolsa*: 2,50.
- ZOLA.** — *Germinal*: 2.ª edición: dos tomos, 6.
- ZOLA.** — *Su Excelencia Eugenio Rougon*: dos tomos, 5.
- ZOLA.** — *El vientre de París*. — Dos tomos: 5.
- ZOLA.** — *La Confesión de Claudio*: 3.
- ZOLA.** — *La fortuna de los Rougon*. — Dos tomos: 5 pesetas.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Montera, 21, Madrid) acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

LA FORTUNA
DE
LOS ROUGON

POR
EMILIO ZOLA

VERSIÓN CASTELLANA DE
JUAN DE LA CERDA

TOMO PRIMERO

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
Montera, núm. 21

1888

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

845Z74

OfoSPc

1888

v.1-2

PREFACIO.

Me propongo explicar de qué manera una familia, un pequeño grupo de seres, influye en el desarrollo de una sociedad, á medida que se ensancha, produciendo diez, veinte individuos que á primera vista parecen totalmente distintos, pero que, después de bien analizados, resultan tan semejantes, tan unidos entre sí, como las gotas de agua ó como las moléculas de idéntica materia. Porque la herencia obedece á leyes inmutables, de igual suerte que la gravedad de los cuerpos. Propóngome demostrar con exactitud matemática, de qué suerte algunos hombres, como impulsados por una misma corriente, caminan en el mismo sen-

tido, y para lograrlo procuraré resolver el doble problema de los temperamentos análogos y los medios de que entre sí se concierten. Y cuando haya reunido todos los hilos de esa enmarañada madeja, cuando tenga entre mis manos todos los antecedentes de un grupo social, lo ofreceré á la consideración pública en su medio de vida, como factor de una época histórica; lo crearé obrando con toda la actividad de sus complexos esfuerzos; lo analizaré en la suma de voluntad individual y en la potencia máxima de todos sus miembros reunidos.

Los Rougon-Macquart, esta familia que me propongo estudiar, se manifiestan característicamente por el desenvolvimiento de los apetitos, por ese ancho desborde típico de nuestra edad, una edad que se revuelca en el placer. Fisiológicamente considerado, este grupo arrastra la sucesión de un organismo nervioso y sanguíneo por naturaleza; un organismo de raza, que nació á consecuencia de un estado morbozo, de una primi-

tiva lesión orgánica en el tronco, y que, según el medio de vida, determina en cada individuo, en cada una de las ramas de la familia, sentimientos, deseos, pasiones, todas las maneras de manifestación de lo íntimo, naturales é instintivas, las cuales, en nuestro convencionalismo social, hemos acordado llamar vicios ó virtudes.

En su origen histórico, arrancan de las más bajas capas del pueblo; se irradian por todas las demás de la sociedad contemporánea, hasta las más elevadas, por cierta fuerza impulsiva y esencialísimamente moderna, que produce el ascenso desde lo hondo hasta la superficie, atravesando el cuerpo social; y con sus dramas íntimos é individuales, desde una felonía, el golpe de Estado de Napoleón III, hasta la repugnante traición de Sedán, caracterizan al segundo Imperio.

Tres años he invertido en acopiar materiales para tan complicado trabajo, y este primer libro estaba escrito ya cuando ocurrió la caída de Bonaparte, la cual—aun

necesitándola como artista, nunca me atreví á esperarla tan pronto—me suministró los detalles del desenlace previsto como un hecho fatal, como término y lógico fin del drama que era mi obra. Desde aquel momento consideré esta completa, desenvolviéndose dentro de una esfera concreta y conocida: como representación de un reinado muerto, de una extraña época de locura y de vergüenza.

Mi obra, que estará formada por multitud de episodios, será la Historia natural y social de una familia bajo el segundo Imperio. El primero de todos ellos, *La Fortuna de los Rougon*, científicamente debe llamarse *Los Orígenes*.

E. ZOLA.

PARÍS 1.º de Julio de 1871.

LA FORTUNA DE LOS ROUGON.

I.

Saliendo de Plassans por la puerta de Roma, situada al Sur de la ciudad, á la derecha del camino de Niza, y un poco más allá de las últimas casas del arrabal, está un terreno inculto, conocido en aquellos contornos con el nombre de «el solar de Saint-Mittre».

Este solar forma un paralelógramo bastante grande, que se prolonga á lo largo de la carretera, de la cual sepárale sólo una estrecha franja de tierra, cubierta de hierba amarilla. Por un lado, á la derecha, una callejuela sin salida, constituye uno de sus lados; por otro, á la izquierda, y en el fondo, limítanle dos tapias cubiertas de musgo, por encima de las

cuales asoman las más altas ramas de las moreras de Jas-Meiffren, hermosa finca que tiene la entrada un poco más abajo por el arrabal.

De esta suerte, encerrado aquel terreno entre tapias por tres de sus lados, asemeja una plaza abandonada, que sólo huellan al cruzarla los que salen á pasear por las afueras.

Antiguamente hubo allí un cementerio bajo la advocación de Saint-Mittre, un santo de la Provenza, muy venerado en aquella tierra. Los viejos de Plassans recuerdan haber visto todavía intactos los muros del cementerio, allá por el año 1851, aunque ya entonces no servía, porque desde mucho antes había sido cerrado. La tierra, que hacía más de un siglo se estaba hartando de cadáveres, exhalaba miasmas de muerte, y esta fué la causa de que se decidiera abrir otro campo santo al extremo opuesto de la población.

Abandonado el viejo, comenzó en él el trabajo de depuración, cubrióse poco á poco de césped, cada vez más fino en las sucesivas primaveras, y al fin abundante hierba de color verde oscuro, tapizaba el terreno aquel, exu-

berante de vida á fuerza de encerrar en su seno tanta muerte. Aquel suelo en donde los sepultureros no podían dar un azadonazo sin arrancar un jirón humano, había adquirido una vegetación formidable. Después de las lluvias de Mayo, en los ardorosos días de Junio, desde el camino, se distinguían las puntas de los tallos de la espesa hierba que rebosaban por encima de las derruidas paredes; y, vista por la parte de adentro, asemejaba un mar de verdura negruzca y reluciente, matizado por anchas flores de múltiples y vivos colores. Debajo de los pies, á la sombra proyectada por los compactos tallos, sentíase bullir la tierra exhalando la savia.

Una de las curiosidades que ofrecía aquella mancha de tierra, eran varios perales de retorcidas ramas, erizadas de nudos monstruosos y cargadas de hermosísimos frutos, que por nada del mundo hubiera cogido ninguna mujer de Plassans. En la ciudad, cuando alguien hablaba de aquellas peras, acompañaba las palabras con gestos de asco; pero los pilluelos del arrabal, menos escrupulosos, por las tardes, cuando el sol había ya desaparecido en el

ocaso, reuníanse en grupos, escalaban las tapias, y aun antes que estuviesen del todo maduras, robaban las frutas y se hartaban de ellas.

Muy pronto la ardiente vida de la hierba y de los árboles devoró toda la muerte del antiguo cementerio de Saint-Mittre; las flores y las peras, nutriéndose, concluyeron con la podredumbre humana, y sucedió que, al fin y al cabo, cuando se cruzaba por enfrente de aquel lugar, en otro tiempo nauseabundo, no se percibía más olor que el de los alhelíes salvajes. Esto sucedió en muy poco tiempo: en tres ó cuatro veranos.

Por entonces, el ayuntamiento de la ciudad pensó utilizar aquel terreno que dormía inculto é inútil. Fueron derribadas las tapias que caían sobre el camino y formaban el callejón sin salida, y arrancadas las hierbas y los perales: después, para sanear el viejo cementerio, se hizo una excavación á muchos metros de profundidad, y fueron amontonadas en un ángulo las osamentas que la tierra devolvía. Por espacio de más de un mes, los pilluelos, que lamentaban la destrucción de los perales, jugaron á los bolos

con los cráneos; y unos cuantos bromistas se entretuvieron una noche en colgar tibias y fémures en todos los cordones de las campanillas de Plassans. Semejante escándalo, del cual todavía quedan recuerdos en la población, no se acalló hasta que la autoridad dispuso que fuesen enterrados aquellos restos humanos en una ancha y profunda huesa para ellos abierta en el cementerio nuevo. Pero en las capitales de provincia este género de trabajos se hace muy despacio, y los habitantes de la ciudad vieron muy de tarde en tarde al único carromato que fué habilitado para transportar las osamentas, como si fueran escombros. Lo peor del caso era que el fúnebre vehículo tenía que atravesar la población de extremo á extremo; y como el suelo estaba desigual, á cada salto que daba el carromato saltaban pedazos de hueso y puñados de grasienta tierra. Se acabó la faena, sin más ceremonia religiosa que aquel transporte lento y brutal. Jamás ciudad alguna se manifestó más impía.

Por espacio de muchos años, el terreno del antiguo cementerio de Saint-Mitre fué objeto de supersticioso temor. Abierto á cuatro vien-

tos , á la orilla de un camino real , permaneció desierto , y de nuevo produjo hierbas salvajes. El municipio, que esperaba venderlo para construir en él casas , no halló postor: el recuerdo de aquel montón de huesos y aquel carro que iba y venía, recorriendo las calles con la terquedad de una pesadilla , acaso fué la causa de que esto sucediese , porque retrajo á los compradores ; quizás se debió á esa pereza ingénita en los habitantes de las provincias, tan refractarios á destruir y volver á edificar; pero ello fué que el municipio se quedó con su terreno , acabó por olvidar hasta el deseo de venderlo, ni siquiera lo cercó por medio de una empalizada que evitara el acceso á él , y, pasando los años , poco á poco fué todo el mundo acostumbrándose á aquel vacío rincón. Los transeuntes sentábanse á descansar sobre los caballones que lo limitaban , y al fin y á la postre hiciéronle lugar de paso , y así lo poblaron. Luego que los pies de los que paseaban hubieron agostado la verde alfombra, y después que la tierra fué poniéndose gris, se endureció el antiguo cementerio, y quedó semejante á una plaza pública mal nivelada. Para

borrar mejor todo recuerdo repugnante, los habitantes de Plassans poquito á poco cambiáronle el nombre; se contentaron conservándole el del santo, que alcanza también á la calleja abierta en un ángulo del terreno, y los llamaron solar de Saint-Mittre, y callejón de Saint-Mittre al que está contiguo y no tiene salida.

Estos hechos se remontan á época muy lejana. Desde hace treinta años, el solar de Saint-Mittre tiene un carácter *sui generis*. El ayuntamiento, indolente y despreocupado, no halló manera mejor de sacar partido del antiguo campo santo, más que arrendárselo á unos carreteros del arrabal, que instalaron en él su almacén de maderas. Hoy día sigue atestado de enormes vigas, de diez á quince metros de longitud, amontonadas acá y acullá, semejantes á haces de altas columnas tirados por tierra. Aquellos montones de maderos, muy parecidos á mástiles colocados paralelamente, que llegan de uno al otro extremo del baldío, son una constante diversión para los pilletes. Algunas piezas de madera han resbalado, y el terreno está á trechos completamente obstruido por

una especie de pavimento desigual y lleno de accidentes , sobre el cual no es posible andar sin hacer prodigios de equilibrio. Todo el día numerosos grupos de pilluelos se entregan á esta clase de ejercicios. Saltan sobre las maderas más gruesas , corriendo á lo largo de las aristas más delgadas ; se arrastran por ellas á horcajadas , y todos estos juegos suelen acabar á cachetes ó porrazos, y se remojan con lágrimas ; otras veces siéntanse todos en fila , se aprietan unos contra otros en las puntas de las vigas, equilibrando el peso, y pasan columpiándose horas y más horas. Es decir, el solar de Saint-Mittre se ha convertido en punto de cita y de recreo, en donde los culeros de los pantalones de todos los granujas del arrabal se han gastado desde hace un cuarto de siglo.

Pero lo que acaba de prestar á este rincón abandonado su más extraño carácter , es que en él acampan de ordinario todos los vagabundos que cruzan la población. Cuando una de esas casas portátiles que sirven de albergue á toda una tribu llega á la ciudad, de seguro es instalada en el solar de Saint-Mittre; de suerte que jamás está vacía la pla-

za , porque siempre alguna partida de gente de extraño aspecto , alguna cuadrilla de hombres semisalvajes y mujeres horriblemente escuálidas , rodeados por hermosos niños , tiene en ella asentados sus reales. Allí viven sin vergüenza , al aire libre , haciendo cocer su olla , comiendo manjares que no tienen nombre entre nosotros , junto á las tiendas agujereadas , y durmiendo , riñendo , acariciándose , apestando á porquería y á miseria delante de todo el mundo.

En el que fué lugar de muerte y de soledad ; en aquel sitio , que en otro tiempo sólo habitaban los abejorros , zumbando alrededor de las bien nutridas flores , en medio de sepulcral silencio y al calor sofocante del sol , ha llegado á ser de esta suerte un sitio en donde resuena sin cesar el estrépito de las disputas de los bohemios y la alegre gritería de los jóvenes vagabundos del arrabal.

Una sierra instalada en un ángulo para tronzar las vigas , chirría , sirviendo de sordo acompañamiento á las voces. Aquella máquina es primitiva : sobre dos asnillos ó caballetes se coloca el madero , y dos serradores , uno arri-

ba, encima de la misma pieza de madera, otro abajo, con los ojos ciegos por el serrín que cae sobre su cara, imprimen á la ancha y larga herramienta un continuo movimiento de vaivén. Por espacio de muchas horas, aquellos dos hombres se pliegan y despliegan sin darse punto de reposo, semejantes á dos muñecos de goznes, con regularidad y rigidez de autómatas. Á medida que van serrando, colocan la madera apilada á lo largo del muro del fondo, en montones de dos á tres metros de altura, metódicamente contruidos, tabla sobre tabla, formando cubos perfectos. Aquella especie de castillejos cuadrados, que á lo mejor pasan allí muchos meses del año, rodeados y minados por las hierbas al nivel del suelo, son uno de los encantos del solar de Saint-Mittre. Forman misteriosos y estrechos senderos, que conducen á una calle más ancha, oculta entre los montones que están junto al muro, á una especie de paseo desierto, lleno de verdura, desde donde sólo se ve una estrecha franja de cielo. En aquel callejón, cuyos muros están tapizados de musgo, y cuyo suelo parece cubierto por una alfombra de espesa lana, existen aún

la vegetación poderosa y el pavoroso silencio del antiguo cementerio. Se siente allí circular ese hálito cálido y vagamente impregnado en melancolías de muerte que sale de las tumbas viejas caldeadas por los ardores del sol. En toda la campiña de Plassans no hay otro sitio más poético, más saturado de tristeza de soledad y de amor. Amar allí, debe ser delicioso. Cuando se excavó el cementerio debieron amontonar las osamentas junto á aquella pared, porque hoy todavía se hunden los pies en ciertos sitios, y á poco que se escarve se encuentran pedazos de cráneo.

Pero aparte esto, nadie piensa ya en los muertos que durmieron el sueño eterno debajo de la hierba; y, hoy por hoy, los chiquillos sólo frecuentan aquellos rincones cuando juegan al escondite. La solitaria alameda, verde y silenciosa, sigue virgen é ignorada.

Nadie ve allí más que la carretería atestada de vigas y blanca de polvo. Por las mañanas y al mediodía, cuando el sol calienta la atmósfera, todo el terreno bulle, y por encima de aquella turbulencia, por encima de los granujas jugueteando entre los maderos, y de los

bohemios atizando el fuego de su olla, el perfil escueto del serrador encaramado encima de la viga, se destaca, yendo y viniendo con el movimiento uniforme de un columpio, como para regular la ardiente y nueva vida que crece en aquel antiguo campo de eterno reposo. Sólo los viejos, sentados sobre las vigas, calentándose al sol poniente, suelen hablar alguna que otra vez de los huesos que en otro tiempo vieron acarrear por las calles de Plassans cargados en el legendario carromato. Cuando cierra la noche, el solar de Saint-Mittre queda solitario, y se prolonga hacia adentro en las sombras, como si fuera un agujero. Á veces, en el fondo de él se distinguen los moribundos reflejos de las hogueras de los bohemios. Fantásticas sombras cruzan por delante de ellas y desaparecen en las tinieblas. En invierno, sobre todo, aquel lugar, de suyo triste, se trueca en siniestro.

Era domingo; sobre las siete, poco más ó menos, de la tarde, un joven salió poquito á poco del callejón de Saint-Mittre, y, deslizándose á lo largo del muro, se perdió entre los montones de madera. Era uno de los

primeros días del mes de Diciembre de 1851. Hacía un frío seco y tenue. La luna llena despedía esos resplandores vivísimos, propios de las lunas de invierno. La carretería no estaba obscura y siniestra aquella noche, como en otras frías y lluviosas; alumbrada por anchas oleadas de blanca luz, destacábase yerta é inmóvil, melancólica, plácida y silenciosa.

El joven se detuvo un momento en el lindero del solar, mirando con desconfianza delante de sí. Debajo de la blusa ocultaba la culata de una larga escopeta, cuyo cañón, apuntando hacia abajo, relucía á la claridad de la luna. Con el arma apretada contra el pecho, escudriñaba atento los cuadrados oscuros que proyectaban en el fondo los montones de madera, semejantes á un tablero de damas con casillas de luz y de sombra. En medio de la plazoleta, sobre un espacio de tierra desnuda y gris, los caballetes de los aserradores proyectaban sus sombras prolongadas, escuetas, extrañas, semejantes á una monstruosa figura geométrica pintada con tinta china sobre un papel. Lo restante de la carretería, el entarimado de vigas, parecía un amplio lecho sobre

el cual dormía la claridad, apenas estriada por delgadas líneas negras, que corrían á lo largo de los gruesos maderos.

Á la luz de aquella luna de invierno, en medio del helado silencio, aquella multitud de maderos caídos, inmóviles, como ateri-dos de sueño y de frío, recordaban á los yer-tos moradores del antiguo cementerio. El jo-ven abarcó de una rápida ojeada todo aquel espacio; no advirtió ni un ser viviente, ni un soplo de vida en torno de sí; nada que pudie-ra sorprenderle. Después de este breve reco-nocimiento, se atrevió, y cruzó corriendo el solar.

Cuando se ocultó en la sombra, detuvo el paso. Estaba en la verde calle formada por la tapia y los acopios de madera. Apenas se per-cibía el ruido de sus pasos, apagado por la hierba helada que crujía tenuemente debajo de sus plantas. Una sensación de profundo bien-estar parecía existir en su ánimo. Debía gus-tar mucho de aquellos lugares, en donde todo era calma, y en los cuales no parecía esperar nada que no fuese placentero. Dejó de ocultar la escopeta. El callejón se extendía delante de

sus ojos , semejante á una zanja de sombra.

Á trechos, la luna , atravesando por una abertura entre dos maderos, describía en tierra una línea de luz. Todo reposaba : las tinieblas y la claridad dormían un sueño profundo, tranquilo y triste. Nada era comparable con la paz que reinaba en aquel sendero. El joven lo recorrió en toda su longitud. Al extremo de él, en el punto donde forman ángulo las tapias del Jas-Meiffren, sedetuvo con el oído atento, como para escuchar algún tenue ruido que procedía de la finca vecina. Y convencido de que nada se oía, se agachó, separó unas tablas, y escondió la escopeta en el montón aquel.

En el ángulo había una antigua piedra sepulcral, olvidada cuando la excavación del cementerio; estaba apoyada á lo largo contra el muro y formaba una especie de banco.

La lluvia carcomióle lentamente las aristas; el musgo la roía poco á poco. Pero á la pálida luz de la luna podía leerse aún este fragmento de epitafio: *Aquí yace.... María.... muerta....* El tiempo había ya destruido todas las demás palabras.

Después que hubo escondido la escopeta,

el joven, de nuevo prestó oído atento, y seguro de que nada interrumpía el silencio, se decidió á subir sobre la piedra, y como el muro era bajo, fácilmente apoyó los codos sobre el caballete.

Mas allá de la hilera de moreras que está paralela á la pared, sólo se veía una grande extensión de terreno bañado por la luna: las tierras de Jas-Meiffren, áridas, sin árboles, semejantes á una pieza desplegada de lienzo crudo, y cien metros más allá, la casa del propietario y las dependencias habitadas por el guarda, se destacaban como puntos de un blanco más brillante. El mozo miró con desconfianza hacia aquel lado; un reloj de la ciudad dió las siete con golpes lentos y sonoros. El joven los contó, bajó de la piedra, revelando sorpresa y paciencia, y luego sentóse encima de ella como hombre que se dispone á esperar largo rato con calma.

Pasó media hora inmóvil, pensativo, con los ojos fijos en un cuadro de sombra. Estaba en un rincón obscuro; pero poco á poco la luna fué invadiendo el sombrío ángulo, y pronto iluminó su cabeza.

Era el desconocido un muchacho como de diez y siete años , de aspecto robusto, labios frescos, y cutis cuya delicadeza denunciaba la juventud. Era hermoso, con una hermosura característica.

Su rostro enjuto y largo parecía esculpido por un artista de genio; tenía la frente ondulante y las arcadas de las cejas prominentes, la nariz aguileña, la barba ancha y carnosa, los pómulos salientes y angulosos: y todo esto daba á su cabeza un relieve y un vigor extraordinarios. Cuando la vejez se fuera acercando, aquella cabeza debía tornarse huesuda, enjuta y vigorosa. Pero en plena pubertad, apenas cubierta en la barba y las mejillas por algunos pelos diseminados, aparecía atenuada su rudeza por ciertas blanduras encantadoras, por ciertos rasgos de la fisonomía, aún vagos é infantiles. Los ojos, de un negro claro, todavía llenos de la frescura de la adolescencia, prestaban más dulce expresión á un semblante de suyo enérgico y varonil. No todas las mujeres hubieran gustado de aquel niño, porque no era lo que se llama un muchacho bonito; pero en conjunto revelaban sus fac-

ciones tanta vida , tanto ardor , tanto entusiasmo, tanta vehemencia , tanto vigor, tanta energía , que las doncellas del contorno, aquellas doncellas ardientes del Mediodía , debían soñar con él después de verle pasar por delante de sus puertas en las calurosas tardes de Julio.

Sentado sobre la losa funeraria , ajeno á las claridades de la luna que bañaban ya su pecho y sus piernas , seguía pensativo. Era de mediana estatura , de cuerpo un tanto rechoncho ; sus manos endurecidas , que delataban al obrero , eran en extremo robustas ; sus pies parecían fuertes , y estaban encerrados en gruesos borceguíes de punta cuadrada. En su traje , en sus extremidades y en sus actitudes groseras , se le conocía que era hijo del pueblo ; pero en la altivez de su aspecto y en el brillo de su inteligente mirada había algo extraño , una muda protesta contra el oficio manual que le embrutecía y comenzaba ya á plegar sus riñones , inclinándole al suelo la cabeza. Debía ser la suya una inteligencia viva y bien dispuesta , ahogada bajo la pesadumbre de su raza y de su clase ; una de esas almas grandes en-

cerradas en un organismo atlético, que gimen, luchando por sobreponerse á la materia, por exhibirse radiantes de luz y de genio. Por eso, no obstante su fortaleza, parecía tímido é impaciente, como si, presintiéndose incompleto, aspirase á completarse y no supiera cómo lograrlo. Era un niño ardoroso, cuyas ignorancias originaban entusiasmos y curiosidades; un corazón de hombre servido por una razón infantil, tan capaz de abandonos femeniles como de los prodigios del héroe. Aquella tarde vestía un pantalón y una blusa de lienzo á cuadritos verdosos, y traía un sombrero de fieltro sin engomar; había echado éste hacia atrás, y el ala le señalaba en la frente una línea de sombra.

El golpe de la campana de un reloj vecino, que dió la media, le sacó de su abstracción. Al verse bañado en luz, miró en torno suyo con inquietud, hizo un movimiento brusco, y se ocultó en la sombra; pero no pudo reanudar el hilo de sus meditaciones. Sintió que los pies y las manos se le enfriaban, y de nuevo se apoderó de él la impaciencia. Otra vez se encaramó en la piedra y escudriñó la explanada de Jas-Meiffren, que continuaba solitaria y silen-

ciosa. Luego, no sabiendo cómo entretener el tiempo, sentóse otra vez, sacó la escopeta del escondite donde la había ocultado, y empezó, distraído, á montar y desmontar el gatillo. Era aquella un arma larga y pesada, que debió pertenecer sin duda á algún contrabandista: la grosería de la culata y el grueso calibre del cañón, delataban una vieja carabina de chispa, transformada al sistema de pistón por algun armero de aquellos contornos. Otras semejantes encuéntranse á cada paso colgadas en las campanas de las chimeneas de las casas de campo de aquella tierra. El joven acariciaba la suya con amor; más de veinte veces alzó y bajó el pie de gato, y otras tantas introdujo el dedo meñique en el cañón, y examinó con minuciosidad la caja; poco á poco fué animándose con infantil entusiasmo, y acabó por echársela á la cara, apuntando al vacío como un recluta haciendo el ejercicio.

Faltaba muy poco para las ocho. Tenía el arma en puntería hacía ya más de un minuto, cuando una voz tenue como el céfiro, débil y anhelosa, salió de Jas-Meiffren.

—¿Estás ahí, Silverio?—preguntó.

Silverio dejó caer la escopeta, y de un salto se encaramó sobre la piedra funeral.

—Sí, sí (repuso, ahogando también la voz). Espera, te voy á ayudar.

Todavía resonaba la última sílaba de esta frase, cuando una cabeza de muchacha apareció sobre la pared. Con una agilidad extraordinaria, apoyándose en la rama de una morera, trepó como un gato pequeño. Al ver la seguridad con que lo hacía y la soltura de sus movimientos, cualquiera hubiese comprendido que aquel camino le era familiar. En un abrir y cerrar de ojos quedó sentada sobre la albardilla de la tapia. Silverio la tomó en los brazos y la colocó sobre el banco, mientras ella, defendiéndose, decía con risa de chiquilla juguetona:

—¡Déjame! Déjame...., hombre.... ¿Te crearás que no sé bajar sola?....

Y cuando estuvo sobre la piedra, prosiguió:

—¿Hacía mucho rato que esperabas? He corrido...., y estoy que me ahogo.

Silverio no replicó. No parecía dispuesto á bromear; miraba á la joven con aire triste, y sentóse al lado de ella, exclamando:

—¡Quería verte, Mietta!.... Hubiera sido

capaz de esperarte toda la noche.... Me voy mañana al amanecer.

Mietta reparó entonces en la carabina caída en tierra: se puso grave, y murmuró:

—Veo tu escopeta.... ¿Es cosa decidida?....

Silverio repuso, tras breve silencio, con voz insegura:

—Sí. Es mi escopeta. He preferido sacarla de casa esta noche, porque mañana tía Dida me podía ver cogerla y asustarse.... Voy á esconderla, y volveré por ella en el momento de marchar....

Y notando que Mietta no quitaba los ojos del arma que tan neciamente había dejado tirada en el suelo, se levantó y la deslizó por entre las tablas, ocultándola.

—Hemos sabido esta mañana (dijo, tornando á sentarse) que los insurrectos de la Palud y los de Saint-Martin-de-Vaulx han pasado la noche en Alboise, y decidimos incorporarnos á ellos. Esta tarde, después del mediodía, una gran parte de los obreros de Plassans ha salido de la ciudad, y mañana, los pocos que hemos quedado iremos, como ellos, á reunirnos con nuestros hermanos.

La palabra *hermanos* la pronunció Silverio con un énfasis infantil. Luego, animándose, prosiguió con voz vibrante :

—La lucha es inevitable. Pero la justicia está de nuestra parte, y triunfaremos.

Mietta escuchaba á Silverio, mirando con fijeza, pero sin ver, hacia la ancha explanada.

—Bueno,—dijo sencillamente.

Y tras breve silencio, prosiguió :

—Me lo dijiste con tiempo, es verdad. Así y todo, tenía esperanza.... Pero, en fin...., estás decidido....

Por lo visto, sus pensamientos no tenían equivalentes en el lenguaje, y el silencio apoderóse de ambos. El desierto rincón de la carretería y la verde callejuela recobraron su melancólica calma ; sólo la luz de la luna vivía allí, haciendo girar lentamente sobre la hierba las sombras de los tablones. El grupo formado por los dos jóvenes, sentados sobre la losa funeraria, permanecía mudo é inmóvil, á la pálida claridad del astro de la noche. Silverio tenía abrazada por la cintura á Mietta, y ésta había reclinado lánguidamente su cuerpo sobre el costado del joyen. No cambiaban caricias,

no juntaban sus bocas, ni tampoco cruzaban tiernas miradas. Estaban dulcemente estrechados la una en brazos del otro, melancólicos, unidos en un abrazo, manifestación de su amor inocente, puro y fraternal. Mietta traía un gran manto con capuchón, que la llegaba hasta los pies y la envolvía el cuerpo. Sólo se le veían la cara y las manos. Las mujeres del pueblo, las campesinas y las obreras, acostumbran usar todavía en Provenza esos amplios mantos, llamados *pelisses*, cuya moda procede de muy remota época. Cuando se sentó junto á Silverio, echó atrás la capucha. Vivía al aire libre siempre, y no acostumbraba llevar cofia. Su cabeza se destacaba vigorosamente sobre la pared iluminada por la luna. Era una niña; pero una niña que comenzaba á ser mujer; estaba en ese encantador período de la vida en que la chicuela se trueca en doncella núbil. La adolescencia de las hembras tiene una delicadeza especial de capullo naciente, una difusión de formas encantadora, exquisita; las líneas enérgicas y voluptuosas de la mujer se acusan inciertas en las niñas, y ponen en todo su ser, sin notarlo ellas mis-

mas, el sello de su sexo. Para algunas adolescentes es fatal esta época de la vida; crecen bruscamente, se afean, y se ponen amarillas y lánguidas como flores enfermas.

Pero cuando, como Mietta, tienen una sangre rica y ardiente, porque viven al aire libre, no se manifiesta de igual suerte aquella edad crítica; es, por el contrario, una época en que la gracia rebosa como nunca vuelve á rebosar. Mietta tenía trece años. Aunque era muy robusta, no representaba más edad, tan sonriente y sencilla se manifestaba con su risa alegre é inocente. Pero debía ser núbil ya, porque, efecto sin duda del clima y del género de vida que hacía de ordinario, la mujer se revelaba en ella con exuberante esplendidez. Era tan alta casi como Silverio, gruesa y llena de vida. Como la de su amigo, su belleza era vulgar. Nadie hubiera encontrado razón para llamarla fea; pero, sin embargo, muchos jóvenes la encontraban rara: tenía hermosos cabellos rizosos con rudeza, los cuales traía peinados hacia atrás, formando brillantes ondas, y cayendo sobre la nuca, semejantes á una cascada de tinta espumosa. Tan abundantes eran, que

no sabía cómo peinárselos: le molestaban; se los retorció en varias trenzas del grueso de la muñeca de un niño, apretándolas todo lo que podía, para que ocupasen el menor espacio posible, y los enroscaba en ancho rodete sobre la nuca. Apenas tenía tiempo para hacerse el tocado, y resultaba que aquel moño, hecho con rapidez y soltura, tenía, merced á la maña de sus dedos, una gracia singular.

Viéndola con la cabeza adornada por un casco viviente que la caía sobre las sienes y la nuca, como si fuese la piel de un animal, se comprendía que la llevara siempre descubierta, sin preocuparse de la lluvia ni del hielo. Debajo de la línea oscura de cabellos, la frente, estrecha, parecía, por su forma y su color plateado, una pequeña luna en creciente. Sus ojos abultados, la nariz corta, ancha de alas y remangada, los labios muy gruesos y muy rojos, examinados separadamente, formaban un conjunto extraño de notable belleza. Cuando se reía, echando atrás la cabeza é inclinándola un poco sobre el hombro derecho, parecía una bacante antigua, con la garganta hinchada por sonora alegría, las mejillas re-

dondas como las de un chicuelo, los anchos y blancos dientes, las trenzas de negros y crespos cabellos, á los cuales las carcajadas hacían agitarse sobre la nuca, como si fueran una corona de pámpanos. Para que pareciese niña, era menester fijarse en la gran inocencia que revelaba su risa franca y expansiva de mujer hecha, y, sobre todo, la delicadeza todavía infantil de la barba y la blanda tersura de sus mejillas. Su rostro, tostado por el sol, algunos días tenía tonos de ámbar amarillo. Una suave pelusilla negra se dibujaba ya sobre el labio superior. El trabajo comenzaba á deformar sus manecitas, que, si pudieran quedar ociosas, hubiesen llegado á ser hermosísimas manos, blancas y regordetas, de burguesa.

Largo espacio dejaron transcurrir Mietta y Silverio sin pronunciar palabra. El uno en los ojos del otro leían respectivamente la inquietud que á los dos les dominaba. Y á medida que se engolfaban más y más en el temor de lo desconocido de un porvenir muy enigmático, se estrechaban con más ahinco entre sí. Adivinando los dos el recíproco sentimiento que

agitaba sus corazones, reconocían inútil, y la excusaban, la crueldad de expresárselo en voz alta. La joven fué la primera que, no pudiendo resistir ya más, ahogándose casi, resumió los mutuos temores en esta frase:

—¿Volverás?—balbuceó, abrazando á Silverio.

Éste, sin responder, con la garganta anudada, temeroso de romper á llorar como su amiga, la besó en la mejilla como á una hermana para la cual no se encuentra mejor consuelo que una caricia. De nuevo se apartaron, y otra vez guardaron silencio.

De pronto Mietta se estremeció. Ya no se apoyaba contra el pecho de Silverio, y sentía frío. El día antes no hubiese temblado como entonces en el fondo de aquella desierta callejuela, sobre aquella piedra funeraria en donde hacía mucho tiempo daban ellos vida á sus ternuras y vivían de ellas, tan dichosos en medio de la paz que reinaba en aquel antiguo asilo de la muerte.

—Tengo mucho frío,—dijo la niña, calándose el capuchón del manto.

—¿Quieres que paseemos? (la preguntó el

joven.) Son las nueve; podemos dar una vuelta por la carretera.

Mietta pensó que acaso por espacio de mucho tiempo se vería privada de aquellas citas, de la alegría de aquellas conversaciones para las cuales vivía ella el día entero.

—Sí, vamos (replicó): vamos hasta el molino.... Si tú quisieras, pasaríamos aquí la noche.

Levantáronse de la piedra y se ocultaron en la sombra que proyectaba un montón de tablas. Mietta abrió su manto, que era de tela de lunares oscuros, y estaba forrado de indiana color de grosella, y echando una punta por encima de los hombros de Silverio, juntóle con ella, cubriéndole á su lado con el ancho abrigo. El joven la tomó con un brazo por la cintura, ella le echó el suyo por los hombros, y quedaron formando oprimido grupo. Cuando estuvieron así confundidos en un solo ser, cuando se vieron ocultos debajo del mismo abrigo hasta el punto de perder la forma humana, echaron á andar poquito á poco hacia el camino, atravesando sin miedo los vacíos espacios que las maderas no obstruían en la plazoleta bañada en luz blanca y melancólica. Mietta

había envuelto así á Silverio y habíase él dejado abrigar, como si el manto les perteneciese en común, y todas las noches les hubiera hecho igual servicio.

La carretera de Niza, á cuyos lados está construido el arrabal, estaba bordeada en 1851 por dos hileras de olmos seculares, viejos gigantes, ruinas grandiosas, pero todavía llenos de vida, los cuales hace poco fueron trocados por raquíuticos plátanos. Cuando Silverio y Mietta estuvieron debajo de los árboles, cuyas ramas proyectaban su monstruosa sombra sobre la blanca superficie del camino, vieron acá y acullá otros bultos negros que se movían silenciosos al nivel de las casas. Eran otros grupos de amantes, herméticamente encerrados en sus movibles escondites, paseando también su ternura de aquella discreta manera.

Los enamorados de los pueblos del Mediodía de Francia han adoptado esta manera de pasear. Los mozos y las doncellas del pueblo, los que en día más ó menos lejano han de casarse, y no repugnan anticipar besos y abrazos, no sabiendo de qué modo ocultar sus caricias para poder cambiarlas con desahogo

sin exponerse á chismes y habladurías, eligieron este ingenioso procedimiento. Aunque por costumbre sus padres dejan á unas en la más absoluta libertad de acercarse á los otros, si alquilaran un cuarto y en él se reunieran á solas, al día siguiente serían la comidilla de las gentes, el objeto de un escándalo; y llegar todas las noches hasta los lejanos escondites de los alrededores de la ciudad, sería muy penoso.

Por eso recorren los arrabales, los lugares solitarios, las alamedas de los caminos, todos los sitios, en fin, donde abundan los rincones oscuros y escasean los transeuntes. Y, por prudencia, como en las poblaciones pequeñas todos los vecinos se conocen, tienen cuidado de disfrazarse, envolviéndose en aquella especie de mantos, capaces para una familia entera.

Los padres toleran estas excursiones en plena obscuridad; no se alarma por ello la rígida moral del pueblo, y con que no se paren los enamorados en las encrucijadas más sombrías y no se sienten entre las matas, se dan por satisfechos hasta los más exagerados en punto á pudor. No pueden más que besarse sin dejar

de andar ; no obstante , á veces alguna que otra doncella se pone mala.... : entonces es que los enamorados se sentaron.

Nada más bello , en verdad , que estos paseos de amor. La imaginación viva y picaresca de la gente del Mediodía se révela en ellos. Es una mascarada fértil en pequeños placeres , y al alcance de todo el mundo. La novia no tiene que hacer más que abrir su manto , y ya tiene dispuesto un asilo para su amante ; le oculta junto á su corazón , al abrigo del calor de su cuerpo , como esconden las esposas infieles á sus cortejos debajo de la cama ó dentro de un armario. El fruto prohibido tiene así un sabor extraordinariamente dulce ; es saboreado al aire libre , á lo largo de los caminos , en medio de otros consumidores de él , ajenos á los demás que gustan de otro análogo. Lo que debe ser más exquisito , lo que da mayor y más sabrosa voluptuosidad á estos besos , es cambiarlos impunemente delante de todo el mundo , pasando la velada en tales dulzuras , sin correr el riesgo de ser luego señalados con el dedo.

Cada grupo es una masa negruzca é infor-

me, exactamente igual á otra cualquiera. Para quien al retirarse á su casa tropieza con uno de ellos, aquel difuso montón de tela es el amor que pasa, y nada más. Por su parte, los amantes, que saben cuán imposible es conocerlos, hablan en voz baja, como si estuvieran en su propia casa; las más de las veces no dicen nada, y andan horas y más horas al azar, dichosos con sólo estar juntos y abrazados debajo del mismo manto. Esto es voluptuoso y virginal á la vez. El clima es el principal culpable de que los enamorados busquen la obscuridad de los más escondidos rincones de los arrabales. En las tranquilas noches del estío no es posible andar veinte pasos por los alrededores de Plassans sin tropezar con un grupo encapuchado, deslizándose como un fantasma; algunos sitios, por ejemplo, el solar de Saint-Mitre, están pobladísimos de máscaras, que se mueven pasito á paso, sin ruido, envueltos en tibio ambiente: parecen los convidados á un baile de trajes ofrecido por las estrellas á los pobres, en honor de sus amores. Cuando hace calor, y las jóvenes no llevan los mantos, se contentan echándose por la cabeza la falda

primera de su traje. En invierno, los más enamorados desafían los hielos.

Mientras bajaban por la carretera de Niza Silverio y Mietta, no pensaban en el frío de aquella noche de Diciembre.

Sin cruzar palabra atravesaron el arrabal. Sentían una alegría que les extasiaba al encontrarse así, envueltos en el manto, mezclando los alientos y el calor de sus cuerpos. Sus corazones estaban tristes; la felicidad que experimentaban estrechándose tiernamente, tenía algo de la dolorosa emoción de un adiós, y pensaban que no iba á agotarse jamás aquella dulzura amarga de su silencioso paseo. Bien pronto llegaron adonde eran escasas las viviendas, al extremo del arrabal. Allí está la entrada de Jas-Meiffren, formada por dos gruesos pilares y una verja, á través de cuyos barrotes se ve la extensa alameda de moreras. Al pasar Mietta y Silverio, dirigieron una mirada inquieta á la finca.

De allí en adelante, el camino baja en cuesta hasta el fondo de un valle que sirve de lecho á un riachuelo, el Viorne, arroyo en verano y torrente en invierno. Las dos hileras de olmos,

por aquel entonces trocaban en frondosa alameda la carretera, que cortaba los campos de trigo y las raquílicas viñas como una cinta de árboles gigantescos. Aquella noche de Diciembre, á la luz de la luna, clara y fría, las labores recientes parecían amplios lechos de guata cenicienta, dispuesta para apagar todo ruido.

Á lo lejos oíase la voz sorda del Viorne, que interrumpía la inmensa paz de la campiña.

Cuando los jóvenes empezaron á bajar la cuesta, Mietta se acordó de Jas-Meiffren, por delante de cuya verja acababan de pasar.

—Esta noche me ha costado mucho trabajo escaparme (dijo). Mi tío no acababa de mandarme á dormir. Estaba encerrado en la bodega...., escondiendo, sin duda, el dinero, porque tiene mucho miedo de las cosas que van á pasar.

Silverio la estrechó con ternura, diciendo:

—Ten valor. ¡Ah! ¡Ya llegará día en que estaremos siempre juntos! ¡Anímate, mujer!

—¡Ah! (replicó la niña.) Tú tienes esperanza; pero yo.... ¡Hay días que estoy tan triste!.... Pero no creas que es por lo que mi

tío me obliga á trabajar : al contrario, tiene razón queriendo hacer de mí una campesina, porque si no...., ¡quién sabe cuál sería mi suerte!.... Á veces me parece que estoy maldita.... Entonces quisiera morirme.... Pienso en lo que tú sabes, y....

Al pronunciar estas palabras, la voz de la niña se extinguió en un sollozo. Silverio la interrumpió casi con dureza :

—Calla (dijo). Me habías prometido no pensar en eso.... ¿Qué culpa tienes tú?

Y con acento más dulce, prosiguió:

—Me quieres mucho, ¿verdad? Mira: cuando nos casemos, ya no pasarás más ratos malos.

—Ya lo sé. Tú eres muy bueno (murmuró Mietta.) Pero, ¿qué quieres? Tengo miedo; á veces siento algo raro, así una cosa que me subleva.... Pienso que me han hecho daño, y me entran ganas de ser mala. Cada vez que me echan en cara el nombre de mi padre, parece que me queman todo el cuerpo. Cuando al pasar me dicen los pilletes: «¡Eh! ¡Tú! ¡Hija de Chantegreil!», me pongo fuera de mí, y quisiera cogerlos para pegarles.

Y tras breve silencio, prosiguió:

—Dichoso tú, que eres hombre y vas á andar á tiros....

Silverio la había dejado hablar. Anduvieron unos cuantos pasos en silencio, y dijo con voz triste:

—No tienes razón, Mietta. Tu cólera es injusta. No debes revolverte contra la justicia. Yo, es verdad que voy á andar á tiros, pero será en defensa de los derechos de los pobres; no tengo ninguna venganza que satisfacer.

—No importa. Yo quisiera ser hombre, y batirme. Creo que eso me consolaría.

Pero conociendo por el silencio de Silverio que le había disgustado, la fiebre que la enardecía desapareció, y balbuceó con voz suplicante:

—No te has enfadado, ¿verdad? Tanto me apesadumbra pensar que te vas, que me asaltan ideas muy desagradables, lo confieso. Comprendo que tienes razón, que debo ser humilde; pero....

Y se echó á llorar. Silverio, emocionado, la tomó las manos y se las besó.

—Vaya, no llores; pareces una chiquilla. Sé razonable, mujer. ¡Si no te regaño!.... Sólo

que deseo verte feliz, y como serlo depende de ti....

Aquel drama, cuyo doloroso recuerdo habia evocado Mietta, entristeció á los dos amantes. Siguieron paseando con la cabeza baja y el ánimo conturbado.

—¿Me crees más feliz que tú? (preguntó Silverio.) Si mi abuela no me hubiera recogido y me hubiese criado, ¿qué sería de mí? Aparte mi tío Antonio, que es obrero como yo y me ha enseñado á amar la libertad y la república, todos los demás parientes que tengo pasan por mi lado como si temieran que los manchase.

Poco á poco se fué exaltando. Paróse en medio del camino, deteniendo á Mietta, y prosiguió:

—Dios me oye, Mietta; ni odio ni envidia á nadie. Pero, si llegamos á triunfar, ya les diré yo cuántas son cinco á todos esos caballeros. Ya, ya sabe tío Antonio.... Verás, cuando vuelva, qué libres y qué felices vivimos.

Mietta le atrajo suavemente, y volvieron á ponerse en marcha.

—Quieres mucho á esa señora República

(le dijo tratando de chancearse); pero me quiere más á mí, ¿verdad?

Reía, pero en el fondo de su alma había mucha amargura. Ácaso pensaba que Silverio se dejaba arrastrar demasiado fácilmente por el afán de correr aventuras. El joven repuso con gravedad:

—Tú eres mi mujercita, y tuyo es todo mi corazón. Amo á la república, porque te amo á ti. Cuando nos casemos, necesitaremos mucho bienestar, y para lograr una parte de él me voy mañana. ¿Me aconsejas que me quede en mi casa?

—¡Oh! Nada de eso (exclamó conmovida Mietta). Un hombre, debe ser hombre antes que nada. Perdóname que sea celosa. Mira: quisiera ser tan fuerte como tú, para que me amaras más aún.

Guardó silencio un momento, y luego prosiguió, con una ligereza y una inocencia admirables:

—¡Ah! ¡Con qué gusto te abrazaré y te besaré cuando vuelvas!

Aquel grito, nacido de un corazón enamorado, llegó al fondo del de Silverio. Abrazó á

Mietta, y cubrió de besos sus mejillas. La niña se defendía riendo. Pero en sus ojos había lágrimas de emoción. En torno á los amantes dormía la naturaleza yerta de frío. Habían llegado hasta la mitad de la pendiente. Á su izquierda estaba un montecillo, en cuya cumbre la luna blanqueaba las ruinas de un molino de viento, del cual sólo quedaba en pie la torre medio derruida por un lado. Aquella era la meta que habían señalado los jóvenes á su paseo. Desde que salieron del arrabal, absortos en sus pensamientos, anduvieron sin fijarse en el camino que recorrían. Después que hubo besado en las mejillas á Mietta, Silverio alzó la cabeza, y viendo el molino, exclamó:

—¡Cuánto hemos andado! Mira, ahí está el molino. Deben ser ya cerca de las nueve y media. Es preciso que emprendamos el regreso.

Mietta hizo un mohín de disgusto.

—Vamos un poquito más allá (imploró). Unos pasitos solo. Hasta la senda que cruza el camino.... De veras.... Nada más que hasta allí.

Silverio la volvió á coger por el talle, son-

riendo, y de nuevo emprendieron la marcha por la cuesta. Ya no temían las miradas curiosas é importunas de otros enamorados; desde que dejaron atrás las últimas casas, no habían encontrado alma viviente.

Mas no por eso se descubrieron. Aquel manto, aquel abrigo común, era una especie de nido natural de sus amores. ¡ Les había cubierto durante tantas y tantas noches! Si hubieran continuado su paseo separados, les hubiese parecido á los dos que estaban solitarios y aislados en medio del anchuroso campo. Así juntos, formando un solo ser, estaban más seguros y más confiados. Á través de los pliegues del manto contemplaban aquellos terrenos, sin experimentar esa pesantez que ejercen los dilatados horizontes sobre las ternuras humanas. Parecíales que llevaban en pos de sí su propia casa; gozaban del espectáculo de la campiña, como si contemplasen desde una ventana aquellas tranquilas soledades envueltas en una sábana de melancólica luz, vaga y serena, en el silencio de aquella noche de invierno; admiraban estáticos aquel valle que les encantaba con su belleza, pero que, no obstante su am-

plitud, era incapaz de separar sus dos enamorados corazones, interponiéndose entre ellos.

Habíanse abstraído de tal suerte, que ya no hablaban de nada á ellos ajeno, ni siquiera de ellos mismos: con las manos entrelazadas, cambiando una exclamación á la vista de un pedazo de hermoso paisaje, pronunciando alguna que otra palabra nada más, andaban como si vivieran lejos de la esfera de lo real, dentro de sus propios corazones, en un mundo suyo solamente, subjetivo por excelencia, adormecidos al calor de sus cuerpos. Silverio había olvidado sus entusiasmos republicanos: Mietta ya no se acordaba de que su amante debía separarse de ella á la mañana siguiente, acaso para siempre, pero de seguro por mucho tiempo. Como otras veces, cual si no fuera aquel el postrer paseo, estaban absortos en su dicha, anegados en su ternura.

Seguían andando. Pronto llegaron á la senda que cruza el camino, al punto señalado por Mietta como prolongación de su paseo, al extremo aquel del sendero que conduce á un pueblecillo construído junto al cauce del Viorne. Pero no se detuvieron: continuaron ba-

jando, engañándose mutuamente, fingiendo uno y otro que no habían notado su llegada al sitio de donde no querían pasar.

Algunos minutos después, Silverio murmuró:

—Debe ser muy tarde, Mietta; te vas á cansar.

—No (repuso ella). No lo creas; sería capaz de andar así muchas leguas.

Y con acento mimoso, prosiguió:

—Vamos á llegar hasta el prado de Sainte-Claire. ¿Quiéres? Allí daremos la vuelta.

Silverio, á quien mecía el cadencioso andar de la niña, y que soñaba despierto, no replicó. De nuevo quedaron sumidos en dulce éxtasis. Avanzaban con paso lento, temerosos de llegar al fin y volver á subir la cuesta. Andando hacia adelante, les parecía que caminaban hacia la eternidad de su dicha: retroceder era correr á la separación, á la cruel despedida.

Poco á poco era la cuesta menos pendiente. El fondo del valle está cubierto de prados, que se extienden hasta el Viorne por un lado, y por el otro se pierden en la falda de una serie

de pequeñas colinas. Aquellas praderas, separadas por el río en dos mitades, y por setos vivos entre sí, llámanlas en el país los prados de Sainte-Claire.

—Ya (dijo Silverio, al llegar á las primeras sábanas de hierba), llegaremos hasta el puente.

Mietta soltó una alegre carcajada. Abrazó al joven por el cuello, y le besó con pasión.

El sitio en donde comienzan los setos, la alameda de árboles que bordea el camino, terminaba entonces en dos olmos colosales, mucho más grandes que todos los demás. Las praderas se extienden á lo largo y al nivel del camino desnudo, semejantes á anchas franjas de lana verde, hasta morir en la orilla del río, entre las raíces de los sauces y los chopos.

Desde los últimos olmos al puente, apenas había dos metros; pero la enamorada pareja invirtió más de un cuarto de hora en recorrer tan pequeña distancia. Por fin, no obstante su perezoso andar, llegaron al puente, y se detuvieron.

Delante de sus ojos, destacábase el camino de Niza, remontando la opuesta vertiente del valle, y perdiéndose en un recodo que forman

las quebraduras del terreno, á medio kilómetro escaso del puente.

Al volverse, vieron el otro extremo de la carretera que acababan de recorrer, el que conduce desde el Viorne á Plassans. Á la clara luz de aquella luna de Diciembre, asemejaba una ancha cinta de plata festoneada por dos cordones de sombra. Á derecha é izquierda, las tierras labradas parecían masas de olas grises cortadas por aquella cinta, por aquel camino blanco de hielo, que despedía reflejos metálicos. Y en lo alto de la cuesta, algunas ventanas de las casas del arrabal brillaban, semejantes á estrellas.

Poco á poco habían andado Mietta y Silverio más de una legua. Tendieron la vista sobre el camino recorrido, y llenos de muda admiración contemplaron aquel vasto anfiteatro que subía hasta juntarse con el cielo, y sobre el cual enormes manchas de claridad parecían despeñarse como una cascada gigantesca. Aquella extraña decoración, aquella apoteosis colosal, alzábase enhiesta y fría, con la rigidez de la muerte. Nada más grandioso.

Después, los jóvenes miraron á sus pies.

Por debajo del pretil del puente, sobre el cual estaban apoyados, el Viorne, engrosado por las lluvias, pasaba mugiendo. Arriba y abajo, en medio de las tinieblas que se agolpaban en las quebraduras, distinguíanse las dos hileras de árboles plantados en las orillas; acá y acullá, un rayo de luz, filtrándose por entre las ramas, rielaba sobre el agua como una línea de estaño derretido, semejante al reflejo de un rayo de sol sobre las escamas de una fantástica bestia, y aquellos resplandores corrían misteriosos á lo largo del pardo cauce del torrente, entre los vagos fantasmas del follaje. Parecía aquel valle encantador un mágico retiro, habitado por una población singular de sombras y claridades.

Los enamorados conocían muy bien aquella parte del río: en las cálidas noches del verano, muchas veces habían bajado á sentarse junto á la corriente, para disfrutar un poco de fresco: ocultos entre el ramaje de los álamos de la orilla derecha, habían pasado breves horas sobre la mullida hierba de los prados que llegan hasta el borde del cauce; las piedras que servían de pasaderas cuando el caudal del Viorne

•

disminuía, hasta convertirse en un arroyuelo delgado como un hilo, algunos rincones sombríos en donde habían soñado todas las ternuras de sus amores, les eran familiares. Por eso Mietta contemplaba con tanta envidia la margen querida, desde lo alto del puente.

—Si no hiciera tanto frío (suspiró), bajaríamos á descansar un poco, antes de empezar á subir la cuesta.

Y después de un instante de silencio, siempre con los ojos fijos en la orilla del torrente, prosiguió:

—Mira, Silverio; ¿ves aquel bulto negro delante de la exclusiva? ¿Te acuerdas? Es el montecillo en donde estuvimos sentados el día de Pascua.

—¡Es verdad!—repuso Silverio en voz baja.

Allí fué donde por vez primera osaron cruzar sus inocentes besos. Aquel recuerdo, evocado por la niña, despertó en los dos una sensación deliciosa, una emoción, en la cual estaban mezclados los goces del recuerdo y los afanes de la esperanza. Como iluminadas por un relámpago, surgieron en sus mentes los re-

cuerdos de aquellas veladas deliciosas, sobre todo la de la Pascua, de la cual no habían olvidado ni un detalle; ni el tibio ambiente que los envolvía, ni la fresca humedad que del Viorne se desprendía, ni las cariñosas palabras de su conversación. Al propio tiempo, mientras la memoria del feliz pasado llenaba de dulzura sus corazones, parecíales que penetraban en los arcanos del porvenir; veíanse la una apoyada en el brazo del otro, habiendo ya realizado su ensueño, paseándose por la calle, como lo hacían entonces por la carretera, abrigados debajo del mismo manto. De nuevo se extasiaron en muda contemplación, y fijos los ojos del uno en los de la otra, con las manos entrelazadas y sonriendo, permanecieron extáticos largo rato, ajenos al mundo exterior, envueltos en la pálida luz de la luna.

De pronto Silverio alzó la cabeza; se desembarazó del manto, y prestó atención. Mietta, sobresaltada, le imitó, sin darse cuenta de la súbita actitud de su amado.

Hacía un instante que por los desmontes, entre los cuales se pierde el camino de Niza, percibían un ruido confuso, semejan-

te al traqueteo de un convoy de carretas, apenas discernible, porque lo dominaba el rugido del Viorne. Pero poco á poco fué acentuándose, y asemejó al rumor de pasos de un ejército en marcha. Después distinguióse claro el murmullo de muchas voces, un rodar no interrumpido, extraños ecos de huracán cadenciosos y á compás: parecían el fragoroso estrépito de una tormenta que se acercaba rápidamente, turbando el silencio de la noche. Silverio escuchaba; pero no podía darse cuenta de dónde procedía el rumor aquél, apagado entre los desmontes.

De pronto apareció una masa negra en medio del camino; la *Marsellesa*, cantada con vengativa furia, estalló formidable.

—¡Son ellos...., mis hermanos!....—exclamó Silverio, en un arranque de entusiasta alegría.

Y echó á correr por la cuesta, arrastrando á Mietta. Había junto al camino una loma cubierta de verdes encinas; remontáronla los dos jóvenes, y en ella se acogieron para no ser envueltos por la multitud.

Desde allí, entre la sombra del follaje, la

joven, un poco pálida, miró con pena á aquellos hombres, cuyos cánticos lejanos habían bastado para arrancar á Silverio de entre sus brazos. Parecióle que la banda en masa se interponía entre ellos. ¡Eran tan dichosos hacía pocos instantes, cuando, tan solos, tan estrechamente unidos, en medio del silencio de la noche, bañados por la pálida luz de la luna estaban! Y ya Silverio, con la cabeza vuelta, prescindiendo de ella en absoluto, ¡sólo tenía ojos para una masa de hombres desconocidos, á los cuales llamaba hermanos!

La banda bajaba con un ímpetu soberbio, irresistible. Nada más sublime que la invasión de aquel puñado de hombres en la paz silenciosa y helada de tan solitarios lugares. El camino asemejaba violento é inagotable torrente de humanas cabezas; á cada instante una nueva masa negra y movable doblaba el recodo del camino, y unía la voz de muchos pechos á la tempestad de frenético entusiasmo. Cuando aparecieron los postreros batallones, resonó un estallido ensordecedor. La *Marselesa* llenó los ámbitos, como si procediera de infinitas gargantas de gigantes, reper-

cutiendo en colosales bocinas que vibraban, con rudeza de clarines de guerra, por todos los rincones del valle. La adormecida campiña, despierta con sobresalto, se estremecía como un tambor al redoblar sobre el parche los duros palillos, y temblaba hasta en sus entrañas, repercutiendo los ecos del himno nacional. Y ya no fué sola la banda la que cantó; por entre las rocas más lejanas, por entre los terruños, por entre los grupos de árboles, y á través de la maleza, parecían resonar voces humanas: el ancho anfiteatro que sube desde el río á Plassans, y la colosal cascada de rayos de luna, parecían invadidos por un pueblo de fantásticos é invisibles seres, que aclamaban á los insurrectos: y en el fondo de las encrucijadas del valle, entre las altas riberas del Viorne, á lo largo de la corriente, nielada por relucientes chorros de estaño derretido, no había ni un agujero, ni un oscuro rincón, en donde no resonara el grandioso himno, como si hombres escondidos allí lo repitieran. La llanura, estremecida en el aire y en el suelo, gritaba venganza y libertad. Mientras el pequeño ejército bajaba la cuesta, el popular ru-

gido rodó en sonoras oleadas, interrumpidas por bruscas sacudidas, haciendo trepidar hasta las piedras del camino.

Silverio, pálido de emoción, era todo ojos y todo oídos. Las primeras filas de insurrectos arrastraban en pos de sí aquella extensa masa negra y mugidora, la cual, á la luz de la luna, se dirigía rápida hacia el puente.

—Yo creí que no teníais que pasar por Plassans—murmuró Mietta.

—Habrán modificado el plan de campaña (repuso Silverio). Debíamos llegar á la capital por el camino de Tolón, dejando á la izquierda á Plassans y Orchères. Sin duda salieron de Alboise al mediodía, pasando por Tulettes al obscurecer.

En esto llegó adonde estaban los jóvenes la cabeza de la columna. Reinaba en el pequeño ejército más orden y disciplina que era de esperar de un puñado de hombres sin organización militar. Los contingentes que habían suministrado cada ciudad ó cada pueblo, iban reunidos, y estaban separados todos entre sí por compañías. Cada una parecía obedecer á un jefe. Pero en la cuesta habíanse acercado, y

formaban en masa compacta, sólida, poderosa, invencible.

Eran unos tres mil hombres, impulsados en una sola pieza por el huracán de la cólera. En la sombra que proyectaban los altos ribazos de la carretera, no se distinguían bien los detalles de esta escena. Pero á cinco ó seis pasos del bosquecillo donde Mietta y Silverio se habían escondido, el terraplén de la izquierda estaba cortado para dar paso á una senda que seguía á lo largo del Viorne; y la luna, á través de aquella abertura, dibujaba sobre la carretera una ancha banda de plateada luz.

Cuando los primeros grupos de sublevados entraron en el terreno aquel iluminado por la luna, encontráronse de pronto envueltos en blanca claridad, y á virtud de ella se distinguían con extraordinaria exactitud los más leves rasgos de sus fisonomías y los menores detalles de sus trajes. Á medida que desfilaban, los jóvenes pudieron verles cara á cara, feroces, renaciendo sin cesar, surgiendo bruscamente de las tinieblas.

Aunque estaba tan oculta que no podían verla siquiera aquellos hombres, al aparecer

los primeros, Mietta, por un movimiento instintivo, se estrechó contra el pecho de Silverio, pasándole el brazo por el cuello y apoyando la cabeza en su hombro. Con el rostro encuadrado por la capucha del manto, pálida, erguida, fijaba los ojos con miedo en aquel cuadro de luz por el cual atravesaban rápidamente aquellos hombres, transfigurados por el entusiasmo, con las bocas abiertas semejantes á puntos negros, llenas por el grito vengador de la *Marsellesa*.

Silverio, á quien sentía temblar junto á ella, acercó los labios al oído, y fué diciéndola de qué pueblo procedía cada uno de los grupos, á medida que iban pasando.

Las fuerzas avanzaban formadas de á ocho en fondo. Á la cabeza iban una porción de buenos mozos, de cabezas cuadradas, que parecían dotados de fuerzas hercúleas y de una sencillez de gigantes. La república debía encontrar en ellos ciegos é intrépidos defensores. Traían al hombro afiladas hachas, que relucían heridas por los rayos de la luna.

—Son los carboneros de los montes de la Seille (dijo Silverio). Forman el cuerpo de za-

padores. Si sus jefes se lo mandan, capaces son de llegar hasta París echando á bajo todas las puertas de las ciudades á hachazos, ni más ni menos que si fueran alcornoques de la sierra.

El joven hablaba orgulloso de la fuerza de los puños de sus hermanos. Viendo pasar un grupo de obreros y de campesinos con luegas barbas y rostros atezados por el sol, prosiguió :

—Estos son los de Palud. Es el primer arrabal que se ha sublevado. Los de blusas son los obreros de la fábrica de corcho, y los otros, los que llevan trajes de pana verde, cazadores y carboneros de las gargantas del Seille.... Los cazadores conocieron á tu padre, Mietta; tienen buenas armas, y las manejan maravillosamente.... ¡ Ah! ¡ Si todos estuvieran armados como ellos! Pero nos faltan fusiles. Mira, mira los obreros: no llevan nada más que palos.

Mietta, muda y temblorosa, no apartaba la vista del camino. Cuando Silverio nombró á su padre, la sangre coloreó su rostro.

Con las mejillas abrasando y la mirada ar-

diente, contemplaba á los cazadores colérica, pero sintiendo por ellos simpatía. Desde aquel instante estremecíase febril al escuchar el canto de los insurrectos.

La columna, que de nuevo había comenzado la primera estrofa de la *Marsellesa*, bajaba la cuesta como impulsada por el áspero soplo del mistral. Á los de Palud seguía otra turba, entre la cual se veían muchos hombres vestidos con gabanes.

—Ahí están los de Saint-Martin de Vault (prosiguió Silverio). Este pueblo se ha levantado casi al mismo tiempo que Palud. Los fabricantes se han unido á los obreros. Hay entre ellos gente muy rica, Mietta: gente que podía vivir muy tranquila en su casa, y va á jugarse la vida en defensa de la libertad. Es menester respetar mucho á esos ricos. Pero, mira, también les faltan armas. Sólo tienen alguna que otra escopeta. ¿Ves esos que llevan una cinta roja al brazo? Pues son los jefes.

Pero Silverio hablaba más despacio que pasaba la gente. Aún estaba hablando de los de Saint-Martin de Vault, cuando ya habían llegado otros dos batallones.

—¿Te has fijado en esos que ya pasaron? Son los de Alboise y los de Tulettes. He reconocido al leñador Burgat. Hoy mismo deben haberse reunido con los sublevados. Mira, mira cómo corren....

Mietta se inclinaba hacia adelante para ver más tiempo á las masas que Silverio le iba designando. Temblaba de pies á cabeza, y tenía el pecho y la garganta oprimidos. En esto apareció un batallón más numeroso y mejor disciplinado que los otros. Los que lo formaban traían casi todos blusas azules y un cinturón rojo; parecían uniformados, y en medio de ellos iba uno á caballo, con un sable á la cintura. La mayor parte de ellos traían carabinas, tercerolas ó antiguos fusiles de la guardia nacional.

—Á estos no los conozco (dijo Silverio). El de á caballo debe ser el jefe de quien me hablaron. El fué quien sublevó á los de Faverolles y los de las aldeas vecinas. ¡Si toda la columna estuviera tan bien equipada!

No tuvo tiempo de cobrar aliento, porque apareció otro grupo muy pequeño.

—¡Ah! Mira: estos son los del campo.

En efecto : detrás de los de Faverolles, seguían varios pequeños grupos de diez á veinte hombres, con trajes de campesinos del Mediodía. Cantando, blandían hoces y bieldos ; algunos no llevaban más que palos y layas. Hasta las aldeas habían enviado todos los hombres útiles.

Silverio, que distinguía los grupos por los jefes, los fué nombrando con febril entusiasmo :

—Los de Chavanoz (dijo) : sólo hay ocho, pero fuertes y vigorosos; tío Antonio los conoce. Mira, esos otros son los de Nazères, y aquellos los de Poujols. ¡ Todos están !.... ¡ Ni uno falta ! ¡ Los de Valqueyra ! ¡ Mira ! ¡ Mira ! Hasta el señor Cura es de la partida ; me han hablado de él.... Es un buen republicano.

Hablando así, se embriagaba. Como las fuerzas que pasaban eran muy varias, tenía que nombrar los grupos con suma rapidez, y parecía un loco hablando tan de prisa.

—¡ Ah, Mietta ! ¡ Qué hermoso desfile ! (prosiguió Silverio.) ¡ Rozan ! ¡ Vernoux ! ¡ Corbière ! ¡ Y mira, más todavía ! ¡ Ahí vienen los de Saint-Eutrope ! ¡ Mazet ! ¡ Los de Gordes ! ¡ Marsanne ! ¡ Todos los de las riberas del Seille !

¡Bravo, bravo, valientes! No traen más que sus guadañas, pero con ellas segarán los cuellos de los soldados como si fueran tallos de hierba. ¡Venceremos! Todo el país está con nosotros. ¡Mira bien los brazos de esos hombres duros y negros como el hierro! Vamos, ya acaba el desfile. ¡Mira los de Pruinas, los de Roches-Noires! Estos últimos son todos contrabandistas; por eso llevan carabinas.... Y esos, los de Castel-le-Vieux, Sainte-Anne, Graille, Estourmel y Murdaran, aunque sólo traen hoces, ya verás cómo saben batirse.

Y con voz ahogada por la emoción, acabó de enumerar aquellos grupos de hombres que pasaban como si un torbellino los arrebatara. Con el alma henchida de entusiasmo, y los ojos centellantes, señalaba con actitud nerviosa á los sublevados. Mietta miraba con profunda atención. Sentíase atraída, como si el camino fuera un abismo, y para no resbalar á lo largo de la pendiente, se aferraba al cuello de Silverio. De aquella multitud embriagada, se desprendía una especie de efluvio entusiasta que infundía valor y fe. Uno y otra impulsaban á aquellos hombres, vistos un instan-

te al cruzar por un claro del camino, á la luz de un rayo de luna, á aquellos adolescentes, á aquellos hombres maduros, y hasta ancianos algunos, blandiendo extrañas armas, vestidos con trajes tan distintos, llevando unos la blusa distintiva del obrero, y otros el gabán del burgués; aquellas filas interminables de cabezas, á la luz de la luna y en aquellas circunstancias, ofrecían un aspecto de esos que se graban en la mente para no borrarse jamás. Mietta los miraba, y ante sus ojos cruzaban con la impetuosidad de una tormenta. Momentos había, en los cuales la parecía que no andaban, que estaban plantados é inmóviles, cantando la *Marsellesa* con sus voces roncadas, que resonaban formidablemente. No podía entender la letra; sólo escuchaba un rugido continuo que recorría una escala de sonidos, desde los más graves, que la retumbaban en la cabeza, hasta los más agudos, que, semejantes á espinas, se la clavaban á empujones en las carnes. Aquel rugido de la sedición, aquel requerimiento al combate y á la muerte, con sus estremecimientos de cólera, sus abrasadores deseos de libertad, su extravagante mezcla de afanes de sangre y de sublimes

impulsos , llegábanle al fondo del alma con mayor ruido á cada alteración del compás. Aquel desfile que sólo duró unos cuantos minutos, pareció á los jóvenes interminable.

Mietta era una niña. Palideció al aproximarse el pequeño ejército, lloró viendo que Silverio la postergaba; mas era una criatura valerosa, una naturaleza ardiente, que con facilidad se dejaba arrebatar por el entusiasmo : por eso la emoción se apoderó de ella por entero. De buena gana hubiera tomado un fusil y seguido á los revoltosos. Á medida que iban pasando aquellos hombres armados de fusiles y de guadañas, los dientes de la joven aparecían más blancos entre sus frescos labios, semejantes á las presas de un lobo ansioso de morder. Y cuando oyó á Silverio designar una por una las procedencias de las facciones, antojábasele que el impulso de la columna se aceleraba á cada palabra suya. Bien pronto le pareció que aquella turba envuelta en polvo era un torbellino impulsado por la tempestad: que toda giraba en torno suyo, y cerró los ojos, y gruesas y abrasadoras lágrimas surcaron sus mejillas.

Á su vez, Silverio sentía que el llanto le asomaba á los lagrimales.

—No veo á los hermanos que salieron de Plassans al mediodía,—murmuró.

Y procuró alcanzar con la vista el extremo de la columna, que se perdía en la obscuridad. De pronto lanzó un grito ahogado, revelador de su alegría.

—¡ Ah ! ¡ Míralos ! ¡ Traen la bandera ! ¡ Les han confiado la bandera !

Y por un movimiento tan espontáneo como inconsciente, se dispuso á saltar de su escondite á la carretera ; pero en aquel instante la columna de insurgentes hizo alto. Una orden del jefe recorrió las filas de la cabeza á la cola.

El cántico aquél, la *Marsellesa*, se extinguió con un rugido, y sólo se percibió ya el murmullo de las conversaciones de la multitud. Silverio oyó la orden, que era dirigida á los procedentes de Plassans : se les mandaba formar á la cabeza. Al ver que los batallones se estrechaban para dejar pasar á la bandera, Silverio arrastró á Mietta, diciéndole:

—Ven, anda ; que podemos llegar antes que ellos al otro lado del puente.

Cuando llegaron á lo alto del desmonte, corrieron á través de las tierras labradas, y dieron en el molino, cuyo exclusiva interceptaba el río. Atravesáronle por una tabla que los molineros habían tendido sobre las dos pilastras de la compuerta, cruzaron diagonalmente los prados de Sainte-Claire, siempre cogidos de la mano, corriendo sin cesar y sin pronunciar palabra. La columna de insurrectos parecía una larga línea sombría, y los dos jóvenes siguieron la paralela por los barbechos al nivel de los setos. Había en éstos algunos que otros agujeros, y por uno Mietta y Silverio saltaron á la carretera. Á pesar de haber tenido que dar un gran rodeo, llegaron á la cabeza de la columna al mismo tiempo que los insurrectos procedentes de Plassans. Silverio cambió con varios entusiastas algunos apretones de manos. Debían creer los más apartados de ellos, que, sabedor de la llegada de las fuerzas insurrectas, había ido á incorporarse á ellas.

Mietta, cuyo rostro apenas se distinguía, envuelto en el capuchón casi del todo, era objeto de la general curiosidad.

—¡Calla! ¡Es la Chantegreil (dijo uno del arrabal); la sobrina de Rebufat, el arrendador de Jas-Meiffren.

—¿De dónde sales tú, correntona?—dijo otro.

Silverio, ebrio de entusiasmo, no había pensado en las chanzonetas á que daría margen la presencia de Mietta entre los obreros. Ésta, confusa, le miraba como implorando protección y socorro. Pero antes de que pudiera abrir los labios siquiera, de un grupo salió una voz, y estas brutales palabras llegaron á oídos de la niña :

—Su padre está en presidio. Y nosotros no queremos entre nosotros sangre de asesinos y ladrones.

Mietta palideció hasta la lividez.

—¡Mentís! (gritó.) Si es verdad que mi padre mató, no fué ladrón.

Y viendo que Silverio apretaba los puños con rabia, más pálido y más tembloroso aún que ella, prosiguió:

—Deja. Esto me toca á mí.

Y volviéndose hacia el grupo, repitió con fiereza :

—¡Mentís! Mi padre jamás robó un céntimo. Todos lo sabéis. ¡Cobardes! ¿Por qué lo insultáis cuando no puede defenderse?

Habíase erguido soberbia y altanera. Su naturaleza ardiente, casi salvaje, aceptaba con calma la acusación de asesinato; pero ante la de robo se exasperaba. Todos lo sabían, y por eso la multitud se lo echaba frecuentemente en cara: la malevolencia es patrimonio de la humanidad; es la manifestación genuina de lo que el hombre tiene de la bestia.

Por lo demás, el que llamó ladrón al padre de Mietta, sólo repitió lo que decía el vulgo. Al ver la actitud de la joven, los obreros comenzaron á bromear. Silverio seguía apretando los puños. Iba la cuestión tomando mal aspecto, cuando un cazador del Seille, que se había sentado encima de un acopio de piedras, esperando que de nuevo le dieran orden de marchar, acudió en socorro de la niña.

—Tiene razón la chica (dijo). Chantegreil era uno de los nuestros; yo le conocí. El negocio no estaba claro; pero yo siempre creí sus declaraciones ante los jueces. El gendarme que mató cazando, le tenía ya encañonado con su cara-

bina. Se defendió, é hizo bien, ¡qué diablo! Pero lo que es en cuanto á robar.... Chantegreil era un hombre honrado, incapaz de ser ladrón.

Como sucede siempre en tales ocasiones, bastó el testimonio del cosario para que Mietta encontrara defensores entre los obreros. Varios de ellos aseguraron que le habían tratado íntimamente.

—Sí, sí, es verdad (dijeron). No era ladrón. No hay pocos pillos en Plassans que debían estar en presidio con más razón que él. Chantegreil era uno de nuestros hermanos. ¡Vamos, tranquilízate, chiquilla!....

Era la primera vez que Mietta oía hablar bien de su padre. Por lo común, tratábanle de vagabundo y bandido á su presencia, y hallar algunas buenas almas que le declaraban hombre de bien, y le disculpaban con palabras de perdón, henchíale el alma. Rompió á llorar; de nuevo sintióse invadida por igual emoción que la que la *Marsellesa* la había producido, y buscaba manera de manifestar su gratitud á aquellos hombres que se mostraban benevolentes con el desgraciado. Hubo un momento en el cual pensó estrechar la mano de todos, como si fuera

un muchacho. Pero en su corazón de mujer surgió un sentimiento más agudo y más expresivo. Junto á ella estaba el que llevaba la bandera. Cogió el asta de ella, y, en muestra de gratitud, dijo conmovida:

—Dádmela; yo la llevaré.

Los obreros, de suyo sencillos, comprendieron el alcance de aquella sublime y sencilla manifestación.

—¡Eso, eso! La Chantegreil llevará la bandera.

Un leñador hizo notar que se cansaría pronto, y no podría seguirles. Pero ella, remangándose el ropón, y descubriendo sus redondos brazos, tan robustos como los de una mujer ya hecha, exclamó:

—No, no temáis; soy más fuerte de lo que os figuráis....

Y viendo que le ofrecían la bandera, dijo:

—Esperad.

Quitóse el abrigo, se le puso del revés, y apareció, á la pálida luz de la luna, cubierta con un mantón escarlata, que la llegaba hasta los tobillos. La capucha se le había enganchado en el cabello, y parecía un gorro frigio. Tomó

la bandera por el asta , estrechóla contra el pecho , y quedó envuelta en los pliegues de aquella sangrienta enseña que colgaba detrás de ella. Su hermosa cabeza , con sus rizosos cabellos , húmedos los ojos y entreabiertos los labios por infantil sonrisa , irguióse , volvióse al cielo , y en aquella actitud quedó la joven semejante á la estatua de la virgen Libertad.

Los insurrectos la aclamaron. Aquellos meridionales , de imaginación viva y exaltada , llenos de entusiasmo ante la brusca aparición de aquella niña , que apretaba contra el seno la enseña de sus ideales , dieron rienda suelta al entusiasmo , y prorrumpieron en frenéticos vítores.

—¡ Viva la Chantegreil ! ¡ Que se quede con nosotros para que nos traiga buena suerte !— gritaban.

Hubiéranla aclamado más aún , si no les interrumpiera la orden de formar. Mientras las filas se ordenaban , Mietta apretó la mano de Silverio , que se había colocado junto á ella , y le dijo al oído :

—Ya ves que quieren que me quede con vosotros.... Contigo.... ¡ Eh ! ¿ Qué te parece ?

Por toda respuesta, el joven la apretó á su vez la mano. Aceptaba, henchido de entusiasmo y emoción. ¡Habíale parecido Mietta tan hermosa, tan grande, tan santa! Mientras subieron la cuesta, vióla delante de sí envuelta en purpúrea luz. Confundíala con una adorada encarnación, con un ideal idolatrado: la República. Ansiaba llegar y sentir el peso del fusil sobre el hombro. Entretanto, la columna avanzaba entre las dos hileras de árboles de la carretera, semejante á una gigantesca serpiente, cuyos anillos temblaban al moverse. De nuevo reinaba el silencio de aquella helada noche de Diciembre, y sólo le interrumpían el murmullo de las pisadas del pequeño ejército, y el lejano rugido del Viorne.

Cuando dieron vista al arrabal, Silverio se adelantó para recoger su fusil, escondido en el solar de Saint-Mitre, que, á su vez, parecía adormecido entre las caricias de los blancos rayos de la luna. Delante de la Puerta de Roma alcanzó á la columna. Mietta se inclinó hacia él, y le dijo con su sonrisa de niña gozosa:

—Me parece que voy en la procesión del *Corpus* y llevo la bandera de la Virgen Santísima.

II.

Plassans es una subprefectura que cuenta muy cerca de diez mil almas. Está construida sobre la meseta que domina el Viorne, y por la parte Norte sírvenle de abrigo las colinas de Garrigues, una de las últimas estribaciones de los Alpes : de suerte, que la ciudad parece encerrada en un callejón sin salida.

El año 1851 no tenía otros medios de comunicación con el resto del país que dos carreteras; la de Niza por el Este, y la de Lyon por el lado opuesto, que corren paralelas. Luego fué construida la línea férrea que pasa por la parte Sur, más abajo de la cuesta que va desde las antiguas fortificaciones hasta el río.

Hoy, apenas se sale de la estación, situada sobre la ribera derecha del pequeño torrente, basta levantar la cabeza para distinguir las primeras casas de Plassans, cuyos jardines forman una especie de terraza. Pero es menester andar

más de un cuarto de legua para llegar hasta ellas.

Hace veinte años, debido sin duda á la falta de medios de comunicación, ninguna ciudad mejor que Plassans conservaba el carácter santurrón y aristocrático de las antiguas ciudades de la Provenza. Entonces, y ahora subsiste, había en ella un barrio de grandes casas, de las épocas de Luis XIV y Luis XV, una docena de iglesias, varios conventos de jesuítas y capuchinos, y un número muy considerable de comunidades de monjas. Efecto de la división de los barrios, la diferencia de clases ha existido siempre. En Plassans hay tres, completamente separadas por sus iglesias, sus paseos, sus costumbres y sus aspiraciones.

El barrio de los nobles, que llaman de Saint-Marc, por ser esta la advocación de la parroquia, es un pequeño Versailles, de calles tiradas á cordel, llenas de hierba, y cuyas casas cuadradas ocultan magníficos jardines : este barrio ocupa la parte Sur de la ciudad, en la parte baja de la meseta, y algunos hoteles, contruidos al borde mismo de la cuesta, tienen tres ó cuatro terrazas en escalera, y son puntos de vista

muy celebrados en el país. El antiguo barrio, la antigua ciudad, se extiende semejante á una red de callejuelas estrechas y tortuosas, bordeadas por ruinosos paredones : en esta parte de la población están el ayuntamiento , el tribunal civil, el mercado y el cuartel de la gendarmería : es la parte de Plassans más populosa, y está ocupada por obreros, comerciantes y otra gente menuda y miserable. La parte nueva forma una especie de cuadrilátero al Noroeste: los burgueses , los que han hecho céntimo sobre céntimo una fortuna, y todos aquellos que ejercen una profesión liberal, habitan en ella, en casas bien alineadas, y cuyos frontispicios parecen iguales, porque todos están pintados al fresco de un medio color amarillento. Este barrio, al cual da cierto carácter la subprefectura , churriguesco edificio, lleno de rosetones , apenas contaba cinco ó seis calles en 1851 ; es de edificación muy reciente, y su engrandecimiento arranca de la construcción del camino de hierro.

La razón de que aún en nuestros tiempos subsista la separación de tres independientes y distintas clases, procede de que cada barrio está separado de los otros por grandes calles. La ave-

nida de la Sauvaire y la calle de Roma, que son una especie de prolongación una de otra, se extienden de Oeste á Este desde la Grand-Porte á la puerta de Roma, y cortan la ciudad en dos mitades, dejando á un lado el barrio aristocrático y al otro los otros dos. Éstos, á su vez, están separados por la calle de la Banne, la más hermosa de la ciudad, que, naciendo en el extremo de la avenida de la Sauvaire, sube hacia el Norte, dejando á la izquierda las negras viviendas de los antiguos barrios, y á la derecha las amarillas de los nuevos. Hacia el centro de esta calle, y en medio de una plazoleta adornada por árboles raquíticos, está la subprefectura, monumento del cual están muy orgullosos los burgueses de Plassans.

Como si quisiera aislarse más, la ciudad se encuentra rodeada por una serie de antiguas fortificaciones, que no reportan más utilidad, hoy por hoy, que hacerla más negra y más estrecha. Estas murallas, que podrían destruirse á balazos, tan altas y tan resistentes como las tapias de un convento, están corroídas por el muérdago y los alhelíes salvajes. En varios sitios están abiertas por salidas, de las cuales son

las más principales la puerta de Roma sobre el camino de Niza, y la Grand-Porte que da acceso al de Lyon al otro extremo de la ciudad.

Hasta 1853, estas puertas tuvieron gruesas hojas de madera chapeadas de hierro, que á las once de la noche en verano, y á las diez en invierno, eran cerradas con llave. La población, después de quedar así encerrada como una joven miedosa, entregábase al reposo. Guardas que dormían en garitas colocadas junto á cada puerta, eran los encargados de abrir y dar paso á los que se retardaban extramuros.

Pero no sucedía esto sin muchas precauciones y no pocos dimes y diretes. El guarda no dejaba pasar á nadie sin haberle visto la cara, iluminándosela con una linterna á través de un ventanillo, y bastaba la menor sospecha para que el retrasado en entrar tuviera que dormir al raso.

En este afán de encerrarse se revelaba el carácter de la ciudad, poltrona, egoista, rutinaria, enemiga de todo la que pudiera venir de fuera á interrumpir su silencio religioso, su vida claustral. Después de corridos los cerrojos, pensaba todo Plassans, «estamos en nuestra

casa», con la fruición de un burgués que, sin temor de ser robado, seguro de que ningún escándalo le ha de despertar, reza sus oraciones y se mete en la cama. Creo yo que no habrá en el mundo otra ciudad más refractaria á salir de su rutina ni que más haya tardado en abandonar sus costumbres monjiles.

La población de Plassans está dividida en tres grupos, tantos como barrios y como círculos sociales. Pero en ellos no hay que incluir á los empleados del gobierno, al subprefecto, al recaudador de contribuciones, al registrador de hipotecas, al administrador de correos, y otros funcionarios, que son poco estimados en el país, y á los cuales tolera tan sólo la población. Ésta, la población propiamente dicha, los habitantes naturales de Plassans, que allí nacieron y crecieron, y que están firmemente resueltos á morir en su pueblo natal, respetan muchísimo los usos establecidos y las clases tal como están divididas, y por nada del mundo sería capaz ninguno de ellos de invadir el círculo que no le es propio.

Los nobles viven en perpetua clausura. Desde la caída de Carlos X apenas salen, y si al-

guna vez lo hacen por necesidad, parece que un secreto afán los aguijonea para que vuelvan á sus casas, andan furtivamente, y cualquiera diría que están en país enemigo. No visitan á nadie, ni aun entre ellos mismos se tratan. Sólo algunos curas frecuentan aquellos desiertos salones. En verano habitan los castillos que poseen en los alrededores de la población, y en invierno pasan el tiempo solitarios al lado de sus hogares. Son muertos que se aburren de existir: así es que en su barrio reina la misma calma que en un cementerio. Tienen las puertas y las ventanas cerradas á piedra y lodo, de suerte que sus casas parecen una serie de conventos, ajenos á todo lo que está fuera de sus recintos. De vez en cuando cruza un cura por las calles, y su andar discreto hace resaltar más y más aquella tranquilidad sepulcral; luego desaparece por uno de los mudos portalones, y todo vuelve á quedar como una tumba, frío y silencioso.

Los burgueses, los comerciantes retirados, los abogados, los escribanos, todo aquel pequeño círculo bien acomodado y ambicioso que puebla la parte nueva de la ciudad, trata en

vano de dar algo de vida á Plassans. Frecuentan las reuniones de casa del subprefecto, y sueñan con dar análogas fiestas á sus iguales. De buen grado se procuran popularidad, halagan á los obreros con familiaridades que juzgan muy dignas de agradecimiento, hablan con los labradores de las cosechas, leen diariamente los periódicos, y los domingos salen á pasear en familia. Éstos son los únicos que se atreven á burlarse de las murallas y representan el espíritu de progreso en la ciudad; hasta se atrevieron á hablar de urbanización, encajando la necesidad de demoler aquellos paredones, vestigios de otras edades. Pero no obstan sus ideas avanzadas para que el más escéptico de todos ellos se ponga orondo y lleno de alegría cuando algún marqués ó algún conde se digna honrarle con un protector saludo. El sueño dorado de cualquier burgués de Plassans es ser recibido en los salones de un aristócrata del barrio de Saint-Marc. Mas como quiera que saben hasta qué punto es irrealizable su ensueño, desquítanse de su despecho presumiendo de libre-pensadores, aunque lo son nada más de palabra, porque al menor asomo

de conmoción popular, ya están buscando amparo en la autoridad, y echándose en brazos del primer salvador que se les ofrece.

El grupo que trabaja y vejeta en el antiguo barrio, no es tan concreto en su formación. El pueblo y los obreros constituyen mayoría en él, pero también figuran entre ellos algunos comerciantes pequeños, y unos pocos, muy pocos, mercaderes de alto coturno.

En honor de la verdad sea dicho, está muy lejos Plassans de ser un centro importante de comercio: éste redúcese á cambiar por otros productos los naturales del país; el aceite, el vino y la almendra. Cuanto á industria, está representada por tres ó cuatro curtidores que apestan una de las calles del barrio antiguo; varios sombrereros diseminados por todo él, y una fábrica de jabón, relegada á un extremo del arrabal.

Este pequeño círculo industrial frecuenta el trato de los burgueses en las grandes festividades; pero de ordinario vive entre los trabajadores de la parte vieja de la población. Comerciantes, grandes y chicos, y obreros, tienen intereses comunes que los unen, haciéndoles

constituir una sola familia. Los domingos tan sólo, los amos se lavan las manos y forman rancho aparte.

Un quinto del vecindario de la ciudad está constituído por obreros, que habitan diseminados, y pululan, mezclándose con los vagabundos por las calles.

Sólo una vez por semana, cuando hace buen tiempo, se encuentran reunidos los tres barrios de Plassans. El domingo, después de vísperas, la población entera se dirige á las alamedas de Sauvaire; hasta los mismos aristócratas obedecen á la costumbre de vez en cuando. Pero en aquella especie de *boulevard*, plantado de árboles á uno y otro lado, se establecen tres corrientes perfectamente distintas. Los burgueses del barrio moderno sólo pasan una vez por él, salen por la Grande-Porte, toman por la derecha, y pasean arriba y abajo por la avenida del Mail, hasta que empieza á obscurecer. Entretanto, la aristocracia y el pueblo comparten el *boulevard*. Hace más de un siglo, la nobleza escogió para pasear la calle de plátanos, que está más al Sur, en la cual hay muchos hoteles, y que es la primera

de la cual el sol se retira; el pueblo, á su vez, recorre la otra, que corresponde al Norte: en ella están los cafés, las fondas y los estancos. Allí cada clase social en su campo, da vueltas y más vueltas, sin que, á no ser por rara casualidad, un aristócrata ó un proletario invada el que no le pertenece. Forman dos líneas paralelas, como si en este mundo no debieran nunca encontrarse los que por las dos calles pasean: están separadas sólo por algunos metros, y tan corto espacio material, en el orden moral, y con respecto á los que las frecuentan, equivale á millones de leguas. Hasta en épocas revolucionarias, cada una de aquellas colectividades ha conservado su paseo. Este reglamento, no escrito, pero pacientemente obedecido por todos, es otro antecedente, como la costumbre de cerrar las puertas por las noches, para servir de término de comparación al juicio que los habitantes de Plassans merecen que de ellos se tenga.

En este medio ambiente particular vegetó hasta 1848 una familia obscura y poco considerada en la ciudad, cuyo jefe, Pedro Rougon, figuró más tarde, y tuvo cierta importancia, merced á especiales circunstancias.

Pedro Rougon era hijo de un labrador. La familia de su madre, los Fouque (así los llamaban), poseía, á fines del siglo pasado, una extensa propiedad situada en el arrabal, detrás del antiguo cementerio de Saint-Mittre; más adelante, este terreno fué incorporado al Jas-Meiffren. Los Fouque eran los labradores más ricos del contorno; surtían de hortalizas á todo un barrio de Plassans.

Algunos años antes de la revolución del 89, se extinguió en una hembra el nombre de la casa.

Adelaida, nacida en 1768, quedó huérfana á los diez y siete años. Aquella joven, cuyo padre murió loco, era muy alta, delgada, pálida, de mirar extraviado y singulares ademanes, que, mientras fué niña, bien pudieron atribuirse á su carácter áspero y huraño; pero á medida que fué creciendo, hacía-se más rara todavía. Hizo varias cosas que los más prudentes y avisados del barrio no supieron explicarse razonablemente, y desde aquel punto comenzó á correr la voz de que tenía el cerebro huero como su padre. Estaba sola en el mundo seis meses hacía apenas, y era dueña de un patrimonio tan considerable, que representaba

un gran partido; de la noche á la mañana, los mejor enterados de su vida íntima, quedaron perplejos al saber que iba á casarse con un jardinero llamado Rougon, procedente de los Bajos Alpes, y famoso por su rudeza y brutalidad. El tal Rougon entró al servicio del último Fouque, y, después de la muerte de éste, quedóse al servicio de la hija. De súbito pasó de criado á marido. Este matrimonio fué origen de infinitos cabildeos: nadie se explicaba por qué Adelaida prefería á un pobre diablo, brutal, ordinario, que apenas sabía hablar francés, al sinnúmero de mozos, hijos de buenas casas del país, que hacía largo tiempo andaban rondándola. Y como en los pueblos nada puede quedar sin explicación, bien pronto encontró la maledicencia conseja sobre la cual fundar tan extraña conducta: sentóse como seguro que el matrimonio habíase hecho indispensable entre gentes honradas, como Adelaida y el montañés. Pero los hechos se encargaron de desmentir la historia aquella. Adelaida tardó en parir un año justo.

No por esto cedió la chismografía: el arrabal no podía consentir que se le dejara por

embustero; necesitaba explicarse el hecho calificado de extraordinario, y los Rougon fueron en adelante objeto del más severo espionaje.

Á poco, otro cuento tomó cuerpo, corriendo de boca en boca: fundábase en un acontecimiento nuevo, y todavía más raro, si cabe, que el primero. Rougon murió de repente, á los diez y nueve meses de su matrimonio, de resultas de una insolación que tomó entrecavando un campo de zanahorias, después de comer.

Antes de un año la viuda dió un gran escándalo. Súpose de cierto que tenía un amante; no hacía nada por ocultarlo; muchos aseguraban haberla oído tutear en público al sucesor del pobre Rougon. ¡Tener un amante antes de cumplir el año de viudez! ¡Qué horror! ¡Aquello era inaudito! Semejante olvido de las conveniencias sociales era monstruoso y fuera de toda razón. Y lo que más hizo que el escándalo llegase al colmo, fué la extraña elección de Adelaida.

Vivía en el fondo del callejón de Saint-Mittre un hombre de mala nota, al cual todos nombraban con desprecio, diciendo: «ese vagabundo de Macquart». Por espacio de sema-

nas enteras desaparecía, para tornar á exhibirse luego con las manos vacías, silbando y paseando como si tal cosa. Las mujeres, que le veían pasar, sentadas en los umbrales de sus casas, decían: «¡Calla! ¡Ya está ahí ese vagabundo de Macquart! Habrá escondido el fardo y la escopeta en algún barranco del Viorne, y ahora viene como quien nunca rompió un plato.» La verdad era que aquel hombre no tenía rentas, y, sin embargo, durante las cortas temporadas que pasaba en Plassans comía, bebía, gastaba y triunfaba, y nadie sabía de dónde sacaba el dinero. Sobre todo, bebiendo era atroz: se metía en una taberna, pedía vino, y solo, sin ver, ni oír, ni hacer más que beber, pasaba horas y horas. Cuando el tabernero cerraba su tienda, Macquart salía silencioso, erguido, con paso firme, como si la borrachera le enderezase. «Anda Macquart muy tieso: pues está borracho perdido», decían los del arrabal, al verle retirarse á su madriguera. Porque cuando no estaba ebrio, andaba ligeramente encorvado, evitaba las miradas curiosas de sus vecinos, y huía de la gente con una especie de temor salvaje.

Desde que murió su padre, viejo curtidor, dejándole por todo patrimonio aquella casucha en el callejón de Saint-Mittre, nadie había vuelto á conocer ningún pariente suyo. La proximidad de las fronteras y la vecindad de los montes de la ribera del Seille habían hecho de aquel hombre perezoso un contrabandista y un cosario al propio tiempo: y aquellas dos profesiones habíanle, á su vez, convertido en uno de esos seres de cara sospechosa, de los cuales, cuando se les ve, se piensa: «No quisiera encontrarme cara á cara con ese individuo una noche, en medio del camino, y á solas.»

Era alto, barbudo, de rostro enjuto y mirada torva; el terror de las mujeres del arrabal, las cuales le acusaban de comerse crudos á los chiquillos. Apenas tenía treinta años, y representaba cincuenta. Entre los remolinos de su barba, debajo de los mechones de cabellos crespos que le caían sobre la frente, semejantes á las lanas de un perro de aguas, sólo se distinguía el siniestro brillo de sus ojos grises, un brillo triste, furtiva mirada de un hombre con instinto de independencia, vaga-

bundo, al cual el vino y la angustiosa vida del paria han convertido en malvado.

Si bien es cierto que ningún crimen se le podía imputar con fundamento, no lo es menos que no sucedía en el contorno robo ni asesinato del cual no fuera Macquart sospechoso para todo el mundo. ¡Y aquel ogro, aquel bandolero, aquel vagabundo, era el escogido por la viuda de Rougon!

En veinte meses, ésta tuvo de él dos hijos, un varón y una hembra. Pero no por ello pensaron siquiera en el matrimonio los amantes. Semejante audacia y tamaño descaro no se habían jamás visto en el arrabal. Tal fué la estupefacción que produjo ver que Macquart había encontrado una querida joven y rica, que las comadres, desorientadas en absoluto, hasta llegaron á compadecer á Adelaida.

—¡Pobrecilla! (decían.) Está completamente loca. Si tuviera siquiera familia, hace ya mucho tiempo que estaría encerrada.

Y como siempre ignoraron todos los antecedentes de aquellos estrambóticos amores, el tal Macquart cargó con la culpa de haber abusado de la insensatez de Adelaida para robarle el dinero.

El hijo legítimo, Perico Rougon, creció junto á sus hermanos naturales. Adelaida conservó consigo á los bastardos Antonio y Úrsula (*los lobeznos*, así los llamaban en el barrio), y los trató ni más ni menos tiernamente que al de su primer marido. Cualquiera hubiese dicho que no tenía conciencia de la situación en que había colocado á aquellas dos pobres criaturas. Para ella, tanto eran sus hijos unos como otros. Á lo mejor salía á la calle con Pedro de una mano y Antonio de la otra, no pareciendo darse cuenta de la diferencia profundísima con que eran ya mirados sus queridos pequeñuelos.

Era aquella una casa muy extravagante.

Por espacio de veinte años, hijos y madre vivieron como se les antojó; en completa libertad. Todo creció allí libremente. Luego que fué mujer del todo formada, Adelaida continuó siendo la de siempre. No una loca como la gente aseguraba, pero sí una criatura en la cual faltaba equilibrio entre la sangre y los nervios; víctima de una especie de dislocación cerebral y cardíaca, que la hacía vivir fuera de las costumbres y fuera de la vulgaridad. Era

muy natural, muy lógica consigo misma; sólo que su lógica se convertía en demencia para el vulgo. Parecía que gozaba proclamando malévolamente que en su organismo todo iba de mal en peor, cuando lo que le pasaba era que obedecía con una sencillez infantil á los inflexibles impulsos de su temperamento.

Desde el primer parto quedó sujeta á crueles ataques nerviosos, que se manifestaban con horribles convulsiones. Estas crisis se le reproducían periódicamente cada dos ó tres meses. Los médicos á quienes consultó le dijeron que para su mal no había más remedio que el tiempo; que la edad calmaría aquellos accesos. Limitáronse á mandarla comer carne medio cruda y beber vino de quina. Estos repetidos ataques acabaron de desconcertarla. Vivió como una niña, como una bestia cariñosa, que existe y procede por instinto. Cuando Macquart andaba de viaje, pasaba Adelaida los días ociosa, sin más ocupación que mimar á sus hijos y jugar con ellos. Después que su amante volvía, se eclipsaba á los ojos de todo el mundo.

Detrás de la casucha de Macquart había un corralillo que la separaba de la propiedad

de los Fouque. Una mañana, los vecinos quedaron sorprendidos al ver en la tapia medianera una puerta que el día antes no existía. En una hora, todos los habitantes del arrabal visitaron las casas vecinas á la de la viuda, para atisbar por las ventanas. Los amantes debieron ocupar toda la noche en abrir la puerta y poner el marco y las hojas. En adelante podrían comunicarse por ella sin necesidad de salir á la calle. El escándalo se reanimó, y Adelaida fué juzgada con más severidad: resueltamente era la deshonra del barrio: aquella puerta, aquella franca confesión de su falta, la fué más criticada que el nacimiento de los dos niños. «Que cubran las apariencias al menos», decían. Pero Adelaida desconocía lo que era «cubrir las formas», y estaba muy contenta y muy orgullosa de la puerta aquella: había ayudado á Macquart á arrancar las piedras de la pared; había amasado el yeso para que la tarea se acabara antes; por eso al día siguiente fué gozosa como una chiquilla á contemplar la obra, todavía fresca; aquello pareció el colmo de la desvergüenza á varias comadres que la observaban.

Desde entonces, cada vez que Macquart reaparecía después de una ausencia más ó menos larga, todos creían que Adelaida desaparecía porque iba á vivir con él en la casucha del callejón de Saint-Mittre.

El contrabandista volvía de sus expediciones con mucha irregularidad, y siempre sin aviso previo. Nunca se pudo saber qué género de vida hacían los amantes, mientras él estaba en Plassans, que nunca era más de dos ó tres días. Encerrábanse en su casa, de suerte que parecía que estaba deshabitada. Habiendo el arrabal resuelto que Macquart había seducido á Adelaida para comerla el dinero, todo el mundo estaba admirado de verle hacer la vida de siempre, andando por montes y por valles, y tan mal vestido como de costumbre. Acaso la joven viuda le amaba más por los intervalos que sufrían sus amores; acaso habíase él resistido á dejar su existencia aventurera, porque esta era su manera de vivir, y no podía cambiarla aun queriendo. Inventaron mil fábulas, sin que ninguna explicase satisfactoriamente una alianza extravagante, que subsistía contra toda razón de existencia. La vivienda

del callejón de Saint-Mittre permaneció herméticamente cerrada, y guardó discreta el arcano. Adivinaron las gentes que Macquart debía pegar á Adelaida, aunque ni el menor ruido delató la más insignificante querella. En varias ocasiones viéronla con la cara llena de moraduras y los cabellos arrancados; pero no se manifestaba dolorida, ni siquiera triste, y las moraduras no parecían preocuparla lo más mínimo. Sonreía, y su rostro revelaba calma y felicidad; por lo visto, se dejaba aporrear sin pronunciar palabra. Esta existencia duró quince años.

Cuando Adelaida volvía á su casa, por doquier encontraba huellas del pillaje consiguiente al abandono; pero ni se quejaba, ni á nadie reprendía. Carecía por completo de sentido práctico. El valor de las cosas, las ideas de economía y orden, la eran desconocidas.

Sus hijos crecieron como los ciruelos que nacen al borde de un camino y se desarrollan á merced de la lluvia y del sol. Así dieron frutos naturales, como árboles bravíos, á los cuales la podadera no ingertó ni podó. Nunca fué la naturaleza menos contrariada que en este

caso; jamás seres malhechores se criaron con más franqueza y mayor sumisión á sus instintos congénitos; revolcándose en los plantíos, al aire libre, pegándose y jugando como los gorriones. Robaban la despensa de la casa, devastaban los frutales de la huerta, eran los demonios familiares, alborotadores y ladrones de aquella casa, asilo de una lúcida locura, revelada por doquier.

Cuando su madre desaparecía por espacio de días enteros, armaban tal alboroto; tales y tan diabólicos juegos inventaban para molestar á la gente, que los vecinos se veían obligados á amenazarlos con un látigo. Adelaida no les imponía maldito el respeto: cuando ella estaba en la casa, eran menos insoportables para la vecindad, porque convertían en víctima á la madre, faltando á la escuela cinco ó seis veces por semana, y haciendo lo posible por merecer un castigo que les permitiera berrear á su gusto. Y eso que jamás les pegaba ni se descomponía siquiera: lánguida, tranquila, soñadora, vivía feliz en medio del ruido y el desorden. Llegó á necesitar aquella baraúnda para completar la vida de su cerebro. Cuando

oía decir: «Sus hijos llegarán á pegarla y la estará bien empleado», sonreía; y con su gesto indiferente parecía decir: ¡Qué importa! En el fondo de su conducta había más interés por su propio bienestar que por el de sus hijos. La huerta de los Fouque hubiérase convertido en un erial después de tantos años de abandono, si Adelaida no hubiese tenido la buena idea de arrendársela á un activo é inteligente hortelano. Aquel hombre, que tenía las tierras á medias, sin que ella lo notase la robaba con pasmoso descaro; pero, así y todo, como para robarla más y mejor, procuraba sacar mucho producto á la finca, al cabo del tiempo llegó á duplicar el valor de ella.

Sea que un secreto instinto le impulsara, sea que desde muy niño advirtiera la diferente acogida que él y sus hermanos merecían, Pedro dominó á éstos siempre. Cuando reñían, aunque él era mucho más débil que Antonio, pegábale como si fuera el amo. Cuanto á Úrsula, pobre criatura, débil y raquítica, recibía los vapuleos indistintamente de uno y de otro. Hasta los quince ó diez y seis años, los tres hermanos se zurraron fraternalmente, sin ex-

plicarse el vago odio que sentían unos por otros, sin comprender concretamente hasta qué punto eran extraños. Pero al llegar á mozos, halláronse cara á cara, y cada cual con su personalidad del todo definida. Á los diez y seis años Antonio era un mozalbete, en quien estaban fundidos todos los defectos de Macquart y de Adelaida. Los de aquél, sin embargo, parecían más caracterizados: como él, era holgazán, y predispuesto á la embriaguez y á la brutalidad. Pero bajo la influencia del temperamento nervioso de su madre, aquellos vicios, que en Macquart se manifestaban con una franqueza sanguínea, se revelaban en el hijo con una hipocresía cobarde y redomada. Antonio se parecía á su madre en su total carencia de voluntad, en el egoismo de mujer voluptuosa, que le hacía aceptar un lecho cualquiera, por infame que fuese, con tal que pudiera revolverse y dormir caliente. «¡Ah, granuja! (decían de él.) No tiene ni siquiera el valor de su holgazanería, como su padre. Si algún día asesina, será á alfilerazos.»

Cuanto al físico, Antonio no tenía de Adelaida más que la boca carnosa y húmeda: las

demás facciones eran todas del contrabandista, aunque más dulces, menos duras y mucho más movibles.

Úrsula, por el contrario, se parecía mucho á su madre, física y moralmente, aunque también había en ella cierta íntima mezcla de Adelaida y Macquart: sólo que la infeliz, nacida cuando el amor del contrabandista había comenzado á decrecer y el de Adelaida estaba en su apogeo, parecía haber heredado todo el temperamento de su madre.

De suerte que más bien que mezcla había en ella una superposición de los dos elementos Macquart y Adelaida, una soldadura singularmente estrecha.

Úrsula, antojadiza por temperamento, á cada instante manifestábase, ya triste, ya alegre; tenía verdaderos arranques de salvajismo, genialidades de paria; con frecuencia reía con nerviosa carcajada, y acababa por caer en una especie de éxtasis, como mujer loca del corazón y de la cabeza. Sus ojos, en donde resaltaba la misma expresión de extravío que en los de su madre, tenían la limpidez del cristal, como los de los gatitos que han de morir tísicos.

Con respecto á los bastardos, Pedro no parecía su hermano: diferenciábase de ellos profundísimamente: era el justo medio entre él linfático Rougon y la histérica Adelaida. La madre había desbastado en él al padre. Ese trabajo sordo de los temperamentos, que á la larga determina el mejoramiento ó la degeneración de una raza, parecía obtener en Pedro feliz resultado. Este era un campesino; pero con el cutis menos rudo, la fisonomía más expresiva y la inteligencia más amplia y más clara que Rougon. El padre y la madre habíanse mejorado en él. La naturaleza de Adelaida, que por la sobreexcitación nerviosa era de suyo muy sensible, había combatido y afinado la grosería de la sangre del labriego, y la torpeza de éste habíase opuesto al predominio del desarreglo propio de su mujer. Pedro no experimentaba ni los arrebatos ni los éxtasis de los lobeznos de Macquart. Aunque muy mal educado y alborotador, como todos los chiquillos criados en libertad absoluta, tenía cierta prudencia natural, que el día de mañana debía impedirle cometer ninguna locura improductiva. Sus vicios, su holgazanería, sus apetitos,

no se manifestaban con el arranque brutal de la holgazanería y los vicios de su hermano : los cultivaba , para gozar más cuando fuera realizable satisfacerlos más fácilmente.

En su cuerpo grueso, de mediana estatura, y en su cara ovalada, de facciones gruesas, había mucho del padre, mejorado por cierta semejanza con los rasgos característicos del rostro de Adelaida. En el de Pedro se revelaban ya la sórdida ambición y la astucia, la ineludible necesidad de saciar los deseos, el seco corazón y la rabiosa envidia del hijo del campesino, al cual la fortuna y las veleidades de su madre habían trocado en burgués.

Cuando Pedro cumplió diez y siete años, y pudo formar exacto juicio de la vida singular de su madre y de la falsa situación de Antonio y de Úrsula, ni se manifestó alegre ni triste: se preocupó sólo de tomar el partido más en consonancia con sus intereses. De los tres hermanos, él era el único que asistía á la escuela con cierta asiduidad y aprovechamiento—cuando un campesino empieza á sentir la necesidad de la instrucción, por lo común se hace un tremendo calculador—y allí fué

donde las chanzonetas y la singular manera de proceder los chicos con Antonio, le hicieron concebir las primeras sospechas. Más adelante chanzas, y ademanes, y palabras le fueron familiares y le dieron exacta idea de la situación. Por fin llegó á poder apreciar el desorden que en su casa reinaba, y hasta qué punto estaba entregada ésta al pillaje de las criadas. Desde entonces Úrsula y Antonio fueron para él dos parásitos sin vergüenza, dos seres que se comían la fortuna exclusivamente suya. Cuanto á su madre, consideróla, de igual suerte que el público, digna de un manicomio, y muy capaz de devorar hasta el último céntimo de su capital, si él no la iba á la mano. Lo último que fijó su atención y acabó de sacarle de sus casillas, fué el descarado abuso del arrendatario. De la noche á la mañana, el niño alborotador se trocó en mozo económico y egoísta, maduro antes de tiempo en razón directa de sus congénitos instintos por la extraña vida de desarreglo que ya no podía ver sin que cierto secreto malestar le oprimiera el corazón. Suyas eran las verduras cuya venta reportaba mayores utilidades al ladronazo del arrenda-

dor de la finca y suyos eran el pan y el vino que consumían los bastardos frutos de las liviandades de su madre. La casa y la fortuna eran suyas, exclusivamente suyas. Según su lógica de campesino soez, él, único hijo legítimo, era también único heredero de todo. Y como el patrimonio disminuía, como en él mordía todo el mundo con avidez, buscó desde luego la mejor manera de echar á la calle á su madre, á sus hermanos y á los criados, para heredar en seguida.

La lucha fué cruel. Comprendiendo que lo primero era menester herir á su madre, con una paciencia y una tenacidad admirables ejecutó paso á paso su plan, madurado en todos sus detalles con extraordinaria minuciosidad. Su táctica consistía en colocarse delante de la que le dió el ser, como una protesta viviente; pero sin dirigirla ni una palabra violenta ni una reprimenda; mirándola siempre de una manera *sui generis*, que la aterrorizaba. Cuando después de pasar unos días en casa de Macquart volvía Adelaida á su casa, no se atrevía á levantar los ojos delante de su hijo, sin que un temblor nervioso agitara todo su cuerpo. Las

miradas del joven se la clavaban en el corazón como hojas de puñales envenenados. La severa actitud de aquel niño, hijo del hombre á quien tan pronto había olvidado, turbaba singularmente su cerebro enfermo. Parecíale que en él resucitaba Rougon, para castigarla por sus desórdenes.

Por aquel entonces no pasaba semana sin que sufriese alguno de aquellos ataques nerviosos que toda la vida había padecido : cuando la atacaba el accidente, dejábanla retorcerse como una poseída; luego volvía en sí, se arreglaba los vestidos, y pudiendo apenas sostenerse en pie, arrastrábase mustia y abatida. Á veces por la noche se acongojaba, lloraba con desesperación, apretándose la cabeza entre las manos, y aceptaba la actitud ofensiva de Pedro como el castigo de un Dios vengador. Otras veces le maldecía; no quería reconocer como hijo, como un ser que llevaba su propia sangre en las venas, á aquella criatura fría é implacable, cuya calma la helaba y la enloquecía. Mejor hubiese querido que la pegara. Aquellas miradas inflexibles que por doquier la seguían, á tal punto la herían y la acobar-

daban, que muchas veces se prometía no tornar á ver á su amante; pero apenas llegaba Macquart, olvidaba sus propósitos y caía frenética en sus brazos.

Esta lucha acabó por aniquilarla, y la entregó en cuerpo y alma á su hijo. Al cabo de algunos meses, estaba delante de él como una niña que no tiene muy tranquila la conciencia y teme que el castigo caiga sobre ella de súbito. Pedro la tenía esclava; habíala convertido en una criada sin pronunciar una palabra, sin intentar discusiones estériles y comprometedoras.

Cuando el joven adquirió la certeza del dominio sobre Adelaida, empezó á explotar en beneficio propio su autoridad omnímota y aquel terror que la inspiraba. En cuanto fué dueño de la situación, lo primero que hizo fué despedir el arrendatario, y reemplazarle por uno suyo en absoluto. Luego tomó á su cargo el manejo de la casa, cortando y trinchando, y siendo el dueño del dinero. Desde entonces ya no se preocupó ni de corregir la conducta de su madre, ni de cohibir en lo más mínimo á sus hermanos, obligándoles á trabajar. Poco

le importaron ya, porque formó el propósito de desembarazarse de ellos á la primera ocasión propicia. Contentóse con ponerlos á ración, y, dueño de la fortuna, esperó el momento á propósito para declararse del todo ajeno á ellos, y hacer pura y simplemente su capricho.

Las circunstancias le fueron en extremo favorables. Escapó libre de quintas, merced á su posición de hijo primogénito de viuda. Pero dos años después cayó soldado Antonio. Su mala suerte no preocupó á éste gran cosa, porque esperaba que su madre le pondría un sustituto. Efectivamente, trató Adelaida de hacerlo. Mas Pedro, que era quien tenía el dinero, se hizo el sordo. Aquello facilitaba sus planes. La partida forzosa de su hermano era una excelente manera de deshacerse de él. Cuando su madre le habló del asunto, miróla de tal modo, que la infeliz no se atrevió á terminar la frase comenzada: aquella mirada equivalía á decir: «Por lo visto quieres arruinarme en beneficio de un bastardo». Egoísta, abandonó á Antonio, procurándose paz y libertad, en cambio de su abandono. Pedro, que deseaba despedir á su hermano, pero que no gustaba de usar violen-

cias, fingió desesperación: la cosecha había sido muy mala, faltaba dinero; para satisfacer los deseos de Adelaida, hacía indispensable vender un pedazo de tierra, y esto equivalía al principio de la ruina. Para concluir de una vez, prometió solemnemente á su hermano que le redimiría el año próximo—resuelto á no hacerlo, no obstante sus promesas,—y Antonio partió engañado y contento casi.

De Úrsula también se desembarazó de la manera más inesperada. Un oficial de sombrero del arrabal, llamado Mouret, se enamoró de la joven, cuya debilidad y palidez la daban cierto aspecto que la hacía parecer una señorita del barrio de Saint-Marc, y se casó con ella. El obrero la tomó por esposa, tan sólo por amor: fué una locura. Úrsula le aceptó para salir de aquella casa, en donde su hermano le hacía insoportable la vida. Su madre, encenagada en sus placeres, haciendo uso de toda su energía para defenderse á sí propia, había llegado al colmo de la indiferencia; casi puede asegurarse que la separación de su hija le fué grata, porque esperaba que estando ya Pedro sólo, libre de todo lo que podía hacer

sombra á sus afanes, la dejaría vivir en paz y á su gusto.

Tan luego como casaron Úrsula y el sombrerero, éste comprendió que tenía necesidad de salir de Plassans, si no quería estar expuesto á cada paso á oír chismes y cuentos de su mujer y de su suegra. Decidióse en breve, y se llevó á Úrsula á Marsella, en donde se colocó de oficial en su oficio. No había tomado ni un céntimo de dote; y cuando Pedro trató de darle explicaciones, balbuceando, le tapó la boca, replicándole rotundamente que prefería ganar el pan para él y para su mujer. El digno hijo del campesino Rougon quedó inquieto: aquel desinterés parecíale que ocultaba algún lazo.

Quedaba Adelaida. Por nada del mundo hubiera querido seguir Pedro en compañía de ella; le comprometía. Se daba exacta cuenta del modo de ser su madre, y, si hubiera podido, ella hubiese sido la primera de quien se habría deshecho. Pero fluctuaba entre dos extremos contrarios y á cual más graves. Permanecer á su lado recibiendo diariamente salpicaduras de su deshonra en pleno rostro, equivalía á

llevar un grillete que le impediría andar y procurarse todo lo que su ambición le hacía soñar. Echarla á la calle de buenas á primeras, implicaba ser motivo de las hablillas de las gentes, que le señalarían con el dedo llamándole mal hijo, y esto desvanecería la aureola de honradez de que tenía empeño en rodear todos sus actos. Presentía que iba á necesitar el apoyo de todo el mundo, y deseaba que su nombre figurase dignamente en el ánimo de todos los habitantes de Plassans.

No le quedaba más que un recurso para armonizarlo todo. Poner á Adelaida en el caso de marcharse por su voluntad. Para lograrlo, ni desperdició ocasión ni evitó conflicto. Se creía perfectamente excusado de todas sus asperezas por la conducta de su madre. La castigaba como á las niñas. Los papeles estaban trocados. La pobre mujer vivía cohibida bajo aquella férula cruel é implacable. Apenas contaba cuarenta y dos años, y balbuceaba ya, y ya incurría en cboheces, como una anciana que vuelve al cabo de tiempo á estar en la infancia. Su hijo seguía agobiándola con sus miradas severas, seguro de que acabaría por

huir de él tan pronto como se le acabara el valor. La infeliz sufría un suplicio espantoso, avergonzada, conteniendo sus deseos, recibiendo los golpes con pasividad, y volviendo siempre á Macquart, dispuesta á morir antes que abandonarle. Si su débil carne de mujer histérica no hubiese tenido un horror invencible á la muerte, algunas noches hubiera saltado del lecho, y corrido á arrojarse de cabeza en el Viorne. Muchas veces pensó huir y reunirse con su amante en la frontera. Lo único que la retenía en aquella casa, sufriendo los desprecios y las brutalidades de su hijo, era el no saber adónde ir á refugiarse. Pedro comprendía que le hubiese abandonado en mil ocasiones, si hubiera sabido dónde hallar un asilo.

Pensaba ya en arrendar una habitación para ella en cualquier sitio ignorado, cuando un accidente, en el cual nunca se había atrevido á fundar esperanzas, realizó de súbito todos sus deseos. Llegó al arrabal la noticia de que Macquart había muerto atravesado por la bala de un carabinero, en ocasión de cruzar la frontera cargado de relojes de Ginebra. La historia relatada por las comadres del barrio era verda-

dera. El cuerpo del contrabandista fué enterrado en el cementerio de una aldea de la sierra, y Adelaida ni siquiera pudo verle.

El dolor la dejó como idiota. Su hijo, que la observaba con gran cuidado, no la vió verter ni una lágrima. Macquart la dejó heredera de la casucha del callejón de Saint-Mittre y de la escopeta, que otro contrabandista, escapado á las balas de los carabineros, le entregó con llanto en los ojos. Al día siguiente de haberse confirmado la noticia de la muerte de Macquart, Adelaida se retiró á la casita que fué nido de sus largos amores, colgó en la chimenea la escopeta, y vivió en adelante allí, sola como un anacoreta, muda y ajena al mundo.

Por fin Pedro Rougon se vió amo y señor de todo. La finca de los Fouque le pertenecía de hecho, si bien aún no era suya por derecho. Pero no por esto se dió por contento. Nunca había pensado en vivir en ella; era aquél pequeño campo para desarrollar los planes que forjó su ambición desmedida. Trabajar la tierra, cuidar las hortalizas, parecía oficio bajo y ruín, impropio é indigno de sus facultades. Su ideal era dejar de ser cam-

pesino. Su naturaleza, afinada por las nerviosidades de su madre, aspiraba á los placeres y á los encantos que ofrece la burguesía. Por eso siempre, allá en lontananza, como un ideal, había acariciado la idea de vender la finca de los Fouque. Dueño del valor de ella en metálico, le sería fácil casar con la hija de algún comerciante que á él se asociara.

En aquella época las guerras del Imperio habían limitado mucho el número de mozos en buenas condiciones para casarse, y los padres, naturalmente, mostrábanse menos exigentes en punto á elección de maridos para sus hijas. Pedro imaginaba que el dinero allanaría las dificultades, y haría pasar por encima de la chismografía del arrabal al negociante cuya hija le conviniera: pensaba ofrecerse al público como una víctima, como un corazón noble que sufre las consecuencias de los errores de su familia, deplorándolos, mas sin hacerse de ellos solidario ni excusarlos siquiera.

Hacía largo tiempo que tenía los ojos puestos en la hija de un comerciante de aceite, llamada Felícitas Puech. La casa Puech y Lacamp, cuyos almacenes estaban en una de las más

sucias y obscuras callejuelas del antiguo Plasans, existía lánguida y casi arruinada; tenía dudoso crédito en la plaza, y hasta había quien murmurase que iba á quebrar el día menos pensado. Estos rumores fueron precisamente la causa que impulsó á Rougon, y en ellos fundaba todas sus esperanzas cuando asestó sobre ella sus baterías. Un comerciante en auge, nunca hubiera consentido en aceptarle entre su familia. Su plan era presentarse en cuanto Puech no tuviera ya escape, comprarle á su hija, y levantar la casa con su inteligencia y su energía. Era el mejor medio para subir un escalón, y de un salto elevarse sobre la clase en que había nacido. Antes que nada, quería huir de aquel odioso arrabal en donde sin cesar era su estirpe objeto de chismorreos; hacer olvidar los sucios antecedentes de ella, borrando hasta el nombre de la finca de los Fouque. Por eso las calles hediondas del barrio donde Felicitas vivía le parecían un paraíso: en ellas pensaba cambiar hasta de piel.

Poco tardó en presentársele la oportunidad con tanto afán esperada. La casa Puech y Lacamp estaba á punto de quebrar. Entonces ne-

goció su matrimonio con prudencia y habilidad. Fué admitido, si no como un salvador, al menos como un elemento necesario y aceptable. Una vez concertado el matrimonio, dedicóse con actividad á procurar la venta de la finca. El propietario de Jas-Maiffren, deseoso de ensanchar sus terrenos, habíale hecho proposiciones varias veces : sólo una tapia medianera, baja y delgada, separaba una finca de la otra. Pedro se aprovechó de los deseos de su vecino, hombre muy rico, quien para satisfacer un capricho llegó á pagar cincuenta mil francos por las tierras de Adelaida. Es decir, abonó dos veces su valor. Todo esto lo consiguió Pedro dejándose convencer y afirmando á todas horas que no quería deshacerse de la finca, en la cual sus antecesores habían habitado por espacio de dos siglos. Así, haciendo como si dudara, preparó la venta. Para deshacerse de la propiedad aquella, además de estas razones, tenía otra: la inquietud que le causaba pensar en sus hermanos ; según su lógica brutal, á él solo pertenecían aquellos bienes, y suyo era el derecho de disponer de ellos á su antojo. Pero en el fondo de la conciencia, y no

obstante sus seguridades, agitábase el temor de ciertas complicaciones relacionadas con el Código.

Á tal punto llegó su incertidumbre, que resolvió consultar con un notario del arrabal. La decepción que sufrió en la consulta fué inconmensurable. En primer lugar, el notario le dijo que tenía las manos atadas de todo punto; como sospechaba, sólo su madre tenía autoridad legal para enajenar la finca. Pero lo que le sacó de sus casillas, porque su sospecha era muy remota é ignoraba lo que la ley dispone, fué saber que sus hermanos Antonio y Úrsula, los bastardos, los lobeznos, tenían asimismo derechos sobre la propiedad de los Fouque. ¡Cómo! ¡Aquellos canallas podían robarle, despojarle á él, único hijo legítimo!

Las explicaciones del notario eran claras y precisas; es verdad que Adelaida había casado con Rougon, estipulando la comunidad de bienes, pues toda la fortuna consistía en fincas rústicas: pero la joven, según la ley, había entrado en posesión de toda la fortuna al morir su marido; y, además, Macquart y Adelaida habían reconocido á Antonio y Úrsula, quienes,

por consiguiente, eran herederos de la madre.

Por único consuelo, supo Pedro que la ley cercenaba la parte correspondiente á los bastardos en beneficio del hijo legítimo. Mas esto no le consoló. Lo quería todo para sí. Por nada del mundo hubiese partido con sus hermanos valor de medio franco.

Esta ilustración sobre el Código le hizo pensar de muy distinta manera que antes. Desde luego discurrió que un hombre listo debe tener medios para eludir la ley. Y sin consultar á nadie, ni siquiera al leguleyo, por temor de infundir sospechas, forjó su plan. Sabía que su madre era una criatura sin criterio, sin voluntad. Una mañana se la llevó á casa del notario, y la hizo firmar una escritura de venta. Con tal de que la dejaran tranquila en la huronera del callejón de Saint-Mittre, Adelaida hubiese vendido á toda Plassans. Pedro, además, le aseguró una renta de seiscientos francos, y le juró y le perjuró que velaría por sus hermanos. Este juramento bastó para decidir á la pobre mujer, quien recitó delante del notario la lección que su hijo le había enseñado de antemano. Al otro día la hizo firmar un papel, en el cual declaraba

haber recibido cincuenta mil francos como precio de la finca. Este fué el golpe maestro; un golpe digno del canalla mayor del mundo. Cuando Adelaida se mostró extrañada por tener que firmar un recibo como aquél, no habiendo visto siquiera un céntimo, Pedro le dijo que se trataba sólo de una formalidad sin trascendencia. Y mientras deslizaba en el bolsillo aquel documento, pensaba: «Ahora, que me pidan cuentas los lobeznos. Les diré que la abuela se lo gastó todo, y jamás podrán ponerme pleito.»

Ocho días después la pared medianera no existía ya, y el arado había revuelto la tierra, borrando hasta la más leve huella de la separación. La finca de los Fouque, según el deseo del joven Rougon, iba á convertirse en un recuerdo tan sólo. Algunos meses más tarde, el nuevo propietario hizo derribar la casa de labor, que estaba ruिनosa, y Jas-Meiffren abarcó todo lo que fué patrimonio de Adelaida.

Luego que Rougon tuvo en su poder los cincuenta mil francos, casó con Felícitas Puech, sin más demora que la indispensable para cubrir las formalidades legales. Era la joven una

muchacha morena; de las que tanto abundan en Provenza. Parecía una de esas cigarras negruzcas, de voz seca y estridente, y vuelo incierto y violento, que se dan de cabezadas contra el tronco de los almendros. Delgada, de seno rudimentario, agudos hombros, y rostro ajado y puntiagudo como el hocico de una fuina, no tenía edad; es decir, era una de esas criaturas que tanto parecen jóvenes como viejas, según se las mira, y según se aprecian sus facciones; cualquiera hubiese dicho que tenía quince años, sin más razón que quien asegurara que pasaba de los treinta; pero contaba diez y nueve; cuatro menos que su marido. Tenía la frente estrecha y prominente; la nariz un poco deprimida en la base y ancha de alas, las cuales se agitaban con extraordinaria soltura respingándose como para percibir mejor los olores; en la mirada de sus ojos negros, pequeños y hundidos, como hechos á barrena, había cierta expresión de astucia de gata; la delgada línea de sus labios, la prominencia de la barba que se despegaba de las mejillas, formando dos violentas concavidades, todos los rasgos de aquella fisonomía de enana socarro-

na, en conjunto, eran la viviente expresión de la intriga, de la ambición y de la actividad impuesta por la envidia. Á pesar de su fealdad, Felícitas tenía una gracia *sui generis* que la hacía seductora. Parecía que era fea y bonita á voluntad. Acaso dependiera esto del modo como peinaba sus cabellos extraordinariamente hermosos; ó, mejor, tal vez fuera consecuencia de la sonrisa de triunfo que iluminaba su rostro cetrino cuando conocía que alguien se fijaba en ella con deseo. Nacida en mal signo, considerándose maltratada por la suerte, con frecuencia se conformaba con ser tan solo una fea con gracia. Pero no cejaba en la lucha: tenía el propósito de hacer rabiar de envidia á la ciudad entera, estableciéndose feliz con un lujo insolente. Y si hubiese vivido en más ancho círculo, en donde su talento natural hubiera podido desarrollarse, es indudable que en poco tiempo sus ensueños se vieran realizados. Tenía una inteligencia superior á la de la mayoría de las muchachas de su clase y su instrucción. Malas lenguas decían que su madre, muerta poco después de nacer ella, en la primera época de su matrimonio,

había tenido relaciones con el marqués de Carnavant, un noble del barrio de Saint-Marc. En honor de la verdad sea dicho, Felícitas tenía unos pies y unas manos de marquesa, y parecía no pertenecer á la humilde raza de trabajadores de la cual descendía.

Por espacio de más de un mes, todo el barrio estuvo comentando su matrimonio con Pedro Rougon, un campesino apenas desbastado, un hombre del arrabal, cuya familia no estaba por cierto en olor de santidad. Felícitas dejó hablar á las gentes, acogiendo con extrañas sonrisas las felicitaciones reticentes de sus amigas. Su cálculo había sido completo: tomaba á Rougon por marido, como quien escoge un cómplice. Su padre, al aceptar al joven, sólo vió los cincuenta mil francos que le libraban de la quiebra. Felícitas tenía mejor vista. Mirando al porvenir, presintió la necesidad de un hombre á ella unido, fuerte, un poco burdo, detrás del cual pudiera parapetarse, manejándole á su antojo como á un polichinela. Sentía un odio razonado hacia los señoritos provincianos, aquella pléyades de pasantes de notario, de futuros abogados que tiritaban espe-

rando tener clientela. Sin dote, no debiendo por lo tanto esperar un buen partido, como el hijo de algún comerciante poderoso, prefería un campesino que le sirviera como un instrumento pasivo, mejor que un bachiller que la cohibiese con su suficiencia de colegial, haciéndole arrastrar la vida en pos de vanidades huecas de sentido. Creía que la mujer debe hacer al hombre, y se consideraba capaz de convertir á un vaquero en ministro. Lo que de Rougon la sedujo, fué la anchura de su pecho y el torso rechoncho, pero no exento de elegancia. Un joven tan robusto, debía poder soportar con desahogo el peso de las intrigas que pensaba echar sobre sus hombros. Y si tan bien supo medir la fuerza bruta de su marido, mejor comprendió que no era un imbécil: debajo de aquella carne ruda y dura, supo descubrir un espíritu flexible y enérgico; pero, así y todo, no le juzgó como merecía: túvole por más tonto de lo que era en efecto. Algunos días después de la boda, revolviendo un cajón del *secrétaire* de su marido, tropezó con el recibo de cincuenta mil francos firmado por Adelaïda: comprendió lo que significaba, y quedó

espantada ; su honradez relativa , pero honradez al fin , repugnaba aquellos medios. Pero en medio de su espanto experimentó asombro. Rougon, desde aquel día, le pareció un hombre muy capaz y muy hábil.

De consuno emprendieron la conquista de la fortuna. La casa Puech y Lacamp estaba menos apurada de lo que pensó Rougon. Las deudas no eran muchas, y sólo hacía falta un poco de dinero para ir adelante. En las provincias, el comercio tiene costumbres prudentísimas, que evitan los grandes desastres. Los Puech y Lacamp eran prudentes como nadie : así es que su casa, un verdadero rincón ignorado, tenía poca importancia. Los cincuenta mil francos de Pedro bastaron para satisfacer todos los créditos y ampliar el círculo de acción comercial. Por espacio de tres años las cosechas de aceituna fueron pingües. Felicitas, por un arranque de audacia, les hizo comprar una gran partida de aceite , que fué convenientemente dispuesta y encerrada en el almacén. Los dos años siguientes , según presentía la joven, falló la cosecha, subió el aceite de una manera exorbitante, y la casa realizó, ven-

diendo sus existencias, fabulosos beneficios.

Poco tiempo después, Puech y Lacamp dejaron la sociedad, ganosos de morir con la renta de un pequeño capital que á cada uno correspondió al liquidar.

Los jóvenes, únicos dueños ya de la casa, creyeron que habían hecho la fortuna.

—Has conjurado el mal de ojo,—decía á menudo Felícitas á su marido.

Aquella mujer enérgica por naturaleza tenía la debilidad de ser supersticiosa. Hasta entonces nada les había salido bien ni á ella ni á su padre; á pesar de sus constantes esfuerzos. Aquellas exaltaciones meridionales eran un bien para la lucha, desde el momento en que se creía libre de la *gettatura*: el destino personalizado, humanizado, por decirlo así, resultaba para ella un enemigo de carne y hueso, al cual se podía estrangular, contando con el cambio de fortuna.

Los hechos vinieron á confirmar sus preocupaciones. La mala suerte tornó. Un nuevo desastre cada año estremecía la casa Rougon. Ya era una bancarrota que le cogía una parte del capital; ya un error en punto á presagiar la

buena ó mala cosecha del año; ya el fracaso de tal ó cuál negocio, al parecer garantido y seguro. Era un combate sin tregua ni cuartel.

—Convéncete. Ya ves cómo he nacido en mal signo,—decía Felícitas con amargura.

Y, no obstante, se encarnizaba furiosa, sin comprender por qué ella, que en los comienzos del negocio tuvo tan buen olfato para una especulación, sólo daba ya deplorables consejos á su marido.

Á no ser por la terquedad de su mujer, Pedro, menos tenaz y harto abatido, hubiera liquidado la casa cien veces. Pero ella quería ser rica. Comprendía que sus ambiciones no podían asentarse más que sobre una verdadera fortuna. Cuando tuvieran unos cuantos centenares de miles de francos, serían los amos de la ciudad: haría elegir á su marido para desempeñar algún cargo público importante, y ella sería la que gobernara. No era conquistar honores lo que la preocupaba; se reconocía bien armada para aquella lucha. Pero sin unos cuantos talegos de escudos, era impotente, y ganarlos costaba mucho, con tan mala suerte. Manejar á los hombres no la asustaba; lo que

la llenaba el corazón de espanto eran aquellas miserables piezas de metal, inertes, blancas y frías, sobre las cuales su talento intrigante no tenía poder, hasta el punto de que, á pesar de tantos esfuerzos, permanecían estúpidas y desobedientes.

Más de treinta años duró la campaña. La muerte de Puech fué un nuevo mazazo. Contaba Felícitas heredar sobre unos cuarenta mil francos ; pero, muerto el viejo, se supo que, para pasar mejor los últimos días de su vida, había colocado el dinero, donándolo para después de su muerte, á cambio de un muy crecido interés.

Tal fué el disgusto, que la mujer de Rougon estuvo enferma. Á medida que pasaba el tiempo agriábase más y más, enflaquecía y se hacía más seca y más estridente su voz. Viéndola ir y venir desde por la mañana hasta por la noche alrededor de las tinajas del aceite, cualquiera hubiese dicho que trataba de activar la venta con aquel revolotear de mosca inquieta. Rougon, por el contrario, parecía que los disgustos le engordaban y le hacían más pesado y más grosero. Pero aquellos treinta años de

lucha no los condujeron á la ruína. Al hacer inventario todos los años, encontrábanse como antes; lo que en una cosecha perdían, en la otra lo ganaban. Esta vida al día era lo que exasperaba á Felícitas. Mejor hubiera querido quebrar de una vez, pero bien, con ruido. Acaso entonces hubiesen roto el hielo, en vez de empeñarse en ir adelante con el negocio primitivo, quemándose la sangre para ganar lo estrictamente indispensable para vivir. En un tercio de siglo no lograron ahorrar cincuenta mil francos.

Hay que añadir que, desde los primeros años del matrimonio, Felícitas dió poco á poco á luz una porción de hijos, los cuales, al cabo de algún tiempo, convirtieron en penosa carga. Como otras tantas mujeres chiquitas y delicadas, era fecunda, como nadie hubiera podido imaginar al ver la raquítica estructura de su cuerpo. En cinco años, desde 1811 hasta 1815, tuvo tres hijos, uno cada dos años. En los cuatro siguientes, dió á luz dos niñas. Para hacer crecer á los chicos, no hay como la vida plácida y animal de las provincias. Los dos, Felícitas y Pedro, acogieron muy mal á los dos

últimos frutos de bendición ; cuando no hay dote que darles , las hijas son un tremendo engorro. Rougon dijo delante de todo el que le quiso oír, que aquello era insoportable , y bastaba y sobraba ya ; que el diablo se acreditaría de listo si era capaz de enviarle un sexto hijo. En efecto : Felicitas no parió más. Si no, sabe Dios adónde hubiera ido á parar.

Pero no se crea que la mujer de Rougon miraba como causa de ruina á toda aquella tropa de hijos. ¡ Muy al contrario ! Sobre ellos reconstruyó el edificio de sus esperanzas , que se había derrumbado casi. No tenía aún diez años el mayor , cuando ya soñaba ella en su porvenir. Dudando vencer por sí misma , esperaba de ellos que le sirvieran más adelante para ahuyentar de la casa la mala suerte. Satisfarían sus vanidades , dándole las riquezas que hasta entonces había perseguido en vano. En adelante , sin desatender la lucha en la casa de comercio , emprendió otro plan de ataque , para alcanzar hasta donde sus instintos de dominación la impulsaban. No podía comprender que de sus tres hijos , uno , al menos , no fuera hombre tan superior , que á todos los enriqueciera.

Lo presentía, según aseguraba. Así fué que cuidaba á los chicuelos con un afán, en el cual había severidad de madre y ternura de usure-ro. Procuraba conservarlos y favorecer su desarrollo, como si se tratara de un capital que más adelante hubiera de darle crecidos intereses.

—Pero, déjalos, mujer (decía Pedro). Todos los hijos son unos ingratos. Los malcrías y nos arruinas.

Cuando Felícitas habló de mandarlos al colegio, Rougon se enfadó. El latín era un lujo inútil. Bastaba que estudiaran en una escuela inmediata al almacén. Felícitas no hizo caso: tenía aspiraciones más altas, que le hacían considerar como origen de legítimo orgullo la buena educación de los hijos: además, conocía que si los suyos habían de llegar algún día adonde ella deseaba, preciso era que fuesen más instruidos que su marido, totalmente ignorante en punto á ciencia. Soñaba con verlos en París á los tres, ocupando altos puestos que no precisaba.

Cuando Rougon cedió, y los tres muchachos comenzaron la segunda enseñanza, Fe-

lícitas experimentó verdaderos días de suprema felicidad, satisfacciones de su orgullo, como jamás las había tenido. Los oía hablar entre ellos de los maestros y de los estudios con verdadera fruición. El día en que el primogénito hizo declinar en su presencia el *musa*, *musae* á uno de los pequeños, parecíale á la madre que escuchaba una música deliciosa. Y, dicho sea en honor suyo, su felicidad en aquellos momentos estaba exenta de cálculo. Hasta Pedro se dejó dominar por aquella emoción que experimenta el hombre ignorante cuyos hijos estudian y saben más que él. La amistad que se entabló entre los de Rougon y Felícitas con los de las familias más encopetadas de la ciudad, acabó de embriagar al uno y á la otra. Los chicos se tuteaban con el hijo del alcalde, con el del subprefecto, y hasta con dos ó tres mozuelos del barrio de Saint-Marc, cuyos padres se habían dignado mandarlos al colegio de Plassans. Felícitas no sabía con qué pagar tan incomparable honor. La educación de los tres muchachos grabó considerablemente el presupuesto de la casa.

Mientras cursaban el bachillerato, Rougon

y su mujer, que los sostenían en el colegio gracias á verdaderos sacrificios , vivieron con la esperanza del éxito. Luego que todos obtuvieron el diploma de bachiller, Felícitas quiso coronar su obra, y decidió á su marido á mandar á París á los tres mozos.

Dos de ellos emprendieron la carrera de leyes, y el otro se dedicó á la de medicina. Cuando todos ellos terminaron sus estudios, y, después de poner á punto de hundirse la casa de su padre , viéronse en la necesidad de tornar á su pueblo natal , comenzó la desilusión. La capital de provincia recogió su presa. Los tres jóvenes vegetaban y se embrutecían. Entonces toda la acritud del fracaso agolpóse á la garganta de Felícitas, y la ahogaba. Sus hijos la habían precipitado á la bancarrota , la habían arruinado, sin darle el interés que esperó sacar á su capital de sacrificios y privaciones por espacio de tantos años.

Este postrer golpe del infortunio érale doblemente doloroso, porque la hería en su amor propio de mujer y en su vanidad de madre. Rougon la repetía á todas horas :

—¿ Ves? Ya te lo dije yo.

Y esto la exasperaba más y más.

Un día echó en cara al primogénito los dispendios que había ocasionado la educación suya y la de sus hermanos. El joven repuso, con más amargura si cabe que la revelada en las palabras de la madre :

—Por lo que á mí toca, si puedo, algún día os devolveré ese dinero. Pero, no teniendo fortuna, hicisteis mal en educarnos así. Más valiera que hubierais hecho de los tres honrados artesanos, y en vez de vivir como ahora, postergados y sufriendo á todas horas, seríamos tres hombres de provecho para vosotros y para el mundo.

Felicitas comprendió todo el alcance de estas palabras. Desde aquel día no volvió á re- criminar á sus hijos, y todo su encono dirigióse al destino, que sin darse punto de reposo la fustigaba. Deshacíase en lamentaciones, y se quejaba de la falta de dinero, que la hacía naufragar á la vista del puerto.

Cuando le decía Rougon : «Tus hijos son unos holgazanes que nos empujan hacia el fondo del precipicio», replicaba ella con acritud : «¡Ojalá pudiese darles más dinero aún.

¿Qué quieres que hagan los infelices, si no tienen un céntimo nunca?»

Al comienzo del año 1848, en vísperas de la revolución de Febrero, los tres hijos de Pedro ocupaban en Plassans una posición bien precaria por cierto.

Aunque nacidos de la misma raíz, eran tres tipos diversos por sus caracteres y sus cuerpos, aunque paralelos en punto á aspiraciones y facultades para realizarlas. Valían más que sus progenitores. La influencia de las mujeres era la que debía afinar el tipo de raza primitivo. Adelaida hizo de Pedro un hombre de mediano talento, apto para ambiciones de baja estracción; Felicitas dotó á los hijos de Rougon de aptitudes mejores, más latas y más delicadas, tanto para grandes vicios como para sublimes virtudes.

Por aquella época, el primogénito, Eugenio, contaba cerca de cuarenta años. Era un hombre de mediana estatura, un poco calvo y un tanto obeso. Tenía toda la fisonomía de su padre; una cara larga, de facciones muy acentuadas: debajo de la piel abundaba la grasa, la cual daba redondez á las formas y un color amarillento

de cera al cutis. Pero si en la rudeza del cuerpo y en la estructura del cráneo se revelaba el campesino, cuando levantaba los gruesos párpados, su fisonomía se transfiguraba; parecía iluminarse por dentro. En el hijo la grosería del padre convertíase en gravedad. De ordinario parecía somnolente: con sus gestos y sus actitudes lentas y perezosas, asemejaba un gigante medio dormido, desperezándose, estirando los poderosos músculos y esperando el momento oportuno de entrar en acción. Por uno de esos mal llamados caprichos de la naturaleza, cuyas leyes comienza la ciencia á descubrir, á Pedro había correspondido transmitir á su hijo las formas de la materia bruta y á Felícitas la materia pensante. Eugenio era un caso curiosísimo: como revuelto con ella, debajo de la ruda corteza del padre ocultábase la finura y la amplitud de las facultades morales é intelectuales de la madre. Tenía grandes ambiciones, instintos autoritarios y un desprecio soberano por las rastrerías y los pequeños triunfos. Era casi una prueba viviente de que, según sospechaba todo Plassans, por las venas de Felícitas circulaban algunas

gotas de sangre noble. Los apetitos brutales de goce material que en los Rougon se manifestaban con furia, siendo el sello característico de la familia, revelábanse en Eugenio con una grandeza considerabilísima; quería gozar, pero no con el cuerpo, con el espíritu, satisfaciendo su afán de mando.

Un hombre como él no había nacido para realizar sus ideales en un rincón del mundo. Vegetó en Plassans por espacio de quince años, con los ojos fijos en París, aguardando la ocasión de alzar el vuelo. Desde que tornó á sus lares, para no comer acaso el pan de sus padres, inscribióse en el colegio de abogados de la localidad. Tuvo negocios, aunque pocos, y fué subviniendo á sus necesidades en la obscuridad, sin manifestarse con más alcances que las medianías. En Plassans decían que tenía la voz muy pastosa para hablar en público, y las actitudes muy toscas. Raras veces ganó los pleitos que le encomendaron por el solo influjo de su palabra: de ordinario salíase de la cuestión, divagaba, según decían los reputados como celebridades de la ciudad. Sobre todo, una vez, defendiendo á un cliente que reclama-

ba daños y perjuicios, olvidóse del asunto de su discurso, y se perdió en un dédalo de consideraciones políticas, hasta el punto de dar motivo al Presidente para interrumpirle. Sin replicar ni defenderse, tomó asiento, y al hacer esto sonreía con extraña expresión. El cliente fué condenado á pagar una cantidad bastante grande: mas no por esto dejó Rougon de perderse en digresiones siempre que delante del tribunal tomaba la palabra. Los informes parecía que los consideraba como si fueran ensayos oratorios, que más adelante hubieran de servirle como estudios preliminares.

Esto no lo comprendía Felícitas, y se desesperaba. Por su gusto, su hijo hubiera sido el que dictase las leyes en Plassans. Acabó por formar una muy pobre opinión de su primogénito: según ella, aquel hombre extraño, cuya inteligencia parecía adormecida, no podía ser la gloria de la familia. Por el contrario, Pedro fundaba en él una confianza absoluta, no porque tuviera mayor penetración que su mujer, sino porque, fijándose sólo en la apariencia, en el exterior, se enorgullecía pensando en el talento de su hijo, que era su vivo re-

trato. Un mes antes de las sangrientas jornadas de Febrero, Eugenio comenzó á estar inquieto : parecía que husmeaba la crisis. Desde entonces, el piso de Plassans le abrasaba los pies. Se le veía andar al acaso por los paseos como un alma en pena. De pronto, se decidió á marchar á París, aunque sólo tenía en su poder quinientos francos escasos.

Arístides, el más joven de los hijos de Rougon, parecía antítesis de su hermano : eran opuestos geoméricamente, por decirlo así. Tenía la cara y las avideces de su madre, y un carácter entrometido, apto para las intrigas de menor cuantía, en el cual predominaba el elemento dominante en su padre. Á veces, la naturaleza necesita la simetría. Pequeño de cuerpo, con la cara puntiaguda como Felicitas, su cabeza asemejaba un puño de bastón tallado, retrato de un polichinela. Ansioso de goces, todo lo revolvía, en todo se mezclaba, sin escrúpulo y sin delicadeza. Adoraba el dinero tanto como el poder su hermano. Mientras Eugenio soñaba con hacer al pueblo doblegarse á su voluntad, y se embriagaba pensando en su futura omnipotencia, Arístides

imaginaba que era millonario, que tenía un gran palacio, que comía y bebía como un príncipe, y que saboreaba la vida con todos los sentidos y todos los órganos de su cuerpo. Pero deseaba que su fortuna surgiera de súbito, lo antes posible. Cuando emprendía la construcción de un castillo en el aire, veíale elevarse á sus ojos como por arte mágico: de la noche á la mañana, tenía miles de talegos de oro; esto halagaba á su pereza, tanto más, cuanto, sin pensar en los medios de conseguirlo, tomaba por mejores los más capaces de llevarle rápidamente al objeto deseado. La raza de los Rougon, de aquellos lugareños ávidos de goces, groseros, con apetitos de bestia, habíase refinado muy de prisa; todas las ansias de placer se ampliaban en Arístides triplicadas por la educación, más insaciables y más peligrosas desde que el pensamiento las dirigía. Á pesar de sus delicadas intuiciones de mujer, Felícitas prefería á Arístides sobre todos los otros hijos; no comprendía hasta qué punto era más suyo Eugenio, porque en su constitución moral tenía todos los fundamentos de la organización de su madre; á pretexto

de que el más pequeño estaba llamado á ser la honra de la familia, excusábale su pereza congénita y sus necedades; y pensando que un hombre superior debe llevar una vida desordenada hasta que sus facultades se revelan, pasaba gustosa por todo. Y por cierto que puso Arístides bien á prueba su indulgencia. En París hizo una vida desarreglada y ociosa: fué uno de esos estudiantes que toman los apuntes de la cátedra en los figones del Barrio Latino.

Y eso que sólo dos años cursó en la Universidad, porque su padre, al ver que no ganaba un año siquiera, asustóse, y al tercero retúvole en Plassans, dedicándose á buscarle mujer, para probar si con la vida de familia sentaba la cabeza.

Arístides se dejó casar, como si tal cosa. Por aquella época no leía claro en su porvenir y estaban latentes sus ambiciones: la vida de provincia no le disgustaba del todo: hallábase muy á gusto, no ocupándose más que de comer, beber, dormir y pasear. Felicitas manejó tan bien el asunto, y tanto puso de su parte, que logró de Pedro la promesa de recibir en su casa al joven matrimonio, con tal de

que el marido se ocupase en la casa de comercio. Desde entonces comenzó para Arístides una magnífica era de holgazanería: pasaba los días y la mayor parte de las noches en el Casino, escapándose del escritorio de su padre como un colegial, para jugarse los pocos luises que su madre le daba á escondidas.

Es menester haber vivido algún tiempo en el rincón de una provincia, para poder apreciar la cantidad de embrutecimiento que en cuatro años seguidos de hacer aquella vida se apoderó del joven. En cada pequeña ciudad hay también un grupo de individuos que viven á expensas de sus padres, haciendo como que trabajan, y cultivando su congénita pereza con una asiduidad que tiene algo de religión. Arístides era el prototipo de esta especie de vagos incorregibles, á los cuales se les ve arrastrar su holgazanería con cierta voluptuosidad en el vacío de aquella existencia monótona é igual siempre. Pasó cuatro años sin hacer más que jugar al *écarté*. Mientras él derrochaba la vida en el Casino, su mujer, una rubia lánguida y bobalicona, contribuía á la ruina de sus suegros, con su afán por los tocados lla-

mativos y su apetito inconcebible , tratándose de tan débil criatura. Ángela se moría por los cintajos azules y por el *rostbeef*. Era hija de un militar retirado, á quien llamaban el comandante Sicardot, un buen hombre que le dió en dote diez mil francos , todas sus economías. En tan baja estima tenía Pedro Rougon á su hijo Arístides , que aceptó aquel partido como una verdadera fortuna. Y es el caso que aquella dote, al fin y á la postre vino á ser para él como una peña colgada del cuello. Su hijo era un bribón, que sabía mucho : fingiendo gran desinterés, entregó los diez mil francos á su padre, asociándose con él desde luego, y sin consentir tomar de ellos un solo céntimo.

—Nada nos hace falta (le dijo). Viviremos con vosotros mi mujer y yo, y luego ajustaremos cuentas.

Pedro andaba muy apurado, y aceptó, no sin algún recelo, al ver la conducta de su hijo. Éste pensó, y no le faltaba razón, que su padre sabe Dios cuándo tendría diez mil francos disponibles; y que, mientras no pudiesen liquidar, él y su mujer podían vivir á expensas

de Rougon y Felícitas. Fueron unos cuantos billetes de banco colocados al mil por ciento.

Cuando el comerciante de aceite cayó en la cuenta del engaño, el mal no tenía ya remedio: la dote de Ángela estaba comprometida en negocios que iban de mal en peor. Furioso, con el apetito de su nuera y la pereza de Arístides clavados en el corazón, hubo de conformarse y retener á su lado al joven matrimonio. Si en su mano hubiera estado, veinte veces se hubiese deshecho de aquella *gusana* (así decía él), que le chupaba la sangre. Felícitas sufría con más paciencia: Arístides, que sabía el flaco de su madre, la deslumbraba, consultándola á cada paso proyectos de negocios inverosímiles de puro productivos, á los cuales pensaba dedicarse en cuanto la suerte le fuera propicia. Por un azar de la fortuna, la suegra se llevaba muy bien con su nuera: verdad es que Ángela no tenía voluntad, y se dejaba manejar como un mueble.

Cuando su mujer le hablaba de los futuros triunfos de su hijo pequeño, Pedro se daba á todos los diablos, y la acusaba, atribuyéndola las desgracias que conducían la casa á la rui-

na. Enfurecido, buscaba camorra con su hijo; pero se estrellaba con la impasible sangre fría de Arístides y de Ángela, que no dejaron de sonreír en los cuatro años que permanecieron en casa de los padres de aquél. Habían sentado sus reales en ella, y permanecían inmóviles como masas inertes.

Por fin Pedro hizo un regular negocio, y pudo devolver los diez mil francos á su hijo. Mas cuando quiso echar cuentas, armóle Arístides tal cúmulo de enredos, que, desesperado, hubo de dejarle marchar sin descontarle un céntimo por gastos de alimentación y alojamiento.

Ángela y su marido fueron á establecerse á dos pasos de casa de los Rougon, en la plazuela de San Luís, situada en el barrio viejo. En poco tiempo desaparecieron los diez mil francos. Era menester buscar un *modus vivendi*. Mientras le duró el dinero de Ángela, Arístides siguió haciendo la vida de costumbre; pero cuando se le acabó, tornóse taciturno y desagradable. Andaba por la ciudad con aspecto lúgubre; ya no tomaba café en el Casino, pasaba las horas viendo jugar, tétrico, nervioso, pero sin osar coger las cartas nunca.

La miseria le volvió peor de lo que ya era. Mucho tiempo resistió empeñado en no trabajar. En 1840, Ángela parió un niño, á quien llamaron Máximo, y al cual tuvieron la dicha de ver protegido por su abuela, que se encargó de educarle y le mandó á un colegio tan luego como tuvo edad para ello, pagando á escondidas la pensión mensual. Aun así, con esta boca menos en casa, Ángela se moría de hambre, y tanto instó, que por fin Arístides resolvióse á buscar un destino. No sin esfuerzo logró entrar en la subprefectura, y en ella estuvo diez años, sin conseguir pasar de mil ochocientos francos de sueldo.

Desde entonces, ansioso de los placeres que conocía y la suerte le negaba, vivió febril, con el corazón preñado de envidias, amasando con hiel sus concupiscentes afanes. Su ruin posición le exasperaba: los ciento cincuenta francos que recibía todos los meses, le parecían un sarcasmo de la suerte. Nunca hubo hombre más aguijoneado por la sed de placeres y bienestar. Felícitas, á quien contaba sus penas, no estaba descontenta de verle hambriento, porque esperaba que la miseria fuese el

látigo que hostigase su pereza. Como el ladrón que busca el instante propicio para aprovechar una ocasión imprevista, aunque ambicionada, no perdía un momento, siempre avizor y dispuesto á saltar sobre una presa. Á principios del año 1848, cuando Eugenio se fué á París, tuvo intenciones de ir con él. Pero sin dinero no podía llevar consigo á su mujer tan lejos: su hermano era soltero, y no le envidió poco por esto. Hubo de resignarse á esperar una catástrofe en la cual pudiera hallar medio de satisfacer su codicia, y resolvió aguardar.

El otro hijo de Rougon, Pascual, el que seguía en orden de primogenitura á Eugenio, parecía nacido de otros padres. Era uno de esos casos que á veces dan un solemne mentís á las leyes naturales de la herencia. La naturaleza frecuentemente produce un individuo á quien transmite todos los elementos que negó á los demás de su raza, y se muestra espléndido con él, favoreciéndole y prestándole todos los impulsos de su fuerza creadora. Pascual no se parecía á ningún Rougon, ni física ni moralmente. Era alto, de fisonomía dulce, pero severa, y tenía un amor al estudio, una

modestia y una rectitud de principios que contrastaban singularmente con la febril ambición y con las aptitudes poco escrupulosas de los otros miembros de su familia. Á pesar de las reiteradas instancias de sus maestros y de los ventajosos ofrecimientos que le hicieron, luego que terminó sus estudios de medicina en París, se retiró á Plassans de buen grado: gustábale la tranquila vida de provincias; sostenía que, para quien desea estudiar, es preferible al constante barullo que reina en París.

En Plassans no se preocupó gran cosa por aumentar su clientela. Era muy sobrio, despreciaba la fortuna y la vanidad, y se dió por contento con unos pocos enfermos que le deparó la suerte. Todo su lujo consistía en una casita situada en la parte nueva de la ciudad, muy clara, muy alegre, en donde vivía consagrado al estudio de las ciencias naturales. La fisiología, sobre todo, le sedujo. Corrió la voz de que solía comprar algún que otro cadáver al sepulturero del hospital, y esto le hizo aborrecible para no pocas damas melindrosas y algunos burgueses pusilánimes. Por fortuna, no le echaron el sambenito de nigromántico, pero le tuvieron por

un excéntrico, á quien las personas de la buena sociedad no debían confiar la curación de un panadizo, so pena de comprometer la vida. Un día dijo la mujer del alcalde :

—Antes consentiré morirme que llamar á ese majadero. ¡ Uf ! ¡ Huele á muerto !

Desde entonces fué juzgado Pascual.

Parecía divertirle aquel horror que causaba. Porque cuantos menos enfermos tenía, más tiempo le quedaba para dedicarse á sus ciencias queridas. Como cobraba muy baratas las visitas, el pueblo se le conservaba fiel. Ganaba lo indispensable para vivir, y vivía satisfecho á un millón de leguas de las gentes de la localidad, sin más afán ni más objeto que sus investigaciones y sus descubrimientos. De vez en cuando mandaba una Memoria á la Academia de Ciencias de París. Plassans ignoraba que aquel ente original , *que olía á muerto* , era persona muy conocida y muy estimada en los más altos círculos científicos. Cuando los domingos le veían salir de la ciudad , camino hacia las colinas de Garrigues , con la caja de botánico colgada de un hombro y el martillo de geólogo en la mano , se encogía la gente de hombros , y

lo comparaban con el otro médico de Plassans, tan emperejilado siempre, tan fino con las damas, y cuyas ropas trascendían á violetas.

Tampoco su familia comprendía á Pascual. Cuando Felícitas le vió emprender aquel género de vida tan extraña y tan mezquina, se quedó estupefacta, y le recriminó porque defraudaba las esperanzas que en él tenía puestas. Ella, que toleraba la pereza de Arístides porque la consideraba fecunda, no pudo ver sin ruborizarse la conducta de Pascual, su amor á la soledad, su desprecio por las riquezas y su firme resolución de vivir ignorado. ¡Ah! ¡No sería ciertamente aquel hijo el que satisficiera sus legítimas vanidades!

—Pero, ¿dónde te metes? (solía decirle.) Por fuerza tú no eres hijo mío. Aprende de tus hermanos; mira cómo ellos buscan y procuran sacar provecho de la educación que les hemos dado. Pero tú sólo haces tonterías. ¡Ah! ¡Bien mal nos pagas el habernos arruinado, ó poco menos, para educarte!

Pascual, que prefería siempre reir á enfadarse, respondía alegremente, pero con ironía:

—Vaya, no os quejéis; que no quiero con-

tribuir á vuestra bancarrota. Cuando estéis malos, os curaré de balde.

Obediente, á pesar suyo, á sus particulares instintos, frecuentaba muy poco el trato de su familia, aunque en la forma no manifestaba repugnancia por ella. Antes de que Arístides entrara en la subprefectura, mil veces le sacó de apuros, porque continuaba soltero. Mas, aparte de esto, vivía ajeno á todo. Ni remotamente habíale ocurrido pensar en el porvenir del país, y por ningún concepto podía sospechar los acontecimientos que se preparaban. Hacía tres ó cuatro años que se ocupaba en resolver el problema de la herencia, comparando las especies animales con la humana, y absorto en su trabajo, y orgulloso de los adelantos que hacía, no le quedaba tiempo para pensar en otras cosas. Las observaciones hechas en sí propio y en su familia habíanle servido de punto de partida para sus estudios. El pueblo, en tanto, reconocía con su inconsciente intuición hasta qué punto era distinto de sus parientes, y le llamaba Dr. Pascual siempre, sin emplear nunca el nombre patronímico.

Tres años antes de la revolución de 1848,

Pedro y Felícitas liquidaron su casa de comercio. Ya era tiempo. Habían pasado de los cincuenta, y estaban cansados de luchar. Vista su mala suerte, temieron quedarse en la miseria si se empeñaban en seguir adelante. Sus hijos, al defraudar sus esperanzas, les habían dado el golpe de gracia. Convencidos de que por causa de ellos no llegarían á enriquecerse, resolvieron conservar un pedazo de pan para pasar tranquilos los últimos años de su vida, y se retiraron con un capitalito de unos cuarenta mil francos. Con esta suma crearon una renta de dos mil francos : lo bastante para pasar mezquinamente, como se acostumbra vivir en las provincias. Por fortuna, eran los dos solos. Sus hijas, Marta y Sidonia, habíanse establecido, casadas, en Marsella la primera, y en París la otra.

De buena gana hubieran ido á establecerse ellos en el barrio de los comerciantes retirados; pero no se atrevieron: era su renta en extremo reducida, y temieron exponerse á hacer un mal papel. Para consolarse, alquilaron una habitación en la calle de la Banne, que separa el barrio viejo del nuevo. Colocada su

casa en la acera de las últimas de aquél, quedaron en el barrio de la canalla; pero desde sus ventanas, á pocos pasos de ellos, veían la ciudad de la gente rica: estaban en la frontera de la tierra prometida.

La habitación aquella era un piso segundo: se componía de tres grandes estancias, de las cuales servían una para recibir, otra para comedor, y de alcoba la tercera. La casa era estrecha y de poco fondo, y constaba de sólo dos pisos. En el principal habitaba el propietario, un comerciante de bastones y paraguas, que tenía el almacén en el portal.

Cuando Felicitas comenzó á remover los muebles, sintió que se le oprimía el corazón. En provincias, vivir en casa alquilada es una declaración de pobreza. Todas las familias bien acomodadas la tienen propia en Plassans, porque las fincas urbanas se venden allí muy baratas. Además, desde el primer instante, Pedro rehusó toda idea de amueblar la nueva vivienda con lujo: estrechó los cordones de su bolsa, y el antiguo mobiliario, viejo, en deplorable estado de conservación, hubo de servir para el caso.

Felícitas, que ansiaba figurar algo y se dolía de semejante tacañería, aun comprendiendo la razón en la cual se fundaba, se ingenió para reparar en lo posible tantos desperfectos; relegó á un rincón algunos muebles demasiado viejos, y á los otros les lavó la cara como pudo.

El comedor, que estaba junto á la cocina, y caía á la parte de atrás, quedó medio vacío: una mesa y una docena de sillas formaban todo el mobiliario de aquella vasta habitación, cuya ventana caía á un patio, y no tenía más vistas que la parda tapia de la casa vecina. Como nadie entraba nunca en la alcoba, en ella escondió Felícitas todos los trastos inservibles: además de la cama, un armario, un *secrétaire* y un tocador, había amontonadas dos cunas, una librería sin puertas, y una gran papelera vacía, respetables ruinas todas que la mujer de Rougon no se atrevió á tirar á la calle. Todos sus cuidados se concentraron en el salón: casi llegó á convertirlo en lugar habitable. Adornábale una sillería de terciopelo amarillento con flores de raso. En medio había un velador con tabla de mármol: dos consolas con sus espejos ocupaban los extremos de la

estancia: la alfombra no alcanzaba á cubrir todo el suelo, y del techo colgaba una araña resguardada por una gasa blanca, llena de manchitas negras debidas á las moscas. Decoraban las paredes seis litografías representando las más grandes batallas de las guerras de Napoleón I, en consonancia con los muebles que procedían de la época del primer Imperio.

Por toda mejora, consiguió Felícitas del propietario de la casa que empapelara el salón de color de naranja con grandes ramos. Así es que la sala aquella tenía un tono subido, sobre el cual la luz, al reflejar, tornábase amarillenta y hería los ojos. El mobiliario, las cortinas, el papel, todo era amarillo: hasta las planchas de mármol de las consolas y del velador amarilleaban. Cuando las colgaduras estaban echadas, parecía aquella habitación casi decente, y la luz era menos desagradable. Pero estaba muy lejos aquello de lo que Felícitas había soñado. Veía aquella mal disimulada miseria con muda desesperación. Por lo común, en la sala, la menos fría estancia de la casa, solían estar. Una de sus diversiones, grata y amarga al propio tiempo, era asomarse á

una de las ventanas que caían sobre la calle de Baune. Desde allí veía de soslayo la plaza de la Subprefectura. Aquel era su paraíso soñado. Aquella plazoleta desahogada, limpita, con sus casas nuevas, la parecía un Edén. Diez años de vida hubiera dado con gusto por ser propietaria de una de ellas. La que formaba el ángulo de la izquierda, aquella en la cual vivía el jefe económico, la atraía furiosamente, mucho más que las otras. La miraba con antojo de mujer embarazada. De vez en cuando, por alguna entreabierta ventana, veía muebles lujosos, detalles de riqueza que la revolvían la sangre.

Por aquella época los Rougon atravesaban una crisis de vanidad y de apetitos insaciables. Los pocos sentimientos buenos que tenían se agriaban. Sin resignación ninguna, considerábanse víctimas del hado, y cada vez estaban menos dispuestos á morir sin ver satisfechos sus afanes y sus ambiciones. Á pesar de su avanzada edad, en el fondo, no renunciaban á sus esperanzas. Felícitas aseguraba que un presentimiento le auguraba que moriría rica. Cada día de miseria les pesaba más. Cuando

recapitulaban sus inútiles esfuerzos, cuando recordaban los treinta años de lucha sin punto de reposo, y la decepción que sus hijos les hicieron sufrir, viendo desmoronarse aquellos castillos contruidos en el aire, en medio del salón amarillo, del cual, para que no se notara la huella de la pobreza, era menester ahuyentar la luz intensa, sorda rabia les ahogaba. Para consolarse, forjaban planes de fortunas colosales, hacían combinaciones fantásticas; Felícitas soñaba que le caía el premio gordo de una lotería, cien mil francos: Pedro imaginaba que iba á inventar alguna especulación maravillosa. Su nuevo pensamiento era hacerse ricos en seguida, en pocas horas, y gozar de la fortuna, aunque fuera sólo un año. Todo su ser, brutalmente, sin reparo, á este fin conspiraba. Todavía, aunque con cierta vaguedad, esperaban algo de sus hijos, con ese egoismo particular de los padres que no pueden acostumbrarse á la idea de haberlos mandado al colegio sin obtener, en cambio, algún beneficio personal.

Felícitas parecía no haber sufrido la acción del tiempo: era la misma: una mujercita

negruzca, inquieta, zumbando siempre como una cigarra. Cualquiera, al verla de espaldas en la calle, la hubiese tomado por una niña de quince años, á juzgar por su paso ligero, por la estrechez de sus hombros y la finura de su talle. Su cara tampoco había cambiado gran cosa: habíase tan sólo hecho más pronunciada la jeta, y, por consiguiente, tenía mayor semejanza con el hocico de una fuina: hubiérase dicho que era su rostro el de una chiquilla apergaminada poco á poco, sin perder los rasgos característicos de las facciones.

Pedro Rougon, ya era otra cosa; había echado panza, convirtiéndose en un burgués respetable, al cual faltaban sólo las rentas para tener todos los caracteres de la burguesía. Sus mejillas gruesas y fofas, su aspecto rudo y pesado, la expresión de su rostro, que parecía siempre dormido, rebosaban abundancia. Un día oyó decir á un campesino que no le conocía: «Ese gordote debe ser algún ricacho; ¡anda, que no estará muy inquieto pensando en la comida!» Aquellas palabras habían ido derechas á su corazón; parecíale una burla in-

fame del destino haberle dejado pobre después de darle la gordura y la gravedad de un millonario. Los domingos, cuando se afeitaba delante de un espejillo de cincuenta céntimos, colgado de la falleba de la ventana, pensaba que de frac y corbata blanca, en casa del Subprefecto, haría bastante mejor papel que muchos empleados de Plassans. Aquel hijo de un destripaterrones, picardeado en medio de las preocupaciones propias del comercio, gordo á fuerza de hacer vida sedentaria, ocultando sus apetitos y sus cdios so capa de una congénita bondad de carácter estereotipada en las facciones, ostentaba en verdad el continente solemne é idiota, la facha de imbécil que suelen tener la mayoría de los hombres en el salón de un personaje.

Algunos suponían que su mujer le trataba á baqueta, y se equivocaban. Era testarudo como un asno; viéndose contrariado, sin esperanza de hacer su gusto, hubiera sido capaz de pegar á la gente. Pero Felícitas era demasiado ladina para llevarle la contraria cara á cara. Ingeniosa, vivaz y revoloteadora, aquella enana no tenía por sistema lanzarse de cabeza

contra los obstáculos; cuando quería lograr algo de su marido y empujarle por una senda que le parecía conveniente, le envolvía en los círculos de sus bruscos revuelos de cigarra, le picaba por todas partes, volvía cien veces á la carga, hasta hacerle ceder, sin que él mismo se diera cuenta de ello. Pedro la reconocía más inteligente que él, y soportaba con paciencia sus consejos. Á veces, Felícitas, ganaba la batalla, sin hacer más que zumbar á los oídos de Rougon. Y, cosa rara, jamás el uno echaba al otro en cara un fracaso. Sólo la educación de los hijos produjo algunas disensiones entre aquel matrimonio.

La revolución de 1848 halló, pues, sobre aviso á todos los Rougon, exasperados por su mala suerte, y resueltos á obtener los favores de la fortuna, aunque hubiesen de lograrlos violándola, si la tropezaban en el curso de su vida. Era una familia de bandidos en acecho, dispuestos á desbalijar al primero que á las manos les trajeran los acontecimientos. Eugenio vigilaba en París; Arístides soñaba que estaba estrangulando á Plassans; el padre y la madre, los más ávidos quizás, conta-

ban con sus propios esfuerzos y con aprovechar en lo posible los de sus hijos: sólo Pascual, aquel discreto amante de la ciencia, vivía indiferente á todo lo que no fuera objeto de sus amores en la alegre casita del barrio nuevo.



III.

En Plassans, en aquella ciudad en la cual la división de clases era tan marcada y tan radical, el golpe de retroceso de los acontecimientos políticos apenas era perceptible. Hoy mismo, la voz del pueblo se ahoga bajo el peso de la prudencia de la burguesía, la muda desesperación de la nobleza y la astuta conducta del clero. Aunque un rey le robe á otro su trono ó una república surja de pronto en medio de las luchas de las monarquías, la ciudad no se conmueve. Cuando en París se bate la gente, en Plassans duermen tranquilos ricos y pobres. Mas aunque en la superficie se observa calma, líbrase en el fondo de la población una sorda batalla, digna de estudio. Tan raros son los tiros y los combates en las calles, como frecuentes las intrigas que se desenvuelven en los salones de la ciudad

nueva y los del barrio de Saint-Marc. Hasta 1830, el pueblo no intervino en ella. Aun hoy hácense las cosas sin contar con él, como si no existiera. Todo lo amasan la nobleza, el clero y los burgueses. Los curas, muy numerosos por cierto, dan el tono á la política de aquellos círculos; su táctica es sombría, miedosa y prudente; lucubran en las tinieblas, de suerte que avanzar ó retroceder un paso les cuesta diez años. Estas luchas secretas entre hombres que quieren evitar sobre todo el ruido, requieren una astucia particular, una aptitud especial para las cosas pequeñas de suyo, una paciencia propia de gentes á quienes no ciegan pasiones ni entusiasmo. Por eso la lentitud que ofrece la marcha de la política provinciana, esa pereza que causa risa á los parisienses, está llena de peligros, erizada de traiciones, de cabildeos y astucias, de derrotas tan silenciosas como los menos alborotadores triunfos. Aquellos provincianos, sobre todo cuando tienen á la vista sus intereses materiales, matan á domicilio á capirotaos, ni más ni menos que nosotros matamos á cañonazos en las plazas públicas.

La historia política de Plassans, igual que

la de todas las pequeñas ciudades de provincias, ofrece una particularidad muy curiosa. Hasta 1830, todos sus habitantes eran católicos fervientes y entusiastas realistas: los hombres del pueblo, cuando juraban, lo hacían invocando á Dios y á sus reyes legítimos. De pronto sucedió un cambio repentino: huyó la fe, y la población obrera, y gran parte de la burguesía, desertaron de las filas del realismo, inaugurando poco á poco el movimiento democrático de nuestros días. Cuando estalló la revolución de 1848, encontráronse solos el clero y la nobleza para trabajar en pro del triunfo de la causa de Enrique V. Hacía largo tiempo que les parecía el advenimiento de los Orleans un ridículo ensayo, útil nada más para traer de nuevo á los Borbones: aunque no tenían muchas esperanzas, lanzáronse á la palestra, escandalizados ante la deserción de sus antiguos partidarios, y procuraron atraerles de nuevo. El barrio de Saint-Marc, y con él de acuerdo todas las parroquias, pusieron manos á la obra. Entre los burgueses, y sobre todo en el pueblo, el entusiasmo fué grande al día siguiente de la primera sangrienta jornada de Febrero: aquellos aprendices de re-

publicanos tenían prisa por desahogar su fiebre revolucionaria.

Pero entre los propietarios de la ciudad, el fuego súbito tan sólo brilló y duró lo que una hoguera de paja. Los pequeños comerciantes retirados, los propietarios de poco más ó menos, todos los que disfrutaban de sus rentas tranquilos y sosegados, después de haber hecho su fortuna bajo el régimen monárquico, sintiéronse invadidos en seguida por el pánico: la república, con su existencia activa, llena de sacudimientos y temblores, les hizo temer por sus bolsas y su querida existencia de egoistas. Así es que, tan luego como la reacción clerical se manifestó en 1849, casi todos los burgueses de Plassans pasáronse al partido conservador, siendo recibidos con los brazos abiertos.

Hasta entonces nunca habían existido vínculos tan sólidos entre el barrio nuevo y el de Saint-Marc: hubo nobles que llegaron á estrechar las manos de algunos abogados y no pocos antiguos comerciantes de aceite. Esta inesperada familiaridad entusiasmó al barrio de los burgueses, y desde entonces hicieron encarnizada guerra á la república.

Para llegar á este resultado, preciso fué que el clero derrochara verdaderos tesoros de habilidad y paciencia. En el fondo, la nobleza de Plas-sans, semejante á un moribundo, vivía sumida en una postración invencible: conservaba la fe; pero estaba aletargada como una masa inerte, y dejaba obrar al cielo: por su gusto, sólo hubiese protestado por medio del silencio, acaso porque presentía que sus dioses habían muerto, y ya no le quedaba más objeto en la tierra que ir á compartir con ellos el sueño eterno.

Hasta en aquellos momentos de revuelta que sucedieron á la catástrofe de 1848, cuando podía ver con cierto viso de posibilidad el regreso de los Borbones al trono, mostróse apática, indiferente, hablando á cada paso de echarse á la calle y no abandonando el rincón al lado del fuego.

El clero combatía sin punto de reposo aquella actitud, aquel sentimiento de impotencia y resignación, y en sus actos había cierto apasionamiento delator de sus grandes afanes. Los curas, cuanto más se desesperan, más luchan: la política de la Iglesia fué siempre igual: caminar hacia adelante con paso firme y lento, sin impacien-

cia, remitiendo la victoria acaso á muchos siglos después, pero sin perder un minuto, constantemente empujando y dirigiéndose al objeto propuesto. El clero fué, pues, el que en Plassans determinó el movimiento reaccionario: la nobleza era el testaferro, detrás del cual trabajaban los curas, halagándola, dirigiéndola, dándola aliento y prestándola una vida ficticia.

Cuando consiguió vencer todas sus repugnancias hasta llegar á hacerla formar masa común con la burguesía, consideró ganada la partida. El terreno estaba maravillosamente preparado; aquella antigua ciudad realista, aquella población de burgueses tranquilos y de comerciantes poltrones, debía tarde ó temprano formar parte del partido del orden. El clero, con su astuta táctica, apresuró la conversión. Después de haber dominado á los propietarios de la ciudad nueva, se apoderó de los comerciantes al por menor del barrio viejo. Desde entonces, la reacción fué dueña de la ciudad. En esta reacción estaban representadas todas las opiniones; jamás se había visto semejante mezcla de liberales resellados, de legitimistas, orleanistas, bonapartistas y clericales. Pero esto poco impor-

taba. Todos tenían un interés común contra la República, y gozosos la veían agonizar. Solo una parte del pueblo bajo, un millar de obreros entre las diez mil almas que constituían la población, todavía saludaba al árbol de la libertad, plantado en medio de la plaza de la Subprefectura.

Los políticos más ladinos de Plassans, los que dirigían el movimiento reaccionario, no esperaban el Imperio tan pronto. La popularidad de Luís Napoleón les parecía una pasajera genialidad del pueblo, de la cual podrían dar cuenta fácilmente. La persona del Príncipe les inspiraba sólo cierta admiración. Lo juzgaban inepto, iluso, incapaz de dominar á la Francia, y menos aún de sostenerse en el poder. Teníanle por un instrumento, del cual esperaban servirse á su antojo para allanar el terreno, y al cual echarían abajo en cuanto llegase la ocasión oportuna de aparecer el verdadero pretendiente.

A medida que pasaba el tiempo, fueron sintiéndose inquietos. Entonces empezaron á creer con cierta vaguedad que les habían engañado. Pero no les quedó tiempo para ponerse en defensa. El golpe de Estado estalló sobre sus cabezas, y viéronse obligados á aplaudir. La gran impura,

la República, acababa de ser asesinada. Era casi un triunfo. El clero y la nobleza aceptaron los hechos, y, resignándose, aplazaron la realización de sus ideales para más adelante, y se aliaron á los bonapartistas para aplastar á los últimos republicanos que aún quedaban.

Estos acontecimientos fueron la base de la fortuna de los Rougon. Mezclados en diversas fases de esta crisis, se alzaron sobre las ruinas de la libertad. Aquellos bandidos en acecho, cogieron una presa: la república. Luego que otros la hubieron degollado, ayudaron ellos á desbalijarla.

Al día siguiente de la jornada de Febrero, Felicitas, que era la que tenía mejor olfato de todos ellos, comprendió que estaba sobre una pista buena. Como acostumbraba, empezó á revolotear en torno de su marido, y á aguijonearle para que se removiese.

Las primeras noticias de la revolución habían asustado á Pedro: cuando su mujer le hizo comprender que de aquellas revueltas sólo podían sacar provecho, pues que poco ó nada le es dado perder al que poco ó nada tiene, hízose cargo de la verdad de estos pen-

samientos, y se puso en completo acuerdo con ella.

—No sé lo que puedes hacer (le decía Felicitas). Pero me parece que hay masa aprovechable. M. de Carnevant nos decía hace poco que si Enrique V venía, sería él rico, porque el rey ese recompensaría á los que hubiesen contribuido á su triunfo. Quizás nuestra fortuna está en estos sucesos. ¿Quién sabe si habrá llegado el momento de la buena suerte para nosotros, que siempre fuimos tan desgraciados?

El marqués de Carnevant, aquel noble que, según la crónica escandalosa de Plassans, había conocido muy íntimamente á la madre de Felicitas, de vez en cuando solía hacer una visita á los Rougon. Malas lenguas pretendían que la mujer de Pedro se le parecía mucho.

Era un hombrecito delgado, activo, como de unos setenta y cinco años, cuya fisonomía, en efecto, se tornó muy semejante á la de Felicitas, luego que ésta fué entrando en años. Decíase que las mujeres le habían comido los últimos restos de una fortuna, bastante mermada ya por su padre mientras duró la

emigración. Sin reparo confesaba su pobreza. Recogido por uno de sus parientes, el conde de Valqueyras, vivía como un parásito, comiendo á la mesa de su huesped y habitando una pequeña estancia de los pisos superiores del aristocrático hotel.

—Pequeña (decía á menudo, tomándole la cara á Felícitas). Si Enrique V me devuelve una fortuna, te instituiré heredera.

Tenía Felícitas cincuenta años, y aún la llamaba el marqués *pequeña*. Cuando impulsaba á su marido por la senda de la política, pensaba en aquellas caricias paternas y en aquellas promesas de herencia. Muchas veces M. de Carnavant se había lamentado de no poder ayudarla. Pero, sin duda, como llegase á medrar algo, se conduciría con ella cual amoroso padre. Pedro, á quien su mujer había explicado con medias palabras la situación, se declaró dispuesto á seguir la marcha que le indicaran.

La posición particular del Marqués hizo de él un agente activo del movimiento reaccionario en Plassans desde los primeros días de la República. Aquel hombrecillo, que todo lo es-

peraba de la vuelta de sus reyes legítimos al trono, se ocupó con febril actividad en contribuir á su triunfo. Mientras la nobleza rica del barrio de Saint-Marc se adormecía en su muda desesperación, temiendo aún comprometerse y de nuevo encontrarse, de la noche á la mañana, condenada al destierro, el Marqués se multiplicaba haciendo propaganda y atrayéndose voluntades y partidarios. Era un arma que obedecía sumisa á una mano invisible.

Desde entonces, sus visitas á casa de Rougon fueron diarias. Necesitaba un centro de operaciones. Su pariente M. de Valqueyras le había prohibido llevar adictos á su palacio, y en el apuro escogió el salón de Felicitas.

Poco tardó en hallar un ayudante incomparable en Pedro. Él no podía ir en persona á predicar las ventajas del rey legítimo á los comerciantes al por menor y á los obreros del barrio viejo; lo hubieran criticado. Pero Pedro, que había vivido entre ellos, que hablaba como ellos y conocía sus costumbres, podía muy bien hacerla, y llegar á catequizarlos poco á poco.

De esta suerte tornóse Rougon el hombre indispensable. En menos de quince días él y

su mujer fueron más realistas que el rey. El Marqués, viendo el celo de Pedro, se resguardaba astutamente detrás de él. ¿Á qué conducía ponerse en evidencia cuando un hombre de buenas espaldas se prestaba á llevar el peso de la propaganda de un partido? Por eso dejaba que Pedro mangoneara, henchido de orgullo, dándose importancia, hablando como amo, y, entretanto, él se limitaba á refrenarle ó empujarle, según las necesidades de la causa. A poco el antiguo comerciante de aceite se convirtió en un personaje. Cuando se quedaban solos por las noches, Felícitas le decía:

—Anda, y no temas. Estamos en buen camino. Si esto sigue, seremos ricos; tendremos un salón como el del jefe económico, y daremos saraos.

La casa de los Rougon era un club de conservadores, que de ordinario se reunían en el salón amarillo para perorar contra la República.

Había entre ellos tres ó cuatro comerciantes retirados, que temían por sus rentas, y reclamaban á voz en grito un gobierno prudente y fuerte. Otro, que en sus tiempos comerció en

almendras, era miembro del consejo municipal y llamábase M. Isidoro Granoux, era el jefe del grupo. Tenía el labio leporino, hendido á cinco ó seis centímetros de la nariz, y con sus redondos ojos y su aspecto á la vez satisfecho y asustadizo, ofrecía cierta semejanza con un ganso digiriendo el cebo, saludable, pero temeroso del cocinero. Faltábanle palabras cuando hablaba, y solía guardar silencio; escuchaba atento cuando acusaba alguno á los republicanos de querer robar las casas de los ricos, y entonces no hablaba tampoco; contentábase con ponerse tan sofocado, que cualquiera hubiese dicho que le atacaba una apoplejía, y con sorda voz murmuraba invectivas sin cuento, en las cuales resaltaban siempre las palabras «holgazanes, pillos, ladrones, asesinos».

No todos los que frecuentaban el salón amarillo eran tan torpes de lengua como aquel ganso cebado. Un rico propietario, M. Rouquier, de cara grasienta y gesto insinuante, hablaba horas y horas con la pasión de un orleanista á quien la caída de Luís Felipe sorprendió, destruyendo todos sus cálculos.

Era un lencero de París retirado á Plas-sans, antiguo proveedor de la Corte, que hizo magistrado á su hijo, contando con los Orleans para que el chico escalara los más elevados puestos. Muertas sus esperanzas de resultas de la revolución, habíase hecho reaccionario en cuerpo y alma. Su fortuna, sus antiguas relaciones comerciales con las Tulle-rías, que convertía él en amistosas inteligen-cias, le daban cierto prestigio: el que adquiere en una provincia todo hombre que ganó dinero en París, y se digna ir á comerse las rentas en el rincón de un departamento: había algunos que le oían como á un oráculo.

Pero el más claro talento de la reunión era el comandante Sicardot, el suegro de Arísti-des. Era un hércules, de rostro color de ladrillo, lleno de costurones y mechoncillos de rizada barba gris, que había figurado, ó de ello presumía al menos, en el gran ejército. Cuando las jornadas de Febrero, la guerra en las calles le sacó de sus casillas: no transigía con ella; decía colérico que era vergonzoso batirse así, y recordaba con orgullo el gran reinado de Napoleón.

Otro personaje digno de estudio frecuentaba también las reuniones políticas de casa de Rougón. Vuillet, un librero de mirada aviesa y manos siempre sudorosas, que surtía de imágenes y rosarios á todas las beatas de la ciudad. Vendía autores clásicos y autores místicos: era católico ferviente, y esto le aseguraba la clientela de muchos conventos y parroquias. Vividor é ingenioso, había unido á su comercio la publicación de un periódico bisemanal, la *Gaceta de Plassans*, en el cual se ocupaba solamente de los intereses del clero. Todos los años le costaba el diario tres ó cuatro mil francos; mas como era el órgano de la Iglesia, servíale de ayuda para dar salida á las mercancías sagradas de sus tiendas. Era hombre poco instruído y de sintaxis dudosa; pero redactaba el periódico con tanta humildad y con intención tan endiablada, que por medio de una y otra suplía la falta de conocimientos.

Desde el punto en que el Marqués comenzó su campaña, comprendió el partido que podía sacar de aquella figura de muñidor de cofradías, cuya pluma grosera era venal é interesada. Desde Febrero, los artículos contenían

menos disparates y menos faltas gramaticales: el Marqués los corregía.

Con esta concurrencia, fácil es imaginar el extraño aspecto que ofrecía el salón amarillo de los Rougon por las noches. Partidarios de todas las opiniones políticas, estaban revueltos y aullaban contra la República. Tenían un vínculo común: el odio. El Marqués, que no faltaba ninguna noche, era el encargado de dirimir alguna que otra querella surgida entre el comandante y los otros políticos.

Todos aquellos bellacos estaban muy orgullosos de los apretones de mano que les prodigaba el aristócrata al llegar á la casa y al retirarse. Sólo Roudier, como libre-pensador de la calle de Saint-Honoré, decía que el Marqués no tenía un céntimo, y que él se reía de los pobretones. Este llevaba una amable sonrisa estereotipada en los labios: se encanallaba con aquellas gentes, sin que un mohín despreciativo de los que cualquier otro habitante del barrio de Saint-Marc se hubiese considerado en la obligación de hacer, contrajera su rostro. Su vida de parásito habíale hecho flexible y adaptable á todas las circunstancias.

Era el alma de aquella agrupación. Mandaba en nombre de personajes desconocidos á quienes jamás nombró. «Quieren esto. No quieren lo de más allá», decía, y bastaba aquello para ser obedecido. Los dioses ocultos que velaban por el bienestar de Plassans desde el fondo de una densa nube, sin mezclarse directamente en los negocios públicos, debían ser ciertos curas de la localidad, los grandes políticos del país. Cuando el Marqués pronunciaba aquel *ellos* misterioso, que tal y tan grande respeto inspiraba á toda la reunión, Vuillet confesaba, con su actitud hipócrita, que los conocía perfectamente.

La persona más dichosa de todos los concurrentes á casa de Rougon era Felícitas. Por fin tenía gente en su salón. Verdad es que la vejez de su mobiliario la causaba cierta vergüenza; pero se consolaba pensando cuán rico sería el que adquiriese cuando ocurriera el triunfo de la causa de la justicia. Ella y su marido habían tomado en serio el realismo. Felícitas llegaba hasta asegurar, cuando Roudier no estaba presente, que la monarquía de Orleans era la causa de que ellos no hubie-

sen ganado dinero en su comercio. Era un modo de dar carácter político á su pobreza. Para todos tenía una frase ó un gesto cariñoso, hasta para Granoux, á quien despertaba todas las noches inventando alguna manera de hacerlo sin ofenderle, á la hora de retirarse.

El salón, aquel círculo de conservadores de todos los partidos que diariamente admitía algún nuevo adicto, adquirió una gran influencia. Por la diversidad de sus elementos, y sobre todo por el impulso que recibía del clero, llegó á ser un centro reaccionario, que se irradiaba sobre todo Plassans. La táctica del Marqués, completamente oculta detrás de las acciones de Rougon, era que éste fuera considerado como el jefe del grupo político. Como las reuniones se celebraban en su casa, todos los que no estaban en antecedentes para ver claro en el asunto, le señalaban como cabeza de todos los demás miembros, y en él se fijaba la atención pública. Le atribuyeron, pues, toda la fuerza y le consideraban como principal agente de aquel movimiento, que poco ó poco atrajo al partido conservador á los que hacía poco fueron entusiastas republicanos.

Hay circunstancias que favorecen á los menos capaces de servir para nada, y á los que menos tienen que perder y fundan la fortuna de ellos en donde algunos más aptos y de mejor posición no hubieran osado exponerse. Roudier, Granoux y otros más ricos y más á propósito para el caso, parecían los indicados para obtener la jefatura de aquella agrupación; pero ninguno de ellos hubiera querido convertir su casa en centro político; sus convicciones no alcanzaban hasta el punto de aconsejarles comprometerse abiertamente: no eran más que charlatanes, chismosos de provincia, que se satisfacían chismorreando contra la República en casa de un vecino, en cuanto éste cargaba con la responsabilidad de su chismografía. La partida parecíales demasiado arriesgada. Entre la clase media de Plassans, sólo Rougon era capaz de entablarla, por sus apetitos insaciables, que le impulsaban á tomar resoluciones extremas.

En Abril de 1849, Eugenio dejó de súbito á París, y fué á pasar quince días en compañía de sus padres. Jamás llegó á saberse de cierto el objeto de aquel viaje tan inesperado como

inexplicable. Es de suponer que tenía el de tantear el terreno, y ver si su candidatura para la Asamblea legislativa, que iba á suceder á la Constituyente, podría ser acogida con éxito. Pero demasiado astuto para correr el albur, parecióle ser desde luego poco favorable la opinión, y se abstuvo de toda intentona. En Plassans nadie sabía qué hacía en París. Estaba más delgado, y parecía menos adormecido su semblante. Le rodearon muchos, ganosos de hacerle hablar; pero él fingía una ignorancia supina, y, sin soltar prenda, supo de todos lo que quiso. Otros más perspicaces hubiesen descubierto detrás de su aparente indiferencia vivo interés por saber y estudiar las corrientes políticas de la ciudad. Parecía que sondeaba el terreno, más bien que por cuenta propia, por la de un partido.

Aunque renunció á sus esperanzas personales, quedóse en Plassans hasta fin de mes, y fué asiduo concurrente del salón amarillo. Desde que el primer campanillazo anunciaba la llegada de un tertulio, iba á tomar posiciones en el hueco de un balcón, lo más lejos posible de la luz. Allí pasaba la noche, escu-

chando atento, con la barba apoyada en la palma de la mano derecha. Oía impasible las mayores estupideces. Siempre aprobaba con la cabeza ; hasta cuando Granoux lanzaba alguna de sus diatribas semejantes á gruñidos. Si le preguntaban su opinión , repetía la de la mayoría en términos muy corteses. Ni los optimistas discursos del Marqués, quien hablaba de los Borbones como en 1815, ni las serviles efusiones de Roudier, que se enternecía enumerando los pares de calcetines que había vendido al rey ciudadano, parecían impacientarle, ni causarle cansancio siquiera. Todo lo contrario: manifestábase muy satisfecho en medio de aquella torre de Babel.

Á veces , cuando todos aquellos ridículos personajes se revolvían y alborotaban contra la república , en sus ojos se reflejaba una expresión socarrona; pero sus labios conservaban el gesto invariable de hombre grave. Su atención para escuchar y su complacencia constante le atrajeron universales simpatías. Lo tenían por tonto, pero en concepto de buena persona. Cuando algún comerciante de aceite ó de almendras no podía dominar el tu-

multo para explicar cómo procedería él si fuera el amo para hacer á Francia dichosa, acudía á Eugenio, y le decía al oído sus planes maravillosos. El joven Rougon movía la cabeza, como encantado de oír cosas tan bellas.

Sólo Vuillet le miraba con desconfianza. Aquel librero ingerto en sacristán y en periodista, hablaba menos que los otros, y observaba más. Había notado que de vez en cuando Eugenio cuchicheaba en su rincón con el comandante Sicardot, y se propuso oír lo que decían; pero no logró sorprender ni una sola palabra. En cuanto se acercaba, el Abogado hacía un guiño al Comandante, y éste se callaba al punto. Desde aquellas conversaciones, siempre que Sicardot hablaba de Napoleón, sonreía con aire de misterio.

Dos días antes de partir de nuevo para París, Eugenio encontró en el paseo de Sauvaire á su hermano Arístides, el cual le acompañó un poco, con la insistencia de quien busca un consejo: estaba perplejo. Desde la proclamación de la República había mostrado vivísimo entusiasmo por el gobierno nuevo. Su inteligencia, educada en dos años

de estancia en París, le permitía ver más claro que solían hacerlo los torpes ingenios de Plasans: adivinaba la impotencia de los legitimistas y orleanistas, sin alcanzar quién sería el tercer ladrón que llegaría á robar á la República. Jugando el todo por el todo, habíase puesto de parte de los vencedores, renegando en público de su padre y llamándole viejo loco, é imbécil vendido á la nobleza.

—Mi madre es una mujer inteligente (añadía). Nunca la hubiese creído capaz de empujar á su marido hacia un partido cuyos ideales son quiméricos. Van á acabar de quedarse en la miseria. ¡Claro! Las mujeres, ¿qué entienden de política?....

Él quería venderse lo más caro posible. Desde el primer instante, su táctica fué olfatear bien, para ponerse al lado de aquellos que pudieran recompensarle con magnificencia el día del triunfo. Por desgracia, caminaba á ciegas: reconocíase desorientado en aquel rincón del mundo, sin brújula ni noticias precisas. Esperando que el curso de los acontecimientos le señalase una ruta segura, conservó su actitud de republicano entusiasta, que fué la primera

que tomó. Merced á esto, continuó empleado en la subprefectura, y ascendió. Ansioso de desempeñar un papel importante, determinó á un librero, rival de Vuillet, á que se le asociara, y fundó un diario democrático, del cual era redactor furibundo. *El Independiente*, bajo su dirección, hizo cruda guerra á los reaccionarios. Pero, á su pesar, la corriente le llevó más lejos de lo que se propuso, y llegó á escribir artículos incendiarios que le daban escalofríos cuando los leía para corregirlos. Mucho criticó Plassans aquellos ataques que dirigía el hijo á las personas que se reunían en el salón de su padre.

Las riquezas de Roudier y de Granoux exasperaban á Arístides, hasta el punto de hacerle perder toda noción de prudencia. Impulsado por sus ansias de envidioso hambriento, hízose enemigo irreconciliable de la burguesía, y la llegada de su hermano Eugenio le consternó. Á su juicio, aquel hombretón, medio adormecido siempre, era como los gatos que acechan una rata: dormía con un ojo y velaba con el otro. Pasaba enteras las noches en el salón de su padre, escuchando con reli-

giosidad las estupideces de aquella grotesca asamblea, de la cual él, Arístides, se había burlado tanto y tan cruelmente. Cuando supo esto por las habladurías del pueblo, y además que su hermano estrechaba la mano á Granoux y al Marqués, pensó con ansiedad que quizás se habría engañado. Los orleanistas ó los legitimistas, ¿tendrían acaso probabilidades de triunfar? La duda le aterró. Perdió el equilibrio, y, como suele suceder, cayó con más rabia sobre los conservadores, para vengarse de su propia ceguera.

La víspera del día que encontró y detuvo en el paseo de Sauvaire á Eugenio, había publicado en *El Independiente* un terrible artículo sobre las intrigas del clero, en contestación á un suelto de Vuillet, acusando á los republicanos de querer demoler las iglesias. Vuillet era la pesadilla de Arístides. No pasaba semana sin que entablasen polémica y se llenaran de injurias y groserías. En provincias, en donde todavía la perífrasis está muy en boga, las frases hechas entran por mucho en el periodismo. Arístides llamaba á su adversario «hermano Judas» ó «servidor de San Antonio», y Vuil-

let le contestaba tratándole de feroz republicano, «monstruo ebrio de sangre, á quien surtía de alimento la guillotina».

Para sondear á su hermano, Arístides, fingiendo tranquilidad, se limitó á preguntarle :

—¿Has leído mi artículo de ayer? ¿Qué te parece?

Eugenio se encogió de hombros.

—Eres un estúpido, Arístides, —le replicó.

—De modo (añadió el periodista, palideciendo), que le das la razón á Vuillet. ¿Crees que está en vías de triunfar su partido?

—¡Yo! ¿Vuillet?....

Iba tal vez á decir «Vuillet es otro estúpido como tú»; pero notando la palidez de su hermano, que le miraba ansioso, apoderóse de él la desconfianza, y concluyó :

—¿Vuillet?.... ¡No va mal!....

Después de esta conversación, cuando Arístides quedó solo, sintióse más perplejo que antes. Eugenio debía haber querido reírse de él, porque Vuillet era la bestia más bestia que podía imaginarse. Pero se propuso ser cauto, y no comprometerse más aún, no fuera que se encontrase con las manos atadas si algún día

llegaba el caso de pasar á otro partido y contribuir á estrangular á la República.

La mañana misma de su partida, una hora antes de tomar la diligencia, Eugeni o llevó á su padre á la alcoba, y tuvo con él una larga conferencia. Felícitas, que estaba en el salón, probó en vano á escuchar. Hablaban muy quedo, como si temieran que una sola de sus palabras trascendiera al exterior. Cuando, por fin, salieron de la estancia, parecían muy animados. Después de abrazar á sus padres, Eugenio, cuya voz era de ordinario pastosa y lenta, dijo con vivacidad extraordinaria:

—¿Os habéis enterado bien, padre? Ahí está nuestra fortuna: es menester trabajar con todas nuestras fuerzas en ese sentido. Tened fe en mí.

—Seguiré tus instrucciones al pie de la letra (repuso Rougon). Pero no olvides lo que me has ofrecido como premio de mis esfuerzos.

—Si salimos adelante, todos esos afanes serán satisfechos; me comprometo á ello. Además, escribiré para guiaros por la senda más conveniente, según el aspecto de los acontecimientos. Pero nada de pánico ni de entusias-

mos prematuros. Es preciso obedecerme ciegamente.

—¿Qué habéis tratado?—interrogó Felicitas con curiosidad.

—Madre (repuso Eugenio sonriendo). Habéis dudado mucho de mi valer, para que me atreva hoy á confesaros mis esperanzas, que sólo se asientan en cálculos de probabilidad. Sería menester que tuvieseis una fe muy grande en mí para poder comprenderme. Además, padre os enterará de todo en ocasión oportuna.

Y viendo que Felicitas se mostraba ofendida en el amor propio, murmuró á su oído, al darla otro beso:

—Aunque has renegado de mí en alguna ocasión, te quiero y te estimo en lo que vales. Demasiada inteligencia echaría á perder el negocio hoy por hoy. Cuando llegue la crisis, entonces tú serás la encargada de manejar el asunto.

Ya se iba, cuando, volviéndose, con una mano puesta en el picaporte de la puerta, repitió con acento imperioso:

—Sobre todo, desconfiad de Arístides: es un atolondrado que nos comprometería. Le co-

nozco muy bien, y sé que siempre será el mismo. Nada de piedad: si hacemos fortuna, ya sabrá robarnos su parte.

Luego que Eugenio hubo partido, Felícitas trató de sorprender el secreto que su marido la ocultaba. Conocía demasiado las condiciones de su carácter para interrogarle abiertamente: la hubiera contestado con furia que el asunto aquel nada la importaba á ella. Pero, no obstante su astucia, aquella vez fracasó su táctica, porque no logró saber palabra. Cuando hacía falta una discreción ilimitada, Eugenio supo buscarse un confidente. Pedro, orgulloso de la confianza de su hijo, exageró más todavía la parsimonia que le era habitual, y se hizo impenetrable como una masa compacta.

En cuanto Felícitas comprendió que nada conseguiría, dejó de hostigarle; pero quedó presa de la curiosidad, y sobre todo ansiando saber una cosa especialmente. Habían concertado Pedro y Eugenio un plan, y el primero exigía un premio: ¿de qué podía tratarse? Aquí estaba lo más interesante para ella, que no se preocupaba de los acontecimientos políticos por sí mismos. Sabía que su marido se habría vendido

caro; pero ardía en deseos de conocer bien la clase y cantidad del objeto de cambio con el cual se realizó la venta, y sin desmayar esperó un instante oportuno.

Cierta noche, después de acostarse, viéndolo á Pedro de buen humor, hizo recaer la conversación sobre los disgustos que implica la pobreza.

—Ya va siendo tiempo de que cesen (dijo); nos arruinamos gastando aceite y leña desde que todos esos señores vienen por las noches. ¿Y quién nos pagará luego la cuenta? Probablemente, nadie.

Pedro cayó en el lazo. Sonrióse con aire de complacencia y superioridad, y repuso:

—Paciencia, hija; ¿qué se le va á hacer!

Y mirando á su mujer fijamente, prosiguió con acento que revelaba alegría y astucia:

—¿Te gustaría ser la mujer de un jefe económico?

La fisonomía de Felícitas se animó, y sus mejillas se pusieron de color de púrpura. Sentóse en el lecho, y palmoteando como un niño con sus enjutas manos, balbuceó:

—¿De veras? ¿Y en Plassans?

Pedro no respondió: hizo una seña afirmativa con la cabeza. Gozaba viendo el asombro de su compañera, que se ahogaba de emoción.

—Pero es menester una fianza muy grande para eso (prosiguió). Según me han dicho, M. Peirotte tuvo que depositar en el Tesoro ochenta mil francos.

—¡Bah! ¿Y á mí qué? Eso es cosa de Eugenio. Él se encargará de todo, incluso de hacer que un banquero de París adelante la fianza. Como ves, el destino que he elegido da mucho de sí. Al principio Eugenio no quería...., alegando que para ocupar esos puestos es menester ser rico y persona influyente. Pero yo me mantuve firme, y al fin cedió. Para ser jefe económico no hace falta saber griego ni latín; y, en último resultado, tendré un apoderado que se encargue del despacho.

Felicitas escuchaba con fruición.

—Ya se me alcanza lo que hacía dudar á nuestro hijo. Aquí no nos quieren bien. Saben que somos pobres, y hablarán.... Pero.... en momentos de crisis todo pasa. Eugenio quería que fuéramos á otra ciudad cualquiera; yo me opuse: no, señor; ha de ser aquí, en Plassans.

—Sí, sí; aquí hemos de quedarnos (exclamó la vieja). ¡Aquí es donde sufrimos, y aquí es donde debemos triunfar! ¡Ya verán esos correntones del Mail que miran mis trajes de lana por encima del hombro!.... Yo no había pensado en ese destino. Creí que deseabas ser alcalde.

—¡Bah! ¡Alcalde!.... ¡Un destino sin sueldo! No creas que también Eugenio me lo propuso. Pero yo le dije: «Acepto, si me aseguras una renta de quince mil francos.»

Esta conversación, plagada de cifras fabulosas, entusiasmaba á Felicitas. Temblaba de placer, experimentaba una especie de éxtasis. Por fin tomó una actitud reflexiva, y dijo:

—Veamos, calculemos. ¿Cuánto ganarás?

—Por de pronto.... el sueldo fijo son tres mil francos, según tengo entendido.

—Tres mil,—contó Felicitas.

—Después hay que añadir el tanto por ciento de las gestiones. En Plassans puede esto producir unos doce mil francos.

—Que hacen quince mil.

—Sí; unos quince mil francos, sobre poco más ó menos. Eso es lo que viene á ganar

Peirotte. Pero además él tiene banca y giro por su cuenta. Está permitido dedicarse á ese negocio. Y yo puede ser que me arriesgue, si veo que la suerte me favorece.

— ¡Entonces calculemos veinte mil...., veinte mil francos de renta! — repitió Felícitas entusiasmada.

— Pero será necesario pagar lo que nos hayan prestado.

— ¿Y qué importa? Seremos más ricos que muchos de los que más presumen.... Y, además, el Marqués y los otros tendrán que partir la breva contigo.

— ¡No! Todo será para nosotros.

Viendo que insistía de nuevo, sintió Pedro que la desconfianza le tentaba. Creyó que trataba su mujer de arrancarle el secreto, y frunciendo las cejas, exclamó:

— Basta de conversación. Es muy tarde, y es menester dormir. Trae mala suerte hacer cuentas galanas, y todavía no tengo el destino. ¡Sobre todo, que seas discreta!....

Apagada la lámpara, Felícitas no pudo dormir. Con los ojos cerrados, hacía maravillosos castillos en el aire. Los veinte mil francos de

renta bailaban delante de ella una danza diabólica. Figurábase estar ya en una habitación lujosa como la de Peirotte, dando bailes y salpicando con su fortuna la ciudad entera. Lo que más acariciaba su vanidad, era la posición oficial que ocuparía su marido entonces. Él sería quien pagase sus rentas á Granoux ó Roudier, á todos aquellos ricachos, que iban á su casa como quien va á un café á hablar y enterarse de las noticias del día. Demasiado veía la manera desenfadada cómo entraban en su salón, y por ella los tenía entre ojos. Hasta el Marqués, con su irónica cortesía, empezaba á desagradarla. Además, estar solos, guardar la breva para ellos solos, como ella decía, era una venganza muy satisfactoria. Cuando todos se presentaran, sombrero en mano, en casa del jefe económico, entonces, á su vez, los trataría ella como merecían. Pasó la noche dando vueltas en su mente á aquellos plácidos pensamientos. Por la mañana, cuando abrió las persianas, la primera mirada suya fué para las ventanas de M. Peirotte, al otro extremo de la calle: sonrió contemplando las anchas cortinas de damasco que colgaban detrás de las vidrieras.

Las esperanzas de Felícitas, el cambiar de objeto, hiciéronse todavía más violentas. Como todas las mujeres, gustaba de los misterios. El oculto fin que su marido perseguía la apasionaba más que todas las intrigas legitimistas de M. de Carnavant. Sin gran disgusto abandonó los cálculos fundados en el éxito del Marqués, desde el momento en que por otros medios podía su marido obtener grandes beneficios. Fué admirablemente discreta y prudente.

En el fondo, vivísima curiosidad la torturaba : deseando conocer su secreto, espiaba los menores gestos de Pedro. ¿No estaría equivocado? ¿No le habría metido Eugenio en algún laberinto, del cual saldrían más pobres que entraron? Pero, á su pesar, sentía que la fe la animaba. Tanta autoridad había en el mandato de Eugenio, que acabó por creer en él. Influyó sobre ella, con extraño poderío, la idea de lo desconocido. Pedro hablaba con misterio de los altos personajes cuyo trato frecuentaba Eugenio en París; ignoraba lo que en la capital hacía, y su misterioso proceder contrastaba con las torpezas que Arístides cometía en Plassans. En su propio salón, trata-

ban al periodista demócrata con cierta dureza. Granoux le llamaba bandido entre dientes, y dos ó tres veces por semana repetía Roudier:

—Vuestro hijo escribe cada día más atrocidades. Ayer atacaba á nuestro amigo Vuillet con un cinismo irritante.

Todos los asistentes al salón amarillo hacían coro. El comandante Sicardot hablaba pestes de su yerno. Pedro renegaba de su hijo con toda franqueza. La pobre madre bajaba la cabeza, devorando sus lágrimas. Á veces sentía deseos de ponerse á gritar y decirle á Roudier y á sus colegas que su hijo, con tantos defectos, valía más que todos ellos juntos. Pero estaba comprometida, y no quería perder la posición alcanzada. Viendo cómo la ciudad entera trataba á Arístides, pensaba con desesperación que el infeliz estaba perdido. Dos veces le llamó á escondidas, y le exigió que hiciera algo por no disgustar á los amigos de su padre. Arístides la replicó que ella no entendía de política, y que había cometido una gran torpeza poniendo á su marido al servicio del Marqués. Hubo de abandonarle con pena, mas no sin el propósito firme de obligar á Eu-

genio á partir su presa con el pobre muchacho, que seguía siendo su hijo más querido.

Después de la partida de su primogénito, Pedro continuó viviendo en plena reacción. Nada hacía sospechar el cambio más insignificante en las ideas del cacique del centro reaccionario. Todas las noches seguían visitándole los asiduos á sus reuniones y haciendo propaganda en favor de la monarquía, y Pedro seguía ayudándoles con el celo de siempre.

Eugenio salió de Plassans el 1.º de Mayo. Pocos días después, vivo entusiasmo reinaba en el club de los conservadores. Comentábase la carta del Presidente de la República al general Oudinot, en la cual se daba como cosa resuelta el sitio de Roma. Aquella carta era considerada como un triunfo de los elementos retrógrados.

Desde 1848, las Cámaras discutían la cuestión romana; tocábale á un Bonaparte ahogar una República naciente, por medio de su intervención, de la cual jamás la Francia se hubiera hecho cómplice, á ser libre. El Marqués declaró que no era posible hacer una labor más fina en pro de la monarquía legítima. Vuillet escribió

un artículo soberbio. El entusiasmo rayó en delirio cuando, un mes después, el comandante Sicardot entró una noche en casa de Rougon, anunciando que el ejército francés se estaba batiendo junto á los muros de Roma. Mientras los demás alborotaban de júbilo, él fué á estrechar la mano de Pedro con significativos ademanes. Después sentóse y comenzó un caluroso elogio del presidente de la República, diciendo que era el único hombre capaz de salvar á Francia de la anarquía.

—Pues que la salve cuanto antes (dijo el Marqués), y en seguida, que comprenda cuál es su deber, entregándola en manos de sus dueños legítimos.

Pedro fingió que aceptaba esta respuesta como buena. Y luego que hubo manifestado así su ardiente realismo, añadió que Luis Bonaparte merecía sus simpatías en aquel asunto. Sicardot le hizo coro, y entre uno y otro cruzáronse varias frases entrecortadas, que parecían estudiadas y convenidas de antemano, para hacer la apología del Presidente de la República.

Por vez primera entraba francamente el

bonapartismo en el salón amarillo. Verdad es que desde las elecciones del 10 de Diciembre, el príncipe había ido retrogradando poquito á poco. Preferíale la opinión á Cavaignac, y la pléyade reaccionaria le votó con entusiasmo. Pero considerándole más como un cómplice que como un amigo, con desconfianza, acusándole de querer comerse solo las castañas, después de haberlas sacado del fuego con mano ajena. Aquella noche, sin embargo, con motivo de su actitud en los asuntos de Italia, los conservadores escucharon con cierta benevolencia los elogios de Pedro y los del Comandante.

El grupo de Granoux y de Roudier pedía ya que el Presidente fusilara á todos aquellos bandidos republicanos. El Marqués, apoyado contra la chimenea, contemplaba en actitud reflexiva un rosetón desteñido de la colgadura. Cuando alzó la vista, Pedro, que á hurtadillas estudiaba el efecto de sus palabras revelado en la expresión de la fisonomía del aristócrata, se calló de súbito. M. de Carnavant se limitó á sonreír, mirando á Felícitas y haciendo un gesto de inteligencia. Aquel

juego de gestos y de miradas pasó inadvertido para todos los burgueses que les rodeaban. Sólo Vuillet dijo con acre acento:

—Así y todo, más me gustaría ver á *vuestro* Bonaparte en Londres que en París. Nuestros negocios andarían más derechos y más de prisa.

El antiguo comerciante de aceite palideció, temeroso de haber ido demasiado lejos.

—Yo no abogo por *mi* Bonaparte (dijo con bastante firmeza): si yo fuese el amo de todo, veríais adónde lo mandaba; pero no por eso dejo de reconocer que la expedición á Roma es una gran cosa.

Felícitas había seguido los incidentes de esta conversación con curiosidad y extrañeza. Pero de ello no dijo palabra á su marido, lo cual prueba que en el silencio fundaba su trabajo admirable de investigación intuitiva. La sonrisa del Marqués, cuyo alcance no acertaba á comprender, le dió mucho que pensar.

Desde aquel día, Rougon, de vez en cuando y muy de tarde en tarde, dejaba escapar una alabanza á los actos del Presidente de la República, siempre que había ocasión para ello. En

tales casos Sicardot hacía las veces de un compadre complaciente.

Aún dominaba el clericalismo en el salón amarillo. Al año siguiente, aquel grupo reaccionario adquirió una influencia decisiva en la ciudad, merced al movimiento reaccionario iniciado en París. El conjunto de medidas antiliberales llamadas *la expedición de Roma al interior*, aseguró en definitiva el triunfo de los Rougon.

Los últimos burgueses, entusiastas al notar la creciente agonía de la República, se apresuraron á reunirse á la mayoría retrógrada. La hora del triunfo de los advenedizos había llegado. La ciudad nueva les hizo una ovación la noche que fué aserrado el árbol de la libertad, que estaba en medio la plaza de la Subprefectura. Era éste un plátano joven, traído de las orillas del Viorne, el cual habíase ido secando poco á poco, con gran desesperación de los obreros republicanos, los cuales iban todos los domingos á complacerse observando cómo arraigaba y cuánto crecía, y no podían explicarse las causas de aquella muerte lenta, á pesar de los cuidados de que era ob-

jeto. Un aprendiz de sombrerero aseguraba haber visto cómo la mujer de Rougon salía todas las noches y vertía en el alcorque un cubo de agua envenenada.

Desde entonces corrió la voz de que Felicitas se levantaba todas las noches para regar el árbol con vitriolo. Cierto ó no este rumor, fué el caso que el municipio declaró, al fin, que exigía la dignidad de la República quitar aquella planta, tan mala representante de la libertad. Temiendo el descontento de la población, escogieron una hora avanzada de la noche para llevar á cabo su propósito. Los propietarios conservadores de la ciudad nueva se regocijaron con la perspectiva de aquella fiesta política, y la noche en la cual sucedió, bajaron todos á la plaza de la Subprefectura para ver cómo caía un árbol de la libertad.

Cuando el plátano crugió sordamente y se abatió en la sombra con la rigidez de un héroe herido de muerte, Felicitas agitó el pañuelo. La multitud aplaudió, y los espectadores contestaron, agitando asimismo sus pañuelos. Un grupo acercóse á la ventana, gritando:

—¡La enterraremos, la enterraremos!....

Sin duda hablaban de la República. En poco estuvo que la emoción no produjera á Felícitas un ataque de nervios. Fué aquella una noche memorable para los asiduos al salón amarillo.

Entretanto, el Marqués seguía mirando á Felícitas con su misteriosa sonrisa. Era aquel viejecillo demasiado astuto para no comprender cuál era el derrotero de la política francesa. Fué uno de los primeros que olfatearon el Imperio. Más adelante, cuando la Asamblea legislativa gastaba sus fuerzas en vanas discusiones, inspiradas en rencillas y pequeñeces, cuando hasta los legitimistas y los orleanistas aceptaban ya tácitamente un golpe de Estado, pensó que su causa estaba del todo perdida. Pero él sólo vió claramente. Vuillet, á su vez, comprendía que la de Enrique V, defendida por su periódico, iba siendo detestable; pero poco le importaba: toda su táctica se reducía á procurar medios para vender más estampas y más rosarios. Cuanto á Roudier y á Granoux, vivían en absoluta obscuridad, siempre llenos de temores y dudas; en puridad, no profesa-

ban una idea política: todas sus aspiraciones patrióticas se limitaban á comer y dormir en paz.

No por haber dado el postrer adiós á sus esperanzas dejó de frecuentar el salón amarillo el Marqués. Se divertía en él. El choque de unas ambiciones con otras, aquel maremagnum de pequeñeces y necesidades, habían acabado por servirle de entretenimiento. La idea de volver á encerrarse en su cuartito, debido á la caridad del conde de Valqueyras, le hacía temblar. Para él sólo guardó, con maliciosa reserva, la certidumbre de que no había llegado la hora de volver á ocupar el trono los Borbones. Prosiguió á las órdenes del clero y la nobleza, trabajando en pro de la causa aquella, y fingiendo una ceguera que no existía. Desde el primer día penetró el alcance de la conducta de Pedro, y creía que Felícitas era su cómplice.

Una noche llegó antes que los otros, y halló á ésta en el salón todavía sola.

—Conque dime, pequeña (le preguntó): ¿marchan bien vuestros negocios? ¡Qué diablo! ¿Por qué te empeñas en guardar inútiles reservas conmigo?

—¡Que guardo reserva!—repuso la vieja, llena de curiosidad y de sorpresa.

—¡Te figuras tú que así como así se engaña á un zorro viejo como yo! Vaya, trátame como lo que soy, como á un amigo. Estoy dispuesto á ayudaros, sin que nadie lo note. ¡Ea! Sé franca.

Felícitas comprendió de qué se trataba. No podía decir palabra, y acaso lograrse penetrarlo todo sabiendo manejarse.

—¿Sonríes? (prosигuió Carnavant.) Así se empieza la confesión. Ya me figuraba yo que andabas de acuerdo con tu marido. Pedro es demasiado torpe para inventar la bonita traición que preparáis. Apuesto cualquier cosa á que Bonaparte os da lo que yo hubiera pedido para vosotros, si los Borbones hubiesen triunfado.

Estas palabras confirmaron las sospechas que Felícitas abrigaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Verdad que es probable que el príncipe Luís gane la partida?—preguntó con viveza.

—No se lo digas á nadie; pero creo que sí (replicó riendo el Marqués). Por mi parte, ya me he puesto luto por nuestro partido. Todo

se perdió, y acaso para siempre. Al fin y al cabo no me debe gran cosa, porque yo para ti trabajaba: y como quiera que sin mi ayuda has sabido tomar el buen camino, me consuelo pensando que con mi derrota se asegura vuestro triunfo. Si te ves apurada, ya sabes que á mí puedes acudir con toda confianza.

Y con su sonrisita de caballero escéptico y pervertido, añadió:

—¡Bah! Después de todo, también yo puedo influir un poquito en la traición.

En esto llegaron los antiguos comerciantes de aceite y de almendras.

—¡Ah! ¡pobres reaccionarios! (prosiguió en voz baja Carnavant.) Mira, en política, toda la dificultad está en tener buena vista cuando los demás son ciegos. Llevas buen juego, pequeña; todos los triunfos están en tus manos.

Al día siguiente, Felicitas, rebotando de curiosidad, ansiaba tener certeza de lo que ocurría. Comenzaba el año 1851, y hacía diez y ocho meses que Rougon recibía cartas de su hijo Eugenio con gran regularidad. Encerrábase en la alcoba, las leía, y en seguida las guardaba en el cajón de un viejo *secrétaire*, cuya llave

traía siempre en el bolsillo del chaleco. Cuando su mujer le hacía alguna pregunta, limitábase á responder: «Eugenio escribe diciendo que está bueno». El ensueño de Felícitas era poner mano en todos aquellos documentos. Al siguiente día de su conversación con el Marqués, mientras Pedro dormía, su mujer se levantó, y con gran tiento, andando de puntillas, tomó el chaleco, sacó la llave del mueble que guardaba los papeles tan codiciados, y la sustituyó con la de la cómoda, que era de igual tamaño, y bien podía confundirse con la otra. Cuando Rougon se levantó, no echó de ver el cambio; salió á la calle, y no bien quedó sola Felícitas, apresuróse á encerrarse á su vez, y una tras otra, con una curiosidad febril, leyó todas las cartas.

Sus propias sospechas y las que Carnavant le había hecho concebir con sus palabras, eran fundadas. En aquellas treinta ó cuarenta cartas estaba descrito el movimiento del partido bonapartista para elevar á su jefe á la dignidad de Emperador. Formaban una especie de minucioso diario, en el cual estaban expuestos detalladamente los acontecimientos á medida que iban

sobreviniendo , comentados de tal suerte , que en cada uno se fundaban multitud de instrucciones y consejos. Eugenio tenía fe. Hablaba de Luis Bonaparte , considerándole como el único hombre capaz de resolver el problema político. Había creído en él antes de que el príncipe pisara el suelo de Francia , cuando el bonapartismo era considerado como una quimera ridícula. Felícitas comprendió que desde 1848 su hijo era un agente secreto y muy activo de aquella causa. Aunque no decía claramente cuál era su posición en París , se conocía á primera vista que trabajaba por el Imperio , de acuerdo con personajes á quienes nombraba con cierta familiaridad. Cada una de las cartas aquellas hacía referencia á un hecho notable , y explicaba los progresos del partido , haciendo presumir un pronto y feliz resultado. Por lo común , acababan fijando la conducta que Pedro debía observar en Plassans. Entonces comprendió Felícitas la razón de ciertas frases y ciertos hechos de su marido , inexplicables hasta entonces para ella. Pedro obedecía á su hijo , siguiendo ingenuamente sus instrucciones.

Cuando acabó la lectura, estaba plenamente convencida. Todo el plan de Eugenio parecióle claro como la luz. Pensaba hacer fortuna aprovechando el barullo, y pagar á sus padres la deuda de la educación que de ellos recibió, abandonándoles un andrajo de la presa cuando llegase la hora del botín. Por muy poco que su padre le ayudara, siendo útil á la causa de Napoleón, le había de ser muy fácil lograr para él la plaza de jefe económico. Nada era posible que rehusaran á quien había puesto mano en las más delicadas gestiones. Sus cartas eran sencillamente una serie de advertencias, para evitar que hiciera alguna tontería que le privase de los futuros beneficios. Porque comprendió esto, sintió Filícitas profunda gratitud hacia Eugenio. Leyó varias veces distintos párrafos de algunas cartas, todos los que hablaban especialmente de la catástrofe final; de aquella catástrofe cuyo alcance y cuya gravedad no comprendía bien, y que por ello tomaba á sus ojos las proporciones de la fin del mundo: después ya creía ver á Dios colocando á los justos á su diestra y á la izquierda á los réprobos; ella se consideraba entre los primeros.

Cuando la noche siguiente consiguió volver á su sitio la llave cambiada, prometiéndose usar de la misma estratagema, siempre que lo hubiese menester; pero haciendo como si nada supiera. Aquella táctica era excelente, ó, al menos, parecíasele á Felicitas.

Desde entonces ayudó á su marido, tanto mejor, cuanto éste la consideraba ajena á sus gestiones. Cuando Pedro creía trabajar solo, encontrábase con la ayuda de su mujer, que contribuía á que recayese la conversación sobre tal ó cual punto, y sin tregua se dedicaba á reclutar partidarios para la causa que les era común. Hacía la padecer la desconfianza de Eugenio, y deseaba poder decirle, luego que el triunfo fuese un hecho: «Todo lo sabía; y, lejos de comprometeros, aseguré el éxito». No era posible mayor actividad que la de aquel ignorado cómplice. El Marqués, á quien tenía ella por confidente, estaba maravillado.

Seguía inquietándole la suerte de su hijo Arístides. Desde que tenía fe en su primogénito, los furibundos artículos de *El Independiente* la asustaban más y más. Con todo su corazón deseaba convertir al bonapartismo al

republicano frenético; pero en vano buscaba medio de advertirle, sin incurrir en imprudencia, los riesgos que corría. Acordábase de la insistencia de Eugenio, recomendándoles que desconfiaran de Arístides. Sometió el caso á Carnavant, y éste opinó como aquél.

—En política, pequeña, lo principal es saber ser egoísta. Convertir á Arístides y hacer de su periódico un defensor del bonapartismo, sería un golpe muy rudo para el partido. *El Independiente* está juzgado: con sólo su título basta para enfurecer á los burgueses de Plasans. Deja que Arístides pelee, que así se forman los hombres: y no creas que es él de madera á propósito para dejarse martirizar toda la vida.

En su afán de atraer al camino del bien á los suyos, ya que estaba á su vez sobre la pista de lo conveniente, llegó hasta pretender que su hijo el médico tomase parte en sus intrigas. Pascual, con ese egoísmo propio de los sabios, se ocupaba muy poco de la política. Cuando estaba entretenido con algún experimento, podían muy bien haberse derrumbado todos los tronos del mundo, sin que él lo advir-

tiese. No obstante, acabó por ceder á las instancias de su madre, que le acusaba de vivir como un hurón.

—Si frecuentaras el gran mundo (solía decirle), tendrías clientes entre la gente de la buena sociedad. Al menos, ven por las noches á casa. Conocerás á Roudier, á Granoux, á Sicardot, personas todas que están en buena posición, y te pagarán las visitas á cuatro ó cinco francos. Los pobres no esperes que te enriquezcan.

La idea de salir adelante, de ver en la opulencia á toda su familia, era la monomanía de Felicitas. Pascual, por no disgustarla, cedió, y fué alguna que otra vez á pasar la velada en el salón amarillo. Y se aburrió menos de lo que esperaba. El primer día se quedó estupefacto al ver el grado de tontería que puede alcanzar un hombre bueno y sano. Los antiguos comerciantes de aceite y de almendras, y hasta el Marqués y el Comandante, parecieronle animales raros, que hasta entonces no había tenido ocasión de estudiar. Con ojos de naturalista contempló sus rostros, en los cuales un gesto revelador de sus apetitos estaba estereo-

tipado: escuchó su palabrería vacía de sentido, ni más ni menos que cuando trataba de explicarse el significado del maullido de un gato ó del aullido de un perro.

Por aquel entonces ocupábase de historia natural comparada, aplicando á la especie humana las observaciones que sobre la herencia lograba hacer en los brutos. En el salón amarillo parecía estar en una casa de fieras. Estableció semejanzas entre cada uno de aquellos grotescos personajes y animales que le eran conocidos. El Marqués parecía-le un saltamontes verde, con su cuerpo delgado y su cabeza pequeña y cuadrada. Vuillet le produjo la impresión desagradable y repulsiva de una babosa. Trató con más dulzura á Roudier, hallándole gran parecido con un carnero cebado, y de igual suerte encontró que el Comandante tenía mucho del perro dogo ya viejo cuando le faltan los dientes. El que más admiración le causó fué Granoux. Pasó una velada entera midiéndole el ángulo facial. Cuando le oía balbucear alguna injuria contra los republicanos, aquellos bebedores de sangre, creía oír bramar á un ternero; siempre

que le veía levantarse, parecíale que iba á ponerse á cuatro patas para salir del salón.

—Habla, hombre. Di algo (murmuraba á veces su madre por lo bajo). Habla, y procura hacer clientela entre esos señores.

—¡Madre, si no soy veterinario!—le replicaba Pascual, en el colmo de la indignación.

Una noche le cogió por su cuenta, y trató de catequizarle. Estaba muy contenta, porque iba al salón con alguna frecuencia. Creíale aficionado ya á la sociedad, bien lejos, como estaba, de imaginar el género de lucubraciones á las cuales se dedicaba en medio de aquel grupo de burgueses ricos. Acariciaba en secreto el proyecto de convertirle en médico de moda. Para ella bastaba con que Granoux y Roudier tomaran á su cargo el trabajo de lanzarle, y antes de nada deseaba que profesase las ideas políticas de su familia, comprendiendo que un médico podía esperar mucho haciéndose caluroso defensor del régimen político llamado á sustituir á la República.

—Ya que al fin has entrado en razón, preciso es que pienses en el porvenir (le dijo). Te acusan de republicano, porque cometes la ne-

cedad de asistir gratis á los pobretones de la ciudad. Sé franco : ¿cuáles son tus opiniones políticas?

Pascual miró á su madre con un gesto que revelaba sorpresa é inocencia , y sonriendo, la replicó :

—¿Mis opiniones?... Pues no lo sé de cierto.... ¿Dices que me acusan de republicano? En verdad, no me ofenden. Si consiste *eso* en desear el bien para todo el mundo, republicano soy.

—¡Bah! ¡Nunca llegarás á ser nada! (interrumpió bruscamente Felícitas.) Te postergarán siempre. Mira á tus hermanos, y aprende á buscar fortuna.

Pascual calló, porque harto se le alcanzaba que no eran argumentos para su madre sus afa-
nes por la ciencia. Acusábale de no especular con las ideas políticas. Con cierta tristeza se echó á reir, y cambió de conversación. Inútiles fueron en adelante los esfuerzos de Felícitas para hacerle calcular las probabilidades de éxito de aquel partido , y afiliarse en él. Pero continuó frecuentando el salón amarillo. Granoux le interesaba como un animal antediluviano.

Entretanto, los acontecimientos seguían su curso. El año 1851 fué para Plassans época de constante ansiedad é interminables apuros, de los que Rougon sacó no poco provecho. De París se recibían noticias contradictorias: tan pronto parecía que la República se consolidaba, como que los conservadores la derribaban. El eco de las discusiones que estremecían la Asamblea legislativa, llegaba al rincón de mundo aquel, ya engrosado, ya débil, de suerte que los más expertos no sabían qué pensar. La opinión general era que se acercaba el desenlace. Pero la ignorancia de la forma en que este sobrevendría era causa de aquel constante desasosiego que reinaba en el ánimo de todos los cobardes burgueses retirados en Plassans. Hasta los menos cavilosos ansiaban que se resolviese la situación: hubiéranse echado en brazos del Gran Turco, si el Gran Turco se hubiese comprometido á salvar la Francia de lo que ellos llamaban anarquía.

La sonrisa del Marqués era cada día más sarcástica. Por las noches, cuando más ininteligibles eran los gruñidos de Granoux, acercábase á Felícitas, y la decía al oído :

—Vamos, pequeña ; el fruto ya está casi inaduro.... Ahora , lo que hace falta es saber-selo comer....

Muchas veces había pensado en esta necesidad, ella que seguía leyendo las cartas de Eugenio, y no ignoraba que el día menos pensado sucedería la crisis decisiva. Utilizar los acontecimientos : he aquí el propósito y el problema. Pero ¿cómo? En esta duda decidióse á consultar al Marqués.

—Todo depende de los sucesos (la replicó el viejo). Si no llega hasta aquí la marea; si alguna insurrección no espanta á Plassans, es difícil que os hagáis visibles sirviendo á la causa del gobierno nuevo. Entonces lo mejor es quedaros quietos, y esperar que Eugenio os ayude por su cuenta. Pero si el pueblo se levanta, y todos estos cobardones se creen amenazados, nada es más fácil que representar un buen papel.... Tu marido, aunque un poco torpe....

—¡Oh! No importa ; yo me encargo de despabilarle.... ¿Os parece que el pueblo se sublevará?

—Á mi juicio, es cosa segura. Plassans aca-

so no se mueva, porque en él reina la reacción. Pero las otras ciudades del departamento, las aldeas y la gente del campo, hace mucho tiempo que están influidas por las sociedades secretas, y pertenecen al partido republicano avanzado. Si estalla el golpe de Estado, ya verás cómo repercute en toda esta parte de Francia, en los bosques de las márgenes del Seille y en la meseta de Sainte-Roure.

—¿De modo que os parece inevitable una insurrección?— interrogó Felícitas, tras breve pausa.

—A mí no me cabe duda, —repuso Carnavant.

Y sonriendo con ironía, prosiguió:

—No se funda una nueva dinastía en un erial. La sangre es un gran abono. ¡Bueno fuera que los Rougon, como ciertas ilustres familias, nacieran á la vida política en medio de una hecatombe!....

Aquellas palabras y aquella sonrisa hicieron estremecerse á Felícitas. Pero era mujer de cabeza, y la vista de las colgaduras de casa de Peirotte, que todas las mañanas contemplaba con admiración y envidia, la infundió valor.

Cuando sentía que le faltaba ánimo, asomábase al balcón, y contemplaba la casa del jefe económico, que era para ella como las Tullerías para un príncipe ambicioso. Estaba resuelta á los mayores extremos, con tal de ir á habitar una igual en el barrio nuevo, en aquella tierra prometida, sobre cuya frontera hacía tanto tiempo que vivía ardiendo en deseos y abrasándose de ambición.

El coloquio sostenido con el Marqués, acabó de aclarar el caso á sus ojos. Algunos días después leyó otra carta de Eugenio. En ella el agitador bonapartista manifestaba que una insurrección era indispensable para dar importancia á su padre. Eugenio conocía muy bien su departamento. Todos sus consejos tendieron siempre á poner en manos de los reaccionarios del salón amarillo la mayor influencia posible, para que los Rougon, en el momento crítico, fueran quienes contuvieran las sacudidas de la ciudad entera. Y, según sus propósitos, en Noviembre de 1851 eran dueños de Plassans los asiduos contertulios de casa de Pedro. Roudier representaba la burguesía más rica; su conducta serviría seguramente de norma á toda la

parte nueva de la ciudad. Granoux era todavía más precioso: tenía detrás de sí al Consejo municipal, del cual era uno de los miembros más influyentes. Finalmente, Sicardot era jefe de la guardia nacional, gracias á las intrigas del Marqués, y por su medio el salón amarillo contaba con la fuerza armada.

Los Rougon, aquellos parias desconsiderados por su mala fama, habían por fin conseguido agrupar en torno de ellos elementos para hacer fortuna. Por torpeza ó por cobardía de sus colegas, todos debían depender de ellos y contribuir ciegamente á su engrandecimiento. El único riesgo consistía en que otras influencias, ejerciendo en igual sentido que ellos, les arrebatasen el triunfo, ganándoles la delantera. Y este era su temor: el de no quedar siendo los únicos salvadores de la cosa pública.

Desde luego sabían que la nobleza y el clero les ayudarían, en vez de contrarrestar sus esfuerzos. Pero si el Subprefecto y el Alcalde, de acuerdo con otros funcionarios, llegaban á ponerse al frente de la ciudad y sofocaban la insurrección, no tan sólo quedarían sus trabajos eclipsados, sino que ni siquiera les

dejarían tiempo de hacerse visibles por otro concepto. Su ensueño era la abstención del elemento oficial, el pánico más absoluto. Si el desbarajuste reinaba, y ellos eran un sólo día dueños de los destinos de Plassans, la victoria era suya; su fortuna tenía fundamento. Por su suerte, no había entre los funcionarios un hombre bastante fiel á sus deberes, ni tan enérgico que fuera capaz de arriesgarse en aquel juego.

El Subprefecto era un buen liberal, relegado á Plassans por el gobierno, gracias, sin duda, al buen nombre de la ciudad: tímido de carácter, incapaz de un abuso de autoridad, por fuerza había de verse harto apurado delante de un pueblo en plena revolución. Los Rougon, que sabían cuán favorable era á la causa de la democracia, y que, por lo tanto, no temían su celo, sólo tenían curiosidad por adivinar cuál sería su actitud en el momento crítico.

El ayuntamiento tampoco les daba miedo. El alcalde, M. de Garçonnet, era un legitimista, nombrado, merced á la influencia del barrio de Saint-Marc, en 1849: detestaba á los republicanos y los trataba con desdén; pero estaba

muy comprometido con una gran parte del elemento clerical, y mal podía prestar apoyo á un golpe de Estado en sentido bonapartista.

Los demás funcionarios hallábanse en igual caso que él. Los jueces de paz, el administrador de correos, el recaudador de contribuciones, hasta M. Peirotte, teniendo su puesto en la reacción clerical, no podían aceptar el Imperio con grandes manifestaciones de entusiasmo.

Los Rougon, aunque ignoraban cómo harían para desembarazarse de todos aquellos estorbos, y de qué manera se colocarían para fijar bien la atención del país, fundaban muchas esperanzas, seguros casi, como estaban, de que nadie había de disputarles con ventaja el papel de salvadores de la ciudad.

El desenlace se aproximaba. Á fines de Noviembre circulaba el rumor de que el Príncipe-Presidente preparaba el golpe de Estado para erigirse Emperador. Granoux, lleno de miedo, exclamó :

—¡ Bueno ! Que haga lo que le dé la gana. Le nombraremos lo que quiera, con tal que ametralle á esos pillos republicanos....

Estas palabras de Granoux, á quien todos creían dormido, produjo honda emoción. El Marqués se hizo el sordo; pero los burgueses asintieron con una inclinación de cabeza á las palabras del antiguo comerciante de almendras. Roudier, que no temió aplaudir en voz alta porque era rico, declaró, mirando de soslayo al Marqués, que la situación era insostenible, y precisaba consolidar la Francia, poniendo correctivo á tanto desmán, y dándole medios para ello á cualquiera, fuera quien quisiese.

El Marqués siguió guardando silencio: todos interpretaron su mutismo como muestra de asentimiento.

El grupo conservador, abandonando en aquel momento la causa de la legitimidad, hizo declaraciones en favor del Imperio, y se manifestó á él propicio.

—Amigos míos (dijo Sicardot, levantándose): sólo un Napoleón puede hoy poner á salvo á las personas y á sus amenazadas propiedades.... No temáis: he tomado las precauciones necesarias, y en Plassans os respondo de que no será alterado el orden.

Referíase el Comandante á ciertas manio-
bras llevadas á término , de acuerdo con Rou-
gon. En una especie de cochera, cerca de las
murallas , habían ocultado gran número de fu-
siles y una multitud de cientos de cartuchos,
después de asegurarse bien sobre las opiniones
que reinaban entre los guardias nacionales, con
quienes esperaban poder contar en el momento
crítico. Sus palabras produjeron grata impre-
sión también.

Al separarse aquella noche los tranquilos
burgueses contertulios de Rougon , hablaban
de matar á *los rojos* si se atrevían á moverse.

El 1.º de Diciembre, Pedro recibió una car-
ta de Eugenio, la cual, según su prudente
costumbre, fué á leer á la alcoba. Felicitas
notó que al salir del dormitorio estaba agitado,
y todo el día anduvo dando vueltas alrededor
del *secrétaire*. Cuando llegó la noche , ardiendo
de impaciencia, no podía estarse quieta: ape-
nas se durmió Pedro , se levantó con gran si-
lencio , cogió la llave del bolsillo del chaleco,
y se apoderó de la carta sigilosamente. Euge-
nio decía que la crisis iba á resolverse de un
momento á otro; prevenía á su padre, dándole

consejos, y uno de ellos era que pusiese á su madre al corriente de todo. Había llegado la hora de enterarla, porque pudiera necesitar de su auxilio.

Al otro día esperó Felícitas en vano, porque la confidencia no salió de labios de Pedro. No se atrevió á confesar sus curiosidades, y siguió fingiendo ignorarlo todo, furiosa contra la estúpida desconfianza de su marido, que sin duda la juzgaba tonta y charlatana como las demás mujeres. Pedro, con ese orgullo propio de los maridos, que hace creer á los hombres en una omnímota superioridad dentro del hogar, acabó por atribuir á su mujer todos los fracasos de su penosa existencia. Desde que, según él, dirigía solo los negocios, salían á pedir de boca. Por eso resolvió pasarse sin los consejos de su compañera, y no darle cuenta de nada, á pesar de las recomendaciones de Eugenio.

Tal era la rabia despertada por esta conducta en el ánimo de Felícitas, que, á no desear tanto el triunfo, hubiera puesto todo lo posible de su parte para entorpecer el éxito. Pero su ambición propia le prestó calma, y dióse á

trabajar con entusiasmo, aunque no sin premeditar su venganza.

—¡ Ah ! (pensaba.) ¡ Si tuviera miedo !.... ¡ Ó si cometiera una barbaridad ! Vendría humildemente á pedirme parecer, y entonces le pondría yo la ley....

Lo que más la preocupaba era la actitud de señor todopoderoso que tomaría Pedro si llegaba á triunfar sin su ayuda. Cuando se casó con el hijo de un patán, prefiriéndole á un pasante de notario ú otro hombre por el estilo, pensaba servirse de él como de un sólido autó-mata, cuyos resortes pudiera manejar á su antojo ; ¡ y en el momento decisivo el autó-mata, con su torpeza y su ceguera, se empeñaba en andar solo ! Su espíritu astuto y su actividad febril protestaban contra aquella rebelión inesperada é injustificable. Sabía que era Pedro muy capaz de cualquier decisión brutal, semejante á aquella que tomó cuando hizo firmar á su madre el recibo de los cincuenta mil francos : el instrumento no era muy bueno, poco escrupuloso ; pero ella reconocía la necesidad de manejarle, y más que nunca en aquellas circunstancias, en las cuales hacía

falta grandísima flexibilidad y mucho tacto.

Hasta el jueves, día 3 de Diciembre, después de mediodía, no llegó á Plassans la noticia oficial del golpe de Estado. Á las siete de la tarde todos los partidarios estaban reunidos en el salón amarillo. Aunque esperaban ansiosos la crisis, cierta vaga inquietud se reflejaba en sus semblantes. Se charló mucho, comentando los acontecimientos, y Pedro, un poco pálido como los demás, creyó deber excusar, por un lujo de prudencia, el acto decisivo del príncipe Luis, á los ojos de los legitimistas y orleanistas que estaban presentes.

—Según aseguran (dijo), se convocará al pueblo, y la nación quedará en libertad de escoger la forma de gobierno que más le cuadre..... El Presidente es hombre capaz de retirarse delante de los legítimos dueños....

El Marqués, que conservaba la sangre fría, fué el único que acogió estas palabras con una sonrisa. Los demás, preocupados sólo del presente, no pensaban ni por asomo en lo que pudiera suceder el día de mañana. Todos estaban fluctuando. Roudier, olvidando sus enternecimientos acostumbrados de orleanista agrade-

cido, interrumpió á Pedro bruscamente, y los demás le hicieron coro.

—Nada de discusión. Pensemos tan sólo en conservar el orden,—dijeron á una voz.

Los infelices tenían un miedo cervical á los republicanos. Y eso que la ciudad sólo había manifestado con un ligero estremecimiento la emoción que los acontecimientos de París le produjeron. Se formaron grupos delante de los partes oficiales pegados á la puerta de la sub-prefectura, y corrieron voces de que algunos centenares de obreros habían abandonado el trabajo y trataban de organizar una seria resistencia. Pero ningún síntoma característico de los movimientos populares se observaba en ningún barrio. Lo más peligroso era la actitud que podían tomar las gentes del campo y de las otras ciudades del departamento, y se ignoraba cómo habían recibido la noticia del golpe de Estado.

Á poco más de las nueve llegó Granoux jadeante: acababa de terminar la sesión del Consejo municipal, reunido con gran urgencia. Con la voz ahogada por la emoción, dijo que el Alcalde, no sin hacer todo género de re-

servas, se mostraba dispuesto á sostener el orden, empleando las medidas más enérgicas que estuvieran á su alcance. Pero la noticia que más impresionó á los asistentes al salón amarillo fué la de la dimisión del Subprefecto: este funcionario habíase negado rotundamente á comunicar al pueblo de Plassans los telegramas del ministro del Interior: acababa de salir de la población, según dijo Granoux, y el Alcalde se vió obligado á mandar que los despachos fueran pegados á la puerta de la subprefectura. Acaso fué el único Subprefecto de toda Francia que tuvo el valor de sostener sus opiniones democráticas.

La enérgica actitud del Alcalde inquietó no poco á los Rougon; pero en cambio se deshicieron en improperios contra el fugitivo Subprefecto que, les dejaba libre el campo. Aquella velada fué memorable, porque en ella el salón amarillo se declaró propicio al golpe de Estado, aceptando sin reserva los hechos consumados. Vuillet quedó en publicar al día siguiente un artículo en su periódico la *Gaceta* en aquel sentido. Ni él ni el Marqués opusieron ninguna objeción. Sin duda habían recibido

instrucciones de los misteriosos personajes á quienes de cuando en cuando solían aludir. La nobleza y el clero resignábanse, por lo visto, á prestar su apoyo á los vencedores para rematar al enemigo común, la República.

Aquella noche, mientras los asiduos al salón amarillo discutían y deliberaban, Arístides, ansioso y desorientado, sudaba y trasudaba. Nunca habrá experimentado semejante angustia el jugador que pone á una carta el último dinero. Durante el día, dióle mucho que pensar la dimisión de su jefe. Oyóle repetir varias veces que aquel golpe de Estado, por fuerza había de fracasar. Honrado hasta cierto límite, aquel funcionario creía en el triunfo definitivo de la democracia, sin tener por su parte fe bastante para defenderla resistiendo. Con gran frecuencia solía Arístides escuchar á través de las puertas del despacho del Subprefecto, para procurarse noticias: comprendía que andaba á tientas, y buscaba luz en las noticias que robaba á la administración. El juicio del Subprefecto le chocó, mas no por ello salía de apuros. «Si el triunfo del Príncipe-Presidente no es seguro, ¿por qué huye?» (pen-

saba.) Dispuesto á jugarse el todo por el todo, y no sabiendo á qué carta quedarse, decidió continuar haciendo la misma política de oposición, y escribió un artículo violentísimo contra el golpe de Estado, que llevó en seguida á la imprenta para que fuera insertado en el número de su periódico por la mañana. Después de corregir las pruebas, retirábase á su casa algo tranquilo, cuándo acertó á fijarse en la casa de los Rougon, al pasar por la calle de Banne. Maquinalmente alzó la cabeza, miró á las ventanas, á través de cuyos cierres se filtraba la luz, y con inquietud y curiosidad pensó:

—¿Qué estarán maquinando?

Invencible deseo de saber la opinión de aquella gente sobre los últimos acontecimientos apoderóse de él. No concedía gran importancia al grupo reaccionario aquel; pero tal era su fluctuación, que hubiera sido capaz de oír el consejo de un niño de cuatro años. Después de la campaña que había hecho contra Granoux y los demás reaccionarios, no podía entrar en casa de su padre así de buenas á primeras. Pero estaba resuelto á todo; pensando en el jaleo que se armaría si le sorprendían en

la escalera, subió; llegó junto á la puerta de entrada, prestó oído atento, y sólo consiguió percibir confuso murmullo de voces.

—Soy un chiquillo (murmuró). El miedo me vuelve tonto.

Iba á retirarse, cuando oyó ruido de pasos y la voz de su madre: alguien se marchaba, y Felícitas le acompañaba hasta la antesala. Sólo tuvo tiempo de esconderse en un hueco obscuro que formaba la escalerilla que conducía á las buhardillas: abrióse la puerta, y aparecieron en el hueco Felícitas y el Marqués. M. de Carnavant solía retirarse antes que los otros tertulios, acaso por evitarse el fastidio de darles la mano en la calle.

—Lo dicho, pequeña (murmuró en voz muy baja el Marqués); la gente esa aún es más cobardona de lo que yo creía. Con semejantes hombres, la Francia será siempre del que quiera apoderarse de ella.

Y con cierta amargura, como hablando consigo mismo, prosiguió:

—Decididamente, la monarquía es demasiado honrada para estos tiempos. Pasó su época.

—Eugenio había anunciado la crisis (dijo Felicitas). El triunfo del príncipe Luis le parece seguro.

—¡Oh! Sí. Podéis andar con todo desahogo (concluyó el viejo, comenzando á bajar). Dentro de dos ó tres días el país estará bonitamente agarrotado y con la mordaza puesta. Hasta mañana, pequeña.

Felicitas cerró. Arístides estaba como deslumbrado en el fondo de aquel obscuro agujero. Sin preocuparse de no ser visto por el Marqués, salió, y de cuatro en cuatro escalones bajó la escalera; ganó la calle como un loco, y tomó á todo correr camino de la imprenta de *El Independiente*. Un caos de pensamientos embargaba su ánimo: corriendo y pensando, renegaba de su familia, que le había engañado. ¡Cómo! ¡Eugenio tenía al corriente de todo á sus padres, y su madre no le enseñó á él las cartas, cuyas inspiraciones hubiese seguido á ojos cerrados! ¡Á buena hora sabía que su hermano mayor consideraba el golpe de Estado como cosa concluida! ¡Bien se confirmaban aquellos presentimientos, que desechó por hacer caso al imbécil del Subprefecto! Pero

contra quien más exasperado estaba era contra su padre: habíale creído bastante estúpido para ser de todo corazón legitimista, y de buenas á primeras, en el oportuno momento, resultaba partidario de Bonaparte.

—¡Y pocas necesidades me han dejado comer! (murmuraba.) ¡Bonito papel el mío! ¡Ah, qué lección! ¡Granoux, con ser tan bruto, vale mil veces más que yo!

Con estrépito de tempestad entró en el despacho del impresor de *El Independiente*, y con voz estrangulada por la ira, pidió su artículo. Ya estaba compuesto; mandó entregarle la forma, y no estuvo contento hasta que por su propia mano la hubo deshecho, revolviendo las letras como si fueran fichas de dominó. El impresor le miraba estupefacto. En el fondo se alegraba, porque el artículo le parecía muy peligroso. Pero le hacía falta indispensablemente otro original, so pena de no poder tirar el periódico.

—¿Vais á darme otra cosa?—le preguntó.

—¡Claro está!—repuso Arístides.

Sentóse á la mesa, y comenzó un caluroso panegírico del golpe de Estado. Desde las pri-

meras líneas protestaba de su adhesión al príncipe Luis, salvador de la República. Pero no tenía escrita una cuartilla, cuando se detuvo, falto de ideas. Su cara de fuina revelaba honda inquietud.

—Me voy á casa (dijo por fin). En seguida mandaré el original que hace falta. Todo será que salgamos un poco más tarde....; pero no hay más remedio.

Al retirarse, ya no corría. Andaba poco á poco, sumido en profunda meditacion. De nuevo estaba indeciso. ¿Por qué había de resolver tan de prisa? Eugenio era un hombre inteligente; pero acaso su madre exageraba los alcances de una frase mal interpretada. De todas maneras, lo mejor era callarse y esperar.

Una hora después, Ángela llegó á casa del librero, fingiendo gran emoción.

—Mi marido se ha herido cruelmente (le dijo). Al entrar en casa se ha cogido cuatro dedos de la mano derecha con una puerta, y en medio de los dolores que padece, me ha dictado esta nota para que la pongan en el número de mañana.

En efecto, al otro día *El Independiente*,

casi todo compuesto de noticias , apareció con unas cuantas líneas tan sólo en el lugar del artículo de fondo. Era una advertencia, que decía así:

«Una desgracia ocurrida ayer á nuestro eminente colaborador M. Arístides Rougon, nos privará de sus notables trabajos por espacio de algunos días. En las graves circunstancias por las cuales atraviesa el país, le será muy penoso el silencio; pero ninguno de nuestros lectores pondrá en duda que, siempre patriota, hace votos fervientes por la felicidad de la Francia.»

Aquellas frases ambiguas eran fruto de maduro examen. La última podía explicarse en favor de cualquiera idea política. De esta manera, luego que la victoria estuviese consolidada, podía muy bien volver á la palestra, haciendo un panegírico de los vencedores.

Al día siguiente se paseó por toda la ciudad con el brazo derecho en cabestrillo. Su madre, asustada, acudió á verle; pero él rehusó enseñarle la mano, y la habló con una amargura que hizo caer en la cuenta á la vieja.

—¡Bah! Me alegro de que no sea nada (le

dijo ya tranquila y un tanto burlona). Sólo te hace falta descansar unos días para sanar del todo.

Gracias á la supuesta herida y á la desaparición del Subprefecto, el periódico de Aristides no sufrió las persecuciones que los otros órganos democráticos de provincias.

La mañana del día 4 pasó sin incidente alguno que alterase la paz en Plassans. Por la tarde hubo una manifestación popular, que se disolvió con sólo la presencia de la gendarmería. Un grupo de obreros fué al Ayuntamiento á exigir que les dieran cuenta de los despachos de París: el Alcalde se negó á ello con altanería, y el grupo se retiró, gritando *¡Viva la República! ¡Viva la Constitución!* Luego, todo volvió á quedar en calma. En el salón amarillo, después de comentar aquel inofensivo paseo de los republicanos; convinieron los nuevos bonapartistas en que todo iba á pedir de boca.

Pero los días 5 y 6 fueron más fecundos en emociones. Súpose sucesivamente que se habían sublevado las pequeñas ciudades vecinas; toda la parte Sur del departamento estaba sobre las armas; la Palud y Saint-Martin-de-

Vaulx fueron los primeros en levantarse, y arrastraron á Chavanos, Nazères, Poujols, Valqueyras y Vernoux. En vista de esto, el pánico se apoderó del salón amarillo. Lo que más miedo inspiraba al grupo de Rougon era el aislamiento de Plassans en medio del núcleo de la rebelión. Partidas de insurrectos andaban por las inmediaciones, y debían interrumpir todo medio de comunicación. Granoux repetía, con acento que revelaba su miedo, que el Alcalde no tenía noticias de París. Decían algunos que en Marsella había corrido ya mucha sangre, y que una revolución espantosa asolaba á París. El comandante Sicardot, furioso al ver la pusilanimidad de los burgueses de Plassans, hablaba de morir á la cabeza de la fuerza que mandaba.

El domingo, 7, llegó al colmo el terror. Desde las seis de la tarde, el salón amarillo, aquella especie de comité reaccionario, que estaba en sesión permanente, se llenó de gentes asustadas y temblorosas, que hablaban entre ellas sin atreverse á levantar la voz, como si estuviesen en el cuarto de un muerto. Había llegado al mediodía la noticia de que una

columna de insurrectos, compuesta por unos 3,000 hombres, estaba reunida en Alboise, pueblo distante tres leguas de la ciudad.

Suponían que debía dirigirse á la capital, dejando á Plassans á la izquierda ; pero como el plan de campaña podía ser variado , bastábales á todos aquellos propietarios, tímidos y poltro- nes, saber que estaban cerca de ellos los in- surgentes, para imaginarse ya que las rudas manos de los obreros les apretaban los pescue- zos. Por la mañana habían ya gozado de los pre- liminares de la revolución : los pocos republi- canos que en Plassans estaban, convencidos de que nada podían esperar en la ciudad, re- solvieron ir á reunirse con sus hermanos de la Palud y de Saint-Martin-de-Vaulx, y un grupo salió á cosa de las once por la puerta de Roma, cantando la *Marsellesa*, y rompiendo algunos cristales de las casas que halló al paso. Una de las ventanas de la de Granoux quedó hecha pedazos. Cuando éste contaba el hecho, estaba tembloroso y balbuciente de espanto.

No obstante el miedo que reinaba, viva ansiedad notábase en todos los tertulios del salón amarillo. El Comandante había mandado

á su criado para saber á punto fijo el camino que tomaban los insurrectos , y era esperado aquél con mortales angustias , en medio de las más extravagantes suposiciones. Ninguno faltaba en la reunión. Roudier y Granoux , hundidos en sus butacas , cambiaban tristes miradas , y detrás de ellos yacía el espantado grupo de comerciantes retirados, muertos de miedo. Vuillet, con más presencia de ánimo que los otros , reflexionaba la mejor manera de poner su tienda y su persona á salvo de todo peligro ; dudaba entre esconderse en la buhardilla ó en la bodega , y se inclinaba á preferir ésta última. Pedro y el Comandante, paseando arriba y abajo, cruzaban alguna que otra palabra. El viejo comerciante de aceite se arrimaba á su amigo Sicardot para cobrar un poco de valor. Á pesar de tener un nudo en la garganta , como esperaba hacía tanto tiempo la crisis , y en ella fiaba todas sus esperanzas, hacía grandes esfuerzos para conservar la presencia de espíritu. Cuanto al Marqués , estaba en un rincón, más sonriente y más decididor que nunca, hablando con Felícitas, quien parecía más alegre que de costumbre también.

Por fin oyeron repicar la campanilla. Todos dieron un salto, ni más ni menos que si hubiera sonado un tiro. Mientras Felicitas fué á abrir, reinó sepulcral silencio en la sala : todos los ojos espantados , y todos los rostros pálidos y ansiosos , estaban vueltos hacia la puerta. De pronto apareció en el dintel el sirviente del Comandante; venía jadeando , y dijo, sin más preámbulo :

—Señor, los sublevados estarán aquí antes de una hora.

Aquella noticia cayó como una bomba en el salón amarillo. De cada boca se escapó una exclamación; todos se pusieron en pie, y, consternados, alzaron los brazos al techo. Tal barullo se armó, que por espacio de mucho rato fué imposible que se entendieran. Rodeaban al mensajero, y le abrumaban á preguntas.

—¡ Por vida de Dios vivo ! (gritó, por fin, el Comandante.) No alborotar, es lo que importa. ¡ Calma ! ¡ Calma ! ¡ Muchísima calma , ó no respondo de nada !

Cada cual cayó sobre su asiento , lanzando un hondo suspiro. Entonces se supieron detalles. El mensajero había hallado á la columna

en Tulettes, y se apresuró á volver corriendo.

—Lo menos son tres mil (dijo). Marchan como si fueran soldados, por batallones. Y me parece que en medio de ellos llevaban prisioneros.

—¡Prisioneros!—exclamaron los burgueses en el colmo de la consternación.

—¡Sin duda!... (interrumpió el Marqués, con su vocecilla aflautada.) Según me han asegurado, prenden á todas las personas conocidas por sus opiniones conservadoras.

Esta nueva concluyó la obra. El pánico dominó al salón amarillo. Algunos se levantaron, y se fueron sin despedirse, temerosos de no tener tiempo de encontrar lugar seguro donde ocultarse.

La noticia de las prisiones hechas por los republicanos impresionó, al menos en apariencia, á Felicitas. Llamó aparte al Marqués, y le preguntó :

—¿Qué hace esa gente con los presos?

—Llevarlos con ellos (repuso M. de Carnavant). Sin duda los conservan en rehenes.

—¡Ah! — exclamó la vieja con extraño acento.

Y con curiosidad siguió observando la escena de pánico que en el salón sucedía. Poco á poco fueron desapareciendo todos, hasta no quedar más que Vuillet y Roudier, á quienes la proximidad del peligro prestaba alguna energía. Cuanto á Granoux, quedóse hundido en el sillón también, porque las piernas se negaban á sostenerle.

—¡Más vale así! (exclamó Sicardot, al ver cómo desertaban todos.) Hubieran acabado con mi paciencia. Hace dos años no sabían hablar más que de fusilar á los republicanos del contorno, y cuando llega el caso, no serían capaces de dispararles ni un cohete de á cinco céntimos.

Así diciendo, cogió el sombrero, y dirigiéndose á Pedro, continuó:

—¡Ea! El tiempo vuela.... Vamos, Rougon....

Felicitas parecía esperar aquel momento. Corrió á la puerta, interpúsose delante de su marido, que por su parte no se daba gran prisa por seguir al terrible Sicardot, y fingiendo súbita desesperación, gritó:

—No quiero que salgas.... No consentiré

que me dejes sola.... ¡Esos canallas te matarían!....

El Comandante se detuvo sorprendido :

—¡Caramba! (gruñó.) ¿Ahora se ponen á lloriquear las mujeres?.... Vamos, Rougon.

—No, cien veces no (repitió Felícitas, fingiendo un terror creciente). No irá; no le dejaré salir, como no me lleve con él.

El Marqués, sin comprender el móvil de aquella escena, miraba curioso á la vieja. ¿Era la misma que hacía poco hablaba contenta y despreocupada? ¿Qué comedia era aquella? Pedro, desde que su mujer se oponía á que saliera, manifestaba gran empeño por seguir á Sicardot.

—Te digo que no saldrás,—repitió la vieja, aferrada á un brazo de su marido.

Y volviéndose hacia el Comandante, prosiguió:

—¿Á quién se le ocurre resistir? Son tres mil, y aquí apenas si contaremos con cien hombres resueltos. Vais á haceros matar inútilmente.

—Es nuestro deber,—dijo Sicardot con impaciencia.

Felícitas rompió á llorar.

—Si no me lo matan, me lo cogerán prisionero (prosiguió, mirando fijamente á su marido). Y entonces, ¿qué sucederá en la ciudad, del todo abandonada?

—¿Pero acaso no nos prenderán si dejamos que entren tranquilamente én Plassans? (exclamó el Comandante.) Dentro de una hora, el Alcalde, todos los empleados, Rougon y todos los que frecuentaban su casa, estarán en poder de los insurrectos.

El Marqués creyó notar una rápida sonrisa en los labios de Felícitas, al tiempo que respondía con acento revelador de un gran espanto:

—¿De veras?

—¡Es claro! Los republicanos (contestó Sicardot) no son tan necios que vayan á dejar enemigos á retaguardia. Mañana no quedará en la ciudad ni un funcionario público, ni un hombre de provecho.

Al oir estas palabras, hábilmente provocadas por ella, soltó Felícitas el brazo de Rougon. Éste no hizo ningún movimiento para salir. Gracias á su mujer, cuya astuta táctica no

había comprendido en un principio, y cuya secreta complicidad no alcanzaba, vió claro un plan de campaña completo.

—Conviene que deliberemos antes de dar un mal paso (dijo, dirigiéndose á Sicardot). Acaso esta tenga razón, acusándonos de no mirar por los intereses de nuestras familias.

—¡No! En verdad, no va descaminada la señora,—dijo Granoux, que había oído los gritos de espanto de Felícitas con la alegría de un egoísta que goza al ver que otros sufren como él.

El Comandante se caló de golpe el sombrero, y dijo, acompañando las palabras con un gesto enérgico y expresivo :

—Bueno; tenga razón ó no, yo lo que sé es que soy Comandante de la guardia nacional, y ya debía estar en casa del Alcalde. Confesad que tenéis miedo, y me dejáis solo, y.... buenas noches.

Ya tenía cogido el Comandante el picaporte, cuando Rougon, volviéndose con viveza, le dijo :

—Escuchad, Sicardot....

Llevóle á un rincón. Vuillet prestó oído,

pero nada pudo escuchar, porque hablaron en voz baja.

Díjole Pedro que era un golpe de astucia dejar detrás de los insurrectos algunas personas enérgicas que se encargaran de restablecer el orden en la ciudad, y viendo que el Comandante se empeñaba en no ceder su puesto, ofrecióse á ponerse á la cabeza del cuerpo de reserva.

—Dadme la llave de la cochera en donde tenemos las armas y los cartuchos, y mandad á cincuenta ó sesenta de nuestros partidarios que no se muevan hasta que yo les llame.

Sicardot acabó por conformarse con estas prudentes medidas, y le dió la llave, comprendiendo la inutilidad de la resistencia; pero resuelto á pagar al menos con su persona.

Mientras hablaban, el Marqués murmuró algunas palabras al oído de Felícitas con gesto malicioso y la sonrisa en los labios. Sin duda la felicitaba por aquella comedia tan oportuna como bien representada. La vieja, á su pesar, sonrió. Y viendo que Sicardot estrechaba la mano de Rougon y se disponía á salir, le dijo, tomando de nuevo su aspecto descompuesto :

—¿Resueltamente os vais?

—Un veterano de las guerras de Napoleón no se deja intimidar por esa canalla,—replicó el Comandante.

Ya estaba Sicardot en el primer rellano de la escalera, cuando Granoux se precipitó á la puerta, y le dijo:

—Si vais al Ayuntamiento decidle al Alcalde lo que sucede. Yo voy á mi casa, porque mi mujer estará con mucho cuidado.

Felicitas, á su vez, se inclinó al oído del Marqués, y murmuró con acento discreto y picaresco:

—Á fe mía, prefiero que ese diablo de Comandante vaya á dejarse prender. Tiene demasiado celo.

Entretanto Rougon había llevado á Granoux al salón. Roudier, que, desde el rincón en donde estaba, observaba en silencio los incidentes de aquella escena, apoyando con señales de aprobación todo lo que eran medidas de prudencia, fué á reunírseles. Cuando el Marqués y Vuillet se hubieron levantado también, Pedro dijo:

—Ahora que nos hemos quedado solos la

gente tranquila, propongo que cada cuál se oculte en donde y como mejor pueda, para evitar una prisión segura, y poder estar libres cuando seamos los más fuertes.

Poco faltó para que Granoux le diese un abrazo: Roudier y Vuillet respiraron con más desahogo.

—Muy pronto, señores, habré menester de vosotros (prosiguió el comerciante de aceite, dándose importancia). Á nosotros queda encomendado el honor de restablecer el orden en Plassans.

—Contad con nosotros,—dijo Vuillet, con un entusiasmo que disgustó á Felícitas.

Urgía tomar una determinación. Los singulares patriotas de Plassans que se escondían para defender la ciudad, se apresuraron á correr en busca de un escondrijo.

Cuando Pedro quedó á solas con su mujer, recomendóle que no cometiese el disparate de encerrarse á piedra y lodo, y que si le preguntaban, contestara que su marido estaba de viaje. Y viendo que ella se hacía la tonta, fingiendo gran miedo, y preguntándole qué iba á ser de ellos, díjole bruscamente:

—¿Á ti qué te importa? Déjame manejar solo mis negocios, y verás cómo todo marcha mejor.

Pocos momentos después huía á lo largo de la calle de Banne. Al llegar al paseo de Sauvaire vió salir del barrio viejo un grupo de obreros cantando la *Marsellesa*.

—¡Diablo! (pensó.) ¡Si me descuido! ¡Ahora la ciudad se insurrecciona también! ¡Buena va la danza!

Y apretó el paso camino de la puerta de Roma. En ella pasó un rato de ansiedad, por la lentitud del guarda para abrir la puerta. Desde que dió los primeros pasos por la carretera, distinguió, á la luz de la luna, la columna de insurrectos, cuyos fusiles lanzaban rápidos destellos á lo lejos. Corriendo, ganó el callejón de Saint-Mittre, y llegó á casa de su madre, en la cual no había entrado hacía muchos años.

IV.

Antonio Macquart volvió á Plassans después de la caída de Napoleón. Tuvo la increíble suerte de no concurrir á ninguna de las últimas sangrientas campañas del Imperio. Pasando de uno á otro depósito cumplió los años de servicio, sin salir de soldado, haciendo una vida monótona y ociosa, que acabó de consolidar en él los vicios congénitos. Su pereza se hizo razonada; la embriaguez, que le valió un sin número de castigos, se convirtió para él en una verdadera religión. Pero lo que sobre todo le trocó en el peor de los holgazanes, fué el desprecio que se desarrolló en su ánimo hacia todos los pobres diablos que ganan el sustento trabajando desde el amanecer hasta que el sol se pone.

—En mi tierra tengo dinero (solía decir á

sus compañeros); cuando cumpla, podré vivir de mis rentas.

Esta creencia y su crasa ignorancia le impidieron llegar á cabo siquiera.

Desde su partida, ni un solo día de licencia obtuvo para pasarlo en Plassans: su hermano inventaba mil pretextos para tenerle alejado. Así es que ignoraba completamente la astuta manera cómo Pedro supo apoderarse de la fortuna de Adelaida. Ésta, viviendo siempre sumida en aquella indiferencia sin límites, le escribió tres ó cuatro veces, mas sólo para decirle que estaba buena. El silencio con que fueron acogidas sus peticiones de dinero no le extrañó: imaginaba que la tacañería de Pedro, y no otra causa, eran motivo de que sólo de cuando en cuando le mandasen una miserable pieza de veinte francos. Esto, por otra parte, sirvió para acrecentar el odio que profesaba á su hermano, quien le dejaba pudrirse en el servicio, no obstante sus promesas de ponerle un sustituto. Proponíase, luego que tornara á su casa, dejar de obedecer como un chiquillo, y pedir rotundamente su parte de herencia, para vivir como mejor le pareciese.

Cuando volvía en la diligencia, soñaba con la famosa vida que iba á llevar. El derrumbamiento de tanto castillo de naipes fué terrible. Al llegar al arrabal y encontrarse con que no reconocía la antigua propiedad de los Fouque, se quedó estupefacto. Tuvo que preguntar dónde vivía su madre; se lo dijeron, y luego ocurrió una escena espantosa. Adelaida le contó tranquilamente cómo había verificado la venta de todos los bienes, y Antonio se puso fuera de sí, llegando hasta levantarle la mano. La pobre mujer repetía:

—Tu hermano se la llevó toda; pero él cuidará de ti; eso convinimos.

Por fin salió de casa de Adelaida, y fué en busca de Pedro, á quien había anunciado su llegada, y el cual estaba dispuesto á concluir poniéndole en la calle en cuanto dijera una palabrota.

—Oid (le dijo el comerciante de aceite, dejando de tutearle); no me calentéis la cabeza, si no queréis que os plante en el arroyo. Después de todo, no os conozco. Ni siquiera llevamos el mismo nombre. ¡Bastante es la manera cómo mi madre se ha portado conmigo para

que sufra además las insolencias de sus bastardos! Estaba bien dispuesto; pero ya que así procedéis, no haré nada de lo que pensaba, absolutamente nada.

Poco faltó para que Antonio reventara de cólera.

—¿Y mi dinero? ¡Ladronazo! ¿Me lo devolverás, ó quieres que te lleve á los tribunales?—gritó.

Pedro se encogió de hombros.

—No tengo dinero que no sea mío (le replicaba, cada vez más calmoso). Mi madre ha dispuesto de su fortuna como le ha dado la gana, y no soy yo de los que se meten en los negocios ajenos. Ha tiempo que renuncié á toda esperanza de heredar, y estoy á salvo de acusaciones infames.

Y viendo que su hermano no cesaba de alborotar, exasperado por su sangre fría, sacó el recibo de Adelaida, y se lo enseñó. La lectura de aquel documento acabó de enloquecer á Antonio.

—¡Bueno! (exclamó, tranquilizándose de súbito.) Ya sé lo que me toca hacer.

En verdad, no sabía que partido tomar. Se

reconocía impotente para encontrar un medio de coger en seguida su parte de herencia y vengarse, y esta certeza le desesperaba. Volvió á casa de su madre, y la sometió á un interrogatorio vergonzoso. La pobre mujer sólo podía decirle que volviese á casa de Pedro.

—¿Pero os parece que váis á traerme y llevarme como si fuera un zarandillo? (le dijo insolentemente.) No tengáis cuidado, que ya averiguaré quién de los dos tiene escondido el gato....; como no lo hayas derrochado tú, grandísima....

Y haciendo alusión á sus proverbiales devaneos, le preguntó si tenía algún canalla á quien daba el dinero. Ni siquiera respetó la memoria de su padre; aquel borrachón de Macquart (decía), que la había desplumado hasta su muerte para dejar á sus hijos en medio del arroyo. La infeliz le escuchaba estupefacta; por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas; se defendía, acertando apenas á pronunciar algunas palabras, como una chiquilla, ni más ni menos que si fuera su hijo un juez, jurando que vivía honradamente, y repitiendo sin cesar que no tenía ni un céntimo; que Pedro se lo había

llevado todo. Acabó Antonio por creerla casi.

—¡Ah, pillo! (exclamó.) Por eso no quería librarme de ser soldado....

Preciso fué que se conformara con acostarse aquella noche en casa de su madre sobre un jergón tirado en un ángulo de la cocina. Había vuelto sin un céntimo, y, lo que más le desesperaba, era verse en medio de la calle, sin oficio ni beneficio, como un perro vagabundo, mientras su hermano hacía buenos negocios y comía y bebía tranquilamente.

Por no tener dinero para comprar ropa, salió al día siguiente con el pantalón y el kepis de uniforme. En el fondo de un viejísimo armario tuvo la suerte de encontrar una raída chaqueta de terciopelo amarillento, llena de remiendos, que perteneció á su padre, y éste desechó poco antes de morir. Con semejante grotesco traje recorrió la ciudad, contando la historia á todo el que le quería escuchar, y pidiendo justicia.

Las personas á quienes fué á ver le recibieron con tal despego, que, furioso, vertió lágrimas de rabia. En las provincias es implacable la gente con el individuo de una familia

que viene á menos. Según la pública opinión, los hijos de Adelaida se devoraban entre sí porque les venía de raza ser malos; y el vulgo, lejos de compadecerlos y aplacarlos, á tener en su mano medios de lograrlo, les hubiese encarnizado más. Por otra parte, Pedro comenzaba á lavarse de su pecado original. Su truhanería hizo reir: hubo muchos que llegaron á encontrar natural su conducta, si era verdad que se había apoderado del dinero, y se fundaban en que su proceder serviría de lección provechosa á las personas de la ciudad que vivían en el desenfreno.

Antonio volvió muy desanimado á casa de Adelaida. Un abogado á quien fué á consultar, después de enterarse de su precaria situación, y, por lo tanto, de que no tenía para pagar el pleito, le aconsejó que lavase en familia aquella ropa sucia. Á su juicio, el negocio estaba muy embrollado, el litigio sería interminable, y sus resultados muy dudosos. Además, era menester para emprenderlo dinero, mucho dinero.

Aquella noche Antonio fué todavía más brutal con su madre: no teniendo en quién

vengarse, la tomó otra vez con ella, volviendo á empezar el capítulo de cargos : hasta más de media noche tuvo á la infeliz sujeta al martirio aquel, temblando de espanto y de vergüenza. Cuando Adelaida llegó á convencerle de que su hermano se había comprometido á pasarle una pensión, creyó por fin que, en efecto, era verdad que se había llevado todo el dinero. Pero animado por un sentimiento infame, por una maldad inconcebible, hizo como si dudase, y remachó mil veces el clavo, interrogándola sobre su conducta presente, y haciendo alusiones á su pasado, como si estuviera seguro de que seguía gastándose el dinero con sus amantes. Así parecíale que se desahogaba su furor.

—En una palabra: mi padre no era el único....,—acabó por decir con una grosería indescriptible.

Este golpe dió en tierra con el poco valor que á la pobre mujer le quedaba. Tambaleándose, fué á caer sobre un arcón viejo que en la estancia había, y sobre él pasó llorando toda la noche.

Pronto adquirió Antonio la certidumbre de

que, solo y sin recursos, no estaba en condiciones de emprender una campaña contra Pedro. Primero trató de interesar en su causa á Adelaida : una acusación contra su hijo debía traer graves consecuencias. Pero la pobre mujer, de ordinario tan dócil y tan indiferente á todo, desde que oyó las primeras palabras de Antonio sobre aquel proyecto, rehusó con energía y se negó rotundamente á perseguir á su primogénito.

—Soy una desgraciada (murmuró). Tienes razón para enfadarte. Pero ¿qué quieres? Llevar á la cárcel á un hijo mío me ocasionaría demasiados remordimientos. No, no lo haré; prefiero que me pegues.

Convencido de que por aquel sistema nada más que lágrimas conseguiría, Antonio abandonó su propósito, limitándose á decirle que estaba justamente castigada y que no le tenía lástima. La desdichada, aquella noche, á consecuencia de las continuas quimeras que con su hijo segundo había tenido, sufrió uno de los ataques nerviosos que por muchas horas la dejaban como muerta, rígida y con los ojos abiertos é inmóviles. Antonio la echó

encima de la cama; dióse á rebuscar por todos los rincones de la casa, para ver si su madre tenía escondidos en alguno sus ahorros, y al cabo halló cuarenta francos. Apoderóse de ellos, y mientras la infeliz seguía privada, salió á la calle muy tranquilo, y fué á tomar un asiento en la diligencia de Marsella.

Habíasele ocurrido que Mouret, el sombrerero, casado con su hermana Úrsula, debía estar furioso por la conducta de Pedro, y que, sin duda, querría hacer valer los derechos de su esposa.

Pero se engañó al juzgar así á su cuñado. Mouret le dijo lisa y llanamente que consideraba huérfana á Úrsula, y de ninguna manera quería tener el más leve roce con la familia de su suegra: era un excelente obrero, y sus asuntos marchaban viento en popa.

Antonio, al ver la mala acogida que había merecido, se apresuró á volverse á Plassans en el mismo carruaje en que había llegado. Pero antes de partir, su natural malevolencia le sugirió una ruín venganza del desprecio que revelaban los actos todos de Mouret.

Habíale parecido que su hermana estaba

pálida y fatigosa siempre, y tuvo la crueldad de exclamar con acento de conmiseración al despedirse de su cuñado :

—Cuida mucho á Úrsula, Mouret. Siempre fué enfermiza, y la encuentro muy mal. Lo que es como Dios no lo remedie, pronto te quedarás viudo.

Á Mouret se le llenaron de lágrimas los ojos, y esto probó á Antonio que había puesto el dedo en la llaga. Aquellos nobles obreros hubieran sido del todo felices, si Úrsula hubiese gozado de una mediana salud siquiera.

La certeza de que estaba atado de pies y manos en cuanto á litigar con Pedro, hicieron más amenazador todavía el aspecto de Antonio. Un mes entero pasó exhibiéndose por doquier. Recorría las calles á todas horas, refiriéndole las infamias de su hermano á todo bicho viviente, y en cuanto lograba sacarle á su madre un franco, íbase á gastarlo á la taberna, vociferando entre trago y trago que su hermano era un canalla, y que, á la corta ó á la larga, tendría que acordarse de él.

Esa dulce fraternidad que reina entre los adoradores de Baco le proporcionaba siempre

simpático auditorio: todos los perdidos de la ciudad hacían suya la causa de su compañero: á coro decían que Rougon era un miserable, que dejaba sin pan á un valiente soldado, y por lo común se levantaba siempre la sesión condenando por unanimidad á todos los ricos. Antonio, por un refinamiento de maldad, ansioso de vengarse, continuaba paseando con sus pantalones y su kepis de militar y la raída chaqueta de terciopelo amarillo, á pesar de los ruegos de su madre, que quería comprarle un vestido más decente. Los domingos, sobre todo, ponía especial cuidado en exhibir sus andrajos en pleno paseo de Sauvaire.

Uno de sus placeres más sabrosos era pasar todos los días diez ó doce veces por delante de la tienda de Pedro. Con los dedos desgarraba más los rotos de la chaqueta, acortaba el paso, y á veces se paraba delante de la puerta á charlar con algún amigo tan borracho como él: contábale la historia del robo, intercalando una injuria y una amenaza entre cada dos palabras, y gritaba de suerte que le oyera todo el mundo, procurando que sus palabrotas llegaran hasta la trastienda.

—Acabará (decía exasperada Felícitas) por venir á pedir limosna delante de la puerta de esta casa.

La vanidad de aquella mujercita sufría horriblemente con el proceder de Antonio. Llegó hasta arrepentirse de su boda con Rougon: tenía una familia terrible. Hubiera dado todo lo del mundo porque su cuñado dejara de pasear de aquella manera sus harapos. Pero Pedro, á quien la conducta de su hermano tenía verdaderamente fuera de sí, no consentía que le nombraran siquiera en su presencia. Cuando su mujer le decía que valía más desembarazarse de él dándole algún dinero, gritaba furioso:

— ¡No! ¡De ninguna manera! ¡Ni un céntimo! ¡Anda, y que reviente!....

Pero no obstante esto, acabó al fin por confesar que la actitud de Antonio era intolerable. Un día Felícitas, deseosa de acabar de una vez, llamó á «aquel hombre», como ella decía, haciendo un mohín desdeñoso. «Aquel hombre» se preparaba á armarle un escándalo, llamándola bribona, en compañía de otro compañero de borrachera aún más harapiento que él. Los dos estaban ebrios.

—Vamos, anda, que ahí dentro nos llaman,
—dijo Antonio á su compañero, con voz ronca.

Felicitas retrocedió, murmurando :

—No ; á vos solo quiero hablar.

—¡Bah ! (repuso el joven.) Este amigo es un buen chico. Todo lo puede oír. Es mi testigo.

El testigo sentóse pesadamente en una silla. Sin quitarse la gorra , recorrió la estancia con la vista , sonriendo estúpidamente, como los borrachos y la gente grosera cuando se disponen á decir insolencias. Felicitas , avergonzada , se puso delante de la puerta , para que no viesen los transeuntes la clase de gente que recibía en su casa. Por fortuna , llegó en su socorro Pedro , y entabló una cuestión muy agria con su hermano. Éste , cuya lengua torpe balbuceaba soeces injurias , repitió más de veinte veces los mismos argumentos. Acabó por llorar , y en poco estuvo que su camarada no le imitase. Pedro se había defendido muy bien.

—Vamos (dijo por fin); eres un infeliz, y me das lástima. Por más que me has insultado tanto, no puedo olvidar que somos hijos de la misma madre. Pero si te doy algo, conste

que lo hago por mi voluntad, no por miedo. ¿Quieres cien francos y dejarme en paz?

Aquel brusco ofrecimiento de cien francos deslumbró al compañero de Antonio. Miró á su camarada, é hizo un gesto, que equivalía á decir: «Desde el momento en que te ofrecen cien francos, ya no hay por qué decir tonterías». Pero Antonio se propuso sacar partido de las buenas disposiciones de Pedro, y le contestó que si se quería burlar de él; reclamaba lo suyo: diez mil francos.

—Haces mal; te equivocas,—murmuraba el borracho que le acompañaba.

Por fin, al ver que Pedro, impaciente, se disponía á echarles á los dos á la calle, Antonio amenguó sus pretensiones, y de un golpe rebajó seis mil francos de los diez. Más de un cuarto de hora disputaron por aquella cantidad. La gente empezaba á agruparse delante de la puerta.

—Vaya (dijo Felícitas de pronto). Mi marido os dará doscientos francos, y yo me encargo de compraros un traje completo y alquilar por un año una habitación para que viváis en ella.

Rougon se enfadó. Pero el compañero de Antonio, entusiasmado, dijo :

—Está hecho. Mi amigo acepta.

Fingiendo resignarse, declaró Antonio que aceptaba. Comprendió que no conseguiría nada más. Convinieron en que al otro día le serían enviados el dinero y el traje ; que en seguida Felicitas buscaría alojamiento y pagaría un año adelantado, para que pudiera vivir á sus anchas en su casa. Al retirarse, el borracho compañero de Antonio mostróse tan respetuoso como grosero é insolente se había presentado al entrar. Saludó más de diez veces á todos, y con aire torpe y humilde, murmuraba frases de gratitud, ni más ni menos que si hubiera de alcanzarle algo de lo que á su camarada le estaba ya ofrecido.

Una semana después, Antonio ocupaba una gran habitación del barrio viejo, en la cual, más que por beneficiarle, para conseguir que cumpliera la promesa de dejarlos en paz, había mandado poner Felicitas una cama, una mesa y varias sillas.

Sin pena vió Adelaida salir de la casa del callejón de Saint-Mittre á su hijo. La breve es-

tancia de éste significaba para ella más de tres meses de ayunar á pan y agua, si había de nivelar su presupuesto.

Pronto se comió Antonio los doscientos francos. Ni un momento siquiera se le ocurrió la idea de colocarlos, adquiriendo alguna mercancía que le produjera algún interés y le ayudara á ganar la vida. Cuando se le acabó el dinero, no teniendo oficio, y repugnándole el trabajo además, trató de sangrar de nuevo la bolsa de su hermano. Pero las circunstancias habían variado ya, y no consiguió asustarle. Muy al contrario: Pedro aprovechó la ocasión para echarle á la calle, y prohibirle que pusiera los pies en su casa.

Inútil fué que volviese á las andadas: la ciudad conocía los antecedentes todos de la espléndida conducta de Rougón, gracias á las habladurías de Felícitas, y cuando de nuevo quiso poner en evidencia al comerciante de aceite, en vez de encontrar quien le diese la razón, halló sólo muchos que le tachaban de holgazán y desagradecido.

Entretanto el hambre le apremiaba. Amenazó á Pedro, diciéndole que se haría con-

trabandista como su padre, y procuraría que le prendiesen, echando así un borrón sobre el nombre de la familia. Los Rougon se encogieron de hombros: sabían que era demasiado cobarde para exponer la piel. Por fin, rabioso contra sus parientes y contra la sociedad entera, le fué menester buscar trabajo.

En una taberna del arrabal había trabado amistad con un cestero que trabajaba en su casa: le ofreció ayudarle, y en poco tiempo aprendió á tejer cestas y canastos, groseros objetos que vendía á poco precio, pero fácilmente, en el mercado.

Poco tardó en trabajar por su cuenta. Aquel oficio poco fatigoso le gustaba. Era dueño de dar ó no rienda suelta á su pereza, y esto le interesaba sobre todo. Se ponía á trabajar cuando no tenía más remedio; entonces, de prisa y corriendo tejía una docena de cestas, y las vendía en seguida. Mientras le duraba el dinero, no hacía más que pasear, frecuentando las tabernas, y holgazaneando á todas horas; luego que pasaba un día en ayunas, tornaba á coger los mimbres, y emprendía la tarea, refun-

fuñando maldiciones contra los ricos que vivían sin hacer nada.

El oficio de cestero, cuando de esta suerte se toma, es muy ingrato; ni para comprar zapatos hubiese ganado siquiera Antonio, á no ser porque se proporcionaba el mimbre valiéndose de ciertas mañas. Como no lo adquiría jamás en Plassans, decía que iba á comprarlo todos los meses á una ciudad vecina, en donde lo vendían más barato. Pero la verdad era que se surtía de materiales para sus canastas en las márgenes del Viorne, aprovechando las sombras de la noche para robarlos. Una vez sorprendieronle los gendarmes, y le costó un mes de cárcel su atrevimiento. Desde entonces se hizo republicano rabioso. Aseguraba que cuando le prendieron estaba fumando su pipa tranquilamente á la orilla del río, y añadía:

—Quieren deshacerse de mí, porque saben cuáles son mis opiniones políticas. Pero no me dan miedo á mí esos canallas de ricos.

Al cabo de diez años de holgazanería, parecía que tenía mucho trabajo. Su sueño dorado era inventar la manera de vivir sin trabajar; pero no por ello era capaz de pasarse la vida

privándose de todo, como esos holgazanes que dan por bien empleado sufrir hambre con tal de dar gusto á su pereza. Macquart quería estar ocioso, mas no carecer de buenas comidas en sus deliciosos días de holganza. Al principio ideó entrar al servicio de algún noble del barrio de Saint-Marc; pero cierto conocido suyo, que servía á uno de aquellos en calidad de palafrenero, le asustó contándole las exigencias de su amo.

Cansado del oficio, viendo que el día de tener que adquirir á cambio de dinero los materiales para hacer las cestas estaba cercano, iba á venderse para sustituir á algún recluta, y en su lugar ser militar, cosa para él mil veces preferible á ser obrero, cuando trabó conocimiento con una mujer cuyo encuentro cambió sus pensamientos.

Josefina Gavaudan, á quien conocían en la ciudad por el diminutivo Fina, era una mocetona fresca y garrida, de treinta años. Su rostro, de facciones hombrunas, estaba sombreado en la barba y en el labio superior por escasos pelos negros, pero sumamente largos. Considerábanla como un marimacho capaz

dé andar á puñetazos con cualquiera, á ser preciso. Su genio, unido á la robustez de sus hombros y sus enormes brazos, imponían tal respeto á los granujillas, de suyo burlones, que jamás se atrevieron á reírsele en las barbas, de las que en la suya obscurecían la piel, dándola cierto aspecto negruzco. Á pesar de esta apariencia masculina, tenía una vocecita de niño pequeño, delgada, pero muy clara. Los que la trataban de cerca, decían que, no obstante su continente tremendón, era dulce y mansa como un cordero. Era muy trabajadora, tanto, que, á no ser por su afición á la bebida, hubiera muy bien podido tener ahorros; pero se volvía loca por el aguardiente. Muchos domingos por la tarde tenían sus compañeras que llevarla á casa punto menos que en brazos.

Desempeñaba tres ó cuatro oficios, y, ocupada siempre, trabajaba la semana entera con asiduidad de bestia: vendía castañas ó fruta cocida en el mercado, según la estación; asistía al servicio de algunas casas de gentes bien acomodadas; los días de convite iba también á otras á fregar la vajilla, y á ratos perdidos echaba asientos de anea á las sillas viejas. Esta

última ocupación fué en la que más se distinguió, y habíala conquistado cierta fama en la ciudad. En el Mediodía se hace gran consumo de sillas de paja, que son las más usadas por todo el mundo.

Antonio Macquart la conoció en el mercado. Cuando iba á vender sus cestos durante el invierno, acercábase á calentarse al hornillo en el cual Fina asaba las castañas, y como la más pequeña tarea era para él obra de romanos, prendóse de su laboriosidad y del empuje que para el trabajo revelaba la joven. Poco á poco fué descubriendo timideces y secretas bondades en aquella mujer tan ruda, á juzgar por su cuerpo. Á veces la veía darles puñados de castañas asadas á los pilletes desharrapados que se arrimaban al puesto y contemplaban con éxtasis la humeante marmita. Otras, cuando el inspector del mercado la empujaba reprendiéndola, observó que casi lloraba, sin acordarse siquiera de sus poderosos puños.

Por fin, acabó Antonio por comprender que aquella era la mujer que á él le convenía. Casándose con ella la haría trabajar por los dos, y mandaríá en jefe en la casa : sería su burro

de carga, una bestia obediente é infatigable. Cuanto á la afición al aguardiente, parecíale cosa muy natural.

Después de bien pensadas las ventajas de aquella unión, un día le declaró su amor. Fina quedó encantada. Era Antonio el primer hombre que se atrevió con ella. En vano fué que la dijeran que su novio era un bribón de siete suelas; no tuvo valor para renunciar al matrimonio, reclamado hartó enérgicamente por su poderoso organismo desde hacía largo tiempo.

Desde la noche de la boda, Macquart se fué á vivir á casa de su mujer, que habitaba en una casucha de la calle de Civadière, junto al mercado. Componíase de tres habitaciones, y estaba mucho mejor amueblada que la suya de soltero: cuando se acostó sobre los dos magníficos colchones de la cama de Fina, exhaló un suspiro de satisfacción.

Los primeros días, todo fué á pedir de boca. Fina trabajaba, como siempre, en sus múltiples oficios; Antonio, como si su amor propio de marido le prestase valor y actividad, con gran admiración propia y ajena, tejió en una semana más banastas, que antes en todo un

mes. Pero el domingo estalló la guerra. Habían ganado entre los dos una regular cantidad, y se lo gastaron alegremente. Por la noche, borrachos como cubas, se zurraron de lo lindo: al otro día no recordaban siquiera cómo habían empezado la quimera. Hasta las diez, estuvieron cariñosísimos uno y otro: luego Antonio acarició tan brutalmente á Fina, que ella, exasperada, dió al traste con su ternura, y le devolvió tantas bofetadas como había recibido. Al día siguiente volvió al trabajo como si nada hubiera pasado; pero su marido, con sordo rencor, se levantó tarde, se fué á la calle, y pasó todo el día fumando la pipa y tomando el sol.

Desde aquella escena, los Macquart emprendieron el sistema de vida que debían seguir haciendo siempre. Tácitamente convinieron en que la mujer sudaría sangre y agua para mantener al marido. Fina, que por instinto era trabajadora, no protestó. Cuando no estaba borracha tenía una paciencia angelical; encontraba naturalísimo que Antonio fuera perezoso, y ponía todo lo posible por su parte para evitarle hasta las más pequeñas molestias. Su pecado

venial, el aguardiente, la tornaba no mala, sino justa : los días que se emborrachaba, si su marido quería belén, echábale en cara su holgazanería y su ingratitud, y acompañaba sus recriminaciones con argumentos contundentes á fuerza de puños. Los vecinos, acostumbrados á aquellas periódicas luchas, no les daban importancia. Se aporreaban á conciencia: Fina pegaba como madre que corrige á un chiquillo rebelde; pero Antonio, traidor y rencoroso, dirigía los golpes con intención malvada, y muchas veces, en poco estuvo que no estropease á su mujer.

—Pues, mira, harás buen negocio el día que me rompas una pierna ó un brazo (le decía Fina). Entonces, ¿quién te mantendrá, holgazán, pillo, granuja?

Aparte estas escenas violentas, Antonio estaba muy contento con su nueva manera de vivir: hallábala muy soportable. Andaba bien vestido, comía y bebía á su antojo, y no le faltaba tabaco. Había abandonado del todo su oficio: sólo de vez en cuando se aburría, formaba el propósito de hacer una docena de cestos para el primer día de mercado, y comenzaba con

gran ardor la tarea ; pero las más veces no acababa el primer canasto. Tenía debajo del sofá un fajo de mimbre, y en más de veinte años no lo concluyó.

Los Macquart tuvieron tres hijos : dos niñas y un muchacho.

Lisa, la primogénita, nació el año 1827, uno después de la boda, y pasó muy poco tiempo en casa de sus padres. Era una criatura robusta, saludable, sanguínea en extremo, parecidísima á su madre. Pero no estaba predestinada, como ella, á ser bestia de carga por su natural bondad. Macquart le había legado sus aficiones al bienestar. Siendo aún muy pequeña, consentía trabajar toda la semana á cambio de un bollo ó cualquiera otra golosina. Aún no contaba siete años, cuando una vecina, casada con el administrador de correos, la cobró cariño, y la tomó á su servicio. En 1839 enviudó la buena señora, retiróse á París y llevó consigo á Lisa. Sus padres no opusieron el menor obstáculo : habíanla hecho donación de su hija.

La segundogénita, Gervasia, nacida en 1828, era coja de nacimiento. Concebida por

su madre, presa de la embriaguez sin duda, en alguna de aquellas vergonzosas noches en las cuales sus padres solían aporrearse, tenía la cadera mal conformada y seca la pierna. Extraño fenómeno, que legaba á la hija las brutalidades de que su padre hiciera víctima á la madre en una hora de lucha furiosa y de bestial crápula. Gervasia se crió raquítica, y Fina, al verla tan débil y tan pálida, la sometió al régimen del aguardiente, so pretexto de que necesitaba tomar fuerzas. La pobre criatura enflaqueció más aún. Era una mozuela delgada como una espátula, cuyas ropas, siempre anchas, flotaban igual que si estuvieran vacías. Sobre su cuerpo enteco y contrahecho, ostentábase el busto, contrastando por su hermosura con la fealdad del tronco. Era su cabeza la de una muñeca de porcelana, y su rostro, redondito, dechado de perfecciones. La cojera, casi la agraciaba: al andar, su talle flexible se balanceaba con cierta cadencia chocante y graciosa.

El hermano de Lisa y Gervasia, Juan, nació tres años después que esta última. Era robusto, y se hizo un mocetón que en nada se

parecía á su hermana. Tenía, como la primogénita, mucho de su madre, sin parecérsele en nada físicamente. Fué el primer Rougon-Macquart que nació con facciones regulares; tenía un organismo robusto, un carácter serio y una inteligencia bastante limitada. Creció el mozo aquel con la firme voluntad de crearse una posición independiente. Frecuentó con asiduidad la escuela, y á fuerza de calentarse la cabeza, que no era, en verdad, poco dura, logró aprender algo de gramática y aritmética. En seguida entró de aprendiz en una carpintería, y con no menores esfuerzos y plausible terquedad, llegó á aprender en mucho tiempo lo que otros aprendían en pocos meses.

Mientras los pobres niños fueron pequeños y eran carga para sus padres, Antonio renegaba de ellos. Odiaba aquellas bocas inútiles que le quitaban una parte de su pan, y juraba, como su hermano, que no quería más hijos, más hambrones, capaces de dejar en la miseria á sus padres. Había que oírle lamentarse desde que eran cinco á la mesa, y sobre todo desde que la madre guardaba para los pequeños los mejores bocados.

—Eso, eso (gruñía Antonio). ¡Á ver si revientan á fuerza de comer!....

Cada traje, cada par de zapatos que Fina les compraba, costábale á Macquart una semana de mal humor. ¡Ah! Si hubiera sabido aquello, no hubiese engendrado semejante rémora, por cuya causa veíase obligado á no gastar más que veinte céntimos diarios en tabaco, y con frecuencia, en el caso de comer sólo patatas guisadas, un plato que despreciaba soberanamente.

Pero tan luego como Gervasia y Juan empezaron á ganar algún que otro franco, cambió de opinión, y parecíale que era bueno tener hijos. Lisa ya no estaba con ellos. Sin el menor escrúpulo vivía Macquart á costa de los niños, como lo hizo hasta entonces á expensas de la madre. Era una especulación como otra cualquiera, y, sobre todo, muy cómoda. Desde los ocho años, Gervasia iba á cascar almendras en casa de un comerciante vecino: ganaba cincuenta céntimos diarios, los cuales se embolsaba el padre, sin que Fina se atreviese á protestar. Luego entró la pequeña en casa de una lavandera, y cuando llegó á ganar dos francos ya,

sucedió como con aquellos primeros jornales: iban á parar á manos de Antonio, que los gastaba sin dar cuentas á nadie.

Juan, que á su vez ganaba un jornal en el taller de carpintería, era asimismo despojado del dinero, como tropezara con su padre antes de entregárselo á Fina. Si alguna vez perdía éste la ocasión y se le escapaba, andaba de un humor insoportable: durante toda la semana miraba á sus hijos y á su mujer con furiosos ojos; armábales quimera por cualquier pequeñez; pero aún conservaba el pudor de no manifestar la causa primordial de su conducta. Al llegar el primer día de pago, poníase en acecho, y en cuanto conseguía escamotear los jornales del pequeño, desaparecía de su casa por espacio de días enteros.

Gervasia, maltratada, educada en la calle con los chiquillos de la vecindad, quedó en cinta á los catorce años. El padre de la criatura apenas contaba diez y ocho. Era jornalero de una tenería, y se llamaba Lantier. Macquart se puso furioso; mas cuando supo que la madre de Lantier, una buena mujer, quería llevarse con ella al nieto, se calmó.

Pero se quedó con Gervasia, que ya ganaba un franco veinticinco céntimos, y evitó hablar de boda.

Cuatro años después tuvo la muchacha otro hijo, que también fué reclamado por su abuela. Macquart esta vez cerró por completo los ojos. Y cuando Fina le dijo tímidamente que convendría dar algún paso para regularizar aquella escandalosa situación, causa de muchas hablillas, repuso rotundamente que no consentiría en separarse de su hija, y que no se la daría al seductor «hasta que fuese digno de ella y tuviese ahorros bastantes para poner la casa».

Aquella fué la época mejor de la vida de Antonio Macquart. Se vistió como un burgués, con su levita y su pantalón de paño fino. Cuidadosamente afeitado, gordo casi, ya no era el ganapán desharrapado y vagabundo que recorría las tabernas del arrabal. Frecuentaba los cafés, leía los periódicos, y paseaba en la avenida Sauvaire. Mientras tenía dinero, andaba hecho una persona decente. Cuando quedaba en la miseria, otra vez encerrábase en casa, exasperado por aquella especie de cautiverio,

acusando al género humano entero de su pobreza, enfermo casi de cólera y envidia, hasta el punto de que muchas veces Fina, por lástima, le daba el último franco que tenía para que pudiera pasar la noche en el café. Era un egoismo feroz el suyo. Gervasia ganaba unos sesenta francos al mes, y gastaba delgados vestidos de percal, mientras Antonio se mandaba hacer ricos chalecos de raso negro en casa del mejor sastre de Plassans. Juan, aquel moce-tón que ganaba de cuatro á cinco francos diarios, era desbalijado con mayor descaro todavía. El café en donde su padre pasaba los días enteros, estaba enfrente del taller en el cual el joven trabajaba, y mientras éste manejaba la sierra ó la garlopa, podía ver al otro lado de la plaza el *señor* Macquart, tomando su café y jugando al *piquet* con algún propietario de la ciudad. Es decir, jugándose el dinero debido al sudor de su hijo.

El joven nunca iba al café, y no llevaba encima jamás medio franco para tomar un vaso de ponche. Antonio le trataba como á una muchacha, no dejándole ni un céntimo de sus ganancias, y pidiéndole estricta cuenta del

empleo del tiempo. Si, por desgracia, perdía un día de jornal para ir á solazarse con sus amigos á orillas del río ó en las laderas de Garrigues, su padre se ponía furioso; amenazábale y le guardaba rencor por espacio de muchos días por los cuatro francos menos que cobraba al acabar la quincena.

Tan sujeto le tenía, á tal punto le trataba como á un esclavo, que llegó alguna vez á considerar suyas las queridas del joven. Iban á casa de Macquart varias obreras de diez y seis á diez y ocho años, amigas de Gervasia, mozas atrevidas y alegres, en quienes la pubertad despertaba con ardores provocantes, y las cuales algunas noches inundaban la vivienda aquella de juventud y alegría.

El pobre Juan, privado de todo goce, relegado al hogar paterno por la falta de dinero, miraba á las jóvenes aquellas con ansiosos ojos; pero la vida que llevaba convertíale en un niño pequeño, y le prestaba una timidez extraordinaria: jugaba con las amigas de su hermana sin atreverse á tocarlas con la punta de los dedos: Macquart, encogiéndose de hombros, murmuraba con irónico acento de superioridad:

—¡Qué majadero!

Y besaba en el cuello á las chicas cuando su mujer no podía verle. Con una oficiala de planchadora, á quien Juan perseguía más vigorosamente que á las otras, llegó más lejos aún. Una noche se la robó de entre los brazos. Aquel viejo bribón presumía de galante.

Es este patrimonio de los hombres que viven á expensas de su querida. Antonio Macquart vivía á costa de su mujer y de sus hijos, con tanto impudor y tan vergonzosamente como el que explota á una manceba. Sin reparo ni vergüenza, robaba en su casa para ir á derrochar fuera de ella el fruto de su rapiña: cuando nada quedaba ya, aún presumía de hombre superior, y renegaba, burlándose amargamente de la miseria que en su hogar le esperaba: parecíale detestable la comida; todo le disgustaba, y decía sin cesar que Fina era una bestia, y que Juan en su vida llegaría á ser nada. Encenagado en su egoismo, restregábase las manos de gusto cuando se comía lo mejor que había en la casa, y luego, mientras los dos pobres niños, rendidos de cansancio, se dormían de codos sobre la mesa, él fumaba

beatíficamente su pipa, aspirando el humo poquito á poco con delicia.

Así pasaba los días sin hacer nada, y era dichoso. Parecíale la cosa más natural del mundo que le mantuvieran como una doncella mimada, fomentando sus vicios, y sin más trabajo para lograrlo que pasarse las horas muertas sentado en el diván de un café, dando vueltas por las calles, ó en paseo. Llegó su impudor hasta contarle á su hijo sus escapatorias en busca de aventuras amorosas, y gozaba viendo cómo Juan le escuchaba con ojos chispeantes, hambriento de placer. Acostumbrados á ver que Fina era la esclava sumisa de su marido, los niños no se resistían á servirle como ella.

Su mujer, aquella robusta moza que le despreciaba sin sentir los golpes que recibía, cuando estaban borrachos los dos, seguía humilde como un perro siempre que no había bebido, y temblando á su presencia, le dejaba gobernar como un déspota en la casa. Cuando por la noche, aprovechándose del menor descuido, le robaba el dinero ganado á fuerza de trabajo durante el día, permitíase sólo la

infeliz decirle algo indirectamente, luego que advertía la falta. Á veces, después de gastar por adelantado todo lo que tenían para pasar la semana, haciendo caso omiso de las privaciones que le costaba sostenerle á cuerpo de rey, sin reparar que se mataba á trabajar, acusábala de ser una mujer sin sentido común, incapaz de manejar una familia. Fina, con una mansedumbre digna de un cordero, con su vocecita clara y sonora, tan extraña porque procedía de tan enorme cuerpo, replicaba que ya no tenía veinte años, y que todo estaba tan mal, que ganar un poco de dinero costaba muchos sudores. Para consolarse, compraba una botella de aguardiente, y se la bebía en compañía de Gervasia, mientras Antonio estaba en el café. Éste era su vicio. Juan acostábase temprano siempre: las dos mujeres quedaban solas, bebiendo trago á trago, y escuchando atentas para esconder la botella y las copas en cuanto percibían el menor ruido. Cuando Antonio se retrasaba, sucedía siempre que bebiendo poquito á poco, sin darse de ello cuenta, se embriagaban la madre y la hija. Con estúpida mirada se contemplaban, balbuceando frases

inconexas: entonces los colores subían al rostro de Gervasia: su carita de muñeca, tan delicada y tan bella, adquiría una expresión extraña, algo que parecía revelar estupidez y dicha al propio tiempo: era doblemente repugnante la embriaguez en aquella pobre criatura enfermiza y pálida, abrasada por el alcohol, sonriente, entreabriendo la fresca boca con un gesto propio de un idiota. Fina caía en pesada somnolencia; quedaba como clavada en su asiento. Así olvidaban el riesgo de ser sorprendidas, reconociéndose incapaces de esconder la botella cuando escuchaban el ruido de los pasos de Antonio en la escalera. En días como estos, el escándalo arreciaba: menester era que Juan saltara del lecho, separase á sus padres, y llevase á la cama á su hermana, que de otra suerte hubiese dormido encima de los ladrillos.

Cada partido tiene sus tipos ridículos y sus hombres infames. Antonio Macquart, roído por el odio y la envidia, soñando vengarse de la sociedad entera, acogió la República como una era de bienandanza, en la cual podría llenarse los bolsillos apoderándose del dinero que

tuvieran sus vecinos, y degollándolos si sequejaban siquiera. La vida de café, los artículos que leía en los periódicos, sin acertar á comprenderlos bien, habíanle trocado en un charlatán, que emitía las más peregrinas teorías políticas.

Preciso es haber estado en una provincia, y haber escuchado perorar en algún cafetuchito á cualquiera de estos hombres á quienes se les indigesta la lectura, sobreexcitándoles la bilis de la envidia, para poder comprender hasta dónde llegaba la maldad y la picardía de Macquart. Como hablaba á troche y moche, y había sido soldado, pasaba, naturalmente, por hombre enérgico, y tenía su camarilla de inocentes, que le escuchaban llenos de admiración.

Sin llegar á ser jefe de partido, contaba con un pequeño grupo de obreros, que equivocaban su palabrería de envidioso con la exaltación honrada de un patriota que tiene convicción de sus ideas.

Desde el mes de Febrero creíase amo y señor de Plassans, y la orgullosa mirada que dirigía á los comerciantes de poco más ó menos,

que le contemplaban al paso con caras asustadas, equivalía á decir: «Llegó el día, corremos; ya veréis qué danza os vamos á hacer bailar».

Habíase tornado insolente hasta no poder más: representaba su papel de conquistador déspota con gran desenfado, y ya ni pagaba el gasto en el café, cuyo dueño, un majadero que temblaba cada vez que en él fijaba Macquart los amenazadores ojos, no se atrevía á presentarle jamás la cuenta. En aquella temporada era incalculable el número de tazas de café y de copas de licores que consumió: convidaba á los amigos, y, en medio de su auditorio, desgañitábase, gritando horas y más horas, sin decir, en resumen, más que horrores de los ricos, á los cuales era menester obligar á que hicieran reparto de sus bienes, para que los pobres no se muriesen de hambre. Pero él no era capaz de dar un céntimo á un mendigo, á pesar de sus predicaciones.

Lo que más le hacía declararse republicano acérrimo, era la esperanza de vengarse de su hermano, quien francamente formaba en las filas de los reaccionarios. ¡ Ah ! ¡ Qué triunfo tan

sabroso sería tener á Felícitas y á Pedro bajo su mano vengativa! Aunque habían hecho muy malos negocios, eran burgueses, mientras él seguía siendo obrero. Esto le ponía fuera de sí. Todavía le mortificaba más pensar que ellos tenían un hijo abogado, otro médico, otro empleado, y entretanto, los suyos eran dos proletarios: Juan carpintero, y Gervasia planchadora. Cuando comparaba los Rougon con los Macquart, sentíase avergonzado, pensando que su mujer, Fina, era castañera en el mercado y se pasaba la mayor parte del tiempo echando asientos á las sillas viejas de la gente del barrio. Y, sin embargo, Pedro no era más que él; eran hermanos, y, por lo tanto, no tenía el otro mejor derecho para comerse tranquilamente su renta; la renta de un dinero que le había robado y le servía para presumir de caballero.

Cuando estas cosas pensaba, salía de sus casillas: pasaba horas enteras reproduciendo sus antiguas acusaciones, sin cansarse de repetir:

—Si mi hermano estuviese en donde merece, á estas horas sería yo un propietario.

Y cuando le preguntaban dónde debía estar Pedro, replicaba rabioso, apretando los dientes y bizcando los ojos:

—¡ En presidio !....

Cuando Rougon formó el grupo de conservadores que le rodeaba, y hubo así adquirido alguna influencia en Plassans, el odio de Antonio rayó en delirio. El famoso salón amarillo era, según decía en el café á su auditorio de costumbre, una cueva de bandidos, una reunión de ladrones, que todas las noches, sobre la cruz de sus puñales, hacían el juramento de degollar al pueblo. Para excitar en contra de su hermano la malevolencia de los hambrientos, hizo correr la voz de que Pedro no era tan pobre como decía, y ocultaba sus tesoros por temor de que se los robasen. Toda su táctica se dirigía á crearle animosidades, contando anécdotas estupendas, que acababa por creer él mismo á fuerza de repetirlas. Debajo de sus protestas de patriotismo, ocultábanse mal sus rencores personales y sus deseos de venganza; pero se multiplicaba de tal suerte y tenía una voz tan atronadora, y hablaba tanto, que nadie se hubiese atrevido á dudar de sus convicciones.

En el fondo de su carácter, todos los individuos de aquella familia tenían el mismo afán rabioso por satisfacer sus brutales apetitos. Felícitas, que bien comprendía cuáles eran las causas de la cólera y los celos de Macquart, de buena gana hubiese comprado su silencio. Mas, por desgracia, faltábale dinero, y no se atrevía é interesarle en la peligrosa partida que tenía entablada su marido.

Antonio les hacía mucho daño en punto á consideración entre los ricachos del barrio nuevo. Bastábales para mirarle de cierta manera, con que tuviera semejante hermano. Granoux y Roudier á cada paso les echaban en cara con sus desaires que pertenecía á su familia aquel vagabundo sin vergüenza. Por eso Felícitas pensaba sin cesar y se desesperaba buscandó un medio para purificarse de aquella mancha. Parecíale intolerable é indecoroso que con el tiempo un Rougon tuviera un hermano cuya mujer vendía castañas en el mercado, mientras el marido, con su holgazanería y su conducta indecente, era el escándalo de la ciudad. Llegó á temer que con su proceder, inspirado en aviesas intenciones, comprometiese el

éxito de su empresa. Siempre que le contaban las diatribas que dirigía en público contra el salón amarillo, temblaba pensando que era muy capaz de matar todas sus esperanzas á fuerza de escándalos.

Convencido de que aquella actitud perjudicaba á los Rougon, Antonio exageraba sus opiniones, y se proclamaba cada vez más feroz republicano, para apurarles la paciencia. En el café llamaba á Pedro «mi hermano», en voz tan alta, que todos los parroquianos volvían la cabeza: en la calle, si tropezaba con algún reaccionario de los que acudían á las reuniones de los Rougon, murmuraba groseras frases, que el ricacho, indignado al ver tamaña audacia, repetía por la noche delante de los contertulios, haciendo á Pedro responsable en parte de su desgraciado encuentro.

Un día Granoux llegó, y tan furioso estaba, que desde el umbral del salón exclamó:

—Es intolerable esto, señores. Á cada paso se expone uno á que le insulte ese....

Y dirigiéndose á Rougon, prosiguió:

—Amigo mío, cuando se tiene un hermano como el vuestro, se le aleja de la gente.

Venía yo por la plaza de la Subprefectura, y al pasar junto á mí el grandísimo miserable, murmuró ciertas palabras, entre las cuales entendí claramente que me llamaba bribón y vejestorio.

Felicitas palideció, y se creyó obligada á dar satisfacciones á Granoux; pero el bueno del hombre no se daba por satisfecho, y hasta indicó que no volvería á aquella casa.

El Marqués se apresuró á intervenir.

—Es muy extraño que ese desgraciado haya dicho eso, refiriéndose á vos. ¿Estáis seguro de que no se dirigía á algún otro?

Granoux se quedó perplejo: acabó por reconocer que bien podía haber dicho: «¿Vas á casa de ese bribón vejestorio?»; en cuyo caso variaban las circunstancias.

M. de Carnavant se acarició la barba para ocultar una sonrisa burlona que, á su pesar, dilató sus labios.

—Ya me figuraba yo.... (dijo Rougon, con gran sangre fría). Sin duda á mí dirigía aquel insulto. Mucho me alegro de que haya explicado el señor Marqués una mala inteligencia, y ruego á todos que no se hable más de

ese hombre que Dios me dió por hermano, y de quien reniego formalmente.

Pero Felícitas tomaba las cosas más á pecho, y cada escándalo de Macquart la costaba casi una enfermedad. Pasaba noches enteras sin poder cerrar los ojos, pensando lo que debía decir de ellos toda aquella gente que frecuentaba su casa.

Algunos meses antes del golpe de Estado, los Rougon recibieron un anónimo: eran tres páginas de una carta llenas de injurias, entre las cuales se les amenazaba con publicar, si el partido suyo llegaba á vencer, los escandalosos amores de Adelaida, la historia del robo de Rougon dejando en la calle á sus hermanos, y la del recibo de cincuenta mil francos firmado por la vieja, á quien los desórdenes de su vida licenciosa habían vuelto idiota. Aquel papel cayó en casa de Rougon como una bomba: el mismo Pedro sintióse anonadado. Felícitas no pudo contenerse, y le echó en cara los antecedentes de su vergonzosa familia. Porque era indudable que el infame documento procedía de Antonio.

—Será menester que nos desembaracemos

á todo trance de ese canalla (murmuró Pedro, con acento sombrío). Es demasiado peso el suyo....

Entretanto, Macquart, siempre con la misma táctica, seguía buscando cómplices entre su propia familia. Al principio contó con Arístides, juzgándole por los tremendos artículos de *El Independiente*. Pero el joven, aunque le cegaba su propia ambición, no era tan necio que fuese á aliarse con un hombre como su tío. Ni siquiera se tomó el trabajo de estar bien con él, y supo tenerle á distancia, lo que le valió ser tratado por Antonio de sospechoso. En los bodegones en donde reinaba éste, corrió la voz de que el periodista era un agente provocador de los incautos. Derrotado por esta parte, quedábanle sólo los hijos de su hermana Úrsula.

La pobre falleció en 1839, realizando con su muerte la siniestra predicción de Antonio. La neurosis de su madre degeneró en tisis en la hija, y lentamente la fué consumiendo. Dejó tres hijos: una hembra de diez y ocho años, casada con un empleado, y dos varones, Francisco y Silverio, que respectivamente contaban veintitres y siete.

Para Mouret, la muerte de aquella mujer, á quien adoraba, fué como un rayo que le hirió en lo más íntimo. Pasó un año arrastrando la existencia, sin ocuparse de sus negocios, y, por lo tanto, perdiendo tanto, que nada le quedó al cabo de aquel tiempo. Por fin, una mañana lo encontraron ahorcado de una viga del gabinete, en el cual estaban colgados todavía los vestidos de Úrsula. Su hijo primogénito, á quien había educado tan bien como pudo, entró en calidad de comisionista en la casa de comercio de su tío Rougon, en reemplazo de Arístides, que acababa de abandonar su destino.

Á pesar del odio que por los Macquart sentía Rougon, aceptó á su sobrino, que tenía fama de sobrio y trabajador. Necesitaba un joven inteligente y desinteresado, que le ayudase á rehacer sus negocios. Además, durante la prosperidad de Mouret, habíase aficionado á aquel matrimonio que ganaba dinero, y acabó por hacer las paces con su hermana. Acaso colocando en su comercio á Francisco, pretendía ofrecerle una compensación: había despojado á la madre, y se consideraba cumplido,

dando trabajo al hijo: los bribones suelen tener rasgos, cual éste, de calculada honradez. Para él era un buen negocio: en su sobrino encontró lo que necesitaba. Si los negocios no marcharon mejor, ciertamente por ningún concepto fué debido á la influencia de aquel mozo, laborioso y honrado, que parecía nacido para vivir detrás del mostrador de una abacería, entre una tinaja de aceite y un fardo de bacalao. Aunque mucho se parecía en lo físico á su madre, había heredado de su padre aquel sentido práctico y aquella justicia que le hacían desear por instinto la vida arreglada del comerciante y los pequeños negocios, pero de seguro éxito, que constituyen el comercio en pequeña escala.

Tres meses después de entrar en casa de Pedro, éste, continuando en el mismo terreno, es decir, deseoso de compensar los daños por él causados á su familia, le dió en matrimonio á su hija Marta, que, por ser la más pequeña, estaba aún soltera, y de quien Rougon no sabía cómo deshacerse. En pocos días, de repente, habíanse enamorado los dos jóvenes.

Su ternura mutua, desarrollada tan de sú-

bito, nació sin duda de una circunstancia muy singular: se parecían como dos gotas de agua, como si fueran hermanos. Francisco había nacido muy parecido á Adelaida, por la semejanza de aquella con su madre: pero lo más extraño era que este mismo parecido existía entre la hija de Felícitas y su abuela, aunque Pedro no conservaba ni un solo rasgo en las facciones, aproximado siquiera, á los característicos de la fisonomía de la esposa del primer Rougon: la semejanza física había saltado por encima de Pedro, para manifestarse más viva todavía en la nieta.

Pero la semejanza de los dos primos no pasaba de ser un hecho puramente fisiológico. Francisco, en el orden moral, era digno sucesor del sombrerero Mouret, sin más diferencias de carácter entre uno y otro, que la calma y la sangre fría exageradas en el joven: Marta, antitética de su marido, reunía iguales condiciones morales que Adelaida: el mismo desconcierto cerebral; las mismas rarezas se habían en ella reproducido con pasmosa exactitud. Acaso la semejanza física y la divergencia de sus caracteres fueron los móviles

que los juntaron por impulso inexplicable.

Desde 1840 hasta 1844 tuvieron tres hijos. Francisco siguió en casa de su tío hasta que éste dejó el comercio. Pedro quiso traspasarle la tienda ; pero el joven, buen conocedor de las pocas esperanzas que en Plassans podía ofrecerle aquella industria , rehusó desde luego, y con las pequeñas economías que tenía hechas marchó á establecerse en Marsella.

Pronto renunció Macquart á sus planes de alianza contra los Rougon , tratándose del laborioso marido de Marta , á quien llamaba él tacaño y tramposo, con la envidia propia de los holgazanes. Pero, cambiando de rumbo, dirigióse al segundo hijo de Mouret, Silverio, para trocarle en cómplice de sus odios , aprovechando la sencillez natural, hija de su carácter y su juventud ; el mozo contaba tan sólo quince años.

Cuando Mouret apareció una mañana ahorcado entre las sayas que su mujer usó, Silverio era pequeñito, tanto, que aún no frecuentaba la escuela. Su hermano, no sabiendo qué hacer de aquella pobre criatura, llevóle consigo á casa de su tío. Pero éste puso mala

cara al ver al niño : no entraba en sus cálculos llevar el deseo de compensar á los hijos de Úrsula sus desgracias , hasta el punto de alimentar una boca inútil. El pobrecillo , á quien Felícitas miraba también con malos ojos , vivía siempre llorando , cuando Adelaida , en una de las rarísimas visitas que hacía á su hijo , le rogó que la dejaran llevárselo á su casa. Pedro aceptó con verdadero entusiasmo : dejó partir á la anciana y á su nietecillo , sin hablar siquiera de aumentar la pensión de la primera , corta de suyo , y más corta todavía debiendo servir en adelante para cubrir las necesidades de dos personas.

Adelaida contaba ya muy cerca de setenta y cinco años. Envejecida haciendo una vida monacal , ya no era la joven esbelta y enjuta que se arrojaba frenética en los brazos del cosario Macquart. Se había acartonado como una momia en el fondo de su casucha del callejón de Saint-Mittre , en aquella madriguera silenciosa y triste , en donde , completamente sola , vivía sin salir á la calle más que una vez al mes , alimentándose con patatas y legumbres secas. Al verla andar , parecía una de esas

monjas de rostro amarillo y paso automático, á quienes el claustro ha separado en absoluto del mundo real. Su cara, lívida, siempre rodeada por la cofia blanca como la nieve, parecía la de un moribundo; era un rostro falto de vida, revelador de la más completa indiferencia. La costumbre del silencio habíala tornado muda: la constante obscuridad de su morada y la presencia perpetua de los mismos objetos en torno de ella, habían apagado el brillo de sus ojos; en sus pupilas reinaba la calma de la superficie de un arroyo. Aquella muerte lenta en lo físico y en lo moral, aquella negación eterna de sí propia, habían trocado en matrona á la frenética enamorada de otros tiempos. Cuando fijaba los ojos maquinalmente, mirando sin ver por aquellos dos agujeros diáfanos y claros, advertíase un gran vacío en su alma. De sus ardores voluptuosos, sólo quedaba un desecamiento de las carnes y un temblor senil de las manos. Había amado con brutalidades de loba, y de aquel pobre organismo gastado, bastante descompuesto ya para merecer el descanso de una tumba, no se exhalaban más que insípidos olores de hoja seca.

¡Extraño trabajo de los nervios, de los ardorosos deseos que la habían consumido en la imperiosa é involuntaria castidad que había observado desde la muerte de su amante! Luego que sucedió ésta, falta de aquel hombre indispensable para su vida, sus ansias de amor habían ardido en ella, devorándola como si fuera una joven enclaustrada, pero sin que una sola vez pensara en satisfacerlos. La más vergonzosa manera de vivir, los azares del lupanar, hubieranla gastado menos que aquella perpetua sed de goces no satisfecha, la cual destrozábala con secretos y lentos esfuerzos, que modificaban poco á poco su economía.

No obstante, á veces, en aquella muerta, en aquella anciana, pálida y temblorosa, que parecía no tener una gota de sangre en las venas, renacía una sacudida nerviosa, una crisis pasajera como una corriente eléctrica, que la galvanizaba, por decirlo así, y por algunas horas le volvía la vida con atroz intensidad. Entonces quedábase en el lecho, rígida, con los ojos abiertos: luego, retorcíase convulsa y desarrollaban sus músculos esa fuerza sobrenatural de los locos histéricos, á quienes es menes-

ter atar para que no se destrocen el cráneo contra las paredes.

Aquellas reminiscencias de los antiguos ardores, aquellos bruscos ataques, conmovían horriblemente su pobre cuerpo dolorido y aniquilaban la poca energía que le quedaba. Eran los postreros sacudimientos de las pasiones frenéticas de su juventud, estallando vergonzosamente en medio de las frialdades de la decrepitud. Cuando volvía del estupor, tambaleábase, y á tal punto estaba descompuesto su semblante, que las mujeres del arrabal decían: «¡Vieja loca! ¡Se ha emborrachado!»

La infantil sonrisa del niño Silverio fué para ella un pálido rayo de sol que calentó sus ateridos miembros. Había pedido que la dejaran tener consigo á su nieto, aterrada ante la idea de su soledad espantosa, temiendo morir sola en uno de aquellos ataques. Aquella criaturita, que vivía con el vigor de una planta joven junto á ella, parecíala un conjuro contra la muerte.

Sin abandonar su mutismo, sin que sus movimientos perdieran la rigidez automática que los caracterizaba, le amó con una ternura ine-

fable. Contemplábale horas y horas sin pronunciar palabra, oyendo con delicia el ensordecedor ruido de sus juegos, que retumbaba en los ámbitos de su destartalada vivienda. Desde que Silverio recorría aquella tumba, montado en el mango de una escoba, tropezando con las puertas, gritando ó llorando, Adelaida existía en el mundo de los vivos; ocupábase con pasión del pequeñuelo: ella, que cuando joven olvidaba ser madre para ser tan sólo mujer amante, gozaba en aquel renacimiento á la maternidad, vistiéndole, desnudándole, cuidándole con entusiasmo y con una sensación, hasta entonces desconocida para ella. Fué una nueva fase del amor, de un amor dulce y tranquilo que el cielo concedió á aquella infeliz, nacida para amar y por el amor destrozada: una conmovedora agonía de aquel corazón que había vivido cediendo á furiosos deseos, y moría consagrada á idolatrar á un niño.

Tenía demasiada muerte en su vida para rebelarse con la efusión exagerada de las abuelas que existieron, sin que ningún sacudimiento conmoviese las fibras más sensibles del ánimo: idolatraba al huérfano sin demostrarlo.

con exceso, le adoraba con cierto pudor, semejante al de las jóvenes que aman en secreto, con intensidad, pero sin hallar la manera de expresar con caricias lo que sienten. Á veces le ponía sobre el regazo y le contemplaba largo rato con sus mortecinos ojos. Cuando el pequeñuelo, asustado de la mirada de aquellas pupilas pálidas y fijas y de aquel rostro lívido y mudo, rompía á llorar, Adelaida quedaba como confusa; cual si se arrepintiera de aquellos conatos de caricia y dejábale en el suelo sin besarle. Acaso entre el niño y el cosario Macquart hallaba alguna semejanza.

Silverio creció en constante contacto con su abuela. Con una mimosería infantil llamónla desde el primer instante tía Dida, y así continuó llamónla siempre: *tía*, en Provenza, es un término cariñoso. En su ternura, muy grande ciertamente, había algo de respetuoso terror. Cuando era chiquito, y la infeliz caía presa de una convulsión, huía llorando, espantado de la descomposición de aquel semblante y de la agitación periódica de sus miembros: luego que pasaba el ataque, volvía tímidamente á su lado, dispuesto á echar á correr, como si temiese

que la anciana le pegara. Ya mayor, á los doce años, comprendiendo la razón de aquellas violentas crisis, quedábase junto á ella valiente y solícito, y procuraba evitar que se cayera de la cama y se lastimase, abrazándose á su cuerpo convulso, y sujetándola así los crispados miembros.

Durante los intervalos de calma, contemplaba con lástima su faz contraída, su cuerpo escuálido, sobre el cual se ceñían las faldas, semejantes á un sudario. Estos dramas secretos repetidos mensualmente, aquella pobre mujer rígida como un muerto, y el niño inclinado sobre su rostro espiando en silencio la vuelta de la vida, tomaban un aspecto temeroso y al propio tiempo conmovedor en el rincón aquel de la calleja de Saint-Mittre. Cuando tía Dida volvía en sí, levantábase penosamente, ceñíase las ropas y andaba de un lado para otro, sin dirigir una pregunta siquiera á Silverio: de nada se acordaba, y el adolescente, por instinto de prudencia, evitaba hacer la más leve alusión á la escena pasada.

Los ataques de nervios fueron una de las causas más poderosas de la adhesión recíproca en-

tre la abuela y el nieto. Pero de igual suerte que la primera amaba al joven sin manifestaciones entusiastas de ternura, éste le pagaba queriéndola mucho, pero ocultándolo, como si de su cariño se avergonzara. En el fondo, si bien es verdad que le estaba muy agradecido, porque, recogiendo y educándolo, hizo mucho por él, no lo es menos que continuaba viendo en ella á una mujer víctima de males desconocidos, á quien debía amar, compadeciéndola y respetándola: era poco humana la figura de Adelaida; había cierto sello de muerte en su fisonomía pálida y rígida, para que Silverio deseara abrazarse á ella y besarla en el rostro. Así vivieron siempre, en aquel triste silencio, encubridor de una ternura infinita.

Aquel ambiente me lancólico que respiró su alma desde la infancia, prestó á Silverio elementos que fortalecieron su carácter, reuniendo en su ánimo todos los entusiasmos. Desde muy niño fué un hombre formal, reflexivo, y procuró ilustrarse con cierta terquedad. Sólo aprendió un poco de aritmética y otro poco de gramática en una escuela gratuita, porque á los doce años sus obligaciones de aprendiz le

impidieron continuar los estudios. Faltáronle siempre los primeros elementos de ciencia; pero leyó cuantos libros descabalados llegaron á sus manos, y así formó su composición de lugar; tenía ideas generales de una multitud de materias, pero incompletas, mal dirigidas, que nunca logró clasificar por completo en su cerebro. Desde muy chiquito iba á jugar á casa de un carretero, un buen hombre, llamado Vian, cuyo taller estaba á la entrada del callejón de Saint-Mittre, enfrente del solar en el cual tenía el depósito de maderas. Subíase á las ruedas de los carros que estaban allí para ser compuestos, jugaba, arrastrando las herramientas que sus manecitas podían sostener apenas, y una de las diversiones más de su gusto consistía en sostener alguna pieza en tanto que los obreros trabajaban, ó traerles los hierros que necesitaban.

Luego que pudo trabajar también, entró de aprendiz en casa de Vian, quien le había tomado cariño á fuerza de encontrarlo á cada paso en la carretería, y el cual le pidió á tía Dida que se lo confiase, sin querer aceptar por ello la menor retribución. Silverio aceptó

desde luego, afanoso por llegar pronto á poder ayudar á su abuela, en cambio de lo mucho que con él llevaba gastado, y en poco tiempo consiguió ser un excelente carretero. Pero en su ánimo había más elevadas aspiraciones. Un día vió en casa de un maestro de coches de Plasans una carretela nueva, cuyas maderas, barnizadas, relucían como cristales, y pensó que en época, acaso no lejana, quizás podría hacer coches como aquel. Aquel carruaje quedó grabado con indeleble huella en su mente: parecíale un objeto de arte único en su género; era un ideal hacia el cual se dirigieron todos sus afanes de obrero. Los carros que construía en casa de Vian, aquellos groseros vehículos que hasta entonces había cuidado tanto, parecíanle indignos de su cariño.

Comenzó á frecuentar la academia de dibujo; allí trabó conocimiento con un antiguo colegial, que le prestó un tratado de geometría, y engolfóse en este estudio sin guía ni maestro, torturando el cerebro para penetrar las cosas más sencillas del mundo. Así llegó á convertirse en uno de esos menestrales que apenas saben firmar, y sin embargo hablan de álgebra ó

de física como si trataran de gentes conocidas. Nada es tan capaz de dislocar un talento como ese sistema de instrucción, adquirida á tontas y á locas, sin bases sólidas que la sustenten. Las más veces, esas migajas de ciencia dan una falsa idea de las altas verdades, y á los cortos de ingenio hácenles insoportables y presuntuosos de puro vanos. En Silverio sólo sirvieron para sobreexcitar las generosas exaltaciones de su ánimo, y hacerle adquirir el conocimiento de los horizontes que para él estaban vedados. Formó una idea casi religiosa con aquellas cosas que no comprendía bien, porque no estaban al alcance de su mano, y vivió consagrado á venerar con sencillo culto las grandes ideas y las grandes palabras cuyos alcances no penetraba del todo. Era un inocente; pero con su inocencia sublime, de rodillas sobre el umbral del templo, á larga distancia del tabernáculo, tomaba el resplandor de los cirios por fulgor de estrellas.

La casucha del callejón de Saint-Mittre componíase de un salón con el suelo enladrillado, sobre el cual se abría la puerta de la calle, que servía á la vez de cocina y de come-

dor. Una mesa, varias sillas y un arca, convertida en diván por Adelaida, que la había cubierto con una colcha de lana, constituían el mobiliario. En una rinconera, á la izquierda de la enorme chimenea, estaba una Virgen de yeso, la patrona de los viejos de la Provenza, por muy poco devotos que sean, rodeada de flores artificiales. Un corredor conducía al patio, situado en la parte trasera de la casa, y en él había un pozo. Á la izquierda de este pasillo estaba una pequeña alcoba con una cama y una silla : era el dormitorio de Dida. Á la derecha, en otra estrecha habitación, capaz sólo para un catre, dormía Silverio, quien, por medio de una serie de tablas, colocadas en forma de estante, las cuales llegaban hasta el techo casi, pudo conseguir tener junto á sí sus queridos libros, comprados á fuerza de economías en casa de un trapero de la vecindad. Por las noches, cuando leía, colgaba la luz de un clavo á la cabecera de la cama. Si Adelaida sufría por la noche algún ataque, no tenía más que saltar del lecho al primer grito, y ya estaba á su lado.

Mozo ya, siguió viviendo como cuando

niño. En aquel rincón de mundo estaba concretada su existencia. Sentía igual repugnancia que su padre por las tabernas y los jaleos del domingo. La alegría brutal de sus compañeros hería la delicadeza de su alma. Prefería leer, romperse la cabeza resolviendo problemas de geometría. Después de hacer algunos recados que su tía Dida le mandaba, quedábase en casa; vivía ajeno casi á los otros miembros de su familia. Á veces pensaba en este abandono, y consideraba con pena que los hijos de Adelaïda, viviendo á dos pasos de su madre, considerábanla como si no existiera: entonces duplicábase su cariño por ella, la amaba por él y por los demás; y si alguna vez pensó que acaso era esto justo castigo de pasadas culpas, decía para sí: «Yo he nacido para perdonárselas».

Con estas condiciones morales y el reprimido ardor de su juventud, las ideas republicanas se exaltaron naturalmente en el ánimo de Silverio. Por la noche, en la silenciosa soledad de su cuchitril, leía y releía un volumen de las obras de Rousseau, que encontró una tarde en casa del trapero vecino, revuelto con hierros viejos. Aquella lectura le tenía despierto

hasta por la mañana, soñando, como sueñan los desheredados, con el bienestar universal; las palabras *libertad, igualdad y fraternidad* sonaban en su oído como las campanas del templo en los de los fieles, llenándole de emoción el ánimo y obligándole á caer de rodillas. Por eso, cuando supo que en Francia había sido proclamada la república, creyó que en todo el mundo iba á reinar una celestial tranquilidad.

Casi instruido, alcanzaba con su vista más lejos que los demás obreros; sus aspiraciones no se limitaban al pan cotidiano; pero profundamente sencillo, ignorante de la manera de ser los hombres, manteníase en perpetuo éxtasis, cerniéndose en las altas regiones de la teoría, pensando que la sociedad estaba en un Edén en el cual reinaba la justicia. Este paraíso fué para él largo tiempo germen de ventura. Cuando advirtió que no marchaban las cosas muy bien en la mejor de las repúblicas, sufrió un dolor agudísimo: entonces soñó con obligar á los hombres á ser felices, aunque fuera por la fuerza. Cada acto que le parecía atentatorio á los intereses del pueblo, encendía en su alma vengativa indignación. Siendo

tímido como un niño, sentía feroces odios políticos : incapaz de matar un mosquito, hablaba de tomar las armas ; la libertad fué su pasión, una pasión insensata, que absorbió todo el ardor de su sangre. Ciego de entusiasmo, demasiado instruido é ignorante á la vez para pensar con tolerancia, no contaba con la organización natural de los hombres : necesitaba un gobierno ideal, inspirado por la más estricta justicia y la más lata libertad. Por aquella época fué cuando á Macquart se le ocurrió lanzarle contra los Rougon. Pensó que semejante loco le serviría de mucho, si lograba exasperarle bastante, y en su cálculo no había poca astucia.

Fingiendo grande admiración por las ideas del joven, procuró atraerle á su casa. Al principio, estuvo en poco que no comprometiera el éxito de su empresa, porque tenía una manera muy interesada de apreciar las ventajas de la república : considerábala como una era favorable á su holgazanería, y esto hirió la pureza de los sentimientos y de los ideales de su sobrino.

Comprendiendo que había errado el camino, corrigió el yerro, hablando sin sentido, pero

en forma tal, mezclando tantas frases huecas y sonoras, que Silverio las aceptó como una prueba de la ilustración de su tío. Poco tardaron en intimar y reunirse dos ó tres veces por semana. En sus largas discusiones, decidían de la suerte del país, y, hábilmente, Antonio procuró hacer entender al joven que la reunión de casa de Pedro era el principal obstáculo para el bienestar de la Francia. Mas otra vez se equivocó llamando á su madre «bribona» delante de Silverio. Llegó hasta contarle las escenas escandalosas de la juventud de Adelaida. El pobre mozo, rojo de vergüenza, le escuchaba sin interrumpirle. Nada le había preguntado sobre tales asuntos, y quedó resentido por aquellas confidencias, que le herían en lo más hondo, en su respetuoso cariño por tía Dida. Desde aquel día rodeó á su abuela de más tiernos cuidados, la acarició más, y tuvo para ella más sonrisas de perdón y de lástima.

Reconociendo su torpeza, Antonio cambió de rumbo, sin perder el punto de mira de sus gestiones para indisponer con los Rougon á su sobrino. Aprovechando sus dispo-

siciones, hacíale ver, recriminándolo, el aislamiento y la pobreza en que vivía Adelaida por causa de su primogénito. Á creerle, él siempre fué un buen hijo y su hermano un miserable, que se condujo de una manera infame: primero la robó, y después que la dejó en la calle, se avergonzaba de ella. Sobre este tema hablaba y no concluía nunca, y con gran satisfacción de Antonio, Silverio, escuchándole, indignábase contra su tío Pedro.

Siempre que el joven visitaba á Macquart, se repetía la misma escena. Llegaba por la noche, á la hora de comer; Antonio solía estar atracándose de patatas guisadas y gruñendo: escogía los pedazos de tocino, y seguía con los ojos el plato cuando iba á manos de Juan ó de Gervasia.

—Mira, Silverio. ¿Ves? Patatas, patatas y siempre patatas (decía, con acento que en vano trataba de hacer pasar por indiferente, y mal encubriendo su rabia reprimida). No comemos más que esto. La carne se queda para los ricos. No hay manera de salir de apuros teniendo hijos que devoran como sabañones.

Gervasia y Juan bajaban los ojos, y no se

atrevían ni siquiera á comer pan. Silverio, siempre en las regiones de lo ideal, no se daba cuenta de la situación, y con voz tranquila, decía estas palabras, provocadoras de una tempestad en Macquart:

—¿Y por qué no trabajáis, tío?

—¡Ah! (replicaba Antonio, herido en lo vivo.) Conque trabajar ¿eh? ¿Para que esos bribones de ricos me saquen el redaño? Puede que matándome poco á poco, ganase un par de francos, y, como comprendes, eso no merece la pena.

—Cada cual gana lo que puede (añadía el mozo). Dos francos son dos francos, y con ellos se ayuda uno. Además, habiendo sido soldado, nada más fácil que tener un empleo.

Fina, con una vivacidad, de la cual no pocas veces tenía que arrepentirse luego, intervenía, diciendo:

—Eso mismo digo yo. Así como así, el Inspector del mercado necesita un ayudante, y está en muy buenas relaciones con nosotros.

Macquart la miraba echando fuego, y gruñía con mal contenida cólera:

—¡Eh! Cállate. ¡Estas diantres de mujeres

nunca saben lo que dicen!.... ¡Qué me habían de colocar! Son demasiado conocidas mis opiniones.

En cuanto le hablaban de empleo, se ponía furioso; pero no por ello dejaba de pretenderlos á todas horas, para rehusarlos luego que le ofrecían uno, fundándose en las razones más estrambóticas, y si le hostigaban mucho, tornábase terrible.

Si, después de comer, Juan se ponía á leer un periódico, exclamaba con imperio:

—Déjate de lecturas, y vete á la cama.... Á ver si mañana te levantas tarde y tenemos otro día de pérdida del jornal.... ¡Pues hombre! ¿No has traído ocho francos de menos la semana pasada? Lo que tiene que yo sé dónde me aprieta el zapato, y no volverá á suceder. Ya le he dicho á tu maestro que, en adelante, yo iré á cobrar las quincenas; yo, yo mismo.

Para no oir las recriminaciones injustas de su padre, Juan se iba á acostar. Simpatizaba poco con Silverio: la política le fastidiaba, y decía que su primo estaba «tocado». Cuando sólo quedaban las dos mujeres, si por desgra-

cia hablaban en voz baja, después de levantar los manteles, gritaba Macquart :

—¡Ea ! ¡Holgazanas! ¿No tenéis nada que remendar? Andamos todos llenos de andrajos.... Y á propósito. He estado en casa de la maestra de Gervasia, y me ha contado cosas muy bonitas. Es una correntona, una inutilidad para todo.

Gervasia, moza ya de veinte años, se ruborizaba de verse así tratada delante de Silverio. Éste, al verla, sentía cierto disgusto. Una noche que llegó tarde, y en ocasión de estar ausente su tío, hallólas, á ella y á su madre, borrachas perdidas de aguardiente. Desde entonces, siempre que veía á su prima, sin poderlo remediar, acordábase de aquel espectáculo vergonzoso, de aquella carita llena de manchas rojas, y su risa estúpida. Además, disgustábase por las historias que de ella contaba todo el barrio. Para él, que se había criado casto como un asceta, aquella criatura resultaba repugnante: á veces mirábala de reojo, con la curiosidad temerosa de un colegial que se encuentra á solas con una joven bonita.

Cuando las dos mujeres, aguja en mano, se gastaban la vista componiendo la ropa blanca, Macquart, sentado en la silla mejor, repantigábase, canturreando y fumando, como quien saborea su holgazanería. En aquellas ocasiones era cuando más criticaba la picardía de los ricos que chupaban la sangre á los pobres. Exaltábase y vociferaba contra los miserables de los barrios nuevos, que vivían consagrados á la pereza, y obligaban al pueblo á darles dinero para comer y alimentar sus vicios. Pasando por sus labios, convertíanse en grotescas teorías los girones de pensamientos comunistas que por la mañana había leído en el periódico. Hablaba de la época, cercana ya, en la cual todo el mundo viviría sin trabajar. Pero los Rougon eran el objeto de sus más feroces y sangrientas diatribas. Por más que hacía, no podía digerir, sin desesperarse, las patatas que había comido.

—Hoy he visto (decía) á esa cañoña de Felicitas comprando un pollo en la plaza. ¡Bien comen pollos esos ladrones de herencias!

—Tía Dida dice (exclamó un día Silverio) que mi tío Pedro se portó bien con vos cuando

vinisteis del servicio. ¿No se gastó una porción de dinero en vestiros y poner os una habitación cómoda y buena?

—¡Una porción de dinero! (aulló Macquart.) ¡Tu abuela está loca por fuerza! Eso lo cuentan por ahí los grandísimos ladrones para taparme la boca. No he recibido ni un céntimo.

Fina intervino, cometiendo una torpeza, porque le recordó que había recibido doscientos francos, un traje y un año de alquiler de casa. Antonio la mandó callar, y con furia creciente prosiguió:

—¡Doscientos francos! ¡Vaya un negocio! ¡Lo que yo quería era mi parte, diez mil francos! Más vale que no hablemos del tabuco en donde me alojaron como si fuera un perro, y de la levita vieja de Pedro que me dieron, porque él ya no se atrevía á llevarla.

Mentía con toda su boca. Pero cuando estaba colérico, nadie se atrevía á contradecirle. Luego, volviéndose hacia Silverio, prosiguió:

—¡Buen inocente eres tú que los defientes! Has de saber que á tu madre la robaron como á mí, y que si hubiese tenido dinero para cuidarse mucho, no se hubiera muerto.

—No, tío; no estáis en lo justo (replicó el joven); mi madre no murió por falta de recursos para cuidarse, y me consta que mi padre nunca hubiese aceptado un céntimo de la familia de su mujer.

—¡Bah! Déjate de tonterías. Tu padre hubiera tomado el dinero como cada hijo de vecino. Nos han robado indignamente, y es justo que pretendamos que nos restituyan lo nuestro.

Y por centésima vez tornaba á contar la historia de los cincuenta mil francos. Silverio, que se la sabía ya de memoria, con todos los accesorios que para enriquecerla le añadía Macquart, escuchaba impaciente.

—Si tú fueras hombre (decía, para concluir, Antonio), vendrías un día conmigo á casa de los Rougon, y verías el escándalo que les armábamos. No salíamos de allí sin que nos diesen nuestro dinero.

Pero Silverio, con gesto grave y voz enérgica, respondía :

—Si esos miserables nos han robado, peor para ellos. Para nada quiero su dinero. No somos nosotros los llamados á reñir batalla

con nuestra familia. Han obrado mal, y día llegará en que tengan su merecido castigo.

—¡Ah, inocente! (gruñía Antonio.) Cuando seamos los más fuertes, verás tú si por mi mano arreglo ó no estos negocios. ¡Fíate en la Virgen y no corras! ¡Familia marrana! No hay ninguna tan cochina y tan indecente como la nuestra. Habíamos de estarnos muriendo, y no tengas cuidado, que ningún individuo de ella vendría á darnos un pedazo de pan.

Cuando Macquart emprendía esta tarea, no acababa nunca de hablar. Ponía á la vista las sangrientas heridas de su envidia. Todo lo veía rojo cuando pensaba que era el único de la familia que no había tenido suerte: el único que comía patatas, mientras los otros tenían carne á discreción. Todos sus parientes, hasta los hijos de sus sobrinos, llevaban su parte de culpa, y para todos y cada uno de ellos tenía insultos y amenazas.

—Sí, sí (decía con amargura); me dejarían reventar como un perro.

Gervasia, sin levantar la cabeza ni dejar de coser, decía á veces tímidamente:

—Sin embargo, papá; mi primo Pascual se

portó muy bien con nosotros cuando estuviste malo el año pasado.

—Te cuidó sin pedirnos un céntimo (prosiguió Fina, apoyando á su hija); y muchas veces me dió dinero para poner la olla y darte caldo.

—Sí...., fíate.... Si no hubiese sido por mi buena naturaleza...., me hubiese muerto.... Callaos...., bestias...., animales.... Capaces sois de dejaros engañar como dos estúpidas.... Todos, todos darían cualquier cosa porque me muriese. Si vuelvo á estar enfermo, guardaos de ir á buscar á mi sobrino, porque no estaría tranquilo si me viera entre sus manos. Es un mediquillo de poco más ó menos; por eso no tiene una persona decente en su clientela.

Cuando en este camino se lanzaba Macquart, ya no sabía detenerse.

—¿Pues y ese viborezno de Arístides? ¿Qué te parece? (continuó.) Es un mal correligionario, un traidor. ¿Te fías tú de lo que dice en sus artículos de *El Independiente*, Silverio? Valiente tonto estarás si tal haces. Ni siquiera están escritos en francés. Siempre he dicho que ese republicano de pega estaba de acuerdo con su excelente padre para reirse de nosotros.

Ya verás cómo algún día cambia de casaca.... ¿Y qué me dices de su hermano, el ilustre Eugenio, aquel animalote, de quien tan orgullosos están los Rougon?; Pues no tienen el descaro de decir que ocupa una gran posición en París! Que vengan á contármelo á mí...., que conozco la clase de ocupaciones á las cuales se dedica.... Está empleado en la calle de Jerusalén : es un mozalbete....

—¿Y V. qué sabe de eso, tío?—interrumpió Silverio, á quien las palabras mordaces y mentirosas de su tío herían en el fondo de su recta conciencia.

—Conque no sé, ¿eh? Cuando te digo.... Pero tú eres un tipo capaz de dejarte sacar el redaño, con esa benevolencia tonta que tienes para todo el mundo: no eres un hombre. Y si no, ahí está tu hermano : no quiero ofenderle; pero, en tu caso, estaría bien lejos de llevar á bien su manera egoísta de proceder contigo : gana en Marsella todo cuanto quiere, y no es capaz de mandarte una miseria de veinte francos para tus gastos. Lo que es si algún día caes en la miseria, no te aconsejo que á él recurras.

—No necesito yo de nadie (repuso el joven con orgullo, pero ligeramente contrariado). Mi trabajo basta para cubrir las necesidades de tía Dida y mías. Sois cruel, tío....

—¿Cruel? ¡Bah! ¿Porque digo la verdad? Lo que tiene es que yo quisiera que abrieses los ojos y vieras claro. Nuestra familia es una colección de indecentes. Triste es confesarlo; pero no es mentira. No hay uno de ella, hasta Maximito, el hijo de Arístides, que no me haga burla cuando me ve. ¡Ah! Lo que es ese chucuelo, será una alhaja: ha de llegar á pegarle á su madre, y la estará bien empleado. Digan lo que quieran esas gentes, no merecen la suerte que tienen; pero eso sucede en todas las familias: los buenos sufren, y los malos hacen fortuna.

Todas aquellas miserias y asquerosidades que delante del joven sacaba á relucir Antonio, disgustaban mucho al excelente mozo. Era muy feliz cuando soñaba. Si daba señales manifiestas de impaciencia, su tío apelaba á los más enérgicos recursos para sobreexcitarle del todo contra sus parientes.

—Anda, defiéndelos (le decía); que yo me

he arreglado de manera que nada tengo que ver con ellos. Lo que te digo es por tu bien, por cariño que os tengo á ti y á mi pobre madre sobre todo, á quien esa canalla trata de una manera tan inconsiderada.

—¡ Son unos miserables !—murmuraba Silverio.

—¡ Oh! No lo sabes bien. No hay calumnia que los Rougon no inventen contra la pobre abuela. Arístides le ha prohibido á su hijo que la salude siquiera, y Felícitas anda diciendo por ahí que al fin tendrán que meterla en una casa de locos.

El joven, pálido como la cera, interrumpió bruscamente á su tío.

—Basta (gritó). No quiero saber más. Fuerza será que esto concluya de una vez.

—Bueno ; ya me callo, puesto que te contraría (gruñía el viejo, fingiendo benevolencia). Pero hay cosas que conviene que las sepas, so pena de que te hagan pasar por un imbécil.

Al paso que le excitaba contra la familia de su hermano Pedro, Antonio experimentaba extraño placer viendo cómo la rabia y la pena hacían asomar el llanto á los ojos del joven.

Acaso le detestara más todavía que á los otros, porque le molestaba que no fuese borracho y mal trabajador como él. Por eso aguzaba el ingenio inventando atroces mentiras, que se clavaban como puñales en el corazón de Silverio; gozaba viéndole pálido, tembloroso, con la vista extraviada; sentía cierto goce, un goce cruel, el que experimentan las personas de mal corazón cuando hieren á su víctima en lo vivo. Después que le había puesto en aquel estado, entonces abordaba la cuestión política.

—Me han dicho (murmuraba, con acento misterioso) que la camada de los Rougon prepara un golpe mortal para la libertad.

—¿Contra la libertad?—preguntaba Silverio con interés.

—Sí. Una de estas noches van á prender á todos los patriotas y á meterlos en la cárcel.

El joven dudaba al principio. Pero su tío le daba tantos minuciosos antecedentes, que le confundía. Hablaba de listas en las cuales figuraban los más avanzados en ideas políticas, y decía cómo, cuándo y de qué manera se llevarían á efecto las prisiones. Poco á poco aquella conseja apoderábase del ánimo del joven, y

le hacía delirar contra los enemigos de la República.

—Ellos serán los que metamos en la cárcel, si prosiguen por esa senda de traiciones é infamias. ¿Y qué harán con los presos?

—¡Toma! (replicaba Macquart, con una risita infernal.) Asesinarlos en los sótanos de la cárcel.

Y viendo que el joven, estupefacto de horror, le contemplaba sin hallar frases para expresarse, proseguía :

—¡Oh! No serán los primeros ni los últimos que mueran así. Vete, si no, por las noches á los alrededores de la cárcel, y oirás tiros y gemidos á cada paso.

—¡Oh! ¡ Infames! —murmuraba Silverio.

Entonces tío y sobrino se lanzaban á las regiones de la alta política. Fina y Gervasia aprovechaban su distracción para irse á acostar en silencio. Así pasaban la noche hasta las doce, hablando de las noticias de París y de la próxima é inevitable lucha. Macquart peroraba amargamente contra los hombres de su partido: Silverio soñaba despierto para sí solo con sus ideales de libertad ideal. Eran interminables aque-

llas extrañas conferencias, durante las cuales el tío bebía un sinnúmero de copas de aguardiente, y Silverio acababa por embriagarse de entusiasmo. Pero en vano trató Antonio de forjar, con el concurso del mozo, una perfidia, un plan de guerra contra los Rougon: todas sus excitaciones y todas sus mentiras nunca lograron más que hacerle invocar la justicia divina, que tarde ó temprano los castigaría.

El generoso joven hablaba de tomar un fusil y destruir á los enemigos de la República; pero tan luego como estos enemigos se personificaban en su tío Pedro ó algún otro hombre de su calaña, acudía á la celeste ira para evitarse el disgusto de verter su sangre. Es más que probable que hubiese dejado de frecuentar el trato de Macquart, cuyas miserables ideas le herían en el alma, si hubiese tenido en su casa alguien con quien poder hablar de su querida República. Pero, de todas suertes, Antonio tuvo una decisiva influencia sobre su porvenir: con sus constantes diatribas irritó sus nervios, y acabó por hacerle ansiar con verdadero frenesí la lucha con las armas para conquistar el bienestar universal.

Cuando Silverio cumplió los diez y seis años, Macquart lo inició y presentó en la sociedad secreta de los *Montañeses*, asociación poderosa, extendidísima por todo el Mediodía de Francia. Desde entonces, el mozo acarició con la mirada la escopeta del contrabandista, que Adelaida tenía colgada de la campana de la chimenea. Una noche, en tanto que la anciana dormía, limpió cuidadosamente la vieja carabina y la puso en estado de servir. Después la volvió á colgar, y esperó. En sus ensueños de fanático forjaba gigantescas epopeyas, ideales luchas homéricas, semejantes á caballeroscos torneos, de los cuales salían vencedores los campeones de la libertad, mereciendo las aclamaciones del mundo entero.

Macquart, no obstante la inutilidad de sus esfuerzos, no se desanimó. Pensó que, para hacer morir de rabia á los Rougon, bastaría con obligarles á consumirse en la obscuridad de la nada. Sus ansias de envidioso hambriento acrecieron por causa de varios acontecimientos de su vida que le obligaron á volver á trabajar. Á principios del año 1850, Fina murió casi de repente, á consecuencia de una pulmo-

nía, que la tomó por llevar á cuestras la ropa lavada de toda la familia desde el Viorne á su casa; llegó temblando, empapada en agua y sudor; cayó bajo el peso de un fardo demasiado grande, y no volvió á levantarse. Su muerte consternó á Macquart, porque con ella perdió la renta más segura. Cuando pocos días después vendió el hornillo en donde asaba la difunta las castañas y el caballete sobre el cual componía las sillas, acusó al cielo, con frases muy violentas, de haberle arrebatado aquella compañera de quien se avergonzó toda la vida, y cuyo valor real no pudo medir hasta después de verse sin ella.

Desde entonces cayó con mayor avidez sobre los jornales de sus hijos. Dos meses después, Gervasia, cansada de sufrir aquel constante expolio, se fué con Lantier y sus dos niños, á quienes faltaba el apoyo de su abuela, muerta también. Los amantes se refugiaron en París. Antonio, aterrado, volvióse contra su hija, la maldijo, calificóla de perdida, y la deseó que acabara en un hospital como sus iguales. Mas no mejoró su situación gravísima aquel torrente de injurias y anatemas. Juan siguió las huellas de su hermana poco tiempo

después. Arreglóse de manera que un día de pago cobró él sus alcances, y al partir encargó á uno de sus amigos que le dijera á su padre que no quería seguir alimentando sus vicios, y que si le reclamaba por medio de los tribunales, estaba resuelto á no volver á tocar siquiera una herramienta del oficio.

Cuando después de buscarle en vano se convenció Antonio de que el mal no tenía remedio, al verse solo en aquella casa, en donde por espacio de veinte años obligó á todos los suyos á sostenerle sin ocuparse en nada, apoderóse de él una rabia indescriptible, aullando monstruosas imprecaciones. Como si el mundo hubiera caído sobre sus espaldas, se inclinó hacia delante su cuerpo, y al andar arrastraba los pies torpe y pesado como un convaleciente. El temor de verse obligado á trabajar le causó una especie de verdadera enfermedad. Cuando fué á verle Silverio, con lágrimas en los ojos quejóse de la ingratitud de sus hijos. ¿No había sido siempre un buen padre? Juan y Gervasia eran dos monstruos, que le pagaban bien mal por cierto los sacrificios que hizo por ellos.

Cuando ya era viejo y nada podían sacar de él, le abandonaban: ¡infames!

—Pero, tío (le dijo Silverio); aún estáis en edad de ganar el pan trabajando.

Macquart, tosiendo, encorvándose, movió lúgubrementes la cabeza, como para dar á entender que no resistiría mucho tiempo la más leve fatiga. En el momento en que se iba á marchar el joven, le pidió y obtuvo diez francos. Pasó un mes llevando uno tras otro á casa de un trapero todos los objetos que usaron sus hijos, y vendiendo cuantos trastos había en la casa. Á poco, ya no le quedaban más muebles que su cama, una mesa, una silla y la ropa que traía puesta. Luego cambió la cama de nogal por un catre de tijera; y cuando ya agotó hasta el último recurso, llorando de rabia, con la palidez de un hombre que se resigna al suicidio, fué á buscar el fajo de mimbres olvidado en un rincón por espacio de un cuarto de siglo. Al cogerle, parecióle que levantaba una montaña. Renegando de todo el género humano, se puso á tejer cestas, y entonces, más que nunca, habló de repartir los bienes de los ricos. Se manifestó terrible. Pro-

nunciaba discursos en la taberna, aconsejando el incendio y el asesinato, y con sus furibundas miradas ganaba un crédito ilimitado con el tabernero. Trabajaba sólo cuando Silverio ó algún otro no le daban un franco. Ya no era «señor Macquart»; ya no existía aquel obrero afeitado y vestido con el traje de los domingos, haciendo el papel de propietario que se come sus rentas; volvió á ser el vagabundo sucio, asqueroso, que especulaba con sus harapos. Desde que casi á diario andaba vendiendo cestas por el mercado, Felícitas no se atrevía á comprar en él. Siempre, y á todas horas, juraba que se tomaría la justicia por su mano, ya que los ricos se ponían de acuerdo para obligarle á trabajar.

En semejante estado de ánimo, sorprendióle el golpe de Estado: le recibió, pues, con el gozo de un lobo que husmea la presa. Los pocos liberales dignos y respetables de la ciudad no pudieron ponerse de acuerdo, y, naturalmente, él se convirtió en uno de los agentes más notables de la revolución. Á pesar del mal concepto que de él tenían formado los obreros, hubieron de aceptarle como elemento que les

sirviera de base para agruparse. Pero luego que vió la calma reinante en la ciudad durante los primeros días, creyó fracasados todos sus planes. La insurrección de las gentes del campo le devolvió la esperanza. Por nada del mundo hubiese salido de Plassans; así es que inventó una excusa para no seguir á los grupos de obreros que el domingo por la mañana partieron á incorporarse á los insurrectos del Palud y de Saint-Martin-de-Vaulx. Por la noche de aquel mismo día, estando con otros varios individuos de su calaña en un bodegón del barrio viejo, llegó un compañero, para avisarle que se encontraba á pocos kilómetros de Plassans la columna insurrecta. La noticia habíala traído un propio que logró penetrar en la ciudad, y llevaba la orden de abrir las puertas y dar entrada en ella á la columna. El entusiasmo estalló entre los republicanos que rodeaban á Antonio: éste, sobre todos, parecía delirar de gozo. La imprevista llegada de las fuerzas insurrectas le parecía un delicado favor de la Providencia. Pensando que dentro de poco tendría agarrado por el pescuezo á Rougon, temblaba de placer.

Seguido de los que le rodeaban, salió del cafetín. Pronto estuvieron reunidos en el paseo de Sauvaire todos los republicanos que no habían corrido al encuentro de sus hermanos.

Aquella era la columna que vió Rougon cuando iba á esconderse á casa de su madre. Cuando la partida estuvo en lo alto de la calle de Banne, Macquart, que se había quedado á la cola en compañía de cuatro mocetones ligeros de cascos, á quienes tenía dominados con su charlatanismo de café, persuadióles de que era preciso detener en seguida á todos los enemigos de la república, si querían evitar grandes males; pero lo que á proceder así le impulsaba, era el temor de que Pedro se le escapara, aprovechando el tumulto que la llegada de los insurrectos debía producir. En aquellas críticas circunstancias, Felicitas estuvo admirable de valor y prudencia. Bajó á abrir la puerta de la calle.

—Queremos subir,—dijo brutalmente Antonio.

—Subid los que queráis, señores,—repuso ella con irónica cortesía, fingiendo no conocer á su cuñado.

Cuando llegaron arriba, Macquart mandóle que llamase á Rougon.

—No está mi marido (dijo Felícitas con gran serenidad). Ha salido de viaje, á negocios, en la diligencia de Marsella, á las seis de la tarde.

Al oír esto, Antonio hizo un gesto de rabia. Entró violentamente en el salón, luego registró la alcoba, revolvió las ropas de la cama y los colchones, mirando detrás de los muebles y de las cortinas. Por espacio de un cuarto de hora estuvo recorriendo la casa. Felícitas, sentada tranquilamente en el sofá de la sala, se ataba las cintas de las enaguas, como persona que, sorprendida en lo mejor del sueño, no tuvo tiempo de vestirse bien.

—¿Conque es verdad que ha huido? ¡Cobardón!—gritó, balbuciente, Antonio, volviendo á entrar en el salón.

Pero seguía mirando á su alrededor con desconfianza. Tenía el presentimiento de que no podía Pedro haber abandonado el campo en el instante decisivo. Acercóse á Felícitas, que hostezaba, y le dijo:

—Dinos en dónde está escondido, y te prometemos no hacerle daño.

—¡Si os he dicho la verdad! (repuso con impaciencia Felícitas.) Mal puedo entregaros á mi marido no estando en casa. ¿No lo habéis registrado todo? Pues ahora, dejadme en paz.

Macquart, exasperado ante aquella sangre fría, iba acaso á pegarla, cuando un gran ruido llegó á sus oídos desde la calle.

Era la columna de insurgentes que desembocaba en la calle de Banne.

Por fuerza hubo de abandonar el salón amarillo, no sin llamar vieja zorra á Felícitas, y prometerle volver luego, alzando el puño con ademán amenazador.

Al llegar abajo, llamó aparte á uno de los que le habían acompañado, sepulturero de oficio, torpe de inteligencia, pero robusto como un toro, y le mandó quedarse sentado en el último tramo de la escalera hasta nueva orden.

—Si ves entrar al granuja de mi hermano, ven en seguida á avisarme,—le dijo.

El hombrón aquel sentóse pesadamente. Cuando Antonio llegó á la calle, alzó los ojos, y vió á Felícitas de codos en uno de los balcones del salón amarillo, mirando con curiosidad á los insurrectos que por debajo de sus pies

desfilaban, ni más ni menos que si se tratara de un regimiento de verdaderos soldados. Tanto le irritó aquella última señal de tranquilidad completa, que de buena gana hubiera subido otra vez y la hubiese arrojado á la calle. Pero era menester seguir á la columna, y así lo hizo, murmurando con voz sorda:

—Sí, sí; mira cómo pasan, que mañana ya veremos si te quedan ganas de asomarte al balcón.

Cerca de las once eran ya cuando los insurrectos entraron en Plassans por la puerta de Roma. Los obreros que habían quedado dentro de la ciudad les abrieron las puertas, á pesar de las lamentaciones del guarda, que por fuerza soltó las llaves á su cuidado encomendadas. Aquel hombre, que no dejaba pasar á uno sólo sin previo reconocimiento, vió anonadado penetrar aquel torrente de personas desconocidas que saltaban por encima de su celo y su no desmentida vigilancia, murmurando con amargura que estaba deshonorado.

Á la cabeza de la columna iban los que procedían de la población, guiando á sus compañeros: en primera fila, Mietta, con Silverio

á la izquierda, alzaba la bandera con más entusiasmo todavía, notando que á las ventanas se asomaban medrosos los vecinos, sorprendidos en lo mejor del sueño. Con profunda lentitud recorrieron los insurrectos las calles de Roma y de Banne, temerosos de que en alguna esquina fueran recibidos á tiros por los habitantes de Plassans, no obstante estar todos convencidos de la proverbial prudencia que les distinguía. Pero cualquiera hubiese dicho que era aquel un pueblo muerto; alguna que otra exclamación ahogada que de vez en cuando resonaba detrás de ciertas persianas, revelaba la existencia de seres vivos; sólo cinco ó seis ventanas fueron abiertas; algunos vecinos, en camisa, y con una luz en la mano, osaron asomarse á ellas, y estos pocos, apenas percibían la negra fila, que juzgaban escuadrón de trasgos, cerraban de golpe las vidrieras, aterrorizados por tan tremendo espectáculo. El silencio de la adormecida ciudad tranquilizó á los insurrectos, los cuales, descuidados ya, se atrevieron á invadir las calles adyacentes á la plaza del Mercado, que todas vienen á desembocar en aquel cuadrilátero irregular, divi-

dido por otra calle. Las dos plazoletas estaban iluminadas vivamente por la pálida luz de una luna clarísima. Los árboles proyectaban sobre el suelo sombras monstruosas; el Ayuntamiento, recientemente revocado, destacábase blanquísimo sobre el diáfano azul del cielo, y en la fachada, el gran balcón corrido, dibujaba con delgados perfiles sus arabescos. El Alcalde, el comandante Sicardot, tres ó cuatro consejeros municipales y otros varios funcionarios, ocupaban este balcón. Las puertas estaban cerradas: delante de ellas se detuvo la columna, semejante á una gruesa serpiente; tres mil cabezas se alzaron, fijando en el balcón las miradas, y un estremecimiento recorrió desde uno á otro extremo al monstruo aquel, como si se apercibiera á romper el obstáculo con sólo una sacudida.

La llegada de la partida de insurrectos á semejante hora, había sorprendido á las autoridades. Antes de ir al Ayuntamiento, Sicardot corrió á ponerse el uniforme; luego, á escape, acudió á casa del Alcalde; despertóle, y cuando el guarda de la puerta de Roma llegó con la noticia de que los sublevados estaban dentro

de la ciudad, aún no había logrado reunir el Comandante una docena de nacionales. Ni siquiera le quedó tiempo de avisar á los gendarmes, cuyo cuartel estaba á dos pasos de la alcaldía. Fué menester cerrar las puertas para deliberar, y aún no hacía cuatro minutos que duraba la discusión sobre lo que era más conveniente hacer, cuando un ruido parecido á un trueno lejano les anunció la inmediata llegada de la columna á la plaza.

Por odio á la República, de buena gana hubiera el Alcalde entablado la lucha. Pero, prudente, comprendió que hubiera sido inútil resistir, no viendo en torno de sí más que unos cuantos guardias nacionales, pálidos y medio dormidos. No fué, pues, larga la discusión, por más que, terco y más terco, el comandante Sicardot quería batirse, y aseguraba que con los doce hombres que tenía le bastaba para meter en cintura á aquellos tres mil canallas. El Alcalde se encogió de hombros, y declaró que no había más remedio que capitular de la manera más honrosa posible.

Viendo que acrecían los gritos de la multitud, asomóse al balcón, seguido de todos los

que con él estaban en el Ayuntamiento: algún silencio impuso su presencia: entre la negra masa de insurrectos, los fusiles y las guadañas relucían á la luz de la luna con siniestros reflejos.

—¿Quiénes sois y qué queréis?—gritó el Alcalde con voz enérgica.

Un hombre que traía puesto un gabán, un propietario de las inmediaciones de la Palud, se adelantó, y repuso:

—Abrid la puerta, y evitad así una lucha estéril y fratricida.

—En nombre de la ley protesto, y os intimo para que os retiréis,—replicó el Alcalde.

Un rugido ensordecedor salió de la masa de la columna; luego que se calmó un tanto el tumulto, interpelaciones violentas llegaron á oídos de los que estaban en el balcón: algunos gritaron:

—¡Á nombre de la ley venimos nosotros!
Otro exclamó:

—Cumplid con vuestro deber, haciendo que se cumpla esa ley que invocáis á nombre de la Constitución que acaba de ser violada.

Y muchos gritaron con entusiasmo:

—¡Viva la Constitución! ¡Viva la República!

Y viendo que el Alcalde trataba de imponer silencio para lograr ser escuchado, el propietario que ya antes usó de la palabra exclamó con gran energía:

—No sois más que el representante de otro funcionario que ha caído: venimos á destituirlos por eso: callad, pues, y entregadnos el poder que no os pertenece.

El comandante Sicardot, mascullando terribles injurias, mordíase los bigotes con rabia: viendo los palos de las guadañas, sentía que la cólera desbordaba en su pecho. Haciendo esfuerzos inauditos aguantó hasta que el propietario pronunció aquellas palabras: pero, al escucharle, la ira y el deseo de tratar como merecían á aquellos villanos, soldados de tres al cuarto, que ni siquiera tenían todos fusiles, le sacó de sus casillas. Oir hablar á un quidam vestido con gabán de destituir á un Alcalde en el uso de sus funciones, dió al traste con su prudencia, y, sin poderlo remediar, gritó:

—¡Bribones! Si tuviera yo siquiera cuatro soldados y un cabo, ¡vive Dios que bajara y

agarrándoos por las orejas había de ponerlos en razón !

Menos que esto era menester para producir un grave conflicto. Otro rugido más amenazador que el primero salió de entre aquella multitud, que, arremolinándose, se abalanzó contra la puerta. El Alcalde, consternado, se retiró del balcón, rogando á Sicardot que usara más prudencia, si no quería ser causa de la muerte de todos.

En pocos minutos cedieron las puertas, y los insurgentes penetraron en la casa, desarmando á los nacionales que encontraron dentro del portal. Sicardot, que se negaba á entregar la espada, debió la vida á la sangre fría del jefe del grupo procedente de Tulettes. Por fin quedó el Ayuntamiento en poder de los insurrectos, y el Alcalde y todos los demás prisioneros fueron llevados á un café de la plaza del Mercado, y encerrados en él bajo la vigilancia de varios centinelas.

Á no ser porque los jefes reconocieron la necesidad de dar á su tropa un descanso y algo de comer, la columna no hubiera hecho alto. Por una falta de pericia y de energía en el

improvisado general, dando aquel rodeo, en vez de dirigirse á la capital á marchas forzadas, caminaba á su derrota el pequeño ejército. Pero hasta la meseta de Saint-Roum faltaban todavía doce leguas, y la perspectiva de aquella marcha tan larga fué la que hizo detenerse en Plassans, á tan avanzada hora de la noche, á los insurgentes. Cuando llegaron serían las once y media.

Luego que supo el Alcalde que la partida sólo pedía raciones, prestóse á proporcionárselas. En tan difíciles circunstancias, M. Garçonnet dió pruebas de una inteligencia muy clara. Aquellos tres mil hambrientos debían quedar satisfechos para que partieran luego. La ciudad no convenía que se encontrara con ellos diseminados por las calles cuando abriese los soñolientos ojos: su presencia debía quedar reducida á un recuerdo, al de una pesadilla que se disipa con la llegada de la aurora. Sin dejar de estar prisionero M. Gorçonnet, acompañado por dos insurrectos, recorrió las calles llamando á las puertas y recogiendo cuantas raciones de pan pudo encontrar.

Á la una, acurrucados por doquier, con el

fusil entre las piernas, aquellos tres mil hombres comían tranquilamente. La plaza del Mercado y la del Ayuntamiento asemejaban enormes refectorios. No obstante el frío intenso que hacía, en muchos de aquellos grupos iluminados por la luna clara como un pequeño sol, reinaba la alegría. Los pobres hambrientos comían sus raciones de pan, soplándose los dedos de cuando en cuando: por todas las calles adyacentes veíanse negras masas pegadas á las puertas: eran hombres sentados en los umbrales, y por aquí y acullá resonaban risas, que parecían recorrer el conjunto de aquel barullo. Los más valientes curiosos, atrevíanse á asomar por las ventanas las cabezas cubiertas con pañuelos: contemplaban la extraña cena de aquellos tremendos insurrectos bebedores de sangre, que por entonces, al menos, solo bebían agua en la fuente, aguardando vez y sirviéndose del hueco de la mano á guisa de vaso.

Mientras unos se apoderaban del Ayuntamiento, otros hacían lo mismo con el cuartel de gendarmes, situado cerca de la alcaldía, en la calle de Canquoin, que sale al mercado. Sor-

prendiéronlos en el lecho, y fácilmente les quitaron las armas. Una oleada de la multitud había llevado á aquel lado á Mietta y Silverio. Ella estaba apoyada contra el muro del cuartel, siempre con el asta de la bandera en las manos, apretada contra el pecho: el joven había penetrado en el interior y ayudaba á sus compañeros á desarmar á la gendarmería. Embriagado por aquel ambiente de combate, habíase tornado feroz, y luchaba cuerpo á cuerpo con un gendarme, un mocetón llamado Rengade, que ponía miedo y defendía como una fiera su carabina. En una de las sacudidas escapósele el arma de las manos, el cañón le dió en el rostro, y reventóle un ojo. Corrió la sangre, y salpicó la cara y los dedos de Silverio. En el acto recobró éste la razón, y con la mirada errante y confusión extraña en el espíritu, salió corriendo y sacudiendo las manos.

—¿Estás herido?—gritó Mietta.

—No, no (repuso él, con voz ahogada). Es que he matado á un gendarme.

—¡Muerto, dices!....

—No lo sé.... La cara tenía llena de sangre.... Ven, ven corriendo.

Y la arrastró hasta la plaza del Mercado, en donde la hizo sentar sobre un banco de piedra. Díjola que no se moviera de allí, y sin dejar de sacudir las manos, balbuceando, la miraba lleno de susto. Mietta comprendió por sus palabras entrecortadas que deseaba dar un beso á su abuela antes de partir.

—¡Bueno! Ve (le dijo). Por mí no te apures. Pero antes límpiate la sangre.

Rápidamente se alejó el joven, con los dedos separados, sin ocurrírsele siquiera lavarse en cualquiera de las fuentes que al paso halló. Desde que había sentido sobre la piel el tibio contacto de la sangre de Rengade, sólo pensaba una cosa: huir, correr mucho hasta llegar á casa de tía Dida, y allí sumergir las manos en la pila del pozo que estaba en el fondo del patiecillo: sólo en aquel sitio le parecía posible borrar la huella de la sangre. El recuerdo de su infancia tranquila, saturada de ternura, llenaba su alma; sentía la necesidad de refugiarse, aunque sólo fuera por un momento, junto á su abuela. Halló á tía Dida levantada, cosa que en otras circunstancias le hubiera causado gran extrañeza; pero en aque-

llas no lo advirtió siquiera , ni tampoco se fijó en su tío Pedro , que estaba sentado en un rincón sobre un baul viejo. Sin esperar las preguntas de la pobre vieja , entró diciendo :

—Abuela , perdonadme ; pero estoy comprometido , y he de partir con los otros obreros.... Mirad...., sangre.... Creo que he matado á un gendarme....

—¿Que has matado á un gendarme?....— repitió tía Dida , con extraño acento.

En sus ojos , siempre apagados , brilló un relámpago ; los fijó con insistencia sobre aquellas manchas rojas ; de pronto volvió la cara , y miró á la campana de la chimenea.

—¿Has cogido la escopeta? ¿Qué has hecho de ella?

Silverio , que había dejado el arma al lado de Mietta , la dijo que estaba en lugar seguro. Por primera vez hizo la anciana alusión al contrabandista Macquart delante de su nieto.

—¿La volverás á traer? ¿Me lo prometes? (preguntó con extraordinaria energía.) Es lo único que me queda de él.... Has matado á un gendarme.... Á él le mataron también ellos....

Y así diciendo , miraba á Silverio fijamente

con una satisfacción cruel , sin manifestar deseo de que se quedara. Ni le pedía explicaciones, ni lloraba como suelen hacerlo las abuelas que creen ver agonizar á sus nietos si se hacen una rozadura ó un arañazo. Todo su ser se dirigía á una sola idea, la cual formuló con ardiente curiosidad :

—¿Has matado al gendarme con la escopeta?—le preguntó.

Silverio no comprendió bien el sentido de la frase, porque repuso :

—Sí.... Me voy á lavar las manos.

Hasta que volvió del patio no advirtió la presencia de su tío. Pedro había oído las palabras del joven, y estaba pálido como la cera.

Era verdad lo que Felícitas decía ; su familia tenía gusto en comprometerle. ¡ Primero Macquart, con sus habladurías; después uno de sus sobrinos, matando gendarmes!.... Jamás lograría su plaza de jefe económico , si no impedía que aquel diablo de chiquillo se reuniese con los insurrectos. Resuelto á no dejarle salir, se colocó delante de la puerta.

—Oye tú, mocoso (dijo, mirando á Silverio, que le contemplaba, asombrado de verle

en casa de su abuela). Soy el jefe de la familia, y te prohibo salir de aquí. Se trata de tu honra y de la nuestra. Mañana ya procuraremos que puedas huir al extranjero.

Silverio se encogió de hombros.

—¡Bah! Dejadme pasar (repuso tranquilamente). No soy un niño, como decís.... Y si lo que teméis es que os delate, podéis estar tranquilo, que no diré dónde está vuestro escondite.

Y viendo que Rougon seguía hablando de la dignidad de la familia, y de la autoridad que debían todos reconocer en el que era el primogénito, prosiguió:

—Pero.... ¿acaso somos de la misma familia? Siempre habéis renegado de mí, y si hoy no lo hacéis una vez más, será por miedo, por el miedo que aquí os trajo, por el terror que os causa ver que llegó el día de la justicia. ¡Ea! Á un lado, que yo no soy de los que se esconden cuando tengo un deber que cumplir.

Rougon no se movió. Pero tía Dida, que oía las vehementes palabras de Silverio extasiada, cogió con su escuálida mano á Pedro por un brazo, y le dijo:

—¡Quita, Pedro! Deja salir al niño.

El joven empujó á su tío, y se lanzó fuera de la estancia. Rougon cerró la puerta cuidadosamente, y con voz que revelaba cólera y envolvía una amenaza, exclamó:

—Si le sucede una desgracia, vos tendréis la culpa. ¡Ah! ¡Vieja loca! No sabéis lo que acabáis de hacer.

Pero Adelaida no daba señales de entenderle; con una vaga sonrisa en los pálidos labios, echó un sarmiento en el fuego, que estaba casi extinguido, murmurando:

—No es esto nuevo para mí.... También él pasaba lejos de mí meses enteros, y volvía luego más sano todavía....

Hablaba sin duda de Macquart.

Silverio llegó corriendo al Mercado. Cuando estaba ya muy cerca del sitio donde había dejado á Mietta, percibió un violento ruido de voces; vió que la gente se arremolinaba, y apretó el paso.

Muchos curiosos rodeaban á la multitud de insurrectos mientras comían. Entre ellos estaba Justino, el hijo de Rebufat, mozo de unos veinte años, malo de suyo, y traidor por na-

turaleza, que tenía un odio implacable á la infeliz Mietta. En su casa la echaban en cara el pan que comía, y la trataban como á una miserable recogida por caridad al borde de un camino. Era probable que su aversión naciera de la negativa de la niña, cuando rehusó ser su querida. Aquel ser raquítico, flaco, con las extremidades demasiado largas y la cara torcida, se vengaba en ella de su propia fealdad y del desprecio que la niña le manifestaba. Su sueño dorado era ver cómo su padre la echaba á la calle por cualquier causa, y para lograrlo espiábala sin darse punto de reposo. Hacía algún tiempo que sorprendió una de las citas de Mietta con Silverio, y sólo esperaba ocasión propicia para delatarla á Rebufat. Aquella noche, cuando la vió salir de la casa á las ocho, cególe el odio, y ya no pudo callar más. Rebufat, al oír el relato que le hizo su hijo, montó en cólera y juró que despediría á puntapiés á la perdida de su sobrina, si se atrevía á volver. Justino se acostó saboreando ya el placer que la escena preparada para el día siguiente debía proporcionarle. Pero ansioso de acelerar el goce, levantóse y salió, esperando encontrar á

Mietta : proponíase insultarla , martirizarla , anunciándola lo que le iba á suceder inevitablemente algunas horas después.

Por esta causa asistió á la entrada de los insurgentes en Plassans , los siguió hasta el Ayuntamiento , presintiendo que en aquella dirección encontraría á los enamorados , y , en efecto , por fin halló á su prima sentada en el banco donde Silverio la había dejado esperándole. Al verla vestida con su ancho manto , con la bandera roja al lado , apoyada contra un pilar , comenzó á burlarse de ella groseramente. La joven , sobrecogida , no sabía qué decir para defenderse , y sollozaba bajo el peso de sus injurias. Mientras ella gemía con la cabeza baja y el rostro oculto entre las manos , Justino la llamaba hija de presidiario , y la decía que el tío Rebufat la iba á hacer bailar una famosa danza , si no se decidía á volver al Jas-Meiffren. Durante un cuarto de hora la tuvo así , temblando , acongojada. Las gentes habían hecho corro , riéndose estúpidamente de esta dolorosa escena. Algunos insurrectos intervinieron al fin , y amenazaron al joven con administrarle una paliza , si no dejaba tranquila á Mietta. Pero Justino ,

retrocediendo, declaró que no les tenía miedo. En aquel momento apareció Silverio. El joven Rebufat, al verle, dió un salto brusco como para escapar: le temía, porque no ignoraba que era más vigoroso que él. No pudo, sin embargo, resistir al vivo placer de insultar una vez más á la joven en presencia de su amante, y exclamó:

—¡Ah! ¡ya sabía yo que el carretero no andaría muy lejos! ¿Por seguir á semejante loco nos has abandonado? ¡Desdichada! ¡Y eso que aún no tiene diez y seis años! ¿Cuándo es el bautizo?

Retrocedió todavía algunos pasos, al ver que Silverio apretaba los puños.

—Y, sobre todo (continuó con infernal sonrisa), no vengas á soltarlo á casa, porque no tendrías necesidad de comadrona: mi padre te haría parir á puntapiés, ¿lo oyes?

Y escapó dando aullidos, con el rostro bañado en sangre. Silverio, de un salto, se había lanzado sobre él, sacudiéndole en medio de la cara un terrible puñetazo. Pero no lo persiguió. Cuando volvió al lado de Mietta, la encontró erguida, secando febrilmente sus lágrimas con

la palma de la mano. Al notar que la miraba dulcemente para consolarla, hizo un gesto brusco, y con energía dijo:

—No, no lloro; ya lo ves.... Prefiero esto. Ahora ya no tengo remordimientos de haberme escapado. Soy libre.

Volvió á coger la bandera, y atrajo á Silverio en medio de los insurrectos. Eran próximamente las dos de la madrugada. El frío se iba haciendo tan violento, que los republicanos se habían levantado, acabando de comer en pie, y se calentaban marcando el paso gimnástico á lo largo de la plaza. Los jefes dieron al fin la orden de partir, y la columna volvió á formar. Los prisioneros fueron colocados en medio; además de M. Garçonnet y del comandante Sicardot, los insurrectos habían detenido y los llevaban con ellos á Peirotte, al Recaudador, y á otros muchos funcionarios.

En este momento apareció Arístides por entre los grupos. Astuto y perspicaz, ante aquel formidable levantamiento había pensado que era una imprudencia no seguir siendo amigo de los republicanos; pero como, por otra parte, no quería comprometerse mu-

cho, había ido á despedirse de ellos, con el brazo en cabestrillo, quejándose amargamente de la maldita herida que le impedía empuñar un arma. Entre la muchedumbre halló á su hermano Pascual, provisto de una cartera de cirugía y de un pequeño botiquín. El médico le anunció con voz tranquila que iba á seguir á los insurrectos. Arístides lo llamó inocente en voz baja, y acabó por desaparecer sin ser notado, temiendo que se le confiase la custodia de la población, cuidado que consideraba harto peligroso.

Los insurrectos no podían pensar en tener á Plassans en su poder. La ciudad estaba animada de un espíritu muy reaccionario para que intentasen siquiera establecer allí un comité democrático, como habían hecho en otras partes, y se hubieran retirado desde luego, si Macquart, ardiendo en odio, no hubiese ofrecido que conservaría en Plassans el respeto á la República, si dejaban á sus órdenes veinte hombres resueltos. Se le dejó la fuerza que pedía, y él se fué triunfalmente á la cabeza de ella á ocupar el Ayuntamiento.

Entretanto, la columna bajaba por el paseo

de Sauvaire y salía por la Gran Puerta, abandonando, silenciosas y desiertas, las calles que poco antes había atravesado como una tempestad. Á lo lejos se extendían los caminos blanqueados por la luna.

Mietta había rehusado el brazo de Silverio, y marchaba gallarda, firme y erguida, sosteniendo con las dos manos la bandera roja, sin quejarse del frío que la helaba los dedos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.







LA FORTUNA DE LOS ROUGON

TOMO SEGUNDO

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

LA FORTUNA DE LOS ROUGON

V.

Á lo lejos se extendían los caminos blanqueados por la luna.

La banda insurrecta volvió á emprender su marcha heroica por la campiña, fría y clara. Era como una poderosa corriente de entusiasmo. El aliento de epopeya que arrastraba á Mietta y á Silverio, dos niños grandes, ávidos de amor y de libertad, contrastaba por su generosidad santa con las vergonzosas comedias de los Macquart y de los Rougon. La poderosa voz del pueblo resonaba por intervalos sobre la charlatanería del salón amarillo y las diatribas del tío Antonio. Pero la farsa vulgar, la mentira innoble, influía en el gran drama de la historia.

Al salir de Plassans, los insurrectos tomaron el camino de Orchères. Debían llegar á esta ciudad á eso de las diez de la mañana. El camino que llevaban remonta la margen del Viorne, siguiendo los accidentes de las colinas por cuya falda corre el torrente. Á la izquierda ensanchase la llanura, inmenso tapiz verde, matizado por las manchas grises de los pueblecillos. A la derecha, la cordillera de las Garrigues alza sus escuetos picos y muestra sus campos pedregosos, sus bloques ferruginosos como enrojecidos por el sol. Aquella carretera, paralela al río, pasa por en medio de enormes rocas, por entre las cuales descúbrense á cada paso pedazos del valle. Nada más salvaje, más extraordinariamente grandioso que este camino tallado en el flanco mismo de las colinas. Sobre todo por la noche, aquellos lugares ofrecen un aspecto tétrico. Á la pálida claridad, los insurrectos avanzaban como por la avenida de una población asolada, llena de ruinas de templos; la luna trocaba cada roca en el fuste de una columna truncada, en un capitel hecho pedazos, ó un muro abierto por misteriosos pórticos. En lo alto, la masa de las Garrigues dormía, blan-

queada apenas de color lechoso, semejante á una inmensa ciudad ciclópea, cuyas torres, cuyos obeliscos, cuyas casas de altas terrazas ocultaban la mitad del cielo; y en el fondo, hacia el lado de la llanura, extendíase un océano de claridades difusas, vago, sin límites, donde flotaban olas de reflejos luminosos. La banda insurrecta hubiera podido creer que marchaba por una calzada gigantesca, por un camino á orillas de un mar fosforescente, rodeando una desconocida Babel.

Aquella noche, el Viorne, por debajo de las rocas del camino, mugía con voz ronca. Entre el continuo rodar del torrente, escuchábase el agudo toque de rebato. Las aldeas esparcidas por la llanura, al otro lado del río, se alzaban, tocando alarma y encendiendo hogueras. Hasta el amanecer, la columna en marcha, que parecía seguida durante la noche por funerario doblar de campanas, vió así correr la insurrección á lo largo del valle como un reguero de pólvora. Las hogueras salpicaban la sombra de manchas sangrientas; lejanos cantos llegaban debilitados por el viento: toda la vaga extensión, anegada en los blancos

vapores de la luz de la luna, movíase rudamente con bruscos estremecimientos de cólera. Durante leguas, el espectáculo siguió siendo el mismo.

Aquellos hombres, que marchaban con la ceguedad que la fiebre de los acontecimientos de París había llevado á los corazones republicanos, exaltábanse con el espectáculo de tan larga franja de tierra sacudida por la revolución. Embriagados por el entusiasmo del levantamiento general que soñaban, creían que la Francia les seguía, é imaginábanse ver, por encima del Viorne, en el vasto mar de claridades difusas, filas interminables de hombres que corrían, como ellos, á la defensa de la República. Y su espíritu rudo, con la candidez y la ilusión de las muchedumbres, creía en una victoria fácil y segura. Habrían cogido y fusilado como traidor al que hubiera dicho, en tales momentos, que ellos eran los únicos que tenían el valor del deber, mientras que el resto del país, dominado por el miedo, se dejaba cobardemente agarrotar.

Dábales todavía mayores energías y más ardimiento la acogida que les hacían las alde-

huelas de la falda de las Garrigues, á orillas del camino. Á la aproximación del pequeño ejército, los habitantes se levantaban en masa; acudían las mujeres deseándoles una pronta victoria; los hombres, á medio vestir, uníanse á ellos, después de haber cogido la primer arma al alcance de su mano. Aquello era, en cada pueblo, una nueva ovación: por doquier resonaban gritos de bienvenida, adioses repetidos durante mucho tiempo.

Hacia el amanecer desapareció la luna detrás de las Garrigues; los insurgentes continuaron su rápida marcha envueltos en las negras sombras de una noche de invierno; ya no distinguían ni el valle, ni las márgenes del río; solamente escuchaban los secos lamentos de las campanas, sonando en el fondo de las tinieblas, como tambores invisibles, ocultos no se sabía dónde, y cuyo llamamiento desesperado los fustigaba sin descanso.

Mietta y Silverio marchaban envueltos en la vertiginosa carrera de la banda. Al amanecer, la joven estaba destrozada por la fatiga. Andaba precipitada y trabajosamente, no pudiendo seguir los largos pasos de los mocetones que la ro-

deaban. Pero ponía todo su orgullo en no quejarse : nadie hubiera dicho que no tenía la resistencia de un hombre. Desde el principio, Silverio la había dado el brazo ; después, viendo que la bandera se escapaba poco á poco de sus heladas manos, había querido cogerla, para descansarla ; pero ella se resistió, y sólo le permitió sostener la roja enseña con una mano, continuando ella llevándola sobre el hombro. La niña conservaba su heroica actitud, con una terquedad infantil, sonriendo al joven cada vez que él la miraba con inquieta ternura. Pero cuando la luna se ocultó, cedió en la obscuridad. Silverio la sentía pesar más en su brazo. Tuvo que coger la bandera, y sostener á Mietta por la cintura para impedir que cayera. Ella no se quejaba, sin embargo.

—¿ Vas muy cansada, mi pobre Mietta?—la preguntó su compañero.

—Sí, un poco cansada,—contestó con voz jadeante.

—¿ Quieres que descansemos?

Ella no dijo nada ; pero él comprendió que estaba rendida. Entonces confió la bandera á uno de los insurrectos, y se salió de las filas,

llevando casi en brazos á la niña, que se resistió un poco, avergozada de ser tan débil. Pero él la calmó, y la dijo que conocía un atajo que acortaba en la mitad el camino. Podían descansar una hora, y llegar á Orchères al mismo tiempo que la banda.

Eran próximamente las seis. Una ligera niebla subía del Viorne. Las sombras parecían condensarse más. Los jóvenes subieron á tientas á lo largo de la pendiente de las Garrigues, hasta una roca, en la cual se sentaron. Alrededor de ellos se abría un abismo de tinieblas. Encontrábanse como perdidos en la punta de un arrecife, encima del vacío. Y en aquel vacío, cuando el sordo rumor del pequeño ejército se hubo apagado, no oyeron otra cosa que dos campanas; la una vibrante, sonando, sin duda, á sus pies, en alguna aldea situada al borde del camino; la otra, lejana, ahogada, respondiendo á los febriles lamentos de la primera con lejanos sollozos. Parecía que las dos campanas se contaban el fin siniestro del mundo.

Mietta y Silverio, calentados por su rápida carrera, al pronto no sintieron el frío. Guar-

daron silencio, escuchando con indecible tristeza el toque de rebato que estremecía las tinieblas. Ni siquiera se veían. Mietta tuvo miedo; buscó la mano de Silverio, y la guardó entre las suyas. Después del febril impulso que durante dos horas los había sacado de sí mismos, el pensamiento extraviado, la brusca parada, la soledad en que se encontraban reunidos, los había dejado destrozados y sombríos, como si despertaran de pronto de un sueño tumultuoso. Parecíales que una ola los había lanzado á la orilla del camino, y que el mar se había retirado en seguida. Una invencible reacción hundíales en su profundo estupor; olvidaban su entusiasmo; ya no se acordaban de la banda á que debían reunirse; estaban, por completo, bajo el triste encanto de hallarse solos en medio de la densa sombra, cogidos de las manos.

—¿Estás disgustado conmigo? (preguntó al fin la joven.) Yo hubiera andado bien contigo toda la noche; pero corrías tanto, que no podía respirar.

—¿Por qué me había de disgustar contigo?

—No sé; pero he temido que no me ama-

ses. Hubiera querido andar de prisa como tú; marchar siempre sin pararme. Vas á creer que soy una niña.

Silverio sonrió.

—Es preciso que no me trates como á una hermana: quiero ser tu mujer,—prosiguió Mietta.

Y ella misma atrajo á Silverio contra su pecho, y le apretó entre sus brazos, murmurando:

—Vamos á tener frío; calentémonos así.

Reinó el silencio. Hasta aquel momento, los jóvenes se habían amado con una ternura fraternal.... En su ignorancia, continuaban tomando por tierna amistad la atracción que los llevaba sin cesar á estrecharse entre sus brazos y á abrazarse con más fuego y por más tiempo que lo hacían los hermanos y las hermanas. Pero en el fondo de estos cándidos amores, rugían con más fuerza cada día las tempestades de la ardiente sangre de Mietta y del temperamento de Silverio. Con la edad, con la experiencia, una pasión volcánica con un fuego meridional debía nacer de aquel idilio. Toda joven que se cuelga del cuello de un mozo, es ya mujer,

mujer adormecida, á la cual puedes despertar una caricia. Cuando los enamorados se besan en las mejillas, es que andan buscándose los labios. Un beso constituye amantes. En aquella obscura y fría noche de Diciembre, fué cuando, al compás de los agudos toques de rebato, Mietta y Silverio cambiaron una de esas caricias que llaman á la boca toda la sangre del corazón.

Permanecían mudos, estrechamente apretados el uno contra el otro. Mietta había dicho: «Calentémonos así», y esperaban inocentemente encontrar calor. Bien pronto fué penetrándoles á través de sus vestidos; sintieron poco á poco que su abrazo los abrasaba, y sintieron que sus corazones latían isócronos. Invadióles una languidez, que los sumergió en febril somnolencia. Ya tenían calor; por delante de sus ojos cerrados pasaban fulgores extraños, y subían á sus cerebros ruidos confusos. Aquel estado de doloroso bienestar, que duró algunos minutos, parecióles que no acababa nunca. Y entonces fué cuando, como en un sueño, se encontraron sus labios. Su beso fué largo, ansioso. Les pareció que jamás se habían besado. Sufrían, y se separaron. Des-

pués, cuando el frío de la noche refrescó su fiebre, quedaron á alguna distancia el uno del otro, en profunda confusión.

Las dos campanas hablábanse siempre, en el fondo del negro abismo que se abría alrededor de los jóvenes. Mietta, temblorosa, asustada, no vió acercarse á Silverio. Ni siquiera sabía que estuviese allí, pues no le oía hacer ningún movimiento. Los dos estaban anegados en la acre sensación de su beso; subíanles efusiones á los labios; hubieran querido darse las gracias, pero sentían vergüenza de su profunda felicidad, y antes hubiesen preferido no gustarla por segunda vez, que hablar de ella en alta voz. Por mucho tiempo todavía, si la rápida caminata no hubiera estimulado su sangre, y si la obscura noche no hubiera sido su cómplice, habrían seguido besándose en las mejillas como buenos amigos: Surgía el pudor en Mietta. Después del ardiente beso de Silverio en aquellas dichosas tinieblas en que se abría su corazón, acordóse de las groserías de Justino. Algunas horas antes había escuchado sin ruborizarse á su primo, que la llamaba mujer perdida; preguntábala que cuándo sería

el bautizo; la decía que su padre la echaría á puntapiés, como se atreviera á volver al Jas-Meiffren, y ella había llorado sin comprender, había llorado porque todo aquello debía ser innoble. Luego, convertida en mujer, pensaba, con sus postreras inocencias, que el beso que aún sentía abrasarla, bastaba acaso para sumirla en aquella vergüenza de que la acusaba su primo. Apoderóse entonces de ella el dolor, y estalló en gemidos:

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?—preguntó Silverio con voz inquieta.

—Nada, déjame (balbuceó Mietta); no lo sé.

Después, como á pesar suyo, en medio de sus lágrimas:

—¡Ah, soy una desgraciada! Á los diez años me apedreaban. Hoy se me trata como á la última de las criaturas. Justino ha tenido razón al despreciarme delante de todo el mundo. Acabamos de obrar mal, Silverio.

El joven, consternado, volvió á cogerla entre sus brazos, intentando consolarla.

—¡Yo te amo! (murmuraba.) Soy tu hermano. ¿Por qué dices que hemos obrado mal? Nos hemos abrazado porque teníamos frío.

Además: ¿acaso no nos hemos besado siempre todas las noches al separarnos?

—¡Oh, pero no como ahora! (dijo ella en voz muy baja.) Esto no debemos hacerlo más; no debe ser cosa buena, porque he sentido algo extraño. Ahora se van á reir los hombres cuando pase, y no me atreveré á defenderme, porque estarán en su derecho.

El joven callaba, no encontrando una palabra para tranquilizar el turbado espíritu de aquella niña de trece años, temblorosa y asustada por el primer beso de amor: estrechábala dulcemente, adivinando que la calmaría, si pudiera comunicarla el tibio calor de su abrazo. Pero ella, resistiéndose, continuó:

—Si tú quisieras, nos iríamos; abandonaríamos el país. Yo no puedo volver á Plassans; mi tío me pegaría, y toda la gente me señalaría con el dedo....

Después, como acometida por una brusca irritación:

—No, yo estoy maldita. Te prohibo dejar á tía Dida para seguirme. Debes abandonarme.

—¡Mietta, Mietta (imploró Silverio); no digas eso!

—Sí; yo te desembarazaré de mí. Soy razonable. Se me ha echado como á una vagabunda. Si viviera contigo, tendrías que andar batiéndote todos los días. No quiero.

El joven la dió un nuevo beso en la boca, murmurando:

—Serás mi mujer, y nadie se atreverá á ofenderte.

—¡Oh, yo te lo suplico! (dijo ella, lanzando un débil grito.) No me beses así. Me haces daño.

Luego, después de una pausa:

—Bien sabes que no puedo ser tu mujer. Somos muy jóvenes. Tendría que esperar, y me moriría de vergüenza, y tú te verías obligado á dejarme.

Entonces Silverio, agotadas sus fuerzas, rompió á llorar. Los sollozos de un hombre tienen una sequedad que hace daño. Mietta, conmovida al sentir al pobre muchacho estremecerse en sus brazos, le besó en la cara, olvidando que sus labios abrasaban. Esta fué su falta. Era una simpleza no haber podido soportar la dulzura de una caricia: No sabía por qué había pensado en cosas tristes en el

mismo momento en que su amante la abrazaba como hasta entonces no lo había hecho. Y lo apretaba contra su pecho, para pedirle perdón por haberle entristecido. Los dos, llorando, oprimiéndose con sus brazos inquietos, cooperaban á un nuevo motivo de desesperación en aquella triste noche de Diciembre. Á lo lejos, las campanas continuaban lamentándose sin descanso, con voz presurosa.

—Vale más morir (repetía Silverio, en medio de sus sollozos); vale más morir....

—No llores más; perdóname (balbuceaba Mietta). Yo seré fuerte, y haré lo que tú quieras.

Cuando el joven hubo secado sus lágrimas:

—Tienes razón (dijo); no podemos volver á Plassans. Pero aún no ha llegado la hora de acobardarse. Si salimos vencedores de la lucha, iré á buscar á tía Dida, y la llevaremos lejos con nosotros. Si somos vencidos....

Se detuvo.

—¿Si somos vencidos?....—repitió Mietta dulcemente.

—Entonces, hágase la voluntad de Dios (concluyó Silverio, en voz baja). No podré

estar aquí, sin duda, y tú consolarás á la pobre vieja. Esto será mejor quizás.

—Sí, hace poco lo decías (murmuró la joven); vale más morir.

Ante esta idea de la muerte, se abrazaron más estrechamente. Mietta contaba morir con Silverio; éste sólo había hablado de él; pero ella sentía que él la arrastraría consigo á la tierra. Allí se amarían más libremente que en el mundo. Tía Dida moriría también é iría á reunírseles. Aquello fué como un rápido presentimiento; el deseo de una extraña voluptuosidad, que el cielo, por medio del toque de rebato, les prometía satisfacer bien pronto. ¡Morir! ¡Morir! Las campanas repetían esta palabra con un sollozo creciente, y los amantes se dejaban arrastrar atraídos por el llamamiento de las sombras; creían tomar un anticipo del último sueño, con aquella somnolencia en que los hundían el calor de sus miembros y el fuego de sus labios, que volvían á encontrarse fatalmente.

Mietta ya no se defendía. Ella era quien pegaba su boca á la de Silverio, quien buscaba con un mudo ardor este placer, cuyo acre sabor

no había podido soportar al principio. El pensamiento de una muerte próxima la ponía febril; ya no se ruborizaba; se apretaba á su amante, y parecía querer agotar, antes de morir, estas nuevas voluptuosidades, en las cuales acababa de humedecer apenas los labios, y se irritaba por no poder penetrar de una vez en aquel mundo desconocido. Más allá del beso, adivinaba otra cosa que la espantaba y le atraía; era el vértigo de sus sentidos de súbito despertados. Y se abandonaba; hubiera suplicado á Silverio que desgarrase el velo con la impúdica candidez de las vírgenes. Él, enloquecido por las caricias que ella le prodigaba, lleno de una dicha completa, sin fuerzas, sin otros deseos, no parecía ni aun creer en voluptuosidades mayores.

Cuando Mietta no tuvo más aliento, y sintió debilitarse el acre placer del primer abrazo:

—No quiero morir sin que me ames (murmuró); quiero que me ames más todavía....

Faltábanle las palabras, no porque tuviera conciencia de la vergüenza, sino porque no sabía lo que quería. Sentíase sencillamente sa-

culada por una sorda rebelión interior y por una necesidad inexplicable para ella.

Hubiera, en su inacción, pateado contra el suelo, como el niño á quien se rehusa un juguete.

—¡Te amo, te amo!—repetía Silverio, desfalleciendo.

Mietta movía la cabeza, y parecía decir que aquello no era verdad; que el joven le ocultaba alguna cosa. Su naturaleza poderosa y libre tenía el secreto instinto de las fecundidades de la vida. Por eso rehusaba la muerte, si había de morir ignorante. Y esta rebelión de su sangre y de sus nervios se revelaba cándidamente por la crispación de sus manos, por sus frases balbucientes y sus ruegos.

Después, calmándose, reclinó la cabeza en el hombro del joven, y guardó silencio. Silverio besábala y abrazábala con transporte; y ella saboreaba estos besos, buscándoles el sentido, el sabor oculto. Interrogábalos, los sentía correr por sus venas, y les preguntaba si eran todo el amor, toda la pasión. Dominóla una gran languidez, y se durmió dulcemente, sin dejar de gustar, en su sueño, las caricias de

Silverio. Éste la había envuelto en el gran capote rojo, echando al mismo tiempo una punta de éste sobre sí. Ya no sentían el frío. Cuando Silverio, por la respiración regular de Mietta, comprendió que dormía, se alegró de aquel reposo, que le iba á permitir continuar su camino, y se decidió á dejarla dormir una hora. El cielo seguía obscuro; hacia levante, una línea blanquecina indicaba la proximidad del día. Detrás de los amantes debía haber un pinar, á juzgar por el rumor que producía la brisa matinal. Y los lamentos de las campanas se hacían cada vez más vibrantes, arrullando el sueño de Mietta, del mismo modo que habían acompañado su fiebre de amor.

Hasta la noche aquella habían vivido los jóvenes en uno de esos cándidos idilios que se desarrollan en la clase obrera, entre los desheredados, esos pobres de espíritu, que todavía reproducen muchas veces los amores primitivos de los antiguos cuentos griegos.

Mietta tenía apenas nueve años cuando su padre fué condenado á presidio por haber matado á un gendarme de un tiro. El proceso de Chantegreil era célebre en el país. El cazador

furtivo confesó claramente su crimen; pero juró que el gendarme iba á matarlo.—«No he hecho más que impedirlo (dijo); me defendí: fué un duelo, y no un asesinato.» Y no hubo quien lo sacara de aquí. El Presidente del tribunal no le pudo hacer comprender que si un gendarme tiene el derecho de disparar contra un cazador furtivo, el cazador furtivo no tiene el derecho de disparar contra un gendarme. Chantegreil escapó á la guillotina, gracias á su actitud convencida y á sus buenos antecedentes. Lloró como un niño cuando le llevaron á su hija antes de partir para Tolón. La pequeña, que había perdido á su madre siendo muy pequeñita, quedó con su abuelo en Chavanoz, una aldea situada en las gargantas de la Seille. Cuando perdieron al cazador, vivieron de limosna. Los habitantes de Chavanoz, todos cazadores, ayudaron á los infelices que el presidiario dejaba en la indigencia. El viejo murió de pena. Mietta, al quedarse sola, habría mendigado por las calles, si los vecinos no hubieran recordado que tenía una tía en Plassans. Un alma caritativa la condujo á casa de esta tía, que la acogió bien mal, por cierto.

Eulalia Chantegreil, casada con Rebufat, era una mujer voluntariosa, que gobernaba su casa y que hacía lo que quería de su marido, según se decía en el barrio. La verdad era que Rebufat, avaro y duro para el trabajo, respetaba á esta mujer de un vigor poco común y de una sobriedad y de una economía rarísimas.

—Gracias á ella, prosperaba la casa. El marido gruñó el día en que al volver del trabajo encontró á Mietta en su casa. Pero su mujer le cerró la boca, diciéndole con voz ruda :

— ¡Bah! La pequeña es fuerte; nos servirá de criada, y nosotros la alimentaremos y nos ahorraremos el trabajo.

Este cálculo agradó á Rebufat. Hasta llegó á examinar á la niña, declarándola, con satisfacción, muy fuerte para su edad. La utilizó desde el día siguiente. El trabajo de los campesinos en el Mediodía es más dulce que en el Norte. Raras veces trabajan las mujeres la tierra, y menos aún transportan fardos ó hacen faenas de hombre. Atan los haces, cogen la oliva y las hojas de morera; su ocupación más penosa es arrancar las malas hierbas. Mietta trabajó ale-

gremente. La vida del campo era su alegría y su salud. Mientras que vivió su tía, no tuvo más que risas. La buena mujer, á pesar de su rudeza, la amaba como si fuera su hija; evitaba que hiciera los duros trabajos de que su marido intentaba ocuparla, y gritaba á este último:

—¡Oh! ¡eres un estúpido! ¿No comprendes que si la fatigas hoy mucho, no podrá hacer nada mañana?

Este argumento era decisivo. Rebufat bajaba la cabeza, y llevaba él mismo el fardo que quería cargar á la joven.

Ésta hubiera vivido perfectamente dichosa bajo la protección secreta de su tía Eulalia, sin las brutalidades de su primo, entonces de edad de diez y seis años, que ocupaba sus ocios en detestarla y en perseguirla sordamente. Las mejores horas de Justino eran aquellas en que la hacía llorar con sus mentiras. Cuando podía pisarla ó tropezarla de un modo brutal, fingiendo no haberla visto, reíase, y experimentaba ese maligno placer de las gentes que gozan con el mal de los demás. Mietta mirábale entonces con sus grandes ojos negros,

con una mirada brillante de cólera y de fiereza muda, que contenía al galopín. En el fondo, tenía éste miedo de su prima.

La joven iba á cumplir once años cuando su tía Eulalia murió de repente. Desde este día, todo cambió en la casa. Rebufat, poco á poco, llegó á tratar á Mietta como á una verdadera criada. La fatigó con trabajos groseros, y se sirvió de ella como de una bestia de carga. Creyendo pagar una deuda de reconocimiento, Mietta no se quejaba. Por la noche, rendida de fatiga, lloraba á su tía, á aquella terrible mujer, á la cual reconocía después de muerta toda su oculta bondad. Por lo demás, ni aun el trabajo más duro la disgustaba; amaba la fuerza, y tenía orgullo por sus robustos brazos y por sus sólidas espaldas. Lo que la disgustaba era la vigilancia desconfiada de su tío, sus continuas recriminaciones, su actitud de amo irritado. Ella era una extraña en la casa: acaso si en realidad lo fuese, hubiera sido menos maltratada. Rebufat abusaba sin escrúpulos de la pobre niña, que conservaba consigo por una caridad bien entendida. Ella le pagaba diez veces con su trabajo la dura hospitalidad, y no pasaba día

sin que se la echase en cara el pan que comía. Justino, sobre todo, se excedía en maltratarla. Desde que murió su madre, viendo á la niña sin defensa, ponía todo su maldito ingenio en hacerla insoportable la casa. La tortura más ingeniosa que inventó fué el hablar á Mietta de su padre. La pobre niña, que había vivido fuera del mundo bajo la protección de su tía, que había prohibido que se pronunciasen delante de ella las palabras *presidio* y *presidiario*, apenas comprendía la significación de estas palabras. Justino fué quien la hizo saber, contándolo á su manera, el asesinato del gendarme y la condena de Chantegreil. No callaba ni aun los detalles más odiosos : los forzados llevaban una cadena al pie, trabajaban quince horas por día, morían todos en la prisión ; el presidio era un lugar siniestro, del cual describía minuciosamente todos los horrores. Mietta le escuchaba atontada, con los ojos llenos de lágrimas. Algunas veces la sublevaban bruscas nerviosidades, y Justino se apresuraba á dar un salto hacia atrás, ante sus puños crispados. Cuando su padre, por la menor negligencia, se irritaba contra la joven, poníase de su parte, feliz por

poder insultarla sin peligro. Y si ella intentaba defenderse :

— ¡Bah! (decía.) La sangre no puede desmentirse : tú acabarás en presidio como tu padre.

Mietta sollozaba , herida en el corazón, muerta de vergüenza , sin fuerzas.

Por aquella época , Mietta se acababa de formar. Era una mujer precoz , y resistió el martirio con extraordinaria energía. Rara vez decaía su espíritu , á no ser en aquellas horas en que sus ferezas nativas se debilitaban ante los ultrajes de su primo. Bien pronto soportó con los ojos secos las incesantes injurias de este ser cobarde , que la observaba al hablar , temiendo que ella le castigase. Mietta sabía hacerle callar , mirándole fijamente. En muchas ocasiones sintió ganas de escapar de Jas-Meiffren. Pero no lo hizo , por valor , por no confesarse vencida ante las persecuciones de que era objeto. En suma : ganaba su pan , y no robaba la hospitalidad de los Rebufat : esta certeza bastaba á su orgullo. Quedóse , pues , para luchar , viviendo con el continuo pensamiento de resistir. Su línea de conducta fué hacer el

trabajo en silencio, y vengarse de las malas palabras con un mudo desprecio. Sabía que su tío se aprovechaba demasiado de ella para escuchar las insinuaciones de Justino, que pensaba en que la echase á la calle. Por eso procuraba no dejarse llevar de sus arrebatos.

Sus largas horas de voluntario silencio estaban llenas de ensueños extraños. Pasando los días encerrada, separada del mundo, crecía rebelándose, y forjó opiniones que habrían asustado á las buenas gentes del barrio. La suerte de su padre la preocupaba sobre todo. Tenía presentes todas las malas palabras de Justino, y acabó por aceptar la acusación de asesinato, y por aceptar que su padre había hecho bien en asesinar al gendarme que quería matarle. Conocía la verdadera historia por un jornalero que había trabajado en el Jas-Meifren. Á partir de aquel momento, ni siquiera volvió la cabeza, las pocas veces que salía, cuando los pilluelos del barrio la seguían gritando :

—¡ Eh ! ¡ La Chantegreil !

Tan solo apresuraba el paso, con los labios apretados y los ojos ardientes de cólera. Cuan-

do cerraba la verja, al volver, lanzaba una insistente mirada sobre la banda de galopines. Se habría hecho mala, y hubiera caído en el cruel salvajismo de los parias, si no hubiese recordado algunas veces su infancia. Tenía once años, y era accesible á debilidades de niña. Por eso á veces lloraba, y se avergonzaba de sí y de su padre. Entonces corría á ocultarse en el fondo de un establo para llorar á sus anchas, comprendiendo que, si veían sus lágrimas, la martirizarían más. Y cuando había llorado bastante, iba á la cocina á lavar sus ojos, y recobraba su muda rigidez. No era sólo su interés el que la hacía ocultarse; sentía orgullo por sus energías precoces, hasta no querer aparecer niña. Á la larga debía agriarse su carácter; pero dichosamente fué salvada, volviendo á encontrar las ternuras de su naturaleza cariñosa.

El pozo del patio de la casa que habitaban tía Dida y Silverio era medianero. El muro de Jas-Meiffren lo dividía. Antiguamente, antes que el recinto de los Fouque fuese reunido á la propiedad vecina, los hortelanos servíanse ordinariamente de este pozo. Pero después de la compra del terreno, como estaba lejos

de las tierras labradas, los habitantes del Jas, que tenían á su disposición grandes depósitos, no sacaban ni un cubo de agua al mes. Al otro lado, por el contrario, todas las mañanas se oía el ruido de la polea; era que Silverio sacaba el agua necesaria para la casa.

Un día rompióse la polea. El joven hizo por sí mismo una hermosa y fuerte garrucha de encina, que colocó por la noche después de su trabajo. Le fué preciso subirse sobre el muro, y cuando hubo acabado su tarea, quedóse á horcajadas sobre la tapia, descansando y mirando curiosamente la amplia extensión del Jas-Meiffren. Una campesina que arrancaba cerca de él las malas hierbas acabó por llamar su atención. Era el mes de Julio y el aire abrasador, á pesar de estar ya ocultándose el sol. La campesina se había quitado el corpiño. En corsé, con el pañuelo de color echado sobre los hombros, las mangas de la camisa subidas hasta el codo, inclinábase, envuelta en los pliegues de la saya de algodón azul, que sostenían dos tirantes cruzados en la espalda. Andaba de rodillas, arrancando activamente la breza, que iba echando en una espuerta, de suerte que

el joven no veía de ella sino los desnudos brazos, tostados por el sol, alargándose á derecha é izquierda para coger alguna hierbecilla olvidada. Seguía con complacencia este juego rápido de los brazos de la campesina, experimentando un singular placer en verlos tan firmes y tan prontos. Habíase vuelto ella ligeramente, no oyéndolo trabajar, y había bajado de nuevo la cabeza, antes de que él pudiese distinguir su fisonomía. Este movimiento lo detuvo. Como muchacho curioso, preguntábase quién sería aquella mujer, silbando maquinalmente y golpeando con un martillo que tenía en la mano, cuando éste escapósele. La herramienta cayó dentro del Jas-Meiffren, sobre el brocal del pozo, y fué á rebotar á algunos pasos del muro. Silverio lo miró, inclinándose, dudando si bajaría. Mas sin duda la campesina examinaba al joven de reojo, porque se levantó sin decir una palabra, y cogiendo el martillo, se lo alargó á Silverio. Entonces vió éste que la trabajadora era una niña. Quedó sorprendido y un poco intimidado. Bañada por la roja luz del crepúsculo, alzábase hacia él la joven. El muro en aquel sitio era bajo, pero

aún de bastante altura. Silverio inclinóse, y la campesina se alzó sobre las puntas de los pies. No decían nada, y mirábanse con un aire confuso y sonriente. El joven hubiera, por otra parte, querido prolongar la actitud de la niña. Alzaba hacia él su cabeza adorable, unos grandes ojos negros y una roja boca, que le asombraban y le conmovían singularmente. Jamás había visto tan de cerca á una joven; ignoraba que pudiera existir tanto placer en contemplar una boca y unos ojos. Parecíale que todo tenía un encanto desconocido: el pañuelo de color, el corsé blanco, la saya de algodón azul, sostenida por los tirantes estirados por el movimiento de los hombros. La mirada se deslizó á lo largo del brazo con el cual le presentaba el martillo: hasta el codo, el brazo era de un moreno pálido, como envuelto en un aire caldeado; más allá, en la sombra de la manga de la camisa remangada, Silverio vió una desnuda redondez blanca como la leche. Turbóse, inclinóse más, y pudo por fin coger el martillo. La niña comenzaba á sentirse contrariada. Permanecieron en la misma actitud, sonriéndose todavía, la niña abajo, con el rostro siempre

levantado; el joven, medio tendido sobre el borde del muro. No sabían cómo separarse. No habían cambiado una palabra. Silverio hasta olvidaba dar las gracias.

—¿Cómo te llamas?—preguntó al fin.

—María (respondió la campesina); pero todo el mundo me llama Mietta.

Irguióse ligeramente, y con su voz clara preguntó á su vez:

—¿Y tú?

—Yo me llamo Silverio, — contestó el joven.

Reinó el silencio, y durante él parecía que escuchaban complacidos la música de sus nombres.

—Yo tengo quince años (dijo Silverio): ¿y tú?

—Yo cumpliré trece por Todos los Santos. El joven hizo un gesto de sorpresa.

—¡Vaya! ¡Y yo que te había tomado por una mujer!.... Tienes unos brazos muy gordos.

Mietta rió, mirándose los brazos. Después no dijeron nada, y siguieron mirándose y riendo. Como Silverio no la preguntase nada, Mietta alejóse, y volvió á su tarea de arrancar las

malas hierbas, sin levantar la cabeza. Él permaneció un instante sobre el muro. Ocultábase el sol; una masa de rayos oblicuos enrojecía las tierras del Jas-Meïffren, que brillaban hasta el punto de asemejar un incendio corriendo al ras del suelo. Y en esta ardiente atmósfera, Silverio miraba á la pequeña campesina en cucullas, cuyos brazos habían vuelto á empezar su rápido juego: la saya de algodón azul blanqueaba, y á lo largo de los morenos brazos distinguíanse fugitivos reflejos. Pero acabó por avergonzarse de permanecer allí, y bajó del muro.

Por la noche, Silverio, preocupado con su aventura, intentó preguntar á tía Dida. Acaso sabría ella quién era aquella Mietta, que tenía unos ojos tan negros y una boca tan roja. Pero desde que habitaba aquella casa, la anciana no había echado una sola mirada al otro lado del muro del corral, que era para ella como una valla infranqueable que encerraba su pasado. Ignoraba, quería ignorar lo que existía al otro lado del muro, en aquel antiguo recinto de los Fouque, donde había enterrado su amor, su corazón y su cuerpo. Á las primeras

preguntas de Silverio, lo miró con un espanto infantil. ¿Iba á remover las cenizas de aquellos fuegos extinguidos y á hacerla llorar como su hijo Antonio?

—No sé (dijo con tono seco); no salgo, y no veo á nadie.

Silverio esperó el día siguiente con alguna impaciencia. Apenas llegó á su taller, hizo preguntas á sus compañeros, sin contar su entrevista con Mietta, y habló vagamente de una muchacha que había visto de lejos en el Jas-Meiffren.

—¡Ah! ¡Es la Chantegreil!—exclamó uno de los obreros.

Y sin que Silverio tuviese necesidad de interrogarles, sus compañeros le contaron la historia del cazador furtivo Chantegreil y de su hija Mietta, con ese odio ciego de las multitudes contra los parias. Hablaron, sobre todo, de esta última de un modo grosero; y siempre les venía á los labios el insulto de hija de presidiario, como una razón sin réplica, que condenaba á la inocente á eterna vergüenza.

El carretero Vian, un buen hombre, les impuso silencio.

—¡Eh ! ¡Callaos , malas lenguas ! (dijo, soltando las varas de un carricoche que estaba examinando.) ¿No os da vergüenza de encarnizaros con una niña? Yo la conozco, y tiene un aire muy honrado. Sé, además, que es muy trabajadora, y que hace las faenas de una mujer de treinta años. Hay aquí maldicientes que no valen lo que ella. La deseo un buen marido, que haga callar á los murmuradores.

Silverio, á quien las bromas y las injurias groseras de los obreros habían dejado frío, sintió agolpársele á los ojos las lágrimas al oír las palabras de Vian. Por lo demás, no desplegó sus labios. Volvió á coger el martillo, que había dejado á un lado, y se puso á martillar con todas sus fuerzas en una rueda que estaba componiendo.

Por la noche, así que volvió del taller, corrió á escalar el muro. Encontró á Mietta ocupada en su trabajo de la víspera. La llamó. Acercóse ella con embarazosa sonrisa y su adorable cortedad de niña crecida entre penas.

—¿Tú eres la Chantegreil?—la preguntó bruscamente.

Mietta retrocedió; cesó de sonreír, y sus

ojos tomaron un aire duro y de desconfianza. ¡Aquel muchacho iba á insultarla como los demás! Volvió la espalda sin responderle, cuando Silverio, consternado por el súbito cambio de su rostro, se apresuró á añadir:

—No te vayas, te lo suplico.... No quiero entristecerte.... ¡Tengo tantas cosas que decirte!

Ella volvió, desconfiando aún. Silverio, cuyo corazón rebosaba, y que se había prometido desahogarlo, permaneció mudo, no sabiendo por dónde comenzar, temiendo cometer alguna nueva torpeza. Al fin, puso todo su corazón en una frase:

—¿Quieres que sea tu amigo?—la dijo, con voz conmovida.

Y como Mietta, llena de sorpresa, alzase hacia él sus ojos, que se habían humedecido y sonreían, continuó vivamente:

—Sé que te hacen sufrir, y es preciso que eso acabe. Yo te defenderé ahora. ¿Quieres?

El rostro de la joven se iluminó. Aquella amistad que se la ofrecía apartaba de ella todos sus malos pensamientos, apagaba todos sus odios. Bajó la cabeza, y respondió:

—No; yo no quiero que riñas por mí; no acabarías nunca. Además, hay gentes contra las cuales no puedes defenderme.

Silverio quiso exclamar que él la defendería contra todo el mundo; pero ella le cerró la boca con un gracioso gesto, añadiendo:

—Me basta con que seas mi amigo.

Hablaron durante algunos minutos, bajando la voz todo lo que pudieron. Mietta habló á Silverio de su tío y de su primo. Por nada del mundo hubiera querido ella que lo viesen subido en el muro. Justino sería implacable como encontrase un arma contra ella. Contaba sus temores con el espanto de una colegiala que encuentra á una amiga con quien su madre la ha prohibido hablar. Silverio comprendió tan sólo que no podría ver á Mietta siempre que quisiera. Esto le entristeció mucho. Prometió, sin embargo, no volver á escalar el muro. Andaban buscando un medio para volver á verse, cuando Mietta vió á Justino que atravesaba el huerto, dirigiéndose hacia el pozo. Silverio se apresuró á bajar. Cuando estuvo abajo, permaneció al pie del muro, escuchando, é irritado de su cobarde

huida. Al cabo de algunos minutos, se atrevió á subir otra vez y á echar una ojeada por el Jas-Meiffren; pero vió á Justino hablando con Mietta, y retiró apresuradamente la cabeza. Al día siguiente no pudo ver á su amiga, ni aun de lejos: debía haber concluido su tarea en aquella parte del Jas. Así pasaron ocho días, sin que los dos niños tuvieran ocasión de cambiar ni una sola palabra. Silverio estaba desesperado; pensaba en ir sencillamente á preguntar por Mietta á casa de los Rebufat.

El pozo medianero era un gran pozo, muy profundo. Á cada lado del muro extendíase el brocal en amplio semicírculo. El agua se encontraba á tres ó cuatro metros á lo más. Esta agua durmiente reflejaba las dos aberturas del pozo, dos medias lunas que la sombra del muro separaba con una línea negra. Mirando bien, se hubiera creído percibir en la vaga claridad dos espejos de una limpieza y de un brillo singulares. En las mañanas de sol, cuando el gotear de las cuerdas no turbaba la superficie del agua, estos espejos, estos reflejos del cielo, se recortaban blancos sobre el agua verdosa, reproduciendo con extraña

precisión las hojas de una yedra que se deslizaba á lo largo de la tapia por encima del pozo.

Una mañana muy temprano, Silverio, que venía á sacar agua para tía Dida, inclinóse maquinalmente en el momento en que cogía la cuerda. Estremecióse, y quedó encorvado, inmóvil. En el fondo del pozo había creído ver una cabeza juvenil que le miraba sonriendo; pero había movido la cuerda, y el agua, agitada, convirtiéndose en un espejo movable, sobre el cual nada reflejaba claramente. Esperó que el agua se serenase, no atreviéndose ni á respirar, con el corazón palpitando fuertemente. Y, á medida que las ondas del agua se ensanchaban y se desvanecían, vió que la aparición se formaba de nuevo, oscilante todavía con un balanceo que daba á sus rasgos una gracia vaga y fantástica, y se fijó al fin. Era el rostro sonriente de Mietta, con su pañuelo de color, su corsé blanco, sus tirantes azules. Silverio se vió también en el otro espejo. Entonces, sabiendo los dos que se veían, se hicieron señas moviendo las cabezas. En el primer momento, ni siquiera pensaron en hablar. Después se saludaron.

—Buenos días, Silverio.

—Buenos días, Mietta.

El extraño sonido de sus voces les asombró: habían tomado en aquel húmedo hueco una sorda y singular dulzura. Les parecía que sus voces venían de muy lejos, con el ritmo ligero de las que se escuchan de noche en el campo. Comprendieron que les bastaría hablar bajo para entenderse. El pozo resonaba con el más leve soplo. Con los codos apoyados en los brocales, inclinados y contemplándose, hablaron. Mietta dijo cuánta pena experimentaba desde hacía ocho días. Trabajaba en el otro extremo del Jas, y no podía hacer una escapada sino por las mañanas temprano. Diciendo esto, hacía una mueca de despecho, que Silverio distinguía perfectamente, y á la cual contestó con un movimiento de cabeza que mostraba su irritación. Hacíanse sus confianzas, como si estuviesen frente á frente, con los gestos y las expresiones de rostro que exigían las palabras. Importábales poco el muro que los separaba, pues que se veían allá abajo, en aquella discreta profundidad.

—Yo sabía (continuó Mietta, con un gesto

picaresco) que tú sacas agua todos los días á la misma hora, porque oigo desde la casa chirriar la polea; y he inventado un pretexto, asegurando que el agua de este pozo hace cocer mejor las legumbres. Pensaba que vendría á sacar agua todas las mañanas al mismo tiempo que tú, y que podría darte los buenos días, sin que nadie se enterase.

Se rió con la risa de la inocencia que celebra sus travesuras, y terminó diciendo:

—Pero no imaginaba que nos veríamos en el agua.

Aquel descubrimiento inesperado les llenaba de júbilo. Apenas hablaban, más que para ver cómo se movían sus labios; tanto les divertía este juego, siendo, como eran todavía, unos niños. Prometiéronse en todos los tonos no faltar nunca á la cita matinal. Cuando Mietta declaró que tenía que irse, dijo á Silverio que podía sacar su cubo de agua. Pero Silverio no se atrevía á mover la cuerda: Mietta seguía inclinada, y veía siempre su rostro sonriente, y le costaba mucho trabajo borrar la dulce sonrisa. Á un ligero movimiento que hizo el cubo, estremeciósse el agua, y la

sonrisa de Mietta palideció. Detúvose sobre-
cogido por un extraño temor : imaginábase que
acababa de contrariarla y que lloraba. Pero
la niña le gritó : «Vamos, vamos», con una
risa que el eco hacía más prolongada y más
sonora, al mismo tiempo que dejó caer un cubo
con estrépito. Aquello parecía una tempestad :
todo desapareció bajo las negras aguas. Silve-
rio se decidió entonces á llenar sus dos vasi-
jas, escuchando los pasos de Mietta, que se
alejaba al otro lado del muro.

Á partir de este día , los jóvenes no faltaron
ni una vez á la cita. El agua serena , aquellos
blancos espejos donde contemplaban sus imá-
genes, daban á sus entrevistas un encanto
infinito, que llenaba por mucho tiempo sus
infantiles imaginaciones. No tenían ningún
deseo de verse cara á cara, porque les parecía
más divertido aquello de tomar un pozo por
espejo y confiar á sus ecos el saludo matinal.
Bien pronto trataron al pozo como á un amigo
antiguo. Gustábales inclinarse sobre aquella
masa inmóvil, parecida á la plata en fusión.
Abajo, en una semiclaridad misteriosa, corrían
fulgores verdosos que parecían cambiar el hú-

medo hueco en asilo escondido en el corazón de un monte. Veíanse así en una especie de verde nido, tapizado de musgo, en medio de la frescura del agua y de las hojas. Y todo lo ignorado de este profundo manantial, de este agujero sobre el cual se inclinaban, atraídos, con ligeros estremecimientos, añadía á su alegría de sonreirse, un temor delicioso no confesado. Acometíales la loca idea de bajar á sentarse en unas piedras que formaban como una repisa circular á algunos centímetros del agua; mojarían sus pies y hablarían durante largas horas, sin que jamás viniese nadie á buscarles en este escondite. Después, cuando se preguntaban qué es lo que podría haber allá abajo, volvían á acometerles sus vagos terrores, y pensaban que ya era bastante el dejar bajar sus imágenes al fondo, entre aquellos verdosos fulgores y aquellos ruidos singulares que subían de los oscuros rincones. Estos ruidos, sobre todo, venidos de lo invisible, les inquietaban; con frecuencia les parecía que á las suyas respondían otras voces, y entonces callaban y escuchaban mil débiles lamentos que no se explicaban; trabajo sordo de la hume-

dad , suspiros del aire , gotas de agua cayendo sobre las piedras , y cuya caída tenía la grave sonoridad de un sollozo. Para tranquilizarse , hacíanse signos de cabeza afectuosos. El atractivo que les retenía apoyados en el brocal , tenía también , como todo vivo encanto , sus puntas de secreto horror. Pero el pozo seguía siendo su antiguo amigo. ¡Era un pretexto tan excelente para sus citas ! Jamás Justino , que espiaba todos los pasos de Mietta , sospechó de aquel afán por ir á sacar agua todas las mañanas. Algunas veces mirábala de lejos inclinarse y entretenerse. « ¡ Ah ! ¡ La holgazana ! (murmuraba): ¡ decir que esto la divierte ! » ¿Cómo había de sospechar que al otro lado del muro había un galán que miraba en el agua la sonrisa de la joven , diciéndola : « Si ese borriquito de Justino te maltrata , dile que se verá conmigo ? »

Este juego duró más de un mes. Era el mes de Julio ; en aquellas mañanas calurosas , daba gusto acudir allí , á aquel húmedo rincón. Placía recibir en el rostro el frío aliento del pozo , y amarse junto á un manantial á la hora en que la atmósfera ardía. Mietta llegaba toda so-

focada; en su carrera, despeinábanse los rictos de su frente y de sus sienes; dábase apenas el tiempo para dejar en el suelo su vasija, é inclinábase, roja, en desorden, estallando en risas. Y Silverio, que llegaba casi siempre el primero, experimentaba, al verla aparecer en el agua con tan loco apresuramiento, la viva sensación que habría experimentado si ella se hubiese echado bruscamente en sus brazos en la encrucijada de un sendero. Alrededor de ellos parecía que cantaban las alegrías brillantes de la mañana, y una ola de luz, sonora como rumor de insectos, estrellábase contra el viejo muro, los pilares y el brocal. Pero ellos no veían ni el brillo del sol, ni escuchaban los mil ruidos que subían del suelo; encontrábanse en el fondo de su verde gruta, bajo la tierra, en aquel agujero misterioso é imponente, olvidándose de gozar de la frescura y de la sombra, con una alegría llena de estremecimientos.

Ciertas mañanas, Mietta, cuyo temperamento no se acomodaba á una larga contemplación, mostrábase traviesa; movía la cuerda, y hacía caer gotas de agua que llenaban

de ondas los claros espejos y deformaban las imágenes. Silverio la suplicaba que se estuviese quieta. Él, de un ardor más concentrado, no conocía placer más vivo que mirar el rostro de su amiga, reflejado con toda la pureza de sus rasgos. Pero ella no le escuchaba; bromeaba y ahuecaba la voz, á la que el eco daba una dulzura ronca.

—No, no (decía riendo); hoy no te quiero, y te hago gestos; mira qué fea estoy.

Y se divertía, viendo las formas extravagantes que tomaban sus caras, aumentadas, bailando en el agua.

Una mañana se enfadó mucho. No encontró á Silverio, y le esperó cerca de un cuarto de hora, haciendo sonar en vano la polea. Iba á alejarse, exasperada, cuando llegó él. En cuanto le vió, desencadenó una verdadera tempestad en el pozo; agitaba el cubo con mano irritada, y la negruzca agua se arremolinaba, estrellándose contra las piedras. Silverio le explicó que tía Dida le había entretenido; pero á todas las excusas respondía ella:

—Me has disgustado, y no te quiero ver.

El pobre muchacho interrogaba con deses-

peración aquel sombrío agujero lleno de ruidos, donde le esperaba otros días una visión tan hermosa en el silencio de las aguas estancadas. Tuvo que retirarse sin ver á Mietta. Al día siguiente, habiendo avanzado la hora de la cita, miraba melancólicamente al fondo del pozo, no escuchando nada, y pensando que acaso no vendría aquella mala cabeza, cuando la niña, que estaba ya al otro lado, ocultando cuidadosamente su llegada, se inclinó de pronto, lanzando una carcajada. Todo fué olvidado.

De este modo, hubo dramas y comedias en que el pozo fué cómplice. Aquel bienhadado agujero, con sus blancos espejos y su eco musical, acreció singularmente sus ternuras. Diéronle una extraña vida; lo llenaron de sus juveniles amores, de suerte, que mucho tiempo después, cuando ya no venían junto á su brocal, Silverio todas las mañanas, al sacar agua, creía ver aparecer la riente fisonomía de Mietta en la vacilante semiobscuridad, conmovido todavía por las alegrías que allí había encontrado.

Aquel mes de gozosa ternura salvó á Mietta de su desesperación. Sintió despertarse otra

vez sus afecciones, sus dichosas niñerías, que había comprimido la odiosa soledad en que había vivido. La certeza de que era amada por alguien, y de que ya no se encontraba sola en el mundo, le hizo tolerables las persecuciones de Justino y de los pilluelos del barrio. Siempre tenía dentro del corazón una música que no la dejaba oír las injurias. Pensaba en su padre con tierna piedad, y ya no se abandonaba con tanta frecuencia á pensamientos de venganza implacable. Sus nacientes amores eran como una fresca alborada que calmaba sus fiebres. Al mismo tiempo, adquiría cierta prudencia de muchacha enamorada. Pensaba que debía guardar su actitud muda y fiera, si quería que Justino no sospechase nada. Pero á pesar de sus esfuerzos, cuando éste la molestaba, no perdía la dulzura que rebosaba en sus ojos: no sabía cómo hacer para mirar sombría y dura como otras veces. Justino la oía cantar entre dientes á todas horas.

—¡Oh, estás muy contenta, Chantegreil! (la decía con desconfianza, examinándola con su aire maligno.) ¿Habrás dado algún mal paso?

Ella se encogía de hombros, pero temblaba

interiormente; esforzabase en desempeñar su papel de mártir. Por lo demás, aunque advirtiese las alegrías secretas de su víctima, Justino buscó mucho tiempo antes de conocer cómo se le había escapado.

Silverio, de su parte, saboreaba dichas íntimas. Sus citas diarias con Mietta bastaban para llenar las horas ociosas que pasaba en la casa. Su vida solitaria, las largas horas que transcurrían en silencio al lado de tía Dida, las empleaba en repasar uno á uno los recuerdos de la mañana, y en gozar con sus menores detalles. Experimentó desde entonces una plenitud de sensaciones que le maduró más todavía en la existencia claustral que llevaba al lado de su abuela. Por temperamento amabalos parajes ocultos, las soledades, donde podía vivir á su gusto con sus pensamientos. En esta época se había ya dedicado ávidamente á la lectura de todos los libros incompletos que encontraba en las tiendas del barrio, y que debían inspirarle una generosa y extraña religión social. Esta instrucción, mal digerida, sin base sólida, le proporcionaba sobre el mundo, sobre las mujeres en particular,

vanidades y voluptuosidades ardientes, que habrían turbado singularmente su espíritu, si su corazón hubiera estado vacío. Encontró á Mietta, y la tomó desde luego como un camarada, y después como objeto de la alegría y la ambición de su vida. Por la noche, retirado en su alcoba, después de acercar la lámpara á la cabecera de su cama, volvía á encontrar á la niña en cada página del viejo y polvoriento libro que había tomado del estante, al azar, por encima de su cabeza, y que leía con verdadera devoción. No podía encontrar en sus lecturas una joven, una criatura buena y hermosa, sin que la reemplazara inmediatamente con su amada. Y él mismo se ponía en escena. Si leía una historia novelesca, casábase al final con Mietta, ó moría con ella. Si leía, por el contrario, algún folleto político, alguna grave disertación sobre economía social, libros que prefería á las novelas, por ese singular cariño que los que saben á medias tienen hacia las lecturas difíciles, también encontraba medio de interesarla en cosas mortalmente aburridas, que con frecuencia no llegaba á entender; quería aprender la manera de ser bueno y amante con ella,

para cuando estuvieran casados. Mezclábala de este modo á los ensueños más estupendos. Protegido por esta ternura contra las obscenidades de ciertos cuentos del siglo XVIII que cayeron entre sus manos, complaciase, sobre todo, en encerrarse con ella en las utopías imaginarias de los más grandes espíritus, enloquecidos por la quimera del bien universal, que son sueños nada más en nuestros días. Mietta hacía-sele necesaria para la abolición del pauperismo y para el triunfo definitivo de la revolución. Aquellas noches de febriles lecturas, durante las cuales su espíritu en tensión no podía separarse del libro, que dejaba y volvía á tomar veinte veces, fueron su encanto; noches llenas de un voluptuoso enervamiento, del cual gozaba, hasta que amanecía, como de una embriaguez prohibida, con el cuerpo encerrado entre las paredes de su reducido cuarto, turbada la vista por la rojiza y vacilante luz de la lámpara, entregándose con placer á los ardores del insomnio y fabricando proyectos de nueva sociedad, absurdos de generosidad, en que la mujer, siempre con el rostro de Mietta, era adorada de rodillas por las naciones.

Encontrábase predispuesto al amor á la utopía por ciertas influencias hereditarias; en él, las agitaciones nerviosas de su abuela se convertían en entusiasmo crónico, en arrebatos por todo lo que era grandioso é imposible. Su infancia solitaria, su incompleta instrucción, habían desenvuelto singularmente las tendencias de su naturaleza. Pero no estaba todavía en la edad en que la idea fija se clava en el cerebro de un hombre. Por la mañana, así que había refrescado su cabeza en un cubo de agua, ya no se acordaba sino confusamente de los fantasmas de la víspera; de sus sueños conservaba únicamente una sencillez primitiva llena de cándida fe y de inefable ternura. Volvía á ser niño. Corría al pozo, con el solo intento de volver á encontrar la sonrisa de su amada y de saborear la alegría de la luminosa mañana. Y durante el día, si le ponían pensativo los cuidados del porvenir, con frecuencia también, cediendo á súbitas efusiones, besaba á tía Dida, que le miraba llena de inquietud al ver sus ojos tan brillantes y tan llenos de una alegría que ella creía reconocer.

Mietta y Silverio quisieron ya ver algo más

que su imagen. Habían jugado bastante, y presentían placeres más vivos, que el pozo no podía darles. Era una necesidad de realidades que les acometía; habrían querido verse cara á cara, correr por los campos, y volver sofocados, cogidos por la cintura, apretados uno contra otro, para sentir mejor su amistad. Silverio propuso una mañana saltar la pared, é ir á pasearse al Jas con Mietta. Pero la niña le suplicó que no hiciese una locura, que la pondría á merced de Justino. Él prometió buscar otro medio.

La pared donde estaba situado el pozo formaba, á algunos pasos, un brusco recodo, que abría una especie de hueco, donde los enamorados se hubieran encontrado al abrigo de las miradas; bien podían refugiarse allí. Tratóbase de llegar á este hueco. Silverio no podía pensar en el escaló, del cual se habría asustado Mietta; abrigaba secretamente otro proyecto. La puertecilla que Macquart y Adelaida habían abierto en otro tiempo en una noche, quedó olvidada en un rincón oculto de la vasta propiedad vecina; no se había pensado en condenarla; ennegrecida por la humedad, ver-

deando de musgo, enmohecidos la cerradura y los goznes, parecía que formaba parte de la vieja pared. Sin duda se había perdido la llave; las hierbas crecidas junto á las tablas, contra las cuales habíanse formado pequeños taludes, probaban suficientemente que nadie pasaba por allí hacía muchos años. Esta llave perdida es la que trataba de encontrar Silverio. Sabía con qué devoción guardaba tía Dida todas las reliquias del pasado. Sin embargo, rebuscó por toda la casa, sin fruto, durante ocho días. Todas las noches la buscaba sigilosamente por todas partes. Probó más de treinta, que provenían sin duda del antiguo recinto de los Fouque, las cuales encontró en diversos lados, colgadas en las paredes, sobre las mesas, en el fondo de los cajones. Comenzaba á desanimarse, cuando halló al fin la dichosa llave, colgada de la puerta de entrada. Allí estaba hacía cerca de cuarenta años. Todos los días debía haberla cogido tía Dida, sin decidirse jamás á hacerla desaparecer, ahora que ya no podía más que pensar en sus muertos placeres. Cuando Silverio estuvo seguro de que abría bien la puertecilla, esperó, pensando en las alegrías de la

sorpresa que preparaba á Mietta. La había ocultado sus investigaciones.

Al día siguiente, así que oyó á la niña dejar en el suelo su vasija, abrió dulcemente la puerta, de la cual se desprendieron largas hierbas que cubrieron el suelo. Al alargar la cabeza, vió á Mietta inclinada sobre el brocal, mirando al fondo del pozo, absorta, esperándole. Entonces cruzó en dos brincos el hueco formado por el muro, y desde allí llamó: «¡Mietta! ¡Mietta!», con voz tan dulce, que la hizo estremecerse. La niña levantó la cabeza, creyéndole en lo alto del muro. Luego, cuando le vió en el Jas, á algunos pasos de ella, lanzó un débil grito de asombro, y corrió hacia él. Cogiéronse las manos, y se contemplaron, encantados de estar tan cerca el uno del otro, encontrándose más hermosos así, envueltos en la luz del sol. Era el 15 de Agosto, el día de la Asunción; á lo lejos sonaban las campanas, con ese acento alegre de las grandes fiestas que parece tener notas particulares, armonía dulce.

—¡Buenos días, Silverio!

—¡Buenos días, Mietta!

Y la entonación ternísima de aquel saludo

matinal los dejó asombrados. No conocían sus sonidos, sino velados por el eco del pozo, y encontráronlos claros como el canto de las alondras. ¡Ah, qué bien se estaba en aquel rincón, impregnado del aire de la fiesta! Y seguían cogidos de las manos, Silverio apoyado contra el muro, Mietta un poco inclinada hacia atrás. Su sonrisa revelaba en ellos la efusión. Iban á decirse todas las buenas cosas que no se habían atrevido á confiar á las sonoridades del pozo, cuando Silverio, volviendo la cabeza al percibir un ligero ruido, palideció y soltó la mano de Mietta. Acababa de ver delante de sí á su abuela, erguida, parada en el umbral de la puerta.

La anciana había ido al pozo por casualidad. Al ver en la vieja y ennegrecida pared el hueco luminoso de la puerta que Silverio había abierto del todo, sintió como un golpe violento en el corazón. Aquel hueco luminoso le parecía un abismo de luz abierto brutalmente en su pasado. Volvióse en medio de las claridades matinales, corriendo, deslizándose sobre el suelo con todo el arrebató de sus nerviosos amores: vió á Macquart que estaba allí

esperándola. Ella se cogía á su cuello y se apretaba contra su pecho, mientras que el sol naciente, entrando en el huerto por la puerta que no se cuidaba de cerrar, los bañaba en sus rayos oblicuos. La brusca visión sacábala cruelmente del sueño de su vejez, como un castigo supremo, despertando en ella abrasadores recuerdos. Jamás se la había ocurrido que aquella puerta pudiera abrirse aún; para ella la había tapiado la muerte de Macquart. Si el pozo y la pared entera hubieran desaparecido debajo de tierra, no se hubiera asombrado mucho más. Y, en su estupor, había una especie de sorda cólera contra la mano sacrílega que, después de haber violado el sitio, había dejado detrás de sí aquel hueco luminoso, como una tumba abierta. Adelantóse, atraída por una especie de fascinación, y se quedó inmóvil en el quicio de la puerta.

Miró delante de sí con dolorosa sorpresa. Se le había dicho que el recinto de los Fouque se encontraba reunido al Jas-Meiffren; pero jamás había pensado que su juventud hubiera muerto hasta este punto. Parecía que un huracán se había llevado todo lo que era caro

á su memoria. La vieja casa , el vasto jardín , con sus verdes cuadros de legumbres , no existían. Ni una piedra , ni un árbol de otro tiempo quedaban. Y en el lugar de aquel rincón , donde había crecido , y que aún veía la víspera cerrando los ojos , extendíase un trozo de terreno desnudo , una ancha faja de tierra , desolada como un páramo desierto. Ya , cuando , con los ojos entornados , quisiera evocar las cosas del ayer , se le aparecería siempre aquel erial como un sudario echado sobre su juventud muerta. Enfrente de este horizonte banal é indiferente , creyó que su corazón moría por segunda vez. Desde este momento todo había concluído. Se le quitaban hasta los sueños de sus recuerdos. Entonces lamentóse de haber cedido á la fascinación del hueco luminoso , de la puerta que se tragaba los días perdidos para siempre.

Iba á retirarse y á cerrar la maldita puerta , sin intentar siquiera conocer la mano que la había violado , cuando vió á Mietta y á Silverio. La vista de los dos niños enamorados , que espiaban sus miradas , confusos , con la cabeza inclinada , la retuvo , presa de un dolor

más vivo. Lo comprendió todo. Hasta el fin debía ver reproducida la escena : allí estaban Macquart y ella, en brazos el uno del otro, en la luminosa mañana. Por segunda vez era cómplice la puerta. El amor pasaba de nuevo por donde ya había pasado. Aquello era un renacimiento, con sus alegrías presentes y sus lágrimas futuras. Tía Dida no vió más que las lágrimas, y sintió como un rápido presentimiento, que la mostró los dos niños heridos en el corazón. Estremecida por el recuerdo de los sufrimientos de su vida, que estos lugares acababan de despertar en ella, lloró por su querido Silverio. Ella era la única culpable; si ella no hubiera abierto el hueco en la pared, Silverio no estaría en aquel sitio, á los pies de una joven, buscando una dicha que irrita á la muerte y la hace celosa.

Al cabo de un momento, acercóse, sin decir nada, á coger al joven por la mano. Acaso los hubiera dejado allí al pie del muro, si no se hubiese creído cómplice de aquellas dulzuras mortales. Cuando regresaba á su casa con Silverio, volvióse, al oír los ligeros pasos de Mietta, que se había apresurado á coger su va-

sija y huir de aquel sitio, corriendo dichosa por haber escapado tan bien. Tía Dida sonrióse involuntariamente al verla atravesar el huerto como una corza escapada.

—Aún es bien joven (murmuró). Tiene tiempo.

Quería decir, sin duda, que Mietta tenía tiempo de sufrir y de llorar. Después, volviendo sus ojos hacia Silverio, que había seguido con éxtasis la carrera de la niña en aquella límpida atmósfera, añadió sencillamente :

—Ten cuidado, hijo mío : esto mata.

Estas fueron las únicas palabras que pronunció refiriéndose á una aventura, que removió todos los dolores adormecidos en el fondo de su ser. Se había creado una religión : la del silencio. Cuando Silverio hubo entrado, ella cerró la comunicación con dos vueltas de llave, y tiró ésta al pozo. Así estaba segura de que la puerta no la haría nunca cómplice. Volvió á examinarla un instante, y quedó satisfecha al verla tomar otra vez su aspecto sombrío de inmovilidad. La tumba se había vuelto á cerrar ; el hueco luminoso estaba tapado para siempre

por algunas tablas ennegrecidas por la humedad, verdosas de musgo, sobre el cual los caracoles habían llorado lágrimas de plata.

Por la noche tuvo tía Dida una de las crisis nerviosas que aún la agitaban de tarde en tarde. Durante estos ataques hablaba con frecuencia en voz alta, sin ilación, como acometida de una pesadilla. Aquella noche, Silverio, que la sostenía en su lecho, sintiendo viva lástima de aquel pobre cuerpo extenuado por las convulsiones, la oyó pronunciar jadeando las palabras *aduanero*, *disparo*, *asesinato*. Defendíase, pedía gracia, soñaba en la venganza. Cuando la crisis tocó á su fin, experimentó, como sucedía siempre, un espanto singular, un temblor que hacía chocar sus dientes. Levantábase á medias, miraba con ojos extraviados todos los ángulos de la habitación, y después se dejaba caer sobre la almohada, lanzando agudos gritos. Sin duda la acometía alguna alucinación. Atrajo entonces á Silverio contra su pecho, y pareció comenzar á reconocerlo, ¡habiéndolo confundido por instantes con otra persona.

—¡Ahí están! (balbuceó.) Míralos; van á

prenderte , y te matarán.... Yo no quiero.... Échalos ; diles que no quiero ; que me hacen daño mirándome así....

Y volvió la cara hacia la pared , para no ver á aquellos de quienes hablaba. Después de una pausa , continuó :

—¿Estás cerca de mí, hijo mío? No me dejes.... He creído morir.... Hemos hecho mal en abrir la pared. Desde ese día he sufrido mucho. Bien sabía que esta puerta nos traería la desgracia.... ¡Ah! ¡Pobres inocentes, cuántas lágrimas! También á ellos los matarán á tiros, como á perros.

Y caía en un estado de catalepsia , y no sabía siquiera que Silverio estaba allí. Levantóse bruscamente , y miró á los pies de la cama con una horrible expresión de terror.

—¿Por qué no los has echado? (gritó, ocultando su encanecida cabeza contra el pecho del joven.) Allí están siempre. El que tiene el fusil me hace señas de que va á disparar....

Poco después durmióse con el sueño pesado que terminaba la crisis. Al día siguiente, parecía haberlo olvidado todo. Jamás volvió á hablar á Silverio de la mañana en que lo había

encontrado con una joven al pie del muro.

Los jóvenes estuvieron dos días sin verse. Cuando Mietta se atrevió á ir al pozo, prometiéronse no volver á hacer lo que la antevíspera. Sin embargo, su entrevista, tan bruscamente cortada, les había hecho concebir vivos deseos de volver á encontrarse á solas en cualquier dichoso rincón. Cansados de las alegrías que les proporcionaba el pozo, y no queriendo disgustar á tía Dida viendo á Mietta al otro lado de la pared, Silverio suplicó á la niña que le concediese citas en otra parte. Ella no se hizo rogar mucho, y aceptó esta proposición, riendo ante la idea de que iba á chasquear el espionaje de Justino. Cuando estuvieron de acuerdo, discutieron mucho sobre la elección del sitio donde habían de verse. Silverio propuso escondites imposibles; soñaba con hacer verdaderos viajes, ó bien con ir á ver á la niña á media noche en los graneros del Jas-Meiffren. Mietta, más práctica, se encogió de hombros, diciendo que ella buscaría. Al día siguiente, sólo estuvo en el pozo un minuto, el tiempo suficiente para sonreír á Silverio y decirle que á las diez de la noche se encontrase en el solar de Saint-Mittre.

¡Calcúlese si el joven sería exacto! Durante el día le tuvo muy intranquilo la elección de aquel sitio. La curiosidad aumentó cuando entró en la estrecha senda. «Ella vendrá por aquí», se decía, mirando hacia el camino de Niza. Después oyó un gran ruido de ramas, y vió aparecer una cabecita risueña, que le gritó alegremente :

—¡Soy yo!

Era, en efecto, Mietta, subida como un pilluelo en lo alto de una morera. En dos saltos se puso en el suelo. Silverio la miró descender con asombro y encanto, sin pensar siquiera en ayudarla. Cogióla las manos, y la dijo :

—¡Qué ágil eres! Trepas mejor que yo.

De esta manera se encontraron por primera vez en aquel oculto rincón, donde debían pasar tan buenos ratos. Á partir de esta noche, viéronse allí casi todas. El pozo no les servía más que para advertirse los obstáculos imprevistos para sus citas, los cambios de hora, y todas las pequeneces, importantes para ellos, que no admitían espera; bastaba que el que tenía que comunicar algo al otro moviese la polea, cuyo ruido estridente se oía de muy lejos.

Pero aunque algunos días se llamasen dos ó tres veces para decirse niñerías de enorme importancia, no experimentaban verdaderos goces más que por la noche en la discreta senda. Mietta acudía con rara puntualidad. Dichosamente dormía encima de la cocina, en un cuarto en donde se guardaban las provisiones para el invierno, y al cual conducía una escalerilla excusada. Podía así salir á cualquiera hora sin ser vista por el tío Rebutat ni por Justino. Pensaba, además, si éste último llegaba á verla, contarle cualquier historia, mirándole con aquel aire duro que le cerraba la boca.

¡Ah! ¡qué noches tan dichosas! Era entonces á principios de Setiembre, del más hermoso mes en Provenza. Los amantes no podían reunirse antes de las nueve. Mietta llegaba por el muro. Bien pronto adquirió tal habilidad para franquear este obstáculo, que estaba siempre en el suelo antes de que Silverio hubiera tenido tiempo de tenderla los brazos. Reía con toda su alma, y permanecía allí un momento, sofocada, despeinada, dando golpecitos en su falda para hacerla caer. Su

amante la llamaba riendo « pillete ». En el fondo, agradábale la travesura de la niña. Mirábala saltar el muro con la complacencia de un hermano mayor que asiste á los ejercicios de uno de sus hermanos menores. ¡Había tanta puerilidad en su ternura naciente! Al cabo de muchas discusiones, acordaron un día ir á coger nidos á orillas del Viorne.

—¡Ya verás cómo subo á los árboles! (decía Mietta orgullosamente.) Cuando estaba en Chavanoz, llegaba hasta la copa de los nogales del tío Andrés. ¿Has cogido alguna vez nidos de urracas? Eso sí que es difícil.

Y emprendieron una discusión sobre la manera de trepar por las ramas. Mietta daba siempre su opinión prácticamente, como un muchacho.

Pero Silverio, cogiéndola por las rodillas, la bajaba á tierra, y marchaban juntos, abrazados por las cinturas. Cuestionando siempre sobre la manera de poner los pies y las manos en el nacimiento de las ramas, apretábanse más y sentían que fuegos desconocidos los inflamaban de extrañas alegrías. Nunca el pozo les había proporcionado placeres semejantes.

Sin dejar de ser niños, y sin abandonar los juegos y la charla de los pequeños, experimentaban goces de enamorados, sin saber hablar de amor y sin tocarse más que la punta de los dedos. Buscaban el calor de sus manos, arrastrados por un deseo instintivo, é ignorando lo que querían sus sentidos y sus corazones. En estos momentos de dichosa candidez, hasta se ocultaban la emoción singular que se producían mutuamente al menor contacto. Sonrientes, asombrados muchas veces de las dulzuras que experimentaban al tocarse, abandonábanse en secreto al placer de sus nuevas sensaciones, continuando, sin embargo, sus coloquios, como dos colegiales, sobre los nidos de urracas, tan difíciles de coger.

Y así caminaban por el silencioso sendero entre los árboles y el muro del Jas-Meiffren. Jamás traspasaban estos límites; estaban en su casa. Con frecuencia, Mietta, feliz por estar tan bien oculta, se detenía y se felicitaba de su descubrimiento.

—He tenido buena elección, decía muy satisfecha. Andaríamos una legua sin encontrar mejor escondite.

La espesa hierba ahogaba el ruido de sus pasos. Andaban envueltos en tinieblas, entre dos orillas sombrías, sin ver más que una banda de cielo salpicado de estrellas por encima de sus cabezas. Y en esta vaguedad del suelo que pisaban, en esta semejanza del sendero á un arroyo de sombra corriendo bajo el cielo negro y oro, experimentaban una indefinible emoción, y bajaban la voz, aunque nadie podía escucharlos. Entregándose al silencio de la noche, donde flotaban sus cuerpos y sus almas, contábanse las mil pequeñeces que les habían ocurrido durante el día, con estremecimientos de enamorados.

Otras veces, en las noches claras, cuando la luna dibujaba las líneas de la pared y de las ramas, Mietta y Silverio se dejaban llevar de sus pocos años. El sendero prolongábase iluminado por rayas blancas, lleno de alegría y sin parajes desconocidos; y los dos camaradas se perseguían, riendo como dos colegiales en las horas de recreo, y aun trepaban por las ramas. Era preciso que Silverio asustase á Mietta, diciéndola que acaso estaba Justino al otro lado del muro, y que la vería. Entences, to-

davía sofocados, marchaban el uno al lado del otro, prometiéndose ir un día á correr por el prado de Santa Clara, para saber cuál de los dos cogería al otro más pronto.

Sus nacientes amores se acomodaban lo mismo á las noches oscuras que á las noches claras. Despiertos siempre sus corazones, bastábales un poco de sombra, para que su abrazo fuese más dulce y su risa más blandamente voluptuosa. El querido retiro, tan riente en las noches de luna, y tan lleno de emociones en las noches sombrías, les parecía inagotable en fulgores de alegría y en silencios estremecedores. Y estaban allí hasta media noche, mientras que la población dormía y las luces del barrio iban apagándose una á una.

Jamás fueron turbados en su soledad. Á esta avanzada hora, los niños no jugaban al escondite entre el ramaje. Algunas veces, cuando los jóvenes oían algún ruido, el canto de los obreros que pasaban por el camino, ó voces que venían de las calles vecinas, atrevíanse á echar una mirada hacia el solar de Saint-Mitre. El campo extendíase solitario, lleno de sombras. En las noches templadas solían ver alguna

pareja de enamorados ó algún viejo sentado en las pilas de maderos, al borde del camino. Cuando las noches eran frescas no veían en aquel espacio melancólico y desierto más que alguna hoguera de gitanos, ante la cual pasaban grandes sombras negras. El aire sereno de la noche les traía palabras y sonidos perdidos, el saludo de algún vecino que cerraba su puerta, el ruido de algún cerrojo, las graves campanadas de los relojes, todos esos ruidos espirantes de una población de provincia que se entrega al descanso. Y cuando Plassans estaba dormido, oían todavía las disputas de los gitanos, los chisporroteos de su hoguera, en medio de los cuales se alzaban bruscamente las voces guturales de las jóvenes cantando en una lengua desconocida, llena de rudos acentos.

Pero los enamorados no miraban mucho tiempo hacia fuera; apresurábanse á volver á su retiro, y proseguían sus paseos por el sendero silencioso. ¡Bastante les importaba á ellos el pueblo entero! Las ramas que los separaban de las gentes les parecían una valla infranqueable. Se encontraban tan solos, tan libres en

este rincón, situado en pleno arrabal, á cincuenta pasos de la puerta de Roma, que algunas veces se imaginaban estar muy lejos, en el fondo de algún recodo del Viorne, en campo raso. De todos los ruidos que llegaban hasta ellos, el único que escuchaban con inquieta emoción era el de las campanas de los relojes, repetido lentamente en el silencio de la noche. Cuando sonaba la hora, algunas veces fingían no escucharla, y otras se detenían de pronto como para protestar. Sin embargo, gustábales concederse una prórroga de diez minutos; pero era preciso despedirse. Habrían jugado, habrían charlado hasta la mañana, enlazados los brazos, á fin de experimentar hasta el fin aquel secreto placer que gustaban con continuas sorpresas. Mietta decidíase al fin á subir sobre el muro; pero no había acabado todo, porque las despedidas se llevaban todavía un buen cuarto de hora. Cuando la niña se había montado sobre el muro, aún permanecía allí apoyada en las ramas de la morera que le servía de escala. Silverio, subido sobre una piedra, podía cogerla las manos, y aún hablaban á media voz. Repetían más de diez veces: «hasta mañana», y

encontraban siempre palabras nuevas. Silverio decía :

—Vamos, baja, que ya es más de media noche.

Pero con terquedades de niña, Mietta quería que él bajase primero : quería verle irse. Y como el joven se resistiese, ella acababa por decirle bruscamente, para castigarle, sin duda:

—Voy á saltar; vas á verlo.

Y saltaba desde lo alto de la morera, con gran susto de Silverio, que oía el ruido sordo de su caída. Luego ella huía soltando una carcajada, sin querer contestar á su último adiós. Él permanecía aún algunos instantes, mirando su sombra vaga perderse en la obscuridad, y descendiendo lentamente á su vez, se marchaba.

Durante dos años fueron al sitio aquel todos los días. En sus primeras citas, gozaron de algunas bellas noches templadas todavía. Pudieron creerse en Mayo, en el mes en que sube la savia y en que el aire está lleno de un fuerte olor de tierra y de hojas nuevas. Esta primavera tardía fué para ellos como una gracia del cielo, que les permitió correr libremente por el

sendero y estrechar su amistad con apretado lazo.

Después llegaron las lluvias, las nieves y las heladas. Estas inclemencias del invierno no los retrajeron. Mietta se puso su fuerte abrigo, y los dos se burlaron del tiempo. Cuando la noche estaba seca y clara, y suaves soplos de aire levantaban á su paso un polvillo blanco y helado que les azotaba el rostro, guardábanse bien de sentarse: iban y venían más de prisa, envueltos en el abrigo, con la cara amoratada y los ojos llorando de frío; se reían llenos de alegría de su andar rápido en aquella helada atmósfera.

Una noche de nieve, entretuviéronse en hacer una enorme bola, que rodaron á un rincón, donde estuvo más de un mes, lo que les asombraba á cada nueva cita. La lluvia no les asustaba tampoco. Soportaron terribles aguaceros que los calaron hasta los huesos. Silverio acudía, pensando que Mietta no haría la locura de ir; y cuando ésta llegaba á su vez, no sabía cómo reñirla. En el fondo, la esperaba. Acabó por buscar un abrigo contra el mal tiempo, comprendiendo que no dejaría de salir, á pe-

sar de su mutua promesa de no hacerlo cuando lloviese. Para procurarse un techo, no tuvo más que cruzar unas cuantas tablas y retirar algunos maderos, de modo que pudiera colocarlos fácilmente otra vez. Desde entonces tuvieron á su disposición una especie de garita baja y estrecha, un agujero cuadrado, donde no podían estar sino apretados el uno contra el otro, sentados en la punta de un madero que dejaban en el fondo. Cuando llovía, refugiábase allí el que primero llegaba; y cuando estaban reunidos, escuchaban con gozo infinito el chaparrón, que sonaba en las tablas con sordo redoblar de tambor. Delante y alrededor de ellos, en la obscuridad de la noche, sentíase susurro de una corriente que no veían, y cuyo continuo ruido parecía el rumor de una multitud. Encontrábanse bien solos, sin embargo, fuera del mundo y en el fondo de las aguas. Jamás se sentían tan dichosos, tan aislados de los demás, como en medio de aquel diluvio, debajo del montón de tablas, amenazados á cada instante de ser arrastrados por los torrentes del cielo. Sus rodillas llegaban casi hasta la abertura, y las encogían todo lo posible, con la cara

y las manos bañadas en una fina lluvia. Á sus pies, gruesas gotas, caídas de las tablas, sonaban acompasadamente. Sentían calor envueltos en su abrigo, y estaban tan estrechos, que Mietta sentábase á medias sobre las rodillas de Silverio. Charlaban, y callábanse luego, llenos de languidez y como adormecidos por el calor de su abrazo y el monótono sonar de la lluvia. Permanecían allí horas y horas, con ese amor á la lluvia que hace andar con mucha gravedad á los niños, en los días de tempestad, con una sombrilla en la mano. Acabaron por preferir las noches lluviosas; sólo que su separación era entonces más penosa. Era preciso que Mietta franquease la pared bajo la lluvia y que atravesase el Jas-Meiffren en plena obscuridad. Desde que ella dejaba su brazo, Silverio la perdía en las tinieblas y en el ruido del agua, escuchando en vano, ensordecido y cegado. Pero la inquietud con que se separaban era un encanto más; hasta el día siguiente preguntábanse si les habría ocurrido algo con aquel tiempo de perros; acaso habrían resbalado y se habrían hecho daño; estos temores, que les hacían ocuparse tiránicamente al

uno del otro, les hacían más agradable la siguiente entrevista.

Al fin volvieron los hermosos días : Abril trajo noches dulces , y la hierba del sendero creció de un modo rápido. En aquellas olas de vida que bajaban del cielo y subían de la tierra , en medio de la embriaguez de la nueva estación , muchas veces los enamorados echaron de menos su soledad del invierno, las noches de lluvia , las noches de frío , durante las cuales se encontraban tan aislados y tan lejos de los ruidos humanos. Ya no acababa el día tan pronto ; maldecían los largos crepúsculos , y cuando la noche se hacía bastante obscura para que Mietta pudiera trepar al muro sin peligro de ser vista , cuando ya se encontraban en su querido sendero , no hallaban aislamiento que agradara á sus amores. El solar de Saint-Mittre se poblaba ; los chicuelos del barrio andaban corriendo y gritando hasta las once ; y aun sucedió alguna vez que uno de ellos viniera á ocultarse detrás de las tablas , lanzando á Mietta y á Silverio la risa burlona de un pilluelo de diez años. El temor de ser sorprendidos , el despertar y los ruidos

de la vida que crecía alrededor de ellos á medida que el tiempo mejoraba , llenaron de inquietudes sus entrevistas.

Luego comenzaban á sofocarse en la estrecha avenida. Jamás se había estremecido con tan ardientes agitaciones ; jamás el suelo había dejado escapar alientos más encendidos. Y ellos eran todavía muy niños para gustar el voluptuoso encanto de aquel rincón perdido, lleno de las fiebres de la primavera. Las hierbas subíanles hasta las rodillas ; iban y venían con dificultad , y cuando aplastaban los nuevos retoños , ciertas plantas exhalaban acres olores que los embriagaban. Acometidos entonces de extraños desfallecimientos, turbados y vacilantes, como si las hierbas les enredasen las piernas , se apoyaban en la pared, con los ojos medio cerrados, no pudiendo avanzar más. Parecíales que les penetraba toda la languidez del cielo.

Acomodándose mal su petulancia de colegiales con estas súbitas debilidades , acabaron por acusar á su retiro de falta de aire, y por decidirse á pasear sus ternuras más lejos , en campo abierto. Entonces comenzaron nuevas

escapatorias cada noche. Mietta vino con su abrigo ; ocultábanse los dos en él , y se deslizaban á lo largo de las paredes , y salían á la carretera , á los campos libres y anchos , donde el aire corría con fuerza , como las olas en alta mar. Allí no se ahogaban : volvían á encontrar su infancia , sentían disiparse los vértigos de su cabeza , las embriagueces que les causaban las altas hierbas de la era de Saint-Mittre.

Así recorrieron durante dos años esta parte del país. Cada roca , cada banco de musgo conociólos bien pronto ; no había ni un grupo de árboles en el cual todos no fuesen amigos suyos. Realizaron sus sueños : corrieron locamente por los prados de Santa Clara , y Mietta corría tanto , que Silverio se veía apurado para alcanzarla. Fueron á coger nidos de urraca , y Mietta , empeñada en mostrar cómo trepaba á lo alto de los árboles en Chavanoz , se ataba las faldas con la punta de un pañuelo , y subía á las ramas más altas ; abajo Silverio temblaba , con los brazos extendidos , como para recibirla si resbalaba. Estos juegos calmaban sus sentidos , hasta el punto que una noche poco faltó para

que se pegaran como dos chicuelos al salir de la escuela. Pero aún había en el dilatado campo sitios que no conocían. Mientras que paseaban, aquello era un continuo estallar de risas, de juegos, de bromas; andaban leguas, iban algunas veces hasta la cordillera de las Garrigues, siguiendo los senderos más estrechos y tomando con frecuencia los atajos; la comarca les pertenecía, y vivían en ella como en país conquistado, gozando de la tierra y del cielo. Mietta, con esa ancha conciencia de las mujeres, no se contenía para coger un racimo de uvas, una rama de almendras tiernas, de las viñas y de los almendros cuyas ramas la tropezaban al pasar, lo que contrariaba las ideas absolutas de Silverio, sin que, por otra parte, se atreviera á reñir á la niña para no desesperarla.—«¡Ah, malvada! (pensaba, dramatizando la situación puerilmente): hará de mí un ladrón.» Y Mietta le ponía en la boca su parte de fruta robada. Las mañanas de que se valía, cogiéndola por el talle, evitando los árboles frutales, haciéndose perseguir lejos de las viñas, para estorbarla este deseo instintivo de merodeo, la hacían caer pronto en la cuenta

de lo que trataba. Obligábala á sentarse, y volvían á comenzar sus luchas á brazo partido. Los recodos del Viorne, sobre todo, estaban para ellos llenos de sombras que los ponían febriles. Cuando la fatiga los conducía al borde del torrente, perdían sus alegrías infantiles. Bajo los sauces flotaban tinieblas espesas, parecidas á perfumados crespones de un traje de mujer. Los niños sentían estos crespones, que parecían tener aún el perfume y el calor de los voluptuosos hombros de la noche, acariciarles las sienes y envolverles en una invencible languidez. Á lo lejos cantaban los grillos en los prados de Santa Clara, y el Viorne sonaba á sus pies amorosamente con ruidos de suaves besos de labios humedecidos. Del sereno cielo parecía caer una cálida lluvia de estrellas. Y bajo el influjo de este cielo, de estas aguas, de esta sombra, los niños, recostados sobre la hierba, el uno junto al otro, embebecidos y con las miradas perdidas en la obscuridad, buscaban sus manos, y se las estrechaban febrilmente.

Silverio, que comprendía con cierta vaguedad el peligro de estos éxtasis, se levantaba

algunas veces repentinamente, proponiendo pasar á alguna de las islillas que las aguas bajas descubrían en medio del río. Aventurábanse á pasar los dos con los pies desnudos; Mietta se burlaba de los guijarros, y no quería que Silverio la sostuviese, suspendiéndola una vez que se sentó en medio de la corriente. Luego, cuando estaban ya en la isla, tendíanse boca abajo sobre una lengua de arena, con los ojos al nivel de la superficie del agua, en la cual miraban á lo lejos, en las noches claras, estremecerse las argentadas conchillas. Entonces decía Mietta que iba embarcada, y que la isla flotaba; sentía muy bien que la conducía; y este vértigo que les daba el estremecimiento de las aguas, los divertía un instante y los retenía allí, en la orilla, cantando á media voz, como los bateleros á compás de los remos. Otras veces, cuando la isla ofrecía un ribazo escarpado, sentábanse como sobre un banco de verdura, dejando mojarse sus pies desnudos en la corriente. Y durante horas hablaban, batiendo el agua con los pies, divirtiéndose en desencadenar tempestades en las tranquilas ondas, cuya frescura calmaba su fiebre.

Estos baños de pies hicieron nacer en el espíritu de Mietta un capricho que debía halagar sus inocentes amores. Empeñóse en tomar baños completos. Un poco más arriba del puente del Viorne había un sitio muy á propósito, decía ella, de una profundidad de tres ó cuatro pies, y muy seguro; hacía tanto calor, que se estaría bien sumergiéndose hasta los hombros; además, hacía tanto tiempo que deseaba aprender á nadar...., y Silverio la enseñaría. Silverio hacía algunas objeciones: de noche era una imprudencia, y no estaría bien que los vieran; pero no decía la razón verdadera: instintivamente alarmábase ante la idea de este nuevo juego, y se preguntaba cómo se desnudarían, y de qué modo haría para sostener á Mietta en el agua en sus desnudos brazos. Ésta no parecía reparar en tantas dificultades.

Una noche, llevó un traje de baño que se había hecho de un vestido viejo. Silverio tuvo que volver á casa de tía Dida en busca de unos calzoncillos. Mietta no se escondió, desnudándose naturalmente á la sombra de un sauce, tan obscura, que su cuerpo de niña dibujó en ella durante algunos segundos una

vaga blancura. Silverio, de piel morena, aparecía en la obscuridad como el obscuro tronco de una joven encina, mientras que las piernas y los brazos de la joven, desnudos y redondos, parecían blancas cañas de los cañaverales de la orilla. Después, ambos, como vestidos de manchas sombrías que el follaje proyectaba sobre ellos, entraron en el agua alegremente, llamándose, gritándose, sorprendidos por la frescura. Y los escrúpulos, las vergüenzas no confesadas, los pudores secretos, fueron olvidados. Estuvieron allí una hora larga, jugando, echándose agua á la cara; Mietta asustándose y luego riéndose, y Silverio dándola su primera lección, chapuzándola de vez en cuando la cabeza para darla valor. Mientras que él la sostenía con su mano por el cinturón de su traje, pasándole la otra bajo el vientre, ella movía furiosamente brazos y piernas, creyendo nadar; pero así que la soltaba, movíase gritando, y con las manos extendidas, agitando el agua, se agarraba adonde podía, á la cintura del joven ó á sus muñecas. Abandonábase un instante sobre él, y descansaba, sofocada, jadeante, mientras que sus ropas mojadas di-

bujaban las gracias de su torso de virgen. Luego exclamaba :

—Otra vez ; pero tú lo haces intencionadamente ; no me sostienes.

Y nada vergonzoso les hacían pensar ni los abrazos de Silverio, inclinado para sostenerla , ni los arranques de Mietta , colgándose al cuello del joven. El frío del baño les daba una pureza de cristal. Eran en la templada noche , en medio del follaje dormido, dos inocencias que reían. Silverio reprochóse, después de los primeros baños , el haber pensado mal. ¡Mietta se desnudaba tan de prisa y estaba tan fresca entre sus brazos , y reía tan francamente....!

Pero al cabo de quince días , la niña supo nadar. Libre en sus movimientos , mecida en las ondas , jugando con él , dejábase invadir por la serenidad del río, por el silencio del aire , por sueños melancólicos.

Cuando nadaban sin ruido , Mietta creía ver en las dos orillas espesarse las hojas , inclinándose sobre ellos y ocultándolos como detrás de enormes cortinas. Y por entre los troncos penetraban los rayos de la luna , y pa-

recía que por las márgenes se deslizaban dulcemente blancas apariciones. Mietta no tenía miedo; siguiendo los juegos de las sombras, experimentaba una emoción indefinible. Mientras que ella avanzaba lentamente, las tranquilas aguas, que reflejaban la luna como un claro espejo, rizábanse á su aproximación como una tela de plata: sus círculos se ensanchaban, perdiéndose en las tinieblas de las orillas, bajo las ramas de los sauces, donde se escuchaban rumores misteriosos; y á cada brazada encontraba rincones llenos de sonidos, negros recodos, ante los cuales pasaba más de prisa, ramas de árboles, cuyas masas sombrías cambiaban de forma, y se agrandaban, pareciendo que la seguían desde lo alto de las márgenes. Cuando se ponía boca arriba, atraíanla las profundidades del cielo. Del campo, de los horizontes que no veía en aquel momento, sentía alzarse una voz grave, prolongada, formada con todos los suspiros de la noche.

Como no era de naturaleza soñadora, gozaba con todo su cuerpo y todos sus sentidos, del cielo, del río, de las sombras y de las claridades. El río, sobre todo, aquella agua, aquel

terreno movable, arrastrábanla en medio de infinitas caricias. Cuando remontaba la corriente, experimentaba un inmenso placer, sintiendo cómo la ola rozaba más rápida su pecho y sus piernas; producíale un cosquilleo dulcísimo, que soportaba sin risas nerviosas. Sumergíase hasta la boca, para que la corriente pasara sobre sus hombros y la envolviera de un golpe, de la barba á los pies, con su beso fugitivo. Sentía languideces que la dejaban inmóvil en la superficie, mientras que pequeñas oleadas penetraban suavemente por entre su piel y su traje, inflando el lienzo; luego dejábase rodar sobre las aguas tranquilas, como una gata sobre una alfombra; y pasaba del agua luminosa, donde se bañaba la luna, al agua obscura, sombreada por el ramaje, tiritando como si abandonara un paraje inundado de sol, y sintiese el frío de las ramas en la nuca.

Ocultábase para desnudarse entonces. Ya en el agua, permanecía silenciosa; no quería que la tocase Silverio, y se deslizaba suavemente á su lado, nadando con el suave rumor de un pájaro atravesando por entre el ramaje,

ó daba vueltas alrededor de él, acometida de vagos temores que no se explicaba. Alejábase cuando él la rozaba uno de sus miembros. El río no tenía para ellos más que una suave embriaguez, una voluptuosa languidez, que los turbaba extrañamente. Cuando salían del baño, experimentaban somnolencias, desfallecimientos. Sentíanse como sin fuerzas. Mietta tardaba más de una hora en vestirse. Desde luego, poníase sólo la camisa y una enagua, y permanecía así, sentada sobre la hierba, quejándose de cansancio, llamando á Silverio, que se encontraba á pocos pasos de allí, con la cabeza vacilante y los miembros sumidos en una extraña y excitante laxitud. Y á la vuelta, había más ardor en sus abrazos, sentían mejor á través de sus vestidos sus cuerpos suavizados por el baño, y se detenían lanzando profundos suspiros. El moño de Mietta, húmedo todavía, su nuca, sus hombros, despedían un fresco perfume, un puro aroma, que acababan de trastornar al joven. Felizmente, declaró la niña una noche que no se bañaría más; que el agua fría la subía la sangre á la cabeza. Sin duda decía esto con sinceridad y con inocencia.

Volvieron á sus largas conversaciones. Del peligro que acababan de correr sus inocentes amores, no quedó en el espíritu de Silverio otra cosa que una gran admiración por el vigor físico de Mietta. En quince días había aprendido ella á nadar, y con frecuencia, cuando entablaban luchas de velocidad, la había visto cortar la corriente con brazo tan ligero como el suyo. Él, que adoraba la fuerza y los ejercicios corporales, se enterneció al verla tan fuerte, tan potente y tan diestra; y en su ánimo penetraba una estimación singular hacia sus hermosos brazos. Una noche, después de uno de aquellos primeros baños que los ponían tan contentos, habíanse cogido por la cintura, en una lengua de arena, y lucharon durante algunos minutos, sin que Silverio pudiese vencer á Mietta; luego, el joven perdió el equilibrio, y quedó encima la niña. Su enamorado la trataba como á un chico, y aquellas marchas forzadas, aquellas carreras locas á través de los prados, aquellos nidos cogidos en las cimas de los árboles, aquellas luchas, todos aquellos juegos violentos, fueron lo que les protegió durante tanto tiempo, é

impidieron que sus ternuras estallasen. Había también en el amor de Silverio, además de su admiración por las gracias de su amada, las dulzuras de su tierno corazón por los desgraciados. Él, que no podía ver un ser abandonado, un pobre, un niño andando descalzo por los polvorientos caminos sin experimentar un sentimiento de piedad, amaba á Mietta porque nadie la amaba, porque llevaba una ruda existencia de paria. Cuando la veía reir, se conmovía profundamente ante su alegría. Además, la niña era un salvaje como él, y encontraban otro punto en que entenderse; en el odio á las comadres del barrio. Sus sueños, cuando durante el día trabajaba en su taller, en las ruedas de los carros, estaban llenos de generosa locura. Pensaba en Mietta como un redentor. Subíansele al cerebro todas sus lecturas; quería llegar á casarse con su amiga para levantarla á los ojos del mundo; tomaba como una misión santa la salvación de la hija del presidiario. Tenía la cabeza tan llena de ciertas utopías, que no decía sencillamente estas cosas; lanzábase en pleno misticismo social, imaginaba revelaciones de apoteosis, veía á

Mietta sentada en su trono, y á todo el pueblo inclinándose, pidiéndola perdón, cantando sus alabanzas. Dichosamente olvidaba estas cosas así que Mietta saltaba el muro y le decía en el camino :

—¿Quieres que corramos? Apuesto á que no me alcanzas.

Pero el joven soñaba despierto la glorificación de su amada, y sentía tales ansias de justicia, que con frecuencia la hacía llorar, hablándola de su padre. Á pesar de los profundos entermecimientos que la amistad de Silverio había despertado en ella, sentía á veces irritaciones bruscas, horas malas, en que su naturaleza sanguínea se rebelaba, haciéndola mirar con dureza y apretar los labios. Entonces sostenía que su padre había hecho bien en matar al gendarme, que la tierra es de todo el mundo, y que se tiene el derecho de disparar tiros donde se quiere y cuando se quiera. Y Silverio, con su voz grave, la explicaba el código como él lo comprendía, con extraños comentarios, que habrían hecho ruborizarse á toda la magistratura de Plassans. Estas conversaciones las tenían con frecuencia, en cualquier paraje es-

condido del prado de Santa Clara. El tapiz de hierba, de un verde obscuro, extendíase hasta perderse de vista, sin que un solo árbol manchase la inmensa superficie, y el cielo parecía enorme, llenando de estrellas la desnuda redondez del horizonte. Los niños encontrábanse como mecidos en este mar de verdura. Mietta luchaba mucho tiempo; preguntaba á Silverio si habría sido mejor que su padre se dejase matar por el gendarme, y Silverio guardaba un instante silencio; luego decía que, en tal caso, valía más ser la víctima que el asesino, y que era una gran desgracia matar á un semejante, aun en propia defensa. Para él, la ley era cosa santa; los jueces habían tenido razón en enviar á Chantegreil á presidio. La joven se exaltaba; habría pegado á su amigo, y le decía que tenía tan mal corazón como los demás. Y como él continuase defendiendo firmemente sus ideas de justicia, acababa la niña por estallar en sollozos, balbuceando que sin duda él se avergonzaba de ella, pues que siempre la estaba recordando el crimen de su padre. Estas discusiones terminaban en lágrimas, en una emoción común. Pero la joven guardaba siempre,

aun llorando, sus salvajes arrebatos. Una vez contó riendo que un gendarme se había caído del caballo y se había roto una pierna. Por lo demás, Mietta no vivía más que para Silverio. Cuando éste la preguntaba acerca de su tío y de su primo, contestaba que «no sabía nada», y si insistía, por temor de que la hicieran muy desgraciada en el Jas-Meiffren, decía que trabajaba mucho y que nada había cambiado. Creía, sin embargo, que Justino había averiguado algo, porque cantaba por las mañanas y tenía siempre alegría en los ojos. Pero añadía:

—¿Qué importa? Si alguna vez viene á estorbarnos, le recibiremos de modo que no le queden ganas de volver á mezclarse en nuestros asuntos.

Sin embargo, algunas veces dejaban los paseos por el campo. Volvían siempre al cercado de Saint-Mittre, á la estrecha alameda, de donde los habían echado las noches calurosas de verano los fuertes olores de las hierbas y las brisas sofocantes. Ciertas noches, la alameda estaba más agradable refrescada por el viento, y podían permanecer allí sin sentir

vértigos. Experimentaban entonces una calma deliciosa. Sentados sobre una piedra, cerrando sus oídos al ruido de los chicuelos y de los bohemios, encontrábanse como en su casa. Silverio había amontonado con mucho trabajo los pedazos de huesos y de cráneos, y se complacían en hablar del antiguo cementerio. Vagamente, con su viva imaginación, decíanse que su amor había arraigado como planta robusta en aquella tierra fertilizada por la muerte. Había crecido allí del mismo modo que aquellas hierbas, y había florecido como aquellas amapolas que la menor brisa agitaba en sus tallos, parecidas á corazones abiertos y sangrando. Y se explicaban los tibios soplos que rozaban sus frentes, los crujidos que se escuchaban en la sombra, el estremecimiento que sacudía la alameda, diciendo que eran los muertos, que les hablaban de sus pasiones heladas; los muertos, que les contaban su noche de bodas; los muertos, que se movían en la tierra acometidos de un furioso deseo de amar, de volver á comenzar su amor. Aquellas osamentas estaban llenas de ternura para ellos; los rotos cráneos se caldeaban al fuego de su

juventud; los menores restos los rodeaban de murmullos de una inquieta solicitud, de unos celos que los estremecían. Y cuando se alejaban, el viejo cementerio lloraba. Aquellas hierbas que se les enredaban en los pies, que los hacían vacilar, eran dedos delgados, afilados en la tumba, salidos de la tierra para retenerlos, para echarles á uno en brazos del otro. Aquel olor acre y penetrante que exhalaban los tallos rotos, era el perfume fecundante, la savia poderosa de la vida que elaboran lentamente los féretros, y que enciende en deseos á los amantes perdidos en la soledad de los senderos. Los muertos, los viejos muertos, querían la boda de Mietta y de Silverio.

Jamás sintieron miedo los jóvenes. La ternura flotante que adivinaban en derredor los penetraba, haciéndoles amar á los seres invisibles, cuyo murmullo creían sentir con frecuencia, parecido á un ligero batir de alas. Sentíanse entristecidos sencillamente por una dulce tristeza, y no comprendían qué querían de ellos los muertos. Continuaban viviendo en sus inocentes amores, en medio de aquella oleada de savia, en aquel rincón del abandonado

cementerio, donde la tierra grasienda sudaba la vida, y que exigía imperiosamente su unión. Las voces que simulaban en sus oídos, los calores súbitos que hacía acudir toda su sangre al rostro, se lo decían bien claro. En aquellos días en que el clamor de los muertos se acentuaba mucho, Mietta, llena de fiebre y de languidez, medio tendida sobre la piedra sepulcral, miraba á Silverio con mirada tierna, como diciéndole: «¿Qué quieren? ¿Por qué infiltran este fuego en mis venas?» Y Silverio, destrozado, trastornado, no se atrevía á repetir las ardientes palabras que creía escuchar en los aires, los locos consejos que le daban las altas hierbas, las súplicas de la alameda entera, de las tumbas mal cerradas, ansiosas de servir de tálamo á los amores de aquellos dos niños.

Interrogábanse con frecuencia acerca de las osamentas que descubrían. Mietta, con su instinto de mujer, adoraba los asuntos lúgubres. Á cada nuevo hallazgo, hacían suposiciones interminables. Si el hueso era pequeño, ella hablaba de una joven tísica, ó arrebatada por una fiebre la víspera del matrimonio; si el hueso era grande, pensaba en algún viejo, un soldado,

un juez, algún hombre terrible. Sobre todo, se ocuparon mucho tiempo de la piedra sepulcral. Una noche de luna, Mietta había distinguido en una de sus caras letras á medio borrar. Fué preciso que Silverio, con su cuchillo, quitase el musgo que las cubría, y leyera esta inscripción : *Aquí yace.... María.... muerta....* Y Mietta, encontrando su nombre en aquella piedra, se estremeció. Silverio la llamó tonta; pero ella no pudo contener sus lágrimas. Dijo que había sentido un golpe en el pecho, que moriría muy pronto, que aquella piedra sería para ella. El joven se sintió estremecer á su vez. Sin embargo, trató de burlarse de la joven. ¡Cómo! ¡Ella, tan valiente, pensaba en parecidas niñerías! Acabaron por reirse; y después evitaron volver á hablar de esto. Pero en las horas de melancolía, cuando el cielo nublado entristecía la alameda, Mietta no podía dejar de nombrar á aquella muerta, aquella María desconocida, cuya tumba les había servido tanto tiempo de punto de cita. Los huesos de la pobre joven estaban acaso allí; y una noche tuvo el extraño capricho de que Silverio levantase la piedra para ver lo que había debajo.

Silverio rehusó cometer aquel sacrilegio, y aquella negativa mantuvo los pensamientos de Mietta sobre el querido fantasma que llevaba su nombre. Quería absolutamente que hubiera muerto á su edad, á los trece años, en pleno amor. Apiadábase hasta de la piedra, de aquella piedra que ella pisaba, donde se habían sentado tantas veces, piedra helada por la muerte, y que ellos habían calentado con su amor. Mietta añadió:

—Ya verás cómo esto nos acarrea alguna desgracia.... Si tú murieras, yo vendría á morir aquí, y querría que echaran esta piedra sobre mi cuerpo.

Silverio, con la garganta oprimida, la reñía por pensar en cosas tristes.

Y así fué cómo durante dos años se amaron en la estrecha alameda y en la abierta campiña. Su idilio atravesó las heladas lluvias de Diciembre y las ardientes solicitudes de Julio, sin descender á la vergüenza de los amores comunes; ella conservó su exquisito encanto de cuento griego, su ardiente pureza, todos los inocentes balbuceos de la carne que desea y que ignora. Los muertos, los mismos

viejos muertos, murmuraron en vano á sus oídos. No sacaron del antiguo cementerio más que una tierna melancolía y el vago presentimiento de una corta vida; una voz les decía que morirían con sus ternuras vírgenes antes de sus bodas, el día en que quisieran entregarse el uno al otro. Allí fué, sin duda, sobre aquella piedra sepulcral, en medio de las osamentas escondidas entre las altas hierbas, donde respiraron su amor de la muerte, aquel agudo anhelo de dormirse juntos en el seno de la tierra que les hacía balbucear á la orilla del camino de Orchères, aquella noche de Diciembre, mientras que las dos campanas cambiaban sus tristes lamentos.

Mietta dormía tranquila, con la cabeza en el pecho de Silverio, mientras que él soñaba en las citas lejanas, en aquellos hermosos años de continuo encanto. Al amanecer despertó la joven. Ante ellos extendíase el valle lleno de luz bajo un cielo puro. El sol no había subido aún sobre las colinas. Una claridad de cristal, límpida y helada como agua de fuente, dibujaba los horizontes helados. Á lo lejos, el Viorne, parecido á una cinta blanca, perdíase

en medio de las tierras rojas y amarillas. Aquello era una perspectiva de masas grises de olivares, de viñedos parecidos á grandes piezas de tela rayada, toda una comarca agrandada por la pureza del aire y la serenidad del frío. El viento que soplaba tenuemente había helado el rostro de los jóvenes. Se levantaron vivamente, animados, contentos por la claridad del amanecer. La noche se había llevado sus tristezas, y miraban con ojos encantados el círculo inmenso de la llanura, y escuchaban el sonido de las campanas, que les parecían anunciar alegremente la alborada de un día de fiesta.

—¡ Ah ! ¡ qué bien he dormido ! (exclamó Mietta.) He soñado que me abrazabas.... Di, ¿ me has abrazado ?

—Es posible (contestó Silverio riendo). No tenía calor. Hace un frío atroz.

—Yo no siento frío más que en los pies.

—Pues bien, corramos.... Aún tenemos que andar dos leguas largas. Así te calentarás.

Bajaron la cuesta, y ganaron el camino corriendo. Luego, cuando estuvieron abajo, alzaron la cabeza, como para decir adiós á aque-

lla roca sobre la cual habían llorado, al abrazarse los labios con un beso. Pero no volvieron á hablar de aquella ardiente caricia que había puesto en sus ternuras un deseo nuevo, vago todavía, que no se atrevían á formular. Ni se cogieron del brazo con el pretexto de andar más de prisa. Andaban alegremente, algo confusos, sin saber por qué, cuando se encontraban sus miradas. El día avanzaba. El joven, á quien su maestro había enviado algunas veces á Orchères, tomaba sin vacilar los buenos senderos, los más directos. Hicieron así más de dos leguas. Mietta acusaba á Silverio de haberla extraviado. Con frecuencia, durante cuartos de hora enteros, no veían ni un trozo de horizonte, sino largas filas de almendros, cuyas ramas desnudas se destacaban sobre el pálido cielo.

De pronto desembocaron precisamente delante de Orchères. Gritos de júbilo, rumor de muchedumbre llegaban hasta ellos, distintos en el aire sereno. La banda insurrecta acababa de entrar en el pueblo. Mietta y Silverio entraron con los rezagados. Nunca habían visto un entusiasmo parecido. En las calles se

hubiera dicho que era día de procesión, á cuyo paso se cuelgan las ventanas con las más ricas telas. Se festejaba á los insurrectos como á libertadores. Los hombres los abrazaban, y las mujeres les traían víveres. En las puertas lloraban los viejos. Alegría completamente meridional, que se manifestaba de un modo ruidoso, cantando, bailando, gesticulando. Al pasar Mietta, fué envuelta en un corro que bailaba en la Plaza Mayor. Silverio la siguió. En aquel momento no se acordaba de sus ideas de muerte. Quería batirse, vender, al menos, cara su vida. La idea de la lucha lo embriagaba de nuevo. Soñaba en la victoria, en la vida feliz con Mietta, en la gran paz de la República universal.

Este fraternal recibimiento de los habitantes de Orchères, fué la última alegría de los insurrectos. Pasaron el día en una gran confianza y en una esperanza sin límites. Los prisioneros, el comandante Sicardot, los señores Garçonnet, Peirotte y los demás, que habían sido encerrados en una sala del Ayuntamiento, cuyas ventanas daban á la Plaza Mayor, miraban con sorpresa y susto aque-

llas danzas, aquellas corrientes de entusiasmo.

—¡Qué descamisados! (murmuraba el Comandante, apoyado en el antepecho de la reja como en el palco de un teatro): ¡y decir que no vendrán una ó dos baterías para barrer esta canalla!

Cuando vió á Mietta, añadió, dirigiéndose al señor Garçonnet:

—Mirad, señor Alcalde, aquella muchachuela roja. Esto es una vergüenza. Se han traído con ellos á sus hijos. Por poco que esto continúe, vamos á ver buenas cosas.

El señor Garçonnet movía la cabeza, hablando «de las pasiones desencadenadas» y «de los peores días de nuestra historia». M. Peirotte, blanco como el papel, permanecía silencioso: sólo abrió la boca para decir á Sicardot, que continuaba hablando amargamente:

—¡Más bajo, por Dios! ¡Vais á hacer que nos destrocen!

La verdad era que los insurrectos trataban á aquellos señores con la mayor dulzura. Hasta les hicieron servir por la noche una excelente comida. Mas para miedosos como el jefe económico, tales atenciones eran espantosas:

los insurrectos no debían tratarlos tan bien, más que con el objeto de encontrarlos más gordos y más tiernos para comérselos.

Al obscurecer, Silverio se encontró frente á frente con su primo, el doctor Pascual. El sabio había seguido á la columna á pie, hablando en medio de los obreros que le veneraban. Desde el principio se había esforzado en disuadirlos de la lucha; después, como convencido por sus discursos :

—Acaso tenéis razón (les había dicho con su sonrisa de indiferencia afectuosa); batíos, que yo estaré á vuestro lado para componeros los brazos y las piernas.

Y por la mañana se puso tranquilamente á recoger por el camino guijarros y plantas. Desesperábase por no haber traído su martillo de geólogo y su caja de botánico. Á aquellas horas llevaba los bolsillos llenos de piedras y debajo del brazo grandes paquetes de largas hierbas.

—¡Calle! ¿Eres tú, muchacho? (exclamó al ver á Silverio.) Yo creía ser aquí el único de la familia.

Pronunció estas últimas palabras con alguna ironía. Silverio se alegró mucho de en-

contrar á su primo. El Doctor era el único de los Rougon que le estrechaba la mano en la calle y que le mostraba una sincera amistad. Así, al verlo cubierto todavía del polvo del camino, y creyéndole adicto á la causa republicana, el joven manifestó un vivo placer. Hablóle de los derechos del pueblo, de su causa santa, de su triunfo asegurado, con énfasis juvenil. Pascual lo escuchaba sonriendo: examinaba con curiosidad sus gestos, la ardiente expresión de su fisonomía, como hubiera estudiado á un enfermo, diciendo con entusiasmo, al ver lo que había en el fondo de aquella generosa fiebre:

—¡Cómo hablas, cómo hablas! ¡Eres el nieto de tu abuela!

Y añadió en voz baja, con un tono de químico que toma notas:

—Histerismo ó entusiasmo, locura vergonzosa ó locura sublime. ¡Siempre esos diablos de nervios!

Después, concluyendo en voz alta, y como resumiendo su pensamiento:

—La familia está completa (añadió). Tendrá un héroe.

Silverio no había oído; seguía hablando de su querida República. Mietta se había detenido á algunos pasos, envuelta siempre en su gran capote; no abandonaba á Silverio, y habían recorrido toda la población cogidos del brazo. Aquella muchacha acabó por despertar la curiosidad de Pascual, que interrumpió bruscamente á su primo, preguntándole:

—¿Quién es esa joven que está contigo?

—Es mi mujer,—respondió Silverio gravemente.

El Doctor abrió desmesuradamente los ojos; no comprendía. Y como era muy tímido con las mujeres, envió á Mietta, al alejarse, un saludo con su sombrero.

La noche fué intranquila; corría mal viento para los insurrectos. Las tinieblas parecían haberse llevado el entusiasmo y la confianza de la víspera. Por la mañana, los rostros estaban sombríos; cambiábanse miradas tristes, y reinaba el silencio del decaimiento. Corrían rumores espantables; las malas noticias que los jefes habían tratado de ocultar, se habían esparcido sin que nadie hubiese hablado, difundidas por esa boca invisible que con su aliento

infunde el pánico en las multitudes. Corrían voces de que estaba vencido París, y que se habían rendido las provincias; y añadían que numerosas tropas, partidas de Marsella, bajo las órdenes del coronel Masson y M. de Bleriot, prefecto del departamento, avanzaban á marchas forzadas para destruir las partidas insurrectas. Aquel fué un despertar lleno de cólera y desesperación. Aquellos hombres, que el día antes ardían en fiebre patriótica, se sintieron helados con el gran frío de la Francia sometida, arrodillada vergonzosamente. ¡Sólos ellos habían tenido el heroísmo del deber! En aquel instante encontrábanse perdidos en medio del espanto de todos, en el silencio mortal del país: eran unos rebeldes; se les iba á cazar á tiros como á bestias feroces. Habían soñado en una gran guerra, en la revolución de un pueblo, en la conquista gloriosa del derecho. Ante la derrota y el abandono, aquel puñado de hombres lloró su fe muerta, su sueño de justicia desvanecido. Hubo quien, injuriando á toda la Francia por su cobardía, tiró sus armas, y fué á sentarse á la orilla del camino, diciendo que allí esperaba las balas de

la tropa, para mostrar cómo morían los republicanos. Aunque aquellos hombres no tenían delante de sí más que el destierro ó la muerte, hubo pocas deserciones. Una admirable solidaridad unía aquellas filas. La cólera era contra los jefes, que eran incapaces realmente. Habían cometido faltas irreparables; y luego, acobardados, sin disciplina, protegidos apenas por algunos centinelas, bajo las órdenes de hombres irresolutos, los insurrectos se encontraban á merced de los primeros soldados que se presentasen.

Todavía permanecieron dos días en Orchères, el martes y el miércoles, perdiendo el tiempo y agravando su situación. El general, el hombre del sable, que Silverio había mostrado á Mietta en el camino de Plassans, vacilaba bajo la terrible responsabilidad que pesaba sobre él. El jueves juzgó que decididamente era peligrosa la posición de Orchères. Hacia la una dió la orden de partir, y condujo su pequeño ejército á las alturas de Sainte-Roure. Aquella era, por lo demás, una posición inexpugnable para quien hubiera sabido defenderla. Sainte-Roure esparce sus casas

por la falda de una colina; detrás del pueblo, enormes rocas cierran el horizonte; no se puede subir á esta especie de ciudadela sino por la llanura de Nores, que se extiende por bajo de la meseta. Una explanada, de la que se ha hecho un paseo, plantado de soberbios olmos, domina la llanura. En esta explanada acamparon los insurrectos. Los presos tuvieron por cárcel una posada, el hotel de la *Mula-Blanca*, situada en medio del paseo. La noche fué medrosa y oscura. Se habló de traición. Por la mañana, el hombre del sable, que había olvidado tomar las más sencillas precauciones, pasó una revista. Las fuerzas estaban alineadas, volviendo la espalda á la llanura, con su extraña mezcla de trajes de todas formas y colores, ceñidos por rojos cinturones; las armas, bizarramente confundidas, brillaban al sol, cuando en el momento en que el improvisado general pasaba á caballo por delante del pequeño ejército, un centinela, colocado entre unos olivares, corrió gesticulando y gritando:

—¡ Los soldados! ¡ los soldados!

La emoción fué indecible. Al principio creyóse una falsa alarma. Los insurrectos, olvi-

dando toda disciplina, se lanzaron hacia adelante y corrieron al borde de la explanada para ver á los soldados. Se rompieron las filas. Y cuando apareció la línea oscura de la tropa correcta, con el brillo de las bayonetas, detrás de la cortina gris de los olivos, hubo un momento en que todo el mundo retrocedió, y se produjo una confusión, que hizo recorrer un estremecimiento de pánico de un extremo á otro de la llanura.

Sin embargo, en el centro del paseo, La Palud y Saint-Martin de Vaulx, se habían rehecho y se mostraban firmes y valientes. Un carnicero, un gigante, cuya cabeza sobresalía por encima de la de sus compañeros, gritaba agitando una bandera roja: «¡ Á nosotros, Chavanoz, Graille, Poujols, Saint-Eutrope! ¡ Á nosotros, las Tulettes! ¡ Á nosotros, Plassans!

Por la llanura atravesaban grandes corrientes de muchedumbre. El hombre del sable, rodeado de las gentes de Faverolles, se alejó rodeado de campesinos de Vernoux, Corbière, Marsanne y Pruinas, para envolver al enemigo y atacarlo de flanco. Por otra parte, Valqueyras, Nazère, Castel-le-Vieux, las Roches-Noires,

Murdaran, se lanzaron por la izquierda, y se dispersaron en guerrillas por la llanura de Nores.

Y mientras que el paseo quedaba desierto, los pueblos, las aldeas que el carniceró había llamado en su ayuda, sereunían, formando bajo los olmos una masa oscura, irregular, agrupada fuera de todas las reglas de la estrategia, pero que había rodado allí como una roca, para impedir el paso ó morir. Plassans se encontraba en medio de este heroico batallón. En la mancha gris de las blusas y de las chaquetas, en la masa de azulado brillo de las armas, el capote de Mietta, que sostenía la bandera con las dos manos, era como una mancha roja, semejante á una herida recién hecha y sangrando.

Reinó de pronto un profundo silencio. En una de las ventanas de la *Mula-Blanca* apareció la cabeza de M. Peirotte, hablando y gesticulando.

—Escondeos, cerrad la ventana (gritaron con furia los insurrectos): vais á haceros matar.

Cerróse apresuradamente la ventana, y ya

no se oyó más que el cadencioso paso de los soldados que se aproximaban.

Transcurrió un minuto interminable. La tropa había desaparecido, ocultándose en un repliegue del terreno, y bien pronto vieron los insurrectos, por el lado de la llanura, al ras del suelo, las puntas de las bayonetas que se movían y se agrandaban, brillando á la luz del sol naciente, como un campo de mieses de espigas de acero. Silverio, en aquel momento de fiebre que le estremecía, creyó ver pasar ante sí la imagen del gendarme cuya sangre le había manchado las manos; sabía, por los relatos de sus compañeros, que Renquede no había muerto, que sólo tenía un ojo saltado; y lo distinguía claramente, con su órbita vacía, sangrienta, horrible. El recuerdo de aquel hombre, en el que no había pensado desde su salida de Plassans, le era insoportable. Temía tener miedo, y apretaba violentamente su carabina, con los ojos velados por una nube, ardiendo en deseos de descargar su arma, de hacer pedazos á tiros aquella imagen. Las bayonetas seguían subiendo lentamente.

Cuando las cabezas de los soldados apare-

cieron al borde de la explanada, Silverio, con un movimiento instintivo, volvi6se hacia Mietta. All6 estaba ella, erguida, con su cara de rosa, destac6ndose sobre los rojos pliegues de la bandera; alz6base sobre la punta de los pies para ver la tropa; una contracci6n nerviosa hac6a estremecer su nariz, y mostraba sus blancos dientes de lobo entre el rojo de sus labios. Silverio la sonre6a, y a6un no hab6a vuelto la cabeza, cuando estall6 una descarga. Los soldados, de los cuales apenas se ve6an todav6a los hombros, acababan de hacer sus primeros disparos. Pareci6le 6 Silverio que un hurac6n pasaba sobre su cabeza, al mismo tiempo que una lluvia de hojas cortadas por las balas ca6a de los olmos. Un ruido seco, semejante al de una rama seca que se troncha, la hizo mirar 6 su derecha, y vi6 al carnicero, cuya cabeza sobresal6a por encima de las de los dem6as, con un agujero negro en medio de la frente. Entonces descarg6 su carabina, sin apuntar, la volvi6 6 cargar, y tir6 de nuevo, loco, furioso, como una fiera que no piensa en nada, que s6lo trata de matar. Ni siquiera ve6a 6 los soldados; entre los olmos flotaba una hu-

mareda semejante á un trozo de muselina gris. Las hojas seguían lloviendo sobre los insurrectos; la tropa tiraba muy alto. Á cada instante, entre el estrépito de las descargas, el joven oía un suspiro, un sordo gemido; en el centro de la banda formóse una especie de cuadro, en donde se hacía sitio al desgraciado que caía, agarrándose á los hombros de su vecino. El fuego duró diez minutos.

Después, entre dos descargas, un hombre gritó: «¡Sálvese quien pueda!», con acento de terror. Escucháronse rugidos, murmullos de rabia, que decían: «¡Cobardes! ¡Oh! ¡Cobardes!» Circulaban rumores siniestros: el jefe había huido; la caballería acuchillaba á los insurgentes dispersos en la llanura de Nores. Y los disparos no cesaban, rasgando la humareda con resplandores súbitos. Una voz ruda repetía que era preciso morir allí. Pero otra voz, la voz del terror, gritaba más alto: «¡Sálvese quien pueda!»

Unos huyeron, arrojando sus armas, saltando por encima de los muertos; otros estrechaban las filas. Quedaron unos diez insurrectos. Dos de ellos huyeron también, y de

los otros ocho, tres fueron muertos á la vez.

Los dos niños se habían quedado maquinalmente, sin comprender nada. Á medida que el batallón disminuía, Mietta alzaba más la bandera, y la tenía como un gran cirio, delante de sí, con los puños apretados. Estaba acribillada á balazos. Cuando Silverio no tuvo ya más cartuchos en los bolsillos, cesó de disparar, y miró su carabina con aire estúpido. En aquel mismo momento pasó una sombra por delante de sus ojos, como si un pájaro colosal le hubiera rozado la frente con sus alas; y alzando los ojos, vió que la bandera caía de las manos de Mietta. La niña, con los dos puños apretados sobre el pecho y el rostro expresando un sufrimiento atroz, se retorció convulsa. No lanzó ni un grito, y desplomóse sobre la roja enseña.

—¡Levántate, y ven pronto!—dijo Silverio, tendiéndola la mano, con la cabeza perdida.

Pero Mietta no se movió; tenía los ojos muy abiertos, y no decía una palabra. Silverio comprendió, y se arrodilló.

—¿Estás herida? (dijo.) ¿En dónde?

Mietta no contestó; mirábale con los ojos

desmesuradamente abiertos, sacudida por ligeros estremecimientos. Entonces él la separó las manos.

—Es aquí, ¿no es verdad?

Y desgarrándola el corpiño, descubrió su pecho. Buscó, y no encontró nada. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Después, bajo el pecho izquierdo, notó un agujerito rosado; una sola gota de sangre manchaba la piel.

—Esto no será nada (balbuceó); voy á buscar á Pascual, y te curará. ¡Si pudieras levantarte!.... ¿No puedes?

Los soldados ya no disparaban; se habían lanzado por la izquierda en persecución de los grupos que seguían al hombre del sable. En medio de la explanada solitaria, sólo estaba Silverio, arrodillado ante el cuerpo de Mietta. Con la terquedad de la desesperación, la había cogido entre sus brazos. Quería ponerla en pie; pero la niña experimentó tal sacudida de dolor, que volvió á dejarla en el suelo. Silverio la suplicaba:

—¡Háblame, te lo ruego! ¿Por qué no dices nada?

La infeliz no podía. Agitó las manos con un

movimiento dulce y lento, para decir que no tenía la culpa. Sus labios, apretados, se adelgazaban ya bajo el dedo de la muerte. Con los cabellos sueltos y la cabeza entre los pliegues sangrientos de la bandera, ya no tenía vida más que en sus negros ojos, que brillaban sobre el blanco rostro. Silverio sollozaba. Aquellas miradas le hacían daño. Veía en ellas una despedida de la vida. Mietta le decía que partía sola, antes de sus bodas; que se iba sin ser su mujer; decíale también que era él quien había querido esto, que debió amarla como todos los mozos aman á las jóvenes. En su agonía, en aquella ruda lucha que su naturaleza sanguínea sostenía con la muerte, lloraba su virginidad. Silverio, inclinado sobre ella, comprendió los amargos sollozos de aquella carne ardiente. Oyó á lo lejos las sollicitaciones de las viejas osamentas; recordó las caricias que habían quemado sus labios por la noche á orillas del camino: ella se colgaba á su cuello, le pedía todo el amor, y él no había sabido dárselo; dejaba partir á aquella niña desesperada por no haber gustado las voluptuosidades de la vida. Entonces, desolado por verla no

llevar de él más que un recuerdo de niño y de buen camarada, besó su pecho de virgen, aquella garganta casta y pura que acababa de descubrir. Jamás había visto aquel seno que se estremecía, aquella admirable pubertad. Las lágrimas abrasaban sus labios, y apretó su boca, sollozando, sobre la piel de la niña. Sus besos de amante animaron con una postrera alegría los ojos de Mietta. Se amaban, y su idilio se desenlazaba en la muerte.

Pero no podía creer que ella muriese, y decía :

—No; ya verás como esto no es nada.... No hables si te duele.... Espera; voy á levantarte la cabeza; después te calentaré: tienes las manos heladas.

Las descargas volvían á comenzar por la izquierda, entre los olivares. Sordo rumor del galopar de la caballería subía de la llanura de Nores. Y á cada instante oíanse gritos de hombres á quienes se acuchillaba sin piedad. Llegaban espesas humaredas arrastrándose bajo los olmos de la explanada. Pero Silverio ni oía, ni veía. Pascual, que bajaba corriendo hacia la llanura, lo vió, y creyóle herido. Así

que el joven lo reconoció , se agarró á él y le mostró á Mietta.

—Miradla (decía): está herida , aquí , debajo del seno.... ¡ Ah ! ¡ Qué bueno soís por haber venido ; vos la salvaréis !

En aquel momento la moribunda tuvo una ligera convulsión. Una sombra dolorosa pasó por su rostro , y de sus apretados labios , que se abrieron , salió un débil suspiro. Sus ojos , siempre muy abiertos , quedaron clavados en el joven.

Pascual , que se había inclinado , se levantó , diciendo á media voz :

—Está muerta.

¡ Muerta ! Aquella palabra hizo tambalearse á Silverio. Se había vuelto á arrodillar , y cayó como derribado por el débil suspiro de Mietta.

—¡ Muerta ! ¡ muerta ! (repetía.) No es verdad , me mira.... Ved bien cómo me mira.

Y cogió al médico , pidiéndole que no se fuese , afirmándole que se engañaba ; que Mietta no estaba muerta , y que él podía salvarla si quería. Pascual luchó dulcemente , diciendo con su voz afectuosa :

—Nada puedo hacer ; otros me esperan....
Déjame, pobre niño ; está muerta.

Silverio volvió á caer. ¡ Muerta ! ¡ muerta !
¡ Esta palabra resonaba en su cabeza vacía !
Cuando estuvo sólo , se arrastró hacia el
cadáver. Arrojóse sobre él , puso la cabeza
sobre aquella garganta desnuda , y la bañó
con sus lágrimas. Estaba loco. Apretó furio-
samente sus labios sobre la redondez naciente
de aquellos pechos ; les transmitía con un beso
todo su fuego, toda su vida, como para resuci-
tarla. Pero la niña permanecía fría á sus cari-
cias. Sentía aquel cuerpo inerte abandonado
entre sus brazos. Le acometió el espanto , y
acurrucándose, con el rostro trastornado y los
brazos caídos , permaneció allí , repitiendo es-
túpidamente :

—Está muerta , pero me mira ; no cierra los
ojos ; me ve, me ve....

Aquella idea le infundió una gran dulzura.
Cambió con Mietta una larga mirada : leyendo
siempre en aquellos ojos, hacía la muerte más
profunda la última despedida de la niña llo-
rando su virginidad.

Entretanto , la caballería seguía acuchi-

llando á los fugitivos en la llanura de los Nores; el galope de los caballos, los gritos de los moribundos alejábanse, iban desvaneciéndose como una música lejana, llevados por el aire puro. Silverio no sabía ya que continuaba la lucha. No vió á su primo que subía la cuesta, y que atravesaba de nuevo el paseo. Al cruzar Pascual junto á él, cogió la carabina de Macquart, que Silverio había arrojado; la conocía, por haberla visto colgada en la chimenea de tía Dida, y pensaba salvarla de las manos de los vencedores. Apenas había entrado en la posada de la *Mula-Blanca*, donde habían sido conducidos muchos heridos, cuando una oleada de insurrectos, á quienes daba caza la tropa como á fieras, invadió la explanada. El hombre del sable había huído; sólo se batían ya los últimos dispersos en la campiña. El coronel Masson y el prefecto M. Bleriot se apiadaron, y ordenaron vanamente la retirada. Los soldados, furiosos, continuaban tirando y clavando á los fugitivos contra las paredes á bayonetazos. Cuando ya no tuvieron enemigos delante, acribillaron á balazos la fachada de la *Mula-Blanca*. Los pestillos saltaban; una ventana, que estaba

entreabierta, fué arrancada con ruido estridente. En el interior gritaban: «¡ Los prisioneros! ¡ Los prisioneros!» Pero la tropa no oía, y seguía disparando. Vióse un momento al comandante Sicardot aparecer y hablar, moviendo los brazos. Á su lado el jefe económico, M. Peirrotte, mostró su cuerpecillo y su cara asustada. Todavía sonó otra descarga, y el burgués cayó á tierra como una masa.

Silverio y Mietta se miraban. El joven seguía inclinado sobre la muerta, en medio de las descargas y de los gemidos de agonía, sin volver siquiera la cabeza. Sólo sintió que por allí había hombres, y experimentó un sentimiento de pudor: echó sobre Mietta los pliegues de la bandera, cubriendo su pecho desnudo.

Pero la lucha había acabado. La muerte del jefe económico calmó á los soldados, que recorrían todos los rincones de la explanada para no dejar escapar á ningún insurrecto. Un gendarme vió á Silverio, acercósele, y al verle tan niño, le preguntó:

—¿Qué haces ahí, galopín?

Silverio, con los ojos puestos en los ojos de Mietta, no contestó.

—¡Ah, bandido; tienes las manos ennegrecidas por la pólvora! (gritó el gendarme, que se había inclinado.) ¡Vamos, arriba, canalla!

Y como Silverio, sonriendo vagamente, no se moviera, el gendarme se fijó en que aquel cadáver que se encontraba envuelto en la bandera era el cadáver de una mujer.

—¡Una hermosa joven; bien está!.... (murmuró.) ¿Tu querida, eh? ¡Perdido!

Después añadió con su sonrisa de gendarme:

—¡Vamos, arriba!.... Ahora que está muerta, ya no puedes dormir con ella.

Y tiró violentamente de Silverio; lo puso en pie, y lo arrastró como un perro al cual se lleva por una pata. Silverio se dejó conducir, con una obediencia de niño. Volvióse, y miró á Mietta. Se desesperaba por dejarla sola bajo los árboles. Miróla de lejos por última vez. La muerta quedaba allí, casta, con la cabeza ligeramente inclinada sobre la roja bandera y los grandes ojos fijos en el espacio.



VI.

Á las cinco de la mañana se atrevió Rougon á salir de casa de su madre. La anciana habíase dormido en una silla. Poco á poco avanzó el primero hasta la esquina del callejón de Saint-Mittre. No se percibía el más leve ruido, ni se veía una sombra. Siguió hasta la puerta de Roma. El hueco de la puerta, abierto de par en par, se hundía en la ciudad adormecida. Plassans dormía á puer-
na suelta, sin preocuparse gran cosa de la imprudencia que cometía dejando así abandonadas las puertas. Parecía una población muerta. Pedro, cobrando cada vez mayores ánimos, se aventuró por la calle de Niza. Desde lejos escudriñaba todas las bocacalles, y en cada portal parecíale ver una partida de insurrectos resuel-

ta á echársele encima. Así llegó al paseo de Sauvaire, sin más tropiezos que los sobresaltos consiguientes á su pusilanimidad. Era indudable: los insurrectos se habían desvanecido en las tinieblas como una pesadilla.

Pedro se paró un instante en la desierta calle. Lanzó un largo suspiro de desahogo y de triunfo. Por fin, los vagabundos aquellos le dejaban libre á Plassans. La ciudad le pertenecía. Durmiendo como una tonta, obscura, tranquila y muda, se le ofrecía de suerte que, para obtenerla, bastábale alargar la mano. Aquel pequeño reposo, aquella investigación de hombre superior en medio del sueño de toda una subprefectura, le llenaron el ánimo de regocijo. Cruzado de brazos, en la actitud de un famoso capitán la víspera de una gran batalla, permaneció breve espacio. En su alrededor, sólo se percibía el ruido de los chorros de agua de las fuentes, cayendo sonoramente en las pilas.

De pronto le asaltó viva inquietud. ¡Si por desgracia el golpe estuviera ya dado sin su concurso! ¡Si los Sicardot, los Garçonnet y los Peirrotte, en vez de ser presos por la partida insurrecta, la tuviesen ya á buen recaudo en las

cárceles de la ciudad! Frío sudor empapó su frente, y echó á andar, ganoso de oir de boca de Felícitas noticias más exactas. Pegado á las casas, adelantó rápidamente por la calle de Banne, cuando un extraño espectáculo que se le ofreció una de las veces que alzó la cabeza, le dejó inmóvil como una estatua. Una de las ventanas del salón amarillo estaba iluminada, y, en medio de aquel resplandor, una forma negra, en la cual reconoció á Felícitas, se agitaba con muestras de desesperación. Sin saber qué le pasaba, hacía las más absurdas suposiciones, lleno de miedo, cuando un objeto duro y sonoro cayó á sus pies. Era que su mujer le echaba la llave del pajar en donde tenían escondidas las armas. Deshizo el camino, sin comprender por qué su mujer le indicaba que no subiera y pensando cosas terribles.

Fué derecho á casa de Roudier, que estaba levantado y dispuesto á salir, pero ignorante de los sucesos de aquella noche. Vivía en un extremo de la ciudad nueva, en un sitio muy solitario, adonde no llegó ni el eco más leve de la presencia de los insurgentes. Pedro le propuso ir juntos á buscar á Granoux, cuya casa hacía esqui-

na á la calle de Recollets, que fué una de las que atravesaron los insurrectos. Antes de consentirles entrar, la criada del consejero parlamentó largo rato, y hasta ellos llegaba la voz del inquilino, que gritaba desde el primer piso :

—No abras, Catalina, que están las calles infestadas de ladrones.

Estaba á obscuras en su alcoba. Cuando reconoció á sus dos amigos, se tranquilizó ; pero no quiso que su criada llevase la lámpara, temeroso de que la claridad sirviera de blanco á algún balazo. Parecíale que todavía estaban en la ciudad los insurgentes. Tendido en un sillón, en calzoncillos, y con la cabeza envuelta en un pañuelo, gemía :

—¡Ay, amigos míos! Probé á dormir, pero hacían tanto ruido, que me tuve que levantar, y me senté en esta butaca. Todo lo he visto. ¡Qué caras! Eran una partida de escapados de presidio. Por aquí pasaron ; llevaban presos al bravo comandante Sicardot, al digno M. Garçonnet y al Inspector de correos, gritando como salvajes.

Rougon sentía grande alegría al oír esto. Oía repetir á Granoux que á todas las autoridades

las había visto entre las bayonetas de los insurgentes.

--¡Cuando yo os lo digo! (sollozaba el infeliz Granoux). Á Peirotte también lo prendieron, y cuando pasaban por debajo de la ventana, le oí decir: «¡Por Dios, no me hagáis daño!» ¡Debían martirizarle!.... ¡Ah! ¡Qué vergüenza y qué horror!

Boudier procuró tranquilizar á Granoux, diciéndole que la ciudad estaba libre de invasores. Y cuando Pedro le dijo que iban á buscarle para salvar á Plassans, apoderóse de él guerrero entusiasmo.

Los tres futuros salvadores de la salud pública deliberaron y resolvieron despertar cada cual á todos sus amigos y citarles en el pajar, arsenal secreto de la reacción. Pedro seguía acordándose de los aspavientos de Felícitas, viendo en todos puntos un peligro inminente. Granoux, que era, sin duda, el más torpe de los tres, fué el primero á quien se le ocurrió que podían haber quedado algunos republicanos en la ciudad. Rougon, al oírle, tuvo un presentimiento, y pensó:

—En esto debe andar mi hermano Antonio.

Una hora después estaban reunidos en el pajar, situado en una calle solitaria. Procurando hacer el menor ruido posible, fueron de puerta en puerta despertando á todos sus amigos. Pero no lograron reunir más que cuarenta, que acudieron á la cita sin corbata, con los rostros pálidos y los ojos soñolientos todavía. El pajar, arrendado por un tonelero, estaba lleno de cascos de barriles y cubas inútiles. Los fusiles estaban en tres cajones. Una linterna colocada encima de una pipa alumbraba aquella extraña escena con sus reflejos vacilantes y tenues. Cuando Rougon levantó las tapas de los cajones, el espectáculo de aquella reunión era á la vez grotesco y siniestro. Sobre los montones de fusiles inclinábanse todas las caras, revelando espanto, y sobre las paredes la luz de la linterna dibujaba descomunales narices y mechones enormes de cabellos erizados.

La banda reaccionaria pasó revista, y al ver cuán pocos eran, un movimiento de vacilación se expresó en todas las miradas. Eran treinta y nueve, y si se arriesgaban, corrían gran peligro de ser asesinados; un padre de familia habló de sus hijos: muchos, sin alegar ningún pretexto, se encaminaron hacia la puerta. Pero llegaron

otros dos conjurados que vivían en la plaza del Hotel de Ville, y dijeron que no quedaban en el Ayuntamiento más que unos veinte republicanos, y esto dió origen á nueva deliberación. Cuarenta y uno contra veintinueve eran bastantes para intentar un golpe de mano. Cuando se distribuyeron los fusiles, hubo un general estremecimiento.

Rougon entregaba á cada cual un fusil, y el contacto de los cañones helados producíales á todos un escalofrío que los penetraba hasta las entrañas. Las sombras de los cuerpos se proyectaban sobre la pared, semejantes á esos reclutas que pintan los niños con los diez dedos abiertos y el arma entre ellos. Pedro cerró de nuevo las cajas con pena; dejaba en ellas ciento nueve fusiles, que de muy buena gana hubiera distribuido; en seguida comenzó el reparto de cartuchos. En un rincón de la cuadra había dos toneles llenos de municiones, suficientes para defender á Plassans contra un ejército. Como estaba oscuro aquel lado del local, uno de los conjurados cogió la linterna para alumbrar; pero otro (un choricero con unas manos como un gigante) se enfadó, diciendo que era una imprudencia acercar la

luz á la pólvora. Todos los demás asintieron. Los cartuchos fueron distribuidos en medio de las más profundas tinieblas. Llenáronse todos los bolsillos, hasta hacerlos reventar. Luego que estuvieron dispuestos y con los fusiles cargados en medio de infinitas precauciones, permanecieron un momento mirándose entre sí, con rostros que revelaban crueldad, cobardía y estupidez al mismo tiempo.

Por las calles andaban silenciosos, pegados á las paredes, en fila, como los salvajes cuando van á la guerra. Rougon habíase puesto á la cabeza, por ser el sitio de honor; era llegada la hora de exhibir su persona, si quería realizar todos sus planes: á pesar del frío, sudaba y trasudaba; pero, por un esfuerzo enorme, conservaba un aspecto bastante marcial. Roudier y Granoux le seguían. Dos veces la columna se paró en seco, creyendo oír ruido lejano de combate; pero al convencerse de que procedía sencillamente de las bacías colgadas en la muestra de un peluquero, que se movían agitadas por el viento, los salvadores de Plassans volvieron á ponerse en marcha, prudentemente, recatándose en la sombra, pero afectando valor y con-

flanza. Así llegaron á la plaza del Hotel de Ville. Agrupáronse alrededor de Rougon, y de nuevo deliberaron. Eran cerca de las siete de la mañana; comenzaba á rayar el día, y en la fachada del Ayuntamiento se veía luz en una ventana tan sólo.

Después de más de diez minutos de discusión en voz baja y temblorosa, resolviéronse á adelantar hasta la puerta, para enterarse de lo que significaba aquel silencio y aquella obscuridad poco tranquilizadoras. La puerta estaba entornada. Uno de los conjurados asomó la cabeza, la retiró en seguida, y dijo que en el portal había visto sentado á un hombre durmiendo, con el fusil entre las piernas. Rougon, viendo ocasión de hacer la primera heroicidad, entró el primero, acercóse al hombre y le sujetó, mientras Rouquier le tapaba la boca con un pañuelo. Este primer éxito, logrado en el silencio, envalentonó á la partida reaccionaria, que esperaba una mortífera lucha, hasta el punto de verse Rougon obligado á hacer gestos, imponiendo silencio, para que la alegría de sus soldados no fuera en extremo ruidosa.

Siguieron andando de puntillas, y á mano

izquierda, en el cuerpo de guardia, vieron quince hombres tumbados en el camastro, roncando á pierna suelta á la moribunda luz de un farol fijo en la pared. Rougón, que por instantes iba descubriendo mayores aptitudes para la milicia, dividió su fuerza: dejó unos cuantos hombres, al mando de Roudier, en la puerta del cuerpo de guardia, con orden de no despertar á los dormidos enemigos; pero advirtiéndoles que los tuvieran á raya, y en caso de que se moviesen, los cogieran prisioneros, y con el resto de la fuerza, veinte héroes, subió poquito á poco al piso principal. Inquietábale aquella luz que había visto, porque seguía viendo en todo aquello la mano de Macquart, y comprendiendo que era menester apoderarse también de los que arriba velaban, prefirió hacerlo por sorpresa, antes que el ruido de un combate entablado en el patio los pusiera sobre aviso.

En efecto: Antonio estaba en el despacho del Alcalde, arrellanado en la poltrona y de codos sobre el escritorio. Después de la partida de los insurrectos, con esa confianza que es patrimonio de la gente grosera, creyóse el amo de Plassans. Para él aquella partida de tres mil hombres era

un ejército invencible. Sólo su proximidad debía, á su juicio, imponer miedo á la ciudad en masa. Además, los gendarmes estaban encerrados; los nobles, temblando de miedo; los burgueses del barrio nuevo, ninguno de ellos era capaz de coger un fusil, y, aunque fueran capaces, no tenían armas, y, por lo tanto, no había soldados posibles. Pensando así, ni tuvo la precaución de cerrar la puerta, y mientras sus secuaces llevaban todavía más lejos la confianza durmiéndose como lirones, él esperaba tranquilamente la llegada del día para reunir alrededor de sí á todos los republicanos del contorno.

Trazaba ya el plan de medidas revolucionarias: el nombramiento de una asamblea comunista, de la cual sería el presidente: la prisión de todos los malos patriotas, y, sobre todo, de los que más antipáticos le eran: todo esto acariciaba soñando despierto. Pensando que los Rougon estaban vencidos, desierto el salón amarillo, y toda la camada en vísperas de arrastrarse á sus pies implorando gracia, sentíase destallecer de gozo. Para matar el tiempo, había resuelto dar un bando á los habitantes de Plassans. Cuatro se pusieron á redactarlo, y á fuerza de fuerzas lo

consiguieron. Cuando estuvo corriente, hizo que se lo leyesen, y escuchaba la lectura en actitud digna, antes de enviarlo á la imprenta de *El Independiente*, con cuyo civismo contaba. Uno de los redactores empezó con gran énfasis: «Habitantes de Plassans: La hora de la independencia ha sonado; el reinado de la justicia ha vencido....»

El ruido que hacía la puerta abriéndose lentamente, le hizo volver la cabeza.

—¿Eres tú, Cassoute?—preguntó Macquart, interrumpiendo la lectura.

La puerta siguió abriéndose; pero nadie respondió.

—Entra, hombre (prosiguió Antonio, impaciente). ¿Estaba en su casa el ladrón de mi hermano?

De súbito las dos hojas de la puerta, empujadas con violencia, chocaron contra la pared, y una oleada de hombres, entre los cuales estaba Rougon, rojo, con los ojos fuera de las órbitas, se precipitaron en el despacho, blandiendo sus fusiles como si fueran garrotes.

—¡Ah, canallas! (aulló Macquart.) ¡Tenían armas!

Trató de coger un par de pistolas que tenía

encima de la mesa, pero ya cinco hombres le tenían cogido. Los otros, los redactores de la proclama, se defendieron un instante: hubo empujones, sordos porrazos y sendos revolcones. Los combatientes veíanse embarazados por los fusiles, que no querían soltar tampoco. En esto, el de Rougon, á quien trataba un insurrecto de arrebatárselo, se disparó con gran estrépito, llenando de humo el cuarto: la bala fué á dar en el espejo que sobre la chimenea adornaba la pared, llegando hasta el techo, y tenía fama de ser uno de los mejores de la ciudad. La detonación ensordecióles á todos, y puso fin al combate.

Mientras los de arriba jadeaban, en el patio sonaron tres disparos. Granoux corrió á una de las ventanas del gabinete, y otros varios, como él, se asomaron, esperando, hasta ver qué era, poco animados para empezar la pelea con los de abajo, á quienes en el calor de su victoria habían olvidado. Roudier gritó que todo había concluido. Granoux cerró la ventana radiante de júbilo. La verdad era que el disparo del fusil de Rougon había despertado á los dormilones, quienes se rindieron, viendo que toda resistencia sería inútil. Pero tres de los vencedores, sin saber por

qué, como contestando al disparo del piso principal, hicieron fuego al aire. Hay momentos en los cuales los fusiles, en poder de cobardes, se disparan solos.

Rougon mandó atar á Macquart con los alzapuños de seda de las cortinas del balcón. Este gruñía, llorando de rabia :

—¡ Adelante...., adelante!....(balbuceaba): que esta noche, cuando vuelvan los otros, hablaremos y ajustaremos cuentas.

Aquella alusión á la partida insurrecta hizo sentir un escalofrío en la espalda á todos los vencedores. Sobre todo Rougon, sintió que la garganta se le anudaba. Macquart, furioso de verse cogido por aquellos cobardones, á quienes desdeñaba á título de antiguo soldado, rugía y los desafiaba con ojos brillantes de odio.

—Bonitas cosas sé yo.... Eso....; enviadme á la Cour d'Assises, y veréis qué historias para hacer reir les cuento yo de vosotros á los jueces....

Rougon se puso lívido. Temió que Macquart hablase y le hiciera perder en el concepto de aquellos señores que le ayudaban á salvar á Plassans. Todos habíanse retirado á un rincón, azorados por el encuentro de los dos hermanos.

y comprendiendo que entre ellos iba á entablar-se algún altercado borrascoso. Rougon tomó una medida heroica. Avanzó hacia el grupo, y dijo con enérgico acento :

—Encerremos aquí á este hombre; y cuando haya reflexionado sobre la situación en que se ve, podrá suministrarnos preciosos antecedentes.

Y con acento más digno todavía, prosiguió :

—He jurado salvar la ciudad, y cumpliré con mi deber, aunque hubiera de convertirme en verdugo de mi pariente más próximo.

Oyéndole, cualquiera le hubiese tomado por un romano de la antigua edad, sacrificando su familia entera en aras de la patria. Granoux, lleno de emoción, corrió á estrecharle la mano con aspecto tan compungido, que parecía decir : «Comprendo ese heroismo; eso es sublime».

Y en seguida le hizo el grandísimo favor de llevarse al patio á todos los demás, so pretexto de escoltar á los otros cuatro prisioneros.

Cuando Pedro quedó sólo con su hermano, recobró todo su aplomo, y exclamó :

—No me esperabas, ¿verdad? Por lo visto me tendías un lazo. ¡Infeliz! Ve adonde te han conducido tus vicios y tus desórdenes.

—Déjame en paz (replicó Antonio, encogiéndose de hombros). Eres un grandísimo pillo..., y al freir será el reir.

Rougon, que no tenía formado plan con respecto á la suerte de su hermano, lo encerró en un gabinetito que M. Garçonnet usaba rara vez. Aquél recibía la luz por una claraboya practicada en el techo, y no tenía más salida que la puerta. Dos butacas, un lavabo de mármol y un diván, constituían el mueblaje. Pedro cerró la puerta con dos vueltas de llave, después de haber aflojado un poco las ligaduras de las manos de Antonio. Éste dejóse caer sobre el diván, y entonó el *Ça ira* (1) con voz formidable, como si con aquel tremendo canto deseara adormecerse. Al verse por fin solo, sentóse Rougon en la poltrona del Alcalde, lanzó un suspiro, y enjugó el sudor que inundaba su frente. Ruda prometía ser la lucha por la fortuna y los honores. Por fin estaba vencida la primera dificultad; sentía hundirse debajo de su peso la muelle butaca; maquinalmente acariciaba con la mano el escritorio de caoba, y su contacto pa-

(1) Himno popular que entonaba el pueblo en la época del Terror, en 1793.

recíale suave y delicado, como el del cutis de una mujer bonita.

Se arrellanó más, y tomando la digna actitud que poco antes tenía su hermano Macquart, escuchando la lectura de la proclama, giró los ojos en torno suyo. El silencio del gabinete tenía para él cierto perfume religioso, que le llenaba el alma de inefables goces. Hasta el olor al polvo y á los papeles viejos que impregnaba el aire del despacho deleitaba sus abiertas narices, como si fuera aromoso incienso. Aquella habitación, las tintas descoloridas de los muebles, apestando á complicados negocios y á miserables preocupaciones de un municipio de tercer orden, era el templo ansiado, en el cual él representaba el ídolo. En el fondo no era muy afecto á los curas; pero en aquellos instantes había algo sagrado en todo lo que le rodeaba, y en su mente se reanimaba el delicioso recuerdo del éxtasis en que había quedado sumido cuando hizo la primera comunión, creyendo que se tragaba el cuerpo de Jesucristo.

De vez en cuando, aquel delicioso estado del ánimo era alterado por las voces de Macquart, y, sin poder evitarlo, Rougón saltaba nervioso sobre el asiento. Las palabras *aristocracia*, *farol*,

las amenazas de muerte, llegaban hasta él á través de la puerta del gabinete, é interrumpían con violencia su triunfal ensueño. Siempre aquel hombre cruzándose en su camino. Sus ilusiones de ver á Plassans á sus pies se desvanecían de súbito, y aparecíasele la Cour d'Assises, los jueces, los jurados y un numeroso público, escuchando las vergonzosas revelaciones de Macquart, la historia de los cincuenta mil francos, y otras por el estilo; ó bien la poltrona, en la cual estaba sentado muellemente, desaparecía y encontrábase ahorcado de un farol de la calle de Banne. ¿Quién le desembarazaría de aquel miserable?... Al cabo, Antonio se durmió, y Pedro pudo, por espacio de diez minutos, consagrarse á sus ensueños sin que le interrumpiera nadie.

Roudier y Granoux le hicieron volver á la realidad. Venían de la cárcel, en donde habían encerrado á los insurrectos. El día avanzaba; pronto la ciudad estaría despierta, y era menester tomar una determinación. Roudier opinó que antes de nada convenía dirigir una alocución á los habitantes de Plassans. Precisamente en aquel momento estaba Pedro leyendo el bando que los insurgentes habían dejado sobre la mesa.

—Aquí tenemos uno que nos sirve como anillo al dedo; sólo hay que cambiar unas cuantas palabras.

Un cuarto de hora después, Granoux leía con voz conmovida:

«Habitantes de Plassans: Ha llegado la hora de la resistencia y el reinado del orden....»

Decidieron tirar la proclama en la imprenta de la *Gaceta*, y fijarla luego en todas las esquinas.

—Ahora, señores, vámonos á mi casa. Entretanto, Granoux convocará á los consejeros municipales que no han sido presos, y les contará las terribles ocurrencias de esta noche. (Y con majestuoso tono, prosiguió): Dispuesto estoy á aceptar la responsabilidad de mis actos; y si lo que he hecho es bastante garantía de mi amor al orden, no tengo inconveniente en presidir el consejo municipal hasta el regreso de las legítimas autoridades. Pero como no quiero ser tachado de ambicioso, no volveré á pisar el Ayuntamiento mientras mis conciudadanos no me llamen.

Granoux y Roudier protestaban. Plassans no sería ingrato con quienes habían salvado á la

ciudad de la demagogia. Y recordaron uno por uno todos los méritos que habían contraído por la causa del orden, sin olvidar la acogida cordial que siempre hizo el salón amarillo á todos los elementos conservadores; la previsión con que en él se concertó el acopio de armas, y, sobre todo, los prodigios de heroismo y de prudencia que hicieron en aquella memorable noche. Granoux añadió que desde luego estaba seguro de que Pedro merecería la admiración y la gratitud de todos los consejeros municipales, y concluyó aclamando.

—Id en buena hora á vuestra casa, que á ella iremos á buscaros para sacaros en triunfo.

Roudier aseguró que nadie podría tachar de ambicioso al modesto patriota, cuya conducta comprendía y aprobaba. Era muy digno, muy noble y muy grande no querer aceptar nada sin el asentimiento de sus conciudadanos.

Rougon bajaba la cabeza ante aquella granizada de elogios, y con mal contenida alegría y peor disimulada modestia, murmuraba: «No, váis demasiado lejos». Cada frase del lencero retirado y del antiguo comerciante de almendras, acariciaban su oído suavemente; y recostado en

la poltrona del Alcalde, embriagado por los aromas administrativos que impregnaban el aire del despacho, saludaba á derecha é izquierda como un príncipe pretendiente á quien un golpe de Estado va á elevar á la categoría de emperador.

Cuando todos se cansaron de manejar el incensario, bajaron á la calle. Granoux se marchó á buscar á los consejeros. Roudier díjole á Rougon que fuera hacia su casa, que ya le alcanzaría en cuanto diese las órdenes necesarias para que el Ayuntamiento quedara bien custodiado.

El día seguía avanzando. Pedro ganó la calle de Banne, taconeando militarmente, sombrero en mano, no obstante el frío, y con el rostro enrojecido por las oleadas de sangre que desde su corazón hacía partir el orgullo.

En el primer tramo de las escaleras tropezó con Cassoutte. El enterrador, no habiendo visto entrar á nadie, había pasado allí toda la noche con la cabeza entre las manos, sentado en el primer escalón, mirando indiferente á la calle con la terquedad estúpida de un perro fiel.

—¿Me estás esperando, verdad? (le dijo Pe-

dro, comprendiendo la razón de su presencia allí.) Pues, mira, vete al Ayuntamiento, pregunta por Macquart, y dile que aquí le espero.

Cassoutte levantóse, y salió, saludando torpemente. El enterrador fué como un cordero á dejarse prender, mientras Pedro, riéndose, subía las escaleras de su casa, sorprendido de su propia conducta, y pensaba:

—Valor tengo: ¿tendré también talento?

Felícitas no se había acostado; encontrábase vestida con la ropa de los días de fiesta y la cofia de cintas amarillas, como mujer que espera visitas. Estaba muerta de curiosidad; cien veces se había asomado al balcón, y otras tantas se retiró desesperada, sin saber lo que sucedía.

—¿Qué pasa?—preguntó, apenas vió á Pedro.

Éste entró en el salón amarillo jadeando; siguióle su mujer, y cerrando cuidadosamente las puertas, acercóse á él, que se había dejado caer sobre una butaca, y dijo con voz ahogada:

—Todo está hecho. Tendremos lo que deseamos.

—¿De veras, de veras? (exclamó Felícitas, abrazándole.) Yo no he oído nada; cuéntame, maridito; cuéntame.

Parecía una niña mimosa; revoloteaba con su vuelo brusco de cigarra, ebria de luz y de calor. En medio de tanta efusión, Pedro contó cuanto sabía, sin omitir un detalle. Llegó hasta descubrir todos sus futuros proyectos, olvidándose de que, á su juicio, las mujeres no servían para nada, y la suya debía ignorarlo todo, si él había de ser el amo. Felicitas, abrazada á su cuello, devoraba sus palabras. Períodos hubo de aquel relato que se los hizo repetir varias veces, diciéndole que no había comprendido bien. En efecto: tal era su alegría, tanto entorpecía su espíritu el gozo, que había instantes en que no se daba cuenta de lo que los nervios transmitían á su cerebro. Las escenas del Ayuntamiento la hicieron reir como una loca, y andar de un lado para otro, removiendo los muebles é incapaz de estarse quieta. Después de cuarenta años de esfuerzos continuos, por fin agarraban á la suerte por la garganta. Tan aturdida estaba, que olvidó toda prudencia.

—Pues á mí me debes todo eso (exclamó, radiante de orgullo). Si te hubiera dejado hacer lo que querías, á estas horas los insurrectos te hubieran llevado con ellos. Tonto, ¿no compren-

diste que lo conveniente era entregar á Garçonnet y á Sicardot en manos de aquellas bestias feroces?

Y, enseñando los removidos dientes de vieja, añadió, riendo como una chiquilla :

—¡ Viva la República ! ¡ Bien se ha lucido !

—Siempre has de ser tú la que lo haces todo (gruñó Pedro, de súbito preocupado). La idea de esconderme fué mía. Las mujeres, ¿ qué entendéis de política ? Si tú manejaras el cotarro, ya nos hubiéramos ido á pique.

Felícitas comprendió que había ido demasiado lejos, olvidando su papel de hada muda é invisible, y se mordió los labios. Pero se sintió herida, y aquella rabia que de ella se apoderaba cuando su marido trataba de hollarla imponiéndole su superioridad, invadió todo su ser, y se propuso vengarse cruelmente y de modo que Pedro quedara prosternado á sus pies tan luego como llegase el instante oportuno.

—¡ Ah ! Se me olvidaba. También Peirotte anda en la danza. Granoux le vió entre los insurrectos.

Á Felícitas le dió un vuelco el corazón. Precisamente en aquel momento estaba en el bal-

cón, mirando á las ventanas de la casa del recaudador. La idea del triunfo, y el deseo de vivir en aquellas habitaciones, cuyo mobiliario usaba con la vista hacía tanto tiempo, eran complementarios en su ánimo. Volvióse rápidamente, y, con extraño acento, murmuró:

—¿Dices que Peirotte también fué secuestrado?

Sonrió, y vivo rubor enrojeció su cara. Pensaba con espantosa brutalidad: «¡Si le matasen los insurrectos!» Pedro leyó en sus ojos este in-noble pensamiento, y exclamó:

—Después de todo, si le alcanzara una bala, mejor para nosotros. Así nos ahorrábamos que tuvieran que dejarle cesante, ¿verdad?

Felícitas temblaba de puro nerviosa. Parecíale que habían sentenciado á muerte á un hombre. Si mataban á Peirotte, lo vería por la noche y creería que iba á tirarle de los pies. Desde entonces, ya no se atrevió á mirar á las ventanas de la casa vecina más que de reojo, sintiendo una mezcla de horror y voluptuosidad, cierto espanto consiguiente á un tantico de deseo criminal, que hacía más viva la emoción.

Pedro, reaccionado en parte, comenzaba á

ver la situación por el lado malo. Habló de Macquart: ¿cómo podrían deshacerse de aquel ganapán? Felícitas de nuevo era presa de la fiebre del éxito, y exclamó:

—¡Hombre, todo no se puede hacer á un tiempo! ¡Ya veremos, caramba!.... No ha de faltar medio....

Andaba de un lado para otro, arreglando las butacas y quitando el polvo de los estantes. De pronto se detuvo en medio de la habitación, y murmuró, contemplando los deteriorados muebles:

—¡Dios mío, qué feo es todo esto para recibir aquí á la gente que vendrá á vernos!

—¡Bah! (repuso Pedro, con soberana indiferencia.) Ya lo compraremos todo nuevo.

Él, que el día antes sentía religioso respeto por el sofá y las butacas, entonces hubiera sido capaz de patearlas sin inmutarse. Y Felícitas, por su parte, experimentando tanto desdén como él por lo menos, llegó hasta tirar al suelo de un empujón una de las butacas, á la cual le faltaba una rueda, y por ello no resbalaba bastante de prisa.

En aquel momento entró Roudier. La vieja lo

encontró mucho más amable que de ordinario. Las palabras «Señor» y «Señora» sonaban como una música deliciosa, á medida que iban llegando los contertulios del salón amarillo. Ninguno conocía todavía los detalles de los sucesos de aquella noche, y acudían todos con los ojos interrogadores y la sonrisa en los labios, impulsados por los rumores que comenzaban á circular por la ciudad. Los mismos que el día antes habían abandonado el salón amarillo con precipitación y terror, al saber la proximidad de la partida insurrecta, volvían zumbando de curiosidad é inoportunos en extremo, como enjambre de moscas dispersado por una volada de aire. Algunos había que ni siquiera se tomaron el tiempo preciso para abotonarse los tirantes de los calzones. Grande era su impaciencia; pero Rougon esperaba, sin duda, á alguno para comenzar á hacer declaraciones, porque á cada instante volvía los impacientes ojos á la puerta. Por espacio de una hora, todo fueron apretones de mano, vagas felicitaciones, murmullos de admiración, alegría contenida sin causa precisa, que en muy poco estaba no rayase en entusiasmo. Por fin apareció Granoux. Traía la mano metida

en el pecho de la levita, y detúvose con altivo continente en el dintel de la puerta; en vano trataba de ocultar su emoción bajo las apariencias de una serenidad cómica, retratada en su pálido rostro. Al presentarse en el salón, impuso silencio: todos presentían que iba á suceder algo extraordinario. El recién llegado adelantó en medio de la general atención, y tendiéndole á Pedro la mano, dijo:

—Amigo mío, tengo el encargo de hacerle presente la enhorabuena en nombre del consejo municipal en pleno. Mientras nos devuelven á nuestro querido Alcalde, espera tener la honra de que le presidáis. Os reconocen salvador de la salud pública. En circunstancias como estas, hacen falta hombres de vuestra inteligencia y de vuestra energía. Venid.

Granoux, que había preparado su discurso á duras penas mientras se trasladó desde el Ayuntamiento á casa de Rougon, había perdido el hilo de la arenga, y calló. Pero Pedro, presa de profunda emoción, le atajó, exclamando, mientras le estrechaba las manos:

—Gracias, mi querido Granoux; muchas gracias....

No pudo decir más, ahogado por la alegría.

Entonces todos empezaron á hablar. Rodearon al héroe, y cada cual le felicitaba, le colmaba de elogios ó le interrogaba con grande interés. Pero él, grave como un juez, puso coto á tanto barullo, pidiendo conferenciar con Granoux y Roudier. Lo primero era lo primero. ¡Eran tan críticas las circunstancias por las cuales atravesaba la ciudad! Retiráronse á un rincón los tres, y se repartieron á su gusto el gobierno de la población, en voz baja y sin discutir. Entretanto, los habituales tertulios de la casa les miraban de reojo, con curiosidad y admiración al propio tiempo.

Convinieron en que Rougon se encargaría de la presidencia del comité. Granoux sería secretario, y Roudier comandante en jefe de la Guardia nacional, reorganizada ya. Luego se prometieron apoyo mutuo y sólido á toda prueba.

Felicitas, que se les había acercado, dijo de pronto:

—¿Y Vuillet?

Los tres cambiaron una mirada. Nadie había visto al librero. Rougon hizo un gesto de desconfianza.

—Puede que se lo hayan llevado también los insurrectos,—dijo, para tranquilizarse á sí propio.

Pero Felícitas meneó la cabeza en señal de duda. No era Vuillet de los que se dejan sorprender fácilmente. Cuando no se le veía por ningún lado, algo malo estaba haciendo.

En esto abrióse la puerta, y apareció Vuillet. Saludó humilde, pestañeando y sonriendo, con aquella sonrisa de sacristán que le era peculiar. Luego tendió su mano humilde á Rougon y á sus dos compañeros. Había hecho su negocio solo y por cuenta propia; es decir, había cortado por sí mismo su pedazo de turrón, como decía Felícitas. Por la claraboya de la cueva vió á los insurrectos apoderarse del administrador de correos, sorprendiéndole en el despacho contiguo á su librería. Y desde por la mañana, cuando Rougon tomaba posesión de la poltrona del Alcalde, tomóla él á su vez del despacho del Administrador de comunicaciones. Conocía á los empleados, y los recibió á medida que fueron llegando, diciéndoles que él reemplazaría al jefe mientras no volviera, y que no tenían por qué inquietarse: husmeaba las cartas, y parecía esperar una principalmente desde que por la ma-

ñana comenzó á revolverlas con mal disimulada curiosidad. Sin duda respondía aquella conducta á un plan secreto, porque en su alegría llegó hasta regalar á uno de los empleados un ejemplar de las *Obras jocosas de Piron*. Porque Vuillet tenía un gran surtido de obras obscenas guardadas en un cajón debajo de una capa de rosarios y estampas de santos: él era quien infestaba la ciudad de fotografías y grabados vergonzosos, sin que esto perjudicara en nada á su comercio público de devocionarios.

Sin duda se asustó de la manera cómo había invadido la casa de correos; pensó en ratificar legalmente la usurpación, y ésta fué la causa de que acudiese á casa de Rougon, quien desde luego resultaba el personaje más importante á consecuencia de los sucesos políticos.

—¿Dónde os habéis metido?—le preguntó Felicitas con desconfianza.

En contestación á esta pregunta, contó una ingeniosa mentira; á creerle, había librado del pillaje la casa de correos.

—Bueno; pues seguid ocupándoos de ese ramo (le dijo Pedro, después de reflexionar un instante). Sednos útil.

Esta frase indicaba el temor de los Rougon; temían que alguien fuera demasiado útil, y les robara la fortuna consiguiente á su papel de salvadores de Plassans. En dejar á Vuillet al frente del correo, no le pareció que había riesgo ninguno, y aun creyó que era este un excelente medio para desembarazarse de él. Pero Felícitas se sintió contrariada.

Terminado el conciliábulo, los tres personajes improvisados se reunieron de nuevo con los asistentes al salón amarillo, y se vieron obligados á satisfacer la general curiosidad. Menester fué que relataran minuciosamente lo ocurrido por la mañana. Rougón lo hizo de buen grado. Cuando llegó á la distribución de fusiles y cartuchos, todo el auditorio estaba pendiente de sus labios. El cuadro de la caminata por las calles y de la toma del Ayuntamiento, llenó de estupor hasta á los más serenos. Por doquier le interrumpían, ya unos, ya otros.

—¡Y no érais más que cuarenta y uno!....
¡Qué prodigio!—decían algunos.

—¡Y en noche tan obscura!—interrumpían otros.

—No, lo que es yo, no me hubiera atrevido á tanto,—exclamaba otro.

—¿De modo que le cogisteis así, por el cuello?—interrogaba el de más allá.

—Y los insurrectos, ¿qué dijeron?—preguntaban muchos, presa de febril curiosidad.

Estas interrupciones aguijaban la verbosidad de Pedro. Á todos contestaba, acompañando la palabra con la mímica. En la admiración que sentía por sus propios actos, encontraba inspiraciones para salir de todos los compromisos, en los cuales le ponían tanta pregunta, tanta duda, tanta discusión incidental como sobrevenía á lo mejor por el más ínfimo detalle. Gozoso se detenía ó repetía lo ya referido, y poco á poco crecía á la vista de todos, como si le hinchara un poderoso y épico resoplido. Roudier y Granoux se encargaban de recordarle todos los hechos insignificantes, que pasaban inadvertidos con el calor del relato, y á veces le atajaban la palabra, ó se la quitaban sin más ni más, poniéndose á hablar todos á la vez. Para mayor efecto, para coronar la epopeya con el hecho culminante de la noche, la ruptura del espejo, Rougon quiso referir antes lo que había sucedido en el patio;

pero Roudier le interrumpió, acusándole de perjudicar el interés del relato, cambiando el orden de los acontecimientos. Disputaron unos instantes con cierta acritud, y, por fin, Roudier, viendo que la ocasión era propicia, gritó:

—Bueno; sea. Pero vos no estabais allí. Dejadme contarlo.

Entonces contó cómo los insurrectos se habían despertado, y de qué manera hicieron para reducirlos á la impotencia, añadiendo que, por fortuna, no se había vertido sangre. Esta última afirmación desagradó al auditorio, que contaba con un muerto por lo menos.

—Pues habéis hecho fuego, si no me engaño, —dijo Felicitas, viendo que el drama resultaba falto de catástrofe.

—Sí; tres disparos hicimos (prosiguió el antiguo lencero): Dubruel, Lievin y Massicot dispararon con punible precipitación.

Y al oir cierto murmullo de desaprobación, prosiguió:

—Sí, punible; lo repito. Hartas necesidades de sangre lleva consigo la guerra para que se procure verterla inútilmente. Me hubiera gustado veros á vosotros en mi caso. Además, ellos

mismos aseguran que no saben cómo se les dispararon las armas. Por cierto que una de las balas fué á herir de rechazo á uno de los insurrectos.

Aquel cardenal, aquella herida inesperada satisfizo al auditorio. Pero, ¿en dónde estaba la contusión, y cómo una bala, aunque sea de rechazo, puede herir á uno en la mejilla sin agujereársela? Esta pregunta fué origen de múltiples comentarios.

—Arriba (prosiguió Rougon, que no quería dar tiempo á que el auditorio se repusiera) teníamos mucho que hacer, porque la lucha fué encarnizada.

Y describió la prisión de su hermano y de cuatro insurrectos, cuidando de llamar á Macquart «el jefe». Las palabras al «señor Alcalde», «la poltrona del señor Alcalde» y «el despacho del señor Alcalde», salían á relucir á cada paso, y daban gran importancia al relato de la terrible escena. Ya no era en casa del portero, sino en la del primer funcionario de la ciudad, en donde se libró la batalla. Por fin llegó Rougon al episodio que desde el momento de comenzar su discurso había preparado, porque debía convertirle en héroe.

—Entonces un insurrecto se precipitó sobre mí. Apartando la poltrona del señor Alcalde, cogí por el cuello á mi enemigo, y se le apreté con todas mis fuerzas. Pero el fusil me molestaba, y, por otra parte, no me atrevía á tirarle. Le tenía así debajo del brazo, cuando de pronto salió el tiro....

El auditorio estaba pendiente de los labios de Rougon. Granoux, que estiraba los labios con unas atroces ganas de hablar, exclamó:

—No, no; no es así. Vos no podíais ver cómo fué, porque os defendíais como un león. Pero yo, que estaba ayudando á atar á uno de los prisioneros, lo vi muy bien. El insurrecto quiso asesinaros: él fué quien disparó el fusil; vi muy bien cómo deslizaba los negros dedos por debajo de vuestro codo....

—¿Así fué?—preguntó Rougon, pálido como la cera.

Ignoraba el riesgo que había corrido, y la rectificación del antiguo comerciante de almendras le heló la sangre en las venas. Granoux no sabía mentir; pero en un día de batalla, ¿quién no ve las cosas algo abultadas?

—¡Cuando yo lo digo! Quiso asesinaros.

—Por eso, sin duda (replicó Rougon), sentí que la bala silbó junto á mi oído.

La emoción impuso respeto al auditorio delante del héroe. ¡Había oído silbar una bala! La mayoría de los burgueses allí presentes no podían decir otro tanto. Felícitas creyó que era su deber echarse en brazos de su marido para aumentar el efecto dramático del cuento y excitar el asombro del auditorio. Mas Pedro se desasíó de ella y acabó la descripción con esta frase heroica, que ha dejado memoria célebre en Plassans.

—Salió el tiro, oí silbar la bala, y ¡paf!: el espejo del señor Alcalde saltó hecho pedazos.

La consternación llegó á su apogeo. ¡Qué lástima de espejo tan hermoso! Era increíble. La desgracia de la cual era víctima el mueble dividió las simpatías entre éste y el heroísmo de Rougon. El trasto se había trocado en persona, y por espacio de un cuarto de hora se habló de él con lástima, como si hubiera sido herido en medio del corazón. Era el colmo del épico relato de sus hazañas preparado de antemano por Rougon. Un gran murmullo se extendió por el salón amarillo. Cada cual repetía para sí el cuento que acababa de oír; de vez en cuando uno se destacaba

del grupo y se acercaba á los tres valientes para que le sacaran de alguna duda sobre éste ó aquél detalle de la lucha. Los héroes rectificaban los hechos con minuciosa escrupulosidad: comprendían que sus palabras pasarían á la historia.

Rougon y sus dos lugartenientes dijeron que les esperaban en el Ayuntamiento. Reinó el más profundo y respetuoso silencio, y los tres saludaron sonriendo con aire de suficiencia. Granoux reventaba de orgullo; solo él había tenido la suerte de ver al insurrecto disparar y romper el espejo; esto le engrandecía á sus propios ojos, y le hacía no caber dentro de su propio pellejo. Al abandonar el salón, agarróse del brazo de Roudier, y ni más ni menos que si fuera un general rendido por las fatigas de una grande y reñida batalla, murmuró:

—¡Hace treinta y seis horas que estoy en pie, y sabe Dios cuándo podré acostarme!

Al marcharse, Rougon llamó aparte á Vuillet, y le dijo que entonces más que nunca contaba el partido del orden con él y con su periódico. Era menester publicar un buen artículo para tranquilizar á la población, y de paso tratar como tenían merecido á aquella horda de mi-

serables bandidos que habían cruzado por Plas-sans.

—Quedad tranquilo (le replicó Vuillet); la *Gaceta* no debía salir hasta mañana; pero voy á dar un número extraordinario esta misma noche.

Luego que los tres héroes salieron, los contertulios del salón amarillo quedáronse comentando los hechos, como si fueran comadres de pueblo á quienes hubiera reunido en medio de la calle el acontecimiento de haberse escapado de su jaula un canario de la vecindad. Aquellos mercaderes retirados, los comerciantes de aceite, los sombrereros, todos, en fin, se cernían en las regiones de lo imaginario, ocupándose del portentoso drama. En la vida habían gozado de tantas y tan variadas emociones. No se daban cuenta exacta de lo que sentían al ver surgir de entre ellos nada menos que tres figuras épicas, Rougon, Roudier y Granoux. Por fin, cansados de repetir lo mismo ante público tan reducido, sintieron que se ahogaban en el salón; dominóles la necesidad de marcharse, y dar al viento sus encomiadoras lenguas, y uno á uno fueron despidiéndose de Felícitas, ganosos todos de que

ningún otro les ganara la delantera contando las novedades que habían sido los primeros en saber.

La mujer de Rougon quedó sola; asomada al balcón, vióles dispersarse por la calle de Banne desalados, batiendo los brazos como si fueran alas, difundiendo la emoción por los cuatro extremos de la ciudad.

Eran las diez. La población entera, ya despierta, recorría las calles, asustada por las noticias que circulaban. Los que oyeron ó vieron la banda de insurrectos, contaban historias estupendas, se contradecían y aventuraban suposiciones espantosas. La mayoría, ignorante de la realidad, porque, habitantes de los extremos de la ciudad, hasta ellos no llegó ni el menor indicio de lo ocurrido, escuchaban con la boca abierta, como si de una conseja se tratara, el relato de una invasión de muchos miles de bandidos, que apenas rayó el alba huyeron, desvaneciéndose como un ejército de fantasmas. Los más incrédulos contestaban: «¡Bah! ¡Cualquier cosa!....»

Pero tan precisos detalles les daban del hecho aquellos testigos presenciales de él, que al cabo no quedó quien pusiera en duda que una gran desgracia había amenazado á la ciudad,

sorprendida durante el sueño. Aquella catástrofe mal definida, envuelta en manto de sombras que la noche le prestó, relatada de mil diversas maneras, tenía un carácter de vaguedad, que aumentaba sus naturales proporciones; algo tan horrorosamente desconocido, que era capaz de poner espanto en los ánimos más viriles.

Pero ¿quién fué el que desvió aquel rayo fulminado sobre Plassans? Aquel prodigio, inexplicable á primera vista, acrecía las proporciones de los anónimos salvadores, de aquel puñado de valientes á quienes pocos podían señalar, que cortaron á la hidra la cabeza, pero cuyos heroicos esfuerzos eran apenas conocidos. Luego que los asiduos tertulios del salón amarillo se esparcieron por el pueblo, varió la cuestión de aspecto. Lo increíble tomó los caracteres todos de la más concreta realidad, y nadie ignoró á poco ni el más pequeño detalle de los sucesos, porque los propagadores de las noticias no dejaron puerta á la cual no acudieran para repetir siempre lo mismo.

Fué enorme la polvareda que levantaron. En pocos minutos fué conocida la historia de un extremo al otro de la ciudad. El nombre de Rou-

gon corrió de boca en boca, acompañado de exclamaciones de sorpresa en el barrio nuevo, y rodeado de elogios en el viejo. La idea de que estaban huérfanos de autoridades, sin Subprefecto, sin Alcalde, sin Administrador de correos, sin nadie, en fin, en un principio consternó á los habitantes de Plassans.

Al ver que habían pasado la noche durmiendo á pierna suelta como de costumbre, no obstante la ausencia de las autoridades, quedáronse estupefactos. Pero no bien se rehicieron, entregáronse á sus libertadores en cuerpo y alma. Los pocos republicanos que en la ciudad había, contemplaban aquel espectáculo, unos con lástima y otros con indiferencia; pero los mercachifles, los propietarios de poco más ó menos; en una palabra, los conservadores todos, bendecían á los modestos héroes que en el silencio y entre las tinieblas de la noche realizaron épicas hazañas. Cuando se enteraron de que Rougón había preso á su propio hermano, el asombro no tuvo límites; muchos le compararon al romano Bruto; aquella indiscreción tan temida por Pedro, trocóse en beneficio de su gloria. El espanto, aún no desvanecido, excitó la unánime

gratitud ; Rougon fué aceptado como el salvador de la ciudad , sin discusión por parte de nadie.

—¡ Ahí es nada !.... (decían los más cobardes.) Eran nada más cuarenta y uno, contra sabe Dios cuántos enemigos....

De esta suerte inventó Plassans la leyenda de los cuarenta y un paisanos que resistieron y derrotaron á una columna de tres mil insurrectos. Sólo algunos espíritus malévolos del barrio nuevo, abogados sin pleitos y viejos militares, que se dolfan y se avergonzaban de haber dormido bien aquella noche, se permitieron manifestar incredulidad. ¡Quién sabe si al fin y á la postre la banda insurrecta se marchó por su voluntad !.... Porque, si hubo combate, no dejó huellas : ni había muertos, ni una sola gota de sangre en ninguna parte. Por lo menos, la tarea no debió ser muy difícil de llenar.

—Pero, ¿y el espejo? (repetían los más fanáticos.) Es innegable que el espejo del señor Alcalde está hecho trizas. Y, si no, fácilmente puede convencerse el que quiera, con sólo asomarse á la puerta de la alcaldía.

Entrada era ya la noche, y todavía una procesión interminable pasaba sin cesar por delante

del gabinete donde Rougon estaba, teniendo buen cuidado de que la puerta no quedara cerrada. De vez en cuando poníase delante del espejo, en el cual la bala hizo un agujero redondo, del que partían multitud de rajas; mirábanle todos, y, con cierto espanto, murmuraban:

—¡Diablo! No llevaba la bala poca fuerza.

Y se alejaban convencidísimos.

Felícitas percibía aquellos rumores, aquellos elogios que á su marido tributaba agradecida la ciudad.

Plassans en masa ocupábase de Pedro; parecíale que á sus pies se estremecían los dos barrios, prometiéndole el cercano triunfo. ¡Ah! ¡Con qué placer hollaría al pueblo aquel tan rehacio en someterse á ella! Todas sus ambiciones se revolvieron en su corazón, y el recuerdo de las pasadas amarguras redobló sus ansias de placer y bienestar.

Apartóse de la ventana, y con lento paso recorrió todo el salón. Hacía un instante, en aquella misma estancia, todos sus partidarios le tendían la mano: había vencido: Plassans estaba á sus pies. El salón amarillo parecíale un santuario. Los muebles desvencijados, el terciopelo

raído, la araña negra de manchitas debidas á las moscas, todas aquellas ruínas, parecíanle gloriosos despojos esparcidos sobre un campo de batalla. El llano de Austerlitz no le hubiera causado tan profunda emoción.

Al volver al balcón, vió á su hijo Arístides que se paseaba por la plaza de la Subprefectura, husmeando como un sabueso. Llamóle. Parecía que el joven no esperaba otra cosa, porque se apresuró á acudir al llamamiento.

—Entra (le dijo su madre, viendo que dudaba) : entra, que no está tu padre.

Arístides manifestábase encogido y vergonzoso, como hijo pródigo. Cerca de cuatro años hacía que no entraba en el salón amarillo. Todavía llevaba vendada la mano derecha.

—¿Sigue doliéndote la mano?—le preguntó Felícitas con acento socarrón.

Arístides se ruborizó, y balbuceó :

—¡Oh, no! Estoy mucho mejor. Ya se ha cicatrizado casi la herida.

Sin saber qué hacer ni qué decir, estaba el joven inmóvil. Su madre acudió en su auxilio.

—¿Has oído hablar de la conducta de tu padre?—le preguntó.

Arístides dijo que no se hablaba de otra cosa en todo Plassans. Habíase ya repuesto, y mirando cara á cara á su madre, le devolvió mofa por mofa, exclamando :

—Vine á ver si papá estaba herido.

—¡Bah! No hagas el burro (interrumpió Felícitas, con su habitual petulancia). Yo, en tu lugar, sería franco. Te has equivocado, comprometiéndote con esos perdidos republicanos, y ahora de muy buena gana te pasarías á nuestro bando con armas y bagajes.... Somos los más fuertes, y es natural que así discurras.... Sabe que la casa esta está abierta para ti; haz lo que mejor te parezca.

Arístides protestó. La República era una gran idea. Además, los insurrectos bien podían triunfar....

—¡Bah! ¡déjate de tonterías! (exclamó la vieja irritada.) Lo que tú tienes es miedo de que tu padre te reciba mal. Pero yo me encargo de que eso no suceda.... Oye lo que has de hacer: vas á ir á la redacción de tu periódico; de aquí á mañana es menester que escribas un artículo muy favorable al golpe de Estado; y por la noche, después que el diario haya salido, ven, y

verás cómo te reciben con los brazos abiertos.

Y viendo que dudaba, prosiguió en voz baja y con acento que revelaba grandísimo interés:

—¿Has oído? Se trata de nuestra fortuna, de la tuya.... Conque no vuelvas á las andadas, que harto te comprometiste neciamente.

Arístides hizo un gesto, el gesto de César al pasar el Rubicón. Así no se comprometía de palabra. Iba ya á retirarse, cuando su madre le cogió por el pañuelo, en el cual traía la mano suspendida, y deshaciendo el nudo, exclamó:

—Empieza por quitarte estos trapajos; no te pongas más en ridículo.

El joven no opuso resistencia. Cuando su madre le hubo quitado el pañuelo, lo dobló cuidadosamente, guardólo en el bolsillo, y besándola, dijo:

—Hasta mañana.

Entretanto, Rougon se instalaba oficialmente en la alcaldía. Sólo habían quedado ocho consejeros municipales: los demás, el Alcalde y los dos adjuntos (1), habían sido secuestrados por los

(1) Como no es igual la organización de los ayuntamientos españoles á la de los franceses, es difícil hallar en castellano el equivalente del cargo de *adjunto*, análogo en parte al de primer teniente alcalde.

insurrectos. Aquellos ocho ciudadanos sudaron de angustia, mientras que Granoux les refirió la crítica situación de la ciudad. Para comprender el espanto que dominaba á los consejeros cuando se apresuraron á entregarse en manos de Rougon, es menester haber vivido en provincias, tratando de cerca á los *papanatas* que componen el consejo municipal en la mayoría de las ciudades pequeñas. En Plassans el Alcalde tenía á su alrededor una pléyade de hombres incapaces, cuya ilimitada complacencia los trocaba en una cantidad negativa. Por esta razón, la ausencia de M. Garçonnet implicaba la total descomposición de la máquina concejil, y no es mucho que desde luego cayera sin resistencia en poder del primero que fuese capaz de manejar sus resortes. Faltando el Alcalde y el Subprefecto, Rougon era el indicado para dueño de la ciudad, favorecido como estaba por las circunstancias de aquella crisis que entregaba el poder en manos de un hombre arruinado, á quien el día antes ninguno de sus conciudadanos hubiese prestado cien francos.

La primera medida que tomó Pedro fué declarar en sesión permanente al comité provi-

sional. Después procedió á reorganizar la guardia nacional, y no sin trabajo logró reunir trescientos hombres ; los ciento nueve fusiles escondidos en la cochera fueron distribuidos entre paisanos, y así llegó á contar con una masa de ciento cincuenta á las órdenes de la reacción ; los otros ciento cincuenta guardias nacionales eran ciudadanos pacíficos y soldados de Sicardot. Cuando el comandante Roudier pasó revista al pequeño ejército en la plaza del Hotel de Ville, quedó desconsolado, viendo que los vendedores de verduras se le reían en sus barbas ; la mayor parte de su tropa no tenía uniforme, y muchos de aquellos improvisados guerreros tenían una facha harto ridícula con sombrero de copa, levita y el fusil al hombro. En la alcaldía montóse una guardia, y el resto de la fuerza se dispersó en pelotones para defender las entradas de la ciudad. Roudier quedóse al mando del retén situado en la Grand-Porte, que era el punto más amenazado.

Rougón, que en aquellos momentos se consideraba muy fuerte, fué en persona á la calle Canquoin, y rogó á los gendarmes que no salieran á la calle ni se mezclasen en nada. Además, hizo abrir las puertas del cuartel, cerrado

por los insurrectos, que se llevaron las llaves. Quería triunfar sólo, y trataba de impedir que la gendarmería le robase una parte de su gloria. En último extremo, si los necesitaba, los llamaría. Explicóles su mandato, diciéndoles que temía la irritación de los obreros, capaz de aumentar si los veían por las calles. El sargento le felicitó por su prudencia, y cuando le dijo que había un herido en el cuartel, Rougon, afanoso de popularizarse, pidió verle. Condujéronle á la alcoba del enfermo, y en ella encontró á Rangade acostado, con un ojo cubierto por un vendaje, cuya blancura hacía resaltar más el color negro de sus bigotes. Con buenas palabras le animó, hablándole del deber. Pero el tuerto juraba como un condenado, furioso por verse herido, y en vísperas de tener que abandonar el servicio por inútil. Al despedirse, Rougon prometió mandarle un médico.

—Muchas gracias, señor (le replicó el gendarme); pero lo que me sentaría mejor que ningún medicamento, sería retorcerle el pescuezo al miserable que me saltó el ojo. ¡Oh! No se me ha despintado su fisonomía: era un jovencito, delgadillo y paliducho....

Pedro recordó á Silverio, cuyas manos estaban tintas en sangre. Sin poderlo evitar, retrocedió con miedo, como si temiera que Rengade lo cogiera por el cuello, gritando: «Tu sobrino fué el que me dejó tuerto, y tú vas á pagar por él». Y mientras renegaba para su capote de la inicua familia suya, declaró solemnemente que, si era habido el culpable, sería castigado con todo el rigor de la ley.

—No, no es menester; de retorcerle el pescuezo me encargo yo,—dijo el gendarme.

Rougon se apresuró á volver á la alcaldía. Toda la tarde estuvo ocupado en tomar varias medidas. El bando que dió produjo una excelente impresión; concluía exhortando al vecindario, y asegurándole que el orden no se alteraría.

Hasta el crepúsculo, la tranquilidad que en las calles reinaba, era manifiesta prueba de la confianza que en el ánimo de todos existía. Las aceras estaban llenas de grupos, y en todos ellos se daba como cosa cierta la llegada de tropas en persecución de los insurrectos. Á tal punto se consideró fundado este rumor, que los ociosos paseantes del Sauvaire se encaminaron por la carretera de Niza para reunirse á los soldados, y volver

delante de la música. Pero llegó la noche, y hubieron de tornar á Plassans sin haber visto siquiera un uniforme. Sorda inquietud apoderóse de la ciudad.

En el Ayuntamiento, el comité permanente había hablado tanto para no decir nada, que los individuos de él, con los estómagos vacíos, asustados de sus propias habladurías, tenían miedo de volver á empezar la discusión. Pedro los despidió, sin concederles más tiempo que el preciso para comer, convocándolos á las nueve de aquella misma noche. Iba también él á salir del Ayuntamiento, cuando Macquart se despertó, golpeando violentamente la puerta de su cárcel. Dijo primero que tenía hambre, luego preguntó qué hora era, y al oír de boca de su hermano que habían dado las cinco, murmuró con diabólica malevolencia, fingiendo extrañeza, que los insurrectos le habían prometido volver, y era muy raro que todavía no hubiesen llegado á ponerle en libertad. Rougon, después de mandar que le diesen de comer, se marchó, aburrido por la insistencia con que hablaba Macquart del regreso de los insurgentes.

Ya en la calle, sintióse presa de extraño mal-

estar; ofrecía un aspecto raro la ciudad; negras sombras se deslizaban rápidamente á lo largo de las aceras; el vacío y el silencio dominaban poco á poco la población, y sobre los edificios tristes y sombríos parecía caer con el crepúsculo pavoroso manto fatídico y lento como una niebla fina, á cada instante más espesa. La fanfarronería que hasta entonces le había inspirado, iba cediendo fatalmente al influjo de aquel pánico sin causa, de ese espanto que acompaña á la noche; los habitantes estaban cansados, y de tal suerte hartos de su triunfo, que no les quedaban ya fuerzas más que para soñar con tremendas represalias de parte de los insurrectos. Al sentirse en medio de aquella corriente de pavor, Rougon tembló, y con la garganta oprimida apretó el paso. Al pasar por delante del café de la plaza de Recoillets, en donde acababan de encender las luces, algunas palabras de la conversación de varios parroquianos llegaron á sus oídos.

—Además (decía uno de ellos, con voz aguardentosa), el regimiento que esperábamos no ha llegado.

—¿Qué regimiento, ni qué niño muerto? Na-

die esperaba ninguno, — repuso otro, con voz más enronquecida todavía.

—Perdone V...., el bando....

—¡El bando! Siempre dicen lo mismo.

—Asegura que el orden será conservado por la fuerza, á ser preciso.

—¿Ve V.? Por la fuerza, es decir, por la fuerza armada.

—¿Y qué dicen del regimiento?

—Una cosa muy sencilla; que el retraso no es natural, y nada extraño sería que hubiera tropezado con los insurrectos, y éstos le hubiesen pasado á cuchillo.

Un grito de horror resonó en el café. Á punto estuvo Rougon de entrar para decir á aquellos ciudadanos que el bando nada decía de la llegada de ningún regimiento, y era, además, una imprudencia entregarse á semejantes habladurías. Pero, en su turbación, él mismo estaba inseguro de no haber contado con la llegada de aquel refuerzo, y en el fondo también se admiraba de que ni un soldado hubiese parecido por Plassans.

En extremo preocupado llegó á su casa. Felicitas, henchida de orgullo y de valor, se enfu-

reció al verle tan inquieto por semejantes pequeñeces. Después de comer, procuró reanimarle.

—No seas tonto (le decía). El Prefecto nos ha olvidado, y debemos alegrarnos de su olvido. ¡Ojalá volvieran los insurrectos, para recibirlos á tiros y colmar nuestra gloria!.... Esta noche cierra bien las puertas de la ciudad, no te acuestes, y anda sin cesar de un lado para otro; todas esas molestias te serán bien retribuidas más adelante.

Algo envalentonado, tornó Pedro al Ayuntamiento. Haciendo de tripas corazón, se mantuvo enérgico ante el pánico de sus colegas. Estos traían consigo el miedo, como en los vestidos se lleva el olor de humedad en los días de tormenta. Todos ellos decían que habían contado con el envío de refuerzos, porque nunca pudieron imaginar que, siendo ciudadanos pacíficos, de aquella suerte se les abandonara á las furias de la demagogia. Para tranquilizarlos, Pedro les prometió casi que al día siguiente llegaría la tropa; luego declaró solemnemente que iba á mandar que cerrasen las puertas. Esto infundió algo de calma á los abatidos ánimos de los consejeros municipales. Varios guardias de la milicia fueron enviados á

todas las puertas, con orden de cerrarlas á piedra y lodo. Cuando regresaron, todos confesaron que estaban más tranquilos; y habiéndoles hecho ver Rougon la conveniencia de permanecer en sus puestos, la mayor parte se dispusieron á pasar la noche en una butaca. Granoux se encasquetó un gorro de seda negro que había llevado por precaución. Á las once, la mitad de ellos dormían ya, y los que aún no se habían entregado al sueño, oyendo el cadencioso paso de los centinelas de la guardia nacional, pensaban que por valientes y patriotas, bien merecían que los condecorasen. Una gran lámpara colocada sobre el escritorio de M. Garçonnet alumbraba aquella extraña escena. Rougon, que parecía dormir, levantóse de pronto, y mandó buscar á Vuillet. Se había acordado de que no había leído la *Gaceta*.

El librero se presentó soñoliento y de mal humor.

—¿Y el artículo que me habíais prometido? (le dijo Rougón, llamándole aparte.) No he recibido el periódico.

—¿Y para esto me habéis molestado? (repuso colérico Vuillet.) La *Gaceta* no ha salido esta

noche, porque no tengo ganas de que si vuelven los insurrectos, me cuelguen de un farol.

Rougon, á costa de un gran esfuerzo, logró sonreír, y decir sin balbucear que precisamente hubiera hecho un gran servicio á la causa del orden el artículo, cuando falsos rumores inquietaban los ánimos, aunque sin fundamento, porque era indudable y no poca fortuna que ningún riesgo había de que colgaran á nadie de los faroles.

—Es posible (replicó Vuillet); pero en circunstancias como éstas, la mejor causa es la de conservar la cabeza sobre los hombros.

Y con incisivo acento, prosiguió:

—Yo creía que habíais matado á todos los insurrectos....; pero, á pesar de vuestros esfuerzos, han quedado tantos, que no me atrevo á arriesgar el pescuezo.

Cuando Rougon quedó solo, admiróse de que un hombre tan humilde y tan tranquilo de ordinario, se rebelase contra él. La conducta de Vuillet parecía equívoca; pero no tuvo tiempo de encontrar la explicación de ella, porque, no bien se había arrellanado en la butaca, cuando Roudier entró en la estancia, haciendo sonar

contra la cadera un sable enorme, que se había ceñido á la cintura. Los consejeros despertaron azorados. Granoux, apresurándose á guardar en el bolsillo el gorro de seda, exclamó, atragantándose con la saliva :

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Vienen los insurrectos?

—Señores (dijo Roudier, muy sofocado y sin preocuparse de la forma oratoria); me parece que una columna de revoltosos viene sobre Plassans.

El espanto heló la voz y el aliento en todas las gargantas. Sólo Rougon tuvo ánimos para decir :

—¿Los habéis visto?

—No (replicó el antiguo lencero); pero se perciben extraños ruidos en el campo, y uno de mis soldados asegura haber distinguido á lo lejos destellos, como fuegos fatuos, hacia la cuesta de Garrigues.

Y viendo que nadie le contestaba, y todos se miraban con pálidos semblantes, continuó:

—Estáis advertidos, y yo me vuelvo á mi puesto, no sea que de súbito ataquen á mi gente.

Cuando Rougón fué dueño de sí, quiso correr en pos de Roudier, para ampliar sus noticias;

pero ya era tarde, porque el ex-lencero estaba muy lejos del Ayuntamiento. En verdad, ninguno de los consejeros pensó ya en dormir. ¡Extraños ruidos! ¡Reflejos que serían probablemente producidos por los cañones de los fusiles! ¡Un ataque nocturno! Granoux estuvo por aconsejar que empleasen la misma táctica del día anterior; esconderse, dejar que los insurrectos pasaran, y triunfar luego cuando las calles estuviesen desiertas.

Por fortuna, Pedro, recordando los consejos de su mujer, tuvo presencia de ánimo; observó que bien podía haberse equivocado Roudier, y que lo más prudente era convencerse de la realidad de los hechos antes de trazar el plan definitivo. Algunos de los consejeros no acogieron con muy buena cara estas palabras; pero, haciendo de la necesidad virtud, después de convenir en que les acompañaría la fuerza armada que tenían en la guardia, todos bajaron á la calle con bastante ánimo. En el portal del Ayuntamiento dejaron sólo unos cuantos nacionales: y, rodeados por otros treinta de éstos, se aventuraron por las solitarias calles de la ciudad, entregada al sueño.

La luna, deslizándose á lo largo de los tejados, proyectaba las escuetas y gigantescas sombras de aquellos heroicos mantenedores de la pública tranquilidad sobre las aceras blancas y silenciosas. Inútilmente recorrieron la población desde una puerta hasta la otra, siguiendo al nivel de las fortificaciones que ocultaban el horizonte: nada vieron ni oyeron en todo el tiempo quedó el reconocimiento. Sólo supieron, por boca de los nacionales que daban guardia en las entradas de Plassans, que, de vez en cuando, á lo lejos, se percibía cierto ruido extraño, traído por el viento á través de las rejas de las puertas; prestaron oído todos, reteniendo el aliento, y sólo notaron una especie de rumor, que Granoux creyó reconocer desde luego, atribuyéndolo á la corriente del Viorne.

Su inquietud no había desaparecido; pero iban ya á retirarse, fingiendo calma y tratando á Roudier de visionario, cuando Rougon, que había tomado muy á pecho la tarea de llevar la absoluta tranquilidad al ánimo de sus colegas, les propuso la idea de reconocer el campo á larga distancia. Condújoles á casa del conde de Valqueyras, ausente desde los primeros

amagos de revuelta, y llamó con desenfado.

El marqués de Carnavant era el único habitante del aristocrático hotel del barrio de Saint-Marc. Desde el día antes había retirado á su casa, no por miedo, que no le tenía, sino porque le repugnaba exhibirse, compartiendo con Rougon la crítica pública en el momento decisivo. En el fondo del alma sentía abrasadora curiosidad, y hubo de hacer no pocos esfuerzos para resistir á los deseos que sentía de ir al salón amarillo y ver cómo se desarrollaban sus intrigas en aquellos instantes supremos. Pero eso, cuando un criado subió á decirle que había en la calle varios señores que deseaban verle á hora tan desusada como intempestiva, no pudo contenerse ya, y vistiéndose á escape, bajó sin demora.

—Mi querido Marqués (le dijo Pedro, presentándole á los consejeros municipales que le acompañaban): venimos á pedir os un favor. ¿Tenéis inconveniente en dejarnos entrar en el jardín del hotel?

—¿Por qué no? (replicó el aristócrata, con extrañeza.) Venid conmigo: yo mismo os acompañaré.

Andando y hablando á un tiempo, se enteró de lo que sucedía. En el fondo del jardín, el desnivel del terreno formaba una alta terraza, desde la cual se dominaba todo el llano; y como por aquella parte un ancho lienzo de muralla estaba derruido, nada ocultaba, ni el punto más pequeño del dilatado horizonte. Rougon había pensado que era aquella una magnífica atalaya. Los guardias nacionales habíanse quedado á la puerta. Poquito á poco fueron llegando los consejeros á la plazoleta del jardín, y uno á uno se pusieron de codos sobre la barandilla de la terraza.

El extraño espectáculo que á sus ojos asustados se ofreció, dejóles mudos á todos. Á lo lejos, en el valle del Viorne, en aquella inmensa cuenca que se hundía casi insensiblemente entre las canteras del Seille y la pequeña cordillera de Garrigues, resbalaban los rayos de la luna como la mansa corriente de un río de pálida claridad. Los grupos de árboles, lo sombrío de las rocas, sembraban acá y acullá de islotes y lenguas de tierra aquel mar luminoso, como si á impulsos de una fuerza sobrenatural hubiesen surgido unos y otras. Los accidentes del terreno, las tortuosidades del cauce del Viorne, dejaban á descubierto

en algunos sitios la rugidora linfa que brillaba con reflejos de arnés en medio de la impalpable polvareda luminosa que del cielo descendía. Era aquello un mundo, un océano, el cual, por causa de la noche, del frío y del oculto ruido, adquiría inconmensurable anchura en los ánimos de todos aquellos que, extáticos, lo contemplaban. En un principio ninguno vió ni oyó nada más que un inextinguible relámpago en el cielo, y lejanas y difusas voces que les deslumbraron y ensordecieron. Hasta Granoux, que de suyo era refractario á la poesía, dominado por la serena paz de aquella hermosa noche de invierno, no pudo menos de murmurar :

—¡Qué noche tan hermosa, señores!

—Resueltamente (dijo Rougon, con cierto desdén), Roudier ha soñado que se nos venían encima los insurrectos.

Pero el Marqués, que tenía un oído finísimo, le interrumpió, exclamando con voz clara :

—No hay duda ; oigo el toque de rebato.

Conteniendo el aliento, inclinóse sobre el pretil de la terraza para oír mejor. En efecto: con perfecta claridad, puro como las vibraciones de un cristal, percibíase en la llanura lejano cam-

paneo. No era posible negarlo : era el toque de rebato. Rougon creyó distinguir el timbre de la campana de Biage, un pueblecillo distante poco más de una legua de Plassans. Pero, en verdad, no lo dijo más que para tranquilizar á sus colegas.

—Oid, oid (interrumpió el Marqués). Ahora suena la campana de Saint-Maur.

Y así diciendo, señalaba á otro punto del horizonte. En efecto : otra campana interrumpía con su gemido el silencio de la noche. Bien pronto, diez, veinte campanas enviaron á los oídos de Rougon y sus compañeros sus desesperados acentos. Siniestra voz de alarma se elevaba por doquier, y poco después el llano entero sollozaba. Ninguno se atrevió ya á embromar á Roudier. El Marqués, que gozaba infundiéndoles miedo, explicó así la causa de aquel incesante campaneó :

—Sin duda es que los pueblos del valle se convocan para atacar á Plassans en cuanto comienza á romper el día.

—¿No véis nada allá lejos? — interrumpió Roudier, entornando los ojos.

Nadie miraba. Todos tenían cerrados los párpados para oír mejor.

—Allí (prosiguió Roudier, señalando hacia la cuenca del río), junto al Viorne, cerca de aquella masa negra : ¿no véis así como fuego?

—Sí (replicó desesperado Rougon). Es una hoguera recientemente encendida.

Casi inmediatamente otra fogata brilló enfrente de la primera, y otras dos fueron encendidas después, también casi al mismo tiempo. Á lo largo del valle, y á distancias casi iguales, semejantes á los faroles de una avenida colosal, destacáronse una porción de puntos rojos. La luna, amortiguando sus fulgores en parte, les prestaba cierto aspecto de gotas de sangre.

Aquella triste iluminación acabó de consternar al consejo municipal.

—¡Caramba! (murmuró el Marqués, con su malévola intención de siempre.) Esos bribones se hacen señales.

Y contó una trás otra las hogueras, para calcular, decía, sobre poco más ó menos, con cuánta gente habría de luchar «la valiente guardia nacional de Plassans». Rougon, para consolarse en parte, quería creer, y para lograrlo aseguraba que lo creía, que las señales no significaban la proximidad de los insurrectos

con intenciones de atacar á Plassans, sino el armamento de los rezagados en los pueblos, para ir á reunirse con los primeros en la capital. El silencio que todos guardaron demostró que tenían formada la resolución de no consolarse por nada, y todos los consuelos serían estériles.

—Ahora se oye cantar la *Marsellesa*,—dijo Granoux con voz ahogada.

Y era verdad. Una banda de insurgentes debía seguir el cauce del Viorne, y en aquellos momentos cruzaba por debajo de la ciudad. La frase «Á las armas, ciudadanos; formad vuestros batallones», llegó clara y distinta á los oídos de todos.

Fué una noche cruel; una noche que todos aquellos egoistas burgueses pasaron de codos contra el parapeto, como clavados á él, no obstante el frío que helaba el aliento, atraídos á su pesar por el espectáculo del llano, conmovido al toque de rebato, á los acordes de la *Marsellesa*, é inflamado por las hogueras que servían de señales. Los ojos de todos ellos estaban llenos de aquel mar luminoso matizado de gotas sangrientas; á fuerza de oír aquel vago clamor, saturáronse de él; y al cabo pervirtiéronse sus

sentidos, y veían y escuchaban espantosas escenas y tremendos ruidos. Por nada del mundo hubieran abandonado su puesto ninguno de ellos: si alguien hubiese vuelto la espalda, habríale parecido que le iban á clavar un arma á traición. Como ciertos cobardes, querían ver acercarse el peligro, para emprender la fuga con más oportunidad sin duda.

Por eso al amanecer, cuando se puso la luna y sólo quedó delante de sus ojos un negro abismo, sufrieron congojas indescriptibles. Creíanse rodeados de enemigos que trepaban á la terraza, dispuestos á degollarlos. El menor ruido parecíales murmullo de voces amenazadoras. Y en vano buscaban tranquilidad relativa, exacta medida del riesgo, en medio de aquel mar de obscuridades. El Marqués, por vía de consuelo, les decía con irónico tono:

—No, no hay que temer por el momento. No atacarán hasta que rompa el día.

Rougon cejaba. Sentía que el miedo se apoderaba de él. Los cabellos de Granoux acabaron de encanecer.

Por fin comenzó á rayar el día con mortal lentitud. La ansiedad de aquellos heroicos defenso-

res del orden rayó en locura. Á medida que clareaba, parecíales distinguir ya todo un ejército formado en línea de batalla delante de la ciudad. Aquel día precisamente fué la aurora más perezosa, y con los ojos muy abiertos y la lengua pastosa, amarga y pegada al paladar, Rougon y sus compañeros creían ver horribles siluetas; en lago de sangre tornábase el llano; en flotantes cadáveres las rocas, y en amenazadores batallones los grupos de árboles.

Luego que el sol empezó á salir entre brumas, quedóse la mañana tan triste, tan pálida, que hasta el Marqués sentía el corazón oprimido. Pero en todo lo que la vista alcanzaba no se veía un insurrecto: los caminos estaban expeditos, solitario el llano; pero tan abundante en tintas grises, tan desierto y tan tétrico, que, á pesar de la voluntad, sentíase el más enérgico del mundo bajo el peso de inexplicable malestar. Las hogueras habíanse extinguido, pero seguía el campaneó. Serían las ocho, cuando un pelotón de hombres cruzó la carretera y siguió el curso del Viorne.

Los consejeros municipales estaban muertos de frío y de cansancio. Convencidos de que nin-

gún inmediato peligro les amenazaba, decidieronse á tomar un punto de reposo. Un guardia nacional quedó de atalaya en la terraza, con la consigna de avisar inmediatamente á Roudier si veía aproximarse alguna banda de insurgentes. Granoux y Rougon, destrozados por las emociones de aquella noche, sosteniéndose entre sí, ganaron sus respectivas mercedes, que estaban cerca. Con todo género de precauciones acostó Felícitas á su marido, llamándole «morrongo mío» con ternura, y diciéndole que no se preocupase tanto, porque todo concluiría á pedir de boca. Pero tenía serios temores Pedro, y sacudía la cabeza en señal de duda, sin hacer caso de las tranquilizadoras frases de su mujer. Ésta dejóle dormir hasta las once. Luego que le dió de comer, ayudóle á vestir, y con gran dulzura le dijo que era preciso llegar hasta el fin. Hízole salir, y encaminóle al Ayuntamiento. Sólo cuatro consejeros estaban en el despacho del Alcalde: los otros se excusaban de acudir por razones de salud: estaban realmente enfermos. Desde por la mañana circulaba el pánico por la ciudad con más rudeza que nunca. Ninguno de los testigos de aquella noche cruel

pasada en la terraza del conde de Valqueyras, fué dueño de guardar el secreto de lo ocurrido, y las criadas de sus casas salieron á la compra propalando lo que sabían, corregido y aumentado con trágicos detalles. Decíase que aquella noche en el llano habían sucedido horrores: danzas de caníbales devorando á sus prisioneros; aquelarres de brujas bailando alrededor de las calderas, en donde cocían chiquillos; interminables desfiles de partidas insurrectas, cuyas armas relucían heridas por los rayos de la luna: todo esto era comentado por Plassans con espanto y zozobra sin cuento. Unos hablaban de campanas que tocaban solas á rebato; otros, en fin, contaron que los insurgentes habían incendiado los bosques todos de las cercanías de la ciudad, y que el departamento entero estaba hecho una brasa.

Era martes, día de mercado en Plassans; Roudier creyó prudente abrir de par en par las puertas, con objeto de que pudieran entrar los campesinos que llevaban huevos, manteca, legumbres y verduras para el consumo de la población.

En cuanto la comisión municipal, compuesta de cinco individuos, contando el Presidente, es-

tuvo reunida, declaró que el hecho de franquear así las puertas era una imperdonable ligereza, tan imprudente como innecesaria. Aunque el centinela de la terraza del hotel de Valqueyras no denunciara el menor peligro, convenía tener cerrada la población. Pedro dispuso que el pregonero, acompañado por un tambor, recorriera la ciudad, declarándola en estado de sitio, y advirtiéndole al vecindario que quedaba prohibido salir á las afueras, so pena de no volver á entrar quien incurriera en tamaña imprudencia. Á las doce del día fueron cerradas oficialmente las puertas. Esta medida, cuyo objeto era tranquilizar los ánimos, colmó el espanto que por doquier reinaba. Nada más curioso que aquella ciudad cerrada con llave y cerrojos en pleno siglo xix, á la luz del espléndido sol.

Luego que Plassans se hubo ceñido y abrochado el cinturón viejo de murallas que tenía, ni más ni menos que una fortaleza sitiada en visperas de un asalto, tristeza enorme penetró en todas las viviendas. Á cada instante, los que dentro de la ciudad estaban, creían oír fragor de descargas de fusilería en los arrabales. Nadie sabía lo que pasaba, desde el fondo de aquella

especie de cueva, de aquel agujero amurallado, en el cual todos esperaban ser puestos en libertad ó recibir el golpe de gracia, sin razones para considerar la una más probable que el otro. Hacía dos días, las partidas de insurgentes que recorrían los campos habían interrumpido las comunicaciones. Plassans, arrinconada en el callejón sin salida que ocupa, estaba como si no perteneciera á la Francia y de ella la separaran millares de leguas. Hallábase en pleno foco de la insurrección. El toque de rebato resonaba en todos los alrededores; por todos lados llegaban á ella los ecos de la *Marsellesa*, semejantes al rugido de un torrente desbordado. La ciudad abandonada parecía botín prometido á los vencedores, y el vecindario pasaba á cada instante del miedo á la alegría, y viceversa, creyendo ver en la Grand-Porte, ya blusas de insurgentes, ya uniformes de soldados. Jamás hubo subprefectura que padeciese mayores angustias ni más dolorosa agonía que Plassans en su envoltorio de muros ruinosos.

Por espacio de veintidos horas circuló el rumor de que había fracasado el golpe en París, y que el príncipe Luis estaba preso en Vincennes.

Decíase que la capital era presa de la más tremenda demagogia; que Marsella, Tolón, Draguignan, todo el Mediodía de Francia, en fin, pertenecía á los insurrectos, victoriosos, los cuales llegarían á Plassans aquella noche.

Una comisión acudió al Ayuntamiento, protestando de la clausura de las puertas, útil sólo para irritar á los vencedores. Rougon, que ya comenzaba á perder la cabeza, defendió á medias sus disposiciones; parecíale que la de encerrarse en Plassans con llaves y cerrojos era la más notable de todas las medidas que tomó durante su administración interina, y halló para demostrarlo convenientes argumentos. Pero le acosaban, preguntándole dónde estaba el regimiento que había prometido; y, sin saber qué contestar, decidióse á mentir, negando rotundamente haber hecho ningún ofrecimiento. La ausencia de aquella fuerza armada, que el miedo había hecho creer á todos próxima á llegar, era la causa primordial del pánico. Los que presumían de bien informados, determinaban exactamente el sitio preciso en donde ocurrió el encuentro con los insurrectos, y la degollina de la tropa.

Á las cuatro, Rougon, seguido por Granoux, volvió á casa de Valqueyras. Á lo lejos, por la parte del Viorne, pasaban sin cesar grupos de obreros y campesinos que iban á incorporarse al grueso de la insurrección, junto á Orchères. Todo el día las murallas estuvieron frecuentadas por pilluelos que trepaban hasta lo más alto, y vecinos de Plassans que acudían á observar por las troneras. Unos y otros, voluntarios centinelas, se encargaron de sostener vivo el espanto, contando en voz alta las partidas que distinguían y consideraban como numerosos batallones. Aquel pueblo cobarde creía asistir desde su rincón á los preparativos de una catástrofe universal. Al oscurecer, igual que el día anterior, acreció el pánico.

Al volver al Ayuntamiento, Rougon, siempre seguido de su inseparable Granoux, convinieron en que la situación era insostenible. Durante su ausencia, había desaparecido otro consejero. Ya sólo quedaban cuatro. Pasando horas enteras sin decir palabra, mirándose unos á otros con amarillos rostros y tristes ojos, comprendían que representaban un papel harto ridículo. Además, tenían verdadero miedo de pasar otra no-

che como la anterior, en la terraza del hotel de Valqueyras.

Rougon declaró con voz grave que, no ocurriendo novedad que lo requiriese, era inútil continuar en sesión permanente. Si sucediera algún acontecimiento grave, se avisaría á domicilio á los consejeros. Y por decisión tomada justamente en consejo, declinó en Roudier las responsabilidades de su administración.

Este, recordando que fué nacional en París bajo el reinado de Luis Felipe, lleno de convicción, seguía vigilando la Grand-Porte.

Con la cabeza caída sobre el pecho, deslizándose por la sombra de las calles, tornó Rougon á su casa. Notaba que por momentos la ciudad se volvía contra él. Su nombre circulaba mezclado con frases despreciativas ó coléricas. Suddando y tambaleándose, subió á su vivienda.

Felicitas recibióle silenciosa, con rostro que revelaba inquietud y consternación. También ella comenzaba á desesperar. Sus esperanzas se derrumbaban. Silenciosos, mirándose cara á cara, estaban los dos en el salón amarillo.

La luz iba cediendo su puesto á las sombras de la noche; aquella luz tenue y sucia prestaba tintes

fangosos al papel de color de naranja rameado de la estancia ; nunca les había parecido aquella habitación tan vergonzosa , ni el mobiliario más ruin y más ajado. Estaban solos completamente ya no les rodeaba , como el día antes , una corte adúladora y orgullosa de lisonjearlos. En un día tan sólo , cuando ya comenzaban á dar por terminada la victoria , habían caído desde la cúspide de sus ilusiones al fondo de un abismo sin fondo de crueles realidades. Si al día siguiente no cambiaba la situación , estaban perdidos para siempre. Felícitas, que la tarde anterior pensaba en el llano de Austerlitz , contemplando las ruinas del salón amarillo, al verle tan triste y tan desierto, acordábase de los campos malditos de Waterloo.

Viendo que su marido no pronunciaba una palabra , levantóse y fué á colocarse detrás de la vidriera de aquel balcón en donde el día antes aspiró con delicia inefable el incienso que en aras de su gloria quemaba la gente más importante de una subprefectura.

En la plaza había varios grupos : viendo que muchos miraban al balcón , cerró las persianas, temerosa de que la silbaran. Sin duda estaban

hablando de su marido y de ella: lo presentía; además, hasta sus oídos llegaban palabras distintas.

Un abogado decía con acento de convicción, como si informara seguro del triunfo:

—Yo lo dije desde luego. Los insurrectos se fueron cuando les pareció, y no consultarán la voluntad de los cuarenta y uno para volver, si se les antoja. ¡Los cuarenta y uno! ¡Valiente comedia!.... ¡Puede que fueran más de doscientos!

—No, eso no (replicó un comerciante de aceite, gordo, muy gordo, gran político y gran discutidor). ¡Ni siquiera diez eran! Si no, decidme: ¿cómo fué que no ha quedado huella ninguna del combate tan decantado? Yo fuí al Ayuntamiento para convencerme, y me convencí. Nada, ni una gota de sangre había en el patio.

Un obrero que se acercó tímidamente al grupo, añadió:

—No hacía falta ser muy listo para apoderarse del Ayuntamiento. Ni siquiera estaba cerrada la puerta....

Una carcajada acogió estas palabras, y el obrero, envalentonado al ver que causaban risa sus comentarios, prosiguió:

—Después de todo, nada es más natural que lo ocurrido. De gente de poco más ó menos como los Rougon, ¿qué se podía esperar?

Este insulto fué derecho al corazón de Felicitas. La ingratitud de aquel pueblo, porque había llegado á creer que en efecto tenía su marido algo grande que cumplir, la crispaba. Llamó á Pedro; quería darle una lección práctica sobre la instabilidad de las multitudes.

—¿Pues y lo del espejo? (prosiguió el abogado.) ¡No han hecho poco ruido con la tal rotura del espejo! Capaz es Rougon de haberle pegado el balazo para hacernos creer lo de la batalla....

Pedro reprimió un grito de dolor. ¡No creían ni siquiera lo del espejo!.... Por aquel camino llegarían á dudar de que hubiese oído silbar una bala. La leyenda de los Rougon estaba próxima á quedar reducida á la nada, igual que su gloria.

Pero aún no había llegado á la cima de su calvario. Los maldicientes se encarnizaban tanto como habían aplaudido el día antes. Un antiguo fabricante de sombreros, entrado ya en los setenta años, cuya fábrica tuvo en el arrabal, empezó á revolver el pasado de los Rougon. Á grandes rasgos, y como de cosa que fácilmente

se olvidà, habló del cercado de los Fouque, de Adelaida y de sus amores con el contrabandista. Dijo lo bastante para impulsar más á los malevolentes, que se acercaron entre sí y mezclaban en su relato las palabras *canalla*, *ladrón*, *intrigante* y otras análogas, de suerte que á través de la persiana herían los oídos de Felícitas y de Pedro, quienes, sudando de cólera y de miedo, escuchaban tamaños horrores. Llegaron hasta compadecer á Macquart. Este fué el golpe de gracia. La víspera Rougon era un nuevo Bruto: un alma estoica que sacrificaba á la patria todas sus afecciones : en aquellos momentos, Bruto quedaba reducido á un vil ambicioso, que saltaba sin piedad por encima de su pobre hermano, sirviéndose de él como de un escabel para asaltar la fortuna.

—¿Oyes? ¿Oyes? (murmuró Pedro, con voz estrangulada.) ¡Ah, pillos! ¡Cómo nos hunden! ¡Nunca lograremos levantarnos ya!....

Felícitas, crispada, redoblaba sobre las persianas con los dedos, y repuso :

—¡Déjalos! ¡Que si llegamos á triunfar, ya les diré yo cómo las gasto! ¡Bien se ve de dónde sale el tiro! La ciudad nueva nos aborrece.

Este juicio era exacto. La impopularidad de Rougon procedía de un grupo de abogados, muy ofendidos al ver la importancia que había adquirido un comerciante de aceite sin instrucción, y cuyo comercio por muy poco no hizo quiebra.

El barrio de Saint-Marc no daba señales de vida hacía ya cuarenta y ocho horas. Sólo los barrios nuevo y viejo se manifestaban uno enfrente de otro. El primero aprovechábase del pánico para hundir al salón amarillo en el concepto de los comerciantes y los obreros. Roudier y Granoux decían que eran excelentes personas, honrados ciudadanos, á quienes las intrigas de Rougon habían logrado engañar. Pero ya les harían ver claro el caso. En lugar de aquel barrigón tronado, debiera haber ocupado la poltrona de la alcaldía el señor Isidoro Granoux. La acerba crítica de todos los actos de la administración de Pedro, que sólo había durado un día, se fundaba, primero, en que no debió ocupar aquel puesto, habiendo personas más idóneas que él y más dignas de asumir todas las responsabilidades. No debía haber contado con el mismo consejo municipal (decían). La clausura de las puertas fué una estupidez; y por hacer caso

de sus bestialidades, cinco consejeros habían enfermado de pulmonía la noche que pasaron en la terraza de Valqueyras. También los republicanos alzaban la cabeza, y hablaban de un golpe de mano preparado contra el Ayuntamiento por los obreros del arrabal. La reacción fallaba.

Al ver derrumbarse todas sus esperanzas, Pedro pensó en algunos elementos que acaso pudieran sostenerle, y con los cuales quería contar.

—¿No iba á venir esta noche Arístides para hacer las paces?—preguntó.

—Sí (repuso Felícitas). Me prometió publicar un buen artículo en *El Independiente*; pero no ha parecido por aquí....

Su marido la interrumpió, diciendo:

—¿No es aquel que sale de la subprefectura? La vieja miró, y al instante dijo:

—Sí, él es.... Y se ha vuelto á poner el cabestrillo....

En efecto: de nuevo Arístides traía entrapajada la mano. El Imperio no se consolidaba, ni la República se reconstituía tampoco, y juzgó oportuno recobrar su actitud de mutilado. Atravesó la plaza de la Subprefectura, haciéndose el distraído, sin alzar la cabeza; y habiendo oído sin

duda que en los grupos se pronunciaban frases peligrosas, capaces de comprometerle, se apresuró á escapar del riesgo por la calle de Banne.

—Ya no subirá (dijo con amargura Felícitas). Somos perdidos.... Hasta nuestros hijos nos abandonan.

Cerró con violencia la ventana, para no ver ni oír nada más; y cuando hubo encendido la lámpara, sentáronse á la mesa ella y Rougon, comiendo sin gana, dejando en los platos la mitad de los manjares. Sólo podían contar con unas pocas horas para tomar una determinación. Para no tener que renunciar en absoluto á la fortuna soñada, era menester que al despertar, Plassans, dominado, yaciera á sus pies pidiendo gracia. La única causa de su indecisión era la total carencia de noticias exactas. Felícitas, con su claro talento, lo comprendió desde el primer instante. Si hubiesen sabido con certeza lo que en París sucedía, se hubiesen resuelto á proseguir desempeñando su papel de salvadores de la situación, ó desde luego, con audacia y energía, se hubieran dedicado á preparar las cosas de modo que lo antes posible pudiera la gente olvidar

aquella campaña en la cual se jugaban ellos el todo por el todo. Pero nada sabían de cierto; se perdían en un dédalo de conjeturas, y con verdadero espanto corrían aquel albur, ignorantes de los acontecimientos, y entregados en absoluto al azar.

—¡Y ese diablo de Eugenio sin escribir!— exclamó Pedro, en un momento de desesperación, sin pensar que descubriría así á Felícitas el secreto de su correspondencia.

Pero la vieja hizo como si nada hubiese oído. La exclamación de su marido habíale llegado al alma. En efecto: ¿por qué no escribía Eugenio? Después de haber tenido á su padre al corriente de todo lo que hacía referencia al golpe de Estado, debía haberse apresurado á participarle el triunfo ó la derrota del bonapartismo. Solo por mera prudencia procedía avisar con tiempo y minuciosamente. Cuando callaba, señal inequívoca era de que la República vencedora le había enviado á hacer compañía al príncipe Luís en los calabozos de Vincennes. Felícitas se quedó helada de terror: el silencio de su hijo desvanecía sus postreras esperanzas.

En aquel momento fué recibida en casa de

Pedro la *Gaceta*, todavía húmeda y oliendo aún á la imprenta.

—¿Qué es esto? (exclamó Rougon, lleno de sorpresa.) ¿Vuillet ha tirado al fin el periódico?

Desgarró la faja, leyó el artículo de fondo, y al concluir, estaba pálido como un muerto y medio desvanecido.

—Toma, lee,—dijo, acercando el periódico á su mujer.

Era aquel un soberbio artículo violentísimo, poniendo de oro y azul á los insurrectos. Nunca semejante torrente de injurias, de mentiras y de adulaciones al Imperio brotó de pluma de periodista. Comenzaba Vuillet relatando la entrada de los insurgentes en Plassans. Era una obra maestra. «Bandidos patibularios», heces de los presidios, invadieron la ciudad. «Ebrios de aguardiente, de lujuria y de afán de robar». Luego los retrataba, «exhibiendo su cinismo por las calles, asustando á los vecinos con sus gritos salvajes, y no deseando más que la violación y el asesinato». Después, la escena en el Ayuntamiento y el secuestro de las autoridades, estaba descrita con detalles aterradores de drama espantoso. «Entonces cogieron por el cuello á los

hombres más respetables, y, como Jesús, el Alcalde, el valiente comandante de la Guardia nacional, el Administrador de correos, aquel funcionario tan probo y tan activo, fueron coronados de espinas por los miserables, y sufrieron las mayores injurias». El párrafo dedicado á Mietta y su traje rojo era el colmo del lirismo. Vuillet había visto una porción de doncellas sangrientas: «¿Y quién no vió (decía) en medio de aquellos monstruos, infames criaturas vestidas de encarnado, que debían haberse revolcado, sin duda, sobre la sangre de los mártires asesinados por aquellos bandidos en los caminos? Agitaban banderas rojas, y en las encrucijadas de las calles se entregaban á las innobles caricias de la horda entera». Con énfasis bíblico, añadía más adelante Vuillet: «La República no marcha bien como no sea rodeada de prostitución y asesinatos». Esta era la primera parte del artículo, que terminaba con una imprecación, en la cual decía el librero: «¿Y sufrirá el país más tiempo todavía la vergüenza de esas bestias salvajes, que no respetan ni á la propiedad ni á las personas?» Invocaba el concurso de todos los valerosos ciudadanos, diciendo que tolerarlo por más tiempo

sería punible debilidad que envalentonaría á los insurgentes, resolviéndoles á volver para «tomar á la hija en los brazos de su madre, y á la esposa entre los del esposo». Una frase, en la cual decía, ó poco menos, que Dios deseaba ver exterminados á los insurrectos, redondeaba aquel trabajo político-literario : «Parece que esos miserables están de nuevo á nuestras puertas (escribía). Pues bien : que cada ciudadano empuñe un fusil, y matemos como perros á los canallas : yo el primero, volaré á ocupar un puesto en las filas, feliz por contribuir á la destrucción de esa infame polilla».

Aquel artículo, en el cual la pesadez del estilo periodístico de provincias aglomeraba las perífrasis más petulantes, consternó á Rougon, quien murmuró, cuando á su vez Felícitas, enterada de él, dejó el periódico sobre la mesa :

—¡Ah, desdichado ! Vuillet nos ha dado el golpe de gracia : todos creerán que yo fuí el inspirador de esa diatriba.

—¿Pero no me dijiste que no quería publicarlo esta mañana ? (interrogó Felícitas, muy preocupada.) Las noticias últimas le tenían lleno de miedo, y, según tú mismo aseguraste, cuando se

negó rotundamente á atacar á los republicanos, estaba pálido como un cadáver.

—Sí, lo dije, y era verdad. Y cuando vió que insistía, llegó hasta echarme en cara el que no hubiese matado á todos los republicanos.... Ayer, bueno que escribiera el artículo; pero hoy, él será causa de que nos asesinen.

Felícitas no sabía qué pensar. ¿Qué mosca le habría picado á Vuillet? La idea de ver al sacristán aquél, fusil en mano, haciendo fuego desde la muralla, le parecía la cosa más ridícula del mundo. Indudablemente algo le impulsaba á expresarse así; algo que ella ignoraba, y era indispensable averiguar. Vuillet era demasiado cobarde para insultar á los insurrectos, si tan cerca de la ciudad estuviera la partida.

—Es un mal hombre; siempre lo he tenido por tal (prosiguió Rougon, después de releer el artículo). Por lo visto, no tiene más objeto que hacernos daño. ¡Ah! ¡qué necio fuí encargándole de la administración de correos!

Al oír esto Felícitas, vió un rayo de luz. Levantóse de súbito, como iluminada por una idea feliz, se puso una cofia, y echó un chal sobre sus hombros.

—¿Adónde vas? (preguntó con sorpresa Pedro.) Son ya más de las nueve....

—Tú, acuéstate (repuso la vieja con cierta rudeza). Estás enfermo, y te conviene descansar. Duerme mientras yo vuelvo, y si es menester, te despertaré y hablaremos.

Salió con rapidez, y se trasladó á la casa de correos. Bruscamente penetró en el despacho donde Vuillet estaba trabajando todavía. El librero, al verla, no pudo reprimir un movimiento revelador de su contrariedad.

Vuillet era feliz aquellos días, como nunca lo había sido. Desde que podía hacer que sus dedos tocasen todas las cartas que á Plassans llegaban, sentía inefable goce, el goce de un cura curioso disponiéndose á escuchar las confesiones de sus penitentes. Acercaba á los sobres cerrados su lívida nariz, y con sus malévolos ojos acariciaba los nombres de las personas á quienes iban dirigidos; los revolvía como los clérigos jóvenes revuelven lo más recóndito en el alma de las doncellas. Experimentaba así placeres indescriptibles, tentaciones que le retozaban en el ánimo. Allí tenía entre las manos millares de secretos de Plassans, referentes á la honra de

las mujeres, á la fortuna de los hombres; con sólo romper los sobres sabría tanto de unos y de otros, como el penitenciario de la catedral, el íntimo confidente de las personas más encopetadas de la ciudad. Vuillet era un gran chismoso; una de esas personas averiguadoras eternas de ajenas vidas, que sabía mucho, y cuando lo contaba era con el propósito firme de herir á la víctima en la honra, de suerte que no pudiera defenderse. ¡Cuántas veces sintió invencible deseo de meter los brazos hasta los hombros entre las cartas del buzón! Para él, desde hacía venticuatro horas el despacho del Administrador de correos era un gran confesonario lleno de sombra y misterio religioso, en el cual sentíase enervado de curiosidad, haciendo cábalas sobre los misteriosos murmullos, las confesiones inconexas que para él representaban aquellos papeles sellados y revueltos en confuso maremágnum.

Por otra parte, la crisis por la cual atravesaba el país le ponía á cubierto de todo riesgo, y hacía su tarea inquisitorial con escandaloso impudor.

Si alguna carta se retrasaba, y aunque se perdiera para siempre, la culpa recaería nece-

sariamente sobre los bribones insurrectos que rrecorrían los caminos interrumpiendo las comunicaciones. La clausura de las puertas le contrarió un poco; pero se puso de acuerdo con Roudier, para que los correos le fueran enviados directamente, sin pasar por el Ayuntamiento, y así quedó satisfecho del todo.

En verdad, sólo había abierto tres cartas; pero fueron las que más le interesaban: aquellas en las cuales su olfato de sacristán le hizo adivinar que encerraban noticias utilísimas, sabiéndolas antes que nadie. Limitóse luego á guardar en un cajón, para repartirlas con retraso, las que le habían servido para formar juicio sobre los acontecimientos y le quitarían el mérito de su valor, mientras la ciudad se dejaba dominar por el pánico, si llegaban á sus destinos oportunamente. Era buen sabueso, y eligiendo la dirección de correos, supo bien lo due hacía.

Cuando Felícitas llegó, estaba haciendo el expurgo de cartas y periódicos, so pretexto de clasificar unas y otros. Al verla entrar, se levantó, sonriendo hipócritamente, y ofrecióle una silla, pestañeando muy de prisa. Pero la mujer de

Rougon, sin hacer caso de su galantería, le dijo brutalmente :

—Vengo á buscar la carta.

Vuillet entornó los ojos, y con acento que revelaba la mayor inocencia, repuso :

—¿Qué carta, señora?

—La que recibisteis esta mañana para mi marido.... ¡Eh! Despachad, porque me urge tenerla.

Y viendo que se hacía el desentendido, balbuceando que no había recibido ninguna carta, y fingiendo sorpresa, prosiguió con tono amenazador :

—Es una carta de París, firmada por mi hijo Eugenio : ¡creo que hablo claro!.... Si no la encontráis vos, yo la buscaré, y entonces veréis cómo parece....

Y así diciendo, disponíase á poner manos á la obra. Entonces Vuillet se apresuró á evitarlo : le dijo que la buscaría, porque como el servicio andaba tan mal, acaso pudiera habersele pasado inadvertida. Pero, de todas suertes, si estaba, la encontraría al fin sin duda alguna, aunque, repitió, no la había visto, y le extrañaba.

Hablando á un tiempo, y revolviendo papeles

por encima de todas las mesas, abrió los cajones, los legajos, á la vista de Felícitas, que le miraba impasible, y por fin exclamó, tomando una que estaba en un paquete con otras varias:

—¡Caramba! ¡Teníais razón! ¡Aquí está! Estos demontres de empleados aprovechan la ocasión para no hacer bien el servicio.

Felícitas cogió la carta, y sin cuidarse de que su curiosidad era una ofensa para Vuillet, examinó atentamente el cierre. Claro se veía que el sobre había sido abierto: el librero, torpe aún, había usado lacre más obscuro para cerrarla de nuevo. La madre de Eugenio abrió la carta por arriba, cuidando de no estropear el sello, que algún día pudiera ser una prueba contra Vuillet, y leyó lo que su hijo decía á Rougon. En pocas palabras relataba el joven lo ocurrido en París, el triunfo completo del golpe de Estado, y cantaba victoria. París estaba rendido: en provincias apenas si se notaba conmoción, y, en una palabra, concluía diciendo que si no desmayaban en Plassans, la fortuna de los Rougon era indudable: estaba hecha.

Felícitas se guardó en el bolsillo la carta, y sentóse lentamente, mirando cara á cara á

Vuillet. Éste, fingiendo gran urgencia por concluir su trabajo, de nuevo se entregó á la clasificación de la correspondencia.

—Un momento, señor Vuillet,—le dijo Felicitas.

Y cuando el librero alzó la cabeza, prosiguió:

—¿Vamos á jugar limpio? Porque os advierto que hacernos traición pudiera costaros caro. Si en vez de abrir las cartas que á mi marido vienen dirigidas....

Vuillet se irguió, manifestándose ofendido; pero Felicitas, sin hacerle caso, prosiguió:

—Es inútil que tratéis de engañarme: conozco vuestro juego, y no ignoro que sois incapaz de confesar la verdad. Dejémonos de palabras inútiles, y hablemos claro: ¿qué interés tenéis para servir al golpe de Estado?

El librero trató de sincerarse; pero la mujer de Rougon, impaciente, le interrumpió, exclamando con violencia:

—Por lo visto me juzgáis tonta.... He leído vuestro artículo, y, creedme, lo que más os conviene es ponerlos de acuerdo con nosotros.

Sin confesar nada, sin soltar prenda, Vuillet

dió á entender que le convenía mucho recuperar el surtido de libros de texto para la enseñanza oficial. Ya en otra ocasión le valió este negocio pingües ganancias; pero habiéndose descubierto que, so pretexto de la venta de obras clásicas, se dedicaba á expender folletos pornográficos, de suerte que los pupitres de los colegiales rebosaban páginas obscenas, le fué prohibida la venta de los primeros, y en poco estuvo que no le costara tener que habérselas con los tribunales de justicia. Desde entonces ansiaba con verdadera furia ganar otra vez la perdida protección.

Felicitas quedó admirada al ver cuán modestas eran las ambiciones del librero. Imposible le parecía que por vender unos cuantos diccionarios se arriesgase nadie á ir á presidio por violación de la correspondencia.

—Es un bonito negocio (dijo Vuillet con fruición); equivale á una renta segura de cuatro á cinco mil francos anuales. Yo no soy como otras personas, que sueñan imposibles.

La mujer de Rougon no volvió á hablar de las cartas por él abiertas. Tácitamente convinieron en que Vuillet no propagaría más ninguna noticia sin contar con los Rougon, y que éstos,

por su parte, se encargarían de que en su establecimiento se expendieran los libros de texto. Al marcharse, Felícitas le recomendó que no se comprometiera más aun. Bastaba con retener las cartas y no distribuirlas hasta tres días después.

—¡Habrà bribón!—murmuraba Felícitas al salir á la calle, sin pensar que también ella intervenía en un delito penado por el Código.

Preocupada, andando lentamente, dirigióse á su casa, atravesando por el paseo de Sauvaire, para reflexionar más á sus anchas. Debajo de los árboles encontró al marqués de Carnavant, que salía de noche para husmear lo que pasaba sin comprometerse. El clero de Plasons, aunque contrario al golpe de Estado, desde el anuncio de éste se mantenía en la más absoluta neutralidad. Comprendiendo que era un hecho la consolidación del Imperio, esperaba la hora oportuna de dar nueva dirección á sus seculares intrigas. El Marqués, inútil ya como agente de los clericales, no tenía más interés que la viva curiosidad de saber en qué pararía todo aquello y de qué manera se arreglarían los Rougon para llegar hasta el objeto de sus ambiciones.

—¡Hola , pequeña! (dijo, reconociendo á Felicitas.) Pensaba ir á verte.... Parece que tus negocios se enredan.

—No ; todo marcha bien....—replicó la Rougon , muy preocupada.

—Mucho me alegro. Ya iré para que me cuentes cómo es eso.... ¡Ah! La otra noche, no te puedes figurar el miedo que por mi causa tuvieron tu marido y sus colegas. ¡Si supieras qué rato pasaron en la terraza , mientras yo me entretenía en hacerles ver una partida de insurrectos en cada grupo de los árboles del valle!.... Supongo que me lo perdonarás....

—Es más; os lo agradezco. Ojalá los hubierais asustado más todavía. Mi marido es un camastrón.... Venid á verme cualquier día de estos , á hora en que me halléis sola.

Y así diciendo , despidióse del Marqués , y echó á andar rápidamente, como si aquella conversación hubiera desvanecido todas sus zozobras. Implacable, rebosaba en su cuerpecillo el deseo de vengarse de las desconfianzas de Pedro, humillándole y conquistando para siempre el omnímodo poder dentro del hogar. Preciso era representar una comedia, y de antemano gozaba

ya, pensando en el efecto que produciría aquel golpe escénico cuyo plan había madurado con todos los refinamientos que su amor propio de mujer ofendida le sugería.

Halló á Pedro sumido en pesado sueño; acercóle la luz, y con expresión de lástima contempló aquellas facciones groseras, contraídas á intervalos por nerviosos movimientos; después sentóse á la cabecera de la cama, se quitó la cofia, se descompuso el peinado, tomó el aspecto de una persona desesperada, y empezó á sollozar recio.

—¡Eh! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?—preguntó Pedro, bruscamente despertado.

Felicitas, en vez de responder, redobló sus gemidos.

—Hazme el favor de contestar (prosiguió Rougon, espantado al verla muda y desesperada). ¿De dónde vienes? ¿Te has encontrado con los insurrectos?

La vieja hizo con la cabeza una señal negativa, y replicó con voz ahogada:

—Vengo del hotel de Valqueyras. Quería aconsejarme del señor Marqués.... ¡Ah, Pedro de mi alma; todo se ha perdido!....

De un salto quedó Rougon sentado sobre la cama; cubría su rostro densa palidez; por entre la camisa desabrochada erguía su cuello robusto como el de un toro, y la blanda carne estremecía á impulsos del miedo. En medio del lecho revuelto se hundía como un ídolo chino, lívido y compungido.

—El Marqués (continuó Felícitas) cree que el príncipe Luis debe haber sido derrotado.... Nos hemos hundido, Pedro; jamás llegaremos á tener un céntimo.

Como sucede siempre á los cobardes cuando tratan con un débil, Rougon montó en cólera. ¡Claro!: la culpa no era suya, sino del Marqués, de su mujer y de toda la familia. ¿Acaso pensaba en la política él cuando entre Carnavant y Felícitas le metieron en aquellos enredos?

—Por mi parte, me lavo las manos (gritó). Vosotros fuísteis los culpables. ¿No hubiera sido mucho más prudente comernos nuestras rentas sin meternos con nadie? Estas son las consecuencias de tu afán de dominar. ¡Mira al extremo adonde hemos llegado!

Perdido el seso, no se acordaba de que fué él tan ambicioso como su mujer. Sólo sentía un in-

menso deseo de desahogar la cólera, echando sobre los demás las responsabilidades de la derrota.

—¿Qué había de suceder con hijos como los nuestros? Eugenio nos abandona; Arístides nos ha arrastrado al lodo, y hasta ese majadero de Pascual nos compromete, echándonoselas de filántropo y marchándose con los insurrectos. ¡Para eso nos hemos arruinado, dándole á cada uno su carrera!

En el paroxismo de la desesperación, empleaba palabras, de las cuales nunca había hecho uso. Felícitas aprovechó un instante en que Pedro dejó de gritar para tomar aliento, y murmuró:

—¿Te olvidas de Macquart?

—Es verdad (continuó Rougon, con más violencia). Ese es otro que, cuando pienso en él, me saca de mis casillas.... Pues, ¿y Silverio? ¿Qué me dices de ese? Le encontré en casa de mi madre, con las manos llenas de sangre. Según parece, le había reventado un ojo á un gendarme. No te dije nada, por no asustarte; pero, figúrate si es justo que ese demontre de chiquillo haga por que tengan que ver con él los tribunales.... ¡Oh! ¡qué familia! Lo que es el tal

Macquart, te aseguro que el otro día, cuando me vi con un fusil en la mano, y recordé todas las molestias que nos ha ocasionado, ganas me dieron de pegarle un tiro.

Felicitas dejaba que la tormenta descargara. Con una calma angelical, bajando la cabeza, como si se reconociera culpable, y ocultando así la expresión radiante de sus ojos, escuchó las recriminaciones de su marido. Aquella actitud humildísima, excitaba á Pedro hasta enloquecerle. Cuando ya le faltaban aliento y voz, la vieja suspiró, haciendo gestos que revelaban arrepentimiento, y, con fingido desconsuelo, murmuró:

—¿Y qué vamos á hacer, ¡Dios mío!, qué vamos á hacer?... ¡Estamos agobiados de deudas!....

—Tú tienes la culpa, —gritó Rougon, haciendo el último esfuerzo.

Era verdad: á todo el mundo debían dinero. Esperanzados con un próximo triunfo, perdieron hasta el último resto de prudencia. Al comenzar el año 1851, llegaron hasta ofrecer todas las noches á los tertulios del salón amarillo refrescos, ponche, pastas, y hasta cenas, en las cuales se brindaba por la muerte de la República. Además,

Pedro empleó en fusiles y cartuchos para defender la causa de la reacción, la cuarta parte de su capital.

—La cuenta del pastelero sube lo menos á mil francos (prosiguió Felícitas con triste acento); y al licorista le debemos casi el doble. Además, quedan el carnicero, el panadero, el frutero....

Pedro agonizaba. Felícitas le dió el golpe de gracia, añadiendo :

—Y no quiero hablar de los diez mil francos que diste para comprar armas.

—¡Los diez mil francos que me robaron, engañándome! (gritó Rougon.) Ese imbécil de Sicaud me metió en el ajo, jurándome que vencería Napoleón. Yo creí que se trataba de un anticipo, y preciso será que ese vejestorio me devuelva mi dinero.

—¡Bah! ¡qué te ha de devolver!.... (replicó Felícitas, encogiéndose de hombros.) Sufriremos las consecuencias de la guerra. Después de pagar á todos los acreedores, no nos quedará ni lo preciso para comer un pedazo de pan.... ¡Ah! ¡Qué bonita campaña! Luego, ya podemos irnos á vivir á alguna casucha del barrio viejo.

Estas palabras sonaron lúgubrementemente. Eran

el fiel retrato de la existencia que les aguardaba. Pedro vió la casucha del barrio viejo tal y como su mujer la pintaba. En ella moriría, en una mala cama, después de haber pasado la vida entera aspirando á realizar sus ensueños de fortuna. En vano había robado á su madre y puesto la mano en los más sucios negocios, mintiendo por espacio de años enteros. El Imperio no pagaría sus deudas; aquel Imperio, único capaz de salvarle de la ruina. En camisa saltó de la cama, gritando :

—No ; mejor quiero coger un fusil, y hacer que me maten los insurrectos.

—Pues eso lo podrás conseguir mañana ó pasado, porque los republicanos no están lejos de Plassans. Es un medio de concluir como otro cualquiera.

Pedro se quedó yerto, como si de pronto le hubieran echado un jarro de agua fría por la cabeza. Acostóse lentamente, y cuando sintió el dulce calor de la cama, rompió á llorar. Aquel hombrón se deshacía en llanto. Vertía lágrimas, que sin esfuerzo salían de sus ojos. Operábase en él una reacción fatal ; toda su cólera se trocaba en abandono y lamentaciones dignas de un

niño. Felícitas, que esperaba esta crisis, llegó al colmo de la alegría, viéndole rendido á sus pies.

Conservó su actitud y su mutismo, y al cabo de una larga pausa, obtuvo lo que deseaba. El silencio, la resignación aparente de su mujer sumida en profunda melancolía, exasperó las lágrimas de Pedro.

— ¡Di algo, mujer! (exclamó con dolorido acento.) Pensemos juntos, á ver si encontramos la solución. ¿No hemos de hallar una tabla salvadora?

— Ninguna (replicó Felícitas). Hace un momento, tú mismo exponías la gravedad de la situación. Nada podemos esperar de nadie; hasta nuestros hijos nos han abandonado.

— ¡Huyamos!... ¿Quieres que esta noche misma salgamos de Plassans?

— ¡Huir!... ¿Pero no comprendes que mañana seríamos objeto de las hablillas de toda la ciudad? Además, ¿no recuerdas que tú mismo mandaste cerrar las puertas?

Pedro se desesperaba. Ponía en tensión extraordinaria su espíritu, y, por fin, vencido, con tono suplicante murmuró:

—¡ Por favor ! Dame una idea ; todavía no has dicho una palabra.

Felícitas alzó la cabeza, fingiendo sorpresa, y con un gesto que revelaba absoluta impotencia, dijo :

—¿ Y qué entiendo yo de estas cosas ? ¿ No me has dicho cien veces que no es la política asunto para ser tratado por mujeres ?

Y viendo que su marido se callaba avergonzado, sin atreverse á mirarla, continuó :

—Si me hubieras puesto al corriente de tus negocios, acaso.... Pero como no sé una palabra de ellos, imposible es que te aconseje. Además, has hecho bien ; las mujeres á veces son charlatanas, y por eso es bueno que los hombres dirijan la nave solos.

Pronunció estas palabras con tan disimulada ironía, que su marido no advirtió la crueldad que encerraban. Pero sintió remordimiento, y se lo contó todo. Hablóle de las cartas de Eugenio. Le explicó sus planes y la conducta que él había seguido, con locuacidad de hombre que confiesa de plano y requiere que le saquen de apuros. Á cada paso se interrumpía para preguntarle :

—¿ Qué hubieras hecho tú en mi caso ?

Ó bien exclamaba :

—¿No es verdad? ¿Tenía razón? No podía proceder de otra manera.

Felícitas no se dignaba hacer un gesto siquiera : escuchábale con la rigidez inflexible de un juez , y en el fondo del ánimo experimentaba incomparable júbilo ; por fin había logrado dominarle , y jugaba con él como una gata con una bola de papel.

Tendiéndole las manos para que le pusiera las esposas :

—Espera (dijo por fin , saltando de la cama). Voy á leerte la correspondencia con Eugenio , para que puedas juzgar mejor.

Ella trató en vano de detenerle por un faldón de la camisa ; Pedro colocó las cartas encima de la mesita de noche , volvióse á acostar , y le leyó páginas enteras , obligándola á recorrerlas con sus propios ojos. Felícitas hacía esfuerzos para no sonreír , y comenzaba á sentir lástima.

—Ahora que estás enterada de todo (dijo Rougon con ansiedad , luego que hubo leído la última carta), ¿no se te ocurre alguna manera de salvarnos de la ruina?

La vieja parecía reflexionar profundamente, y no contestó.

—Tú eres una mujer inteligente (prosiguió Pedro, para adularla), y yo cometí la torpeza de ocultarte la verdad. Ahora lo reconozco.

—No hablemos más de eso (repuso Felícitas). Á mi juicio, si tienes mucho valor....

Y viendo que la miraba con avidez, interrumpióse, y le dijo sonriendo:

—Pero es menester que me prometas no volver á desconfiar de mí. ¿Me lo dirás todo? ¿No darás ningún paso sin consultarme?

Rougon le prometió obedecerla, y aceptó incondicionalmente hasta las imposiciones más duras.

Entonces ella se acostó también. Se había enfriado; acercóse á su marido, y en voz baja, como si temiera ser oída, le expuso detalladamente el plan de campaña que había concebido. Á su juicio, era indispensable que el pánico se difundiera más y más por la ciudad, para que él resaltase con su heroico valor ante la pública consternación. Un secreto presentimiento la advertía, según dijo, de que los insurrectos estaban aún muy lejos. Además, tarde ó temprano,

el partido del orden llegaría á imponerse, y entonces obtendrían ellos la ansiada recompensa. El papel de mártir, después de haber desempeñado el de héroe, le convenía mucho. Con tanta convicción hablaba, y tales razones expuso, que Rougon, sorprendido en un principio por la sencillez del plan, que sólo requería audacia, acabó por reconocer en él ventajas indudables: se conformó, y comprometióse á desarrollar todo el valor posible.

—Pero no olvides que á mí me deberás la salvación (murmuró la vieja, con acento zalame-ró). ¿Serás bueno?

Besáronse, y se dieron las buenas noches. Aquella conversación fué un descanso para los dos viejos, abrasados por el fuego de la ambición. Pero ni uno ni otra pudieron conciliar el sueño. No había pasado un cuarto de hora, cuando Pedro, que tenía los ojos fijos en la redonda sombra que proyectaba la lamparilla sobre el techo, se volvió, y, en voz muy baja, comunicó á su mujer una idea que había brotado en su cerebro.

—¡Oh, no! (murmuró Felícitas estremeciéndose.) Sería demasiada crueldad.

—¡Diablo! (prosiguió Rougon.) ¿No quieres que la ciudad entera tiemble consternada?... Si lo que te digo sucediera, todo el mundo tendría que tomar muy en serio mi actitud.

El plan se completaba en su mente.

—Para eso Macquart podía servirnos (exclamó); y aun puede ser que lográsemos deshacerlos de él.

Esta idea se grabó en la inteligencia de Felicitas. Reflexionó, y después de un instante de duda, balbuceó:

—Puede que tengas razón....: merece pensarse....; después de todo, sería una estupidez andar con escrúpulos tratándose de una cuestión de vida ó muerte para nosotros.... Mañana iré yo á ver á Macquart, y quién sabe si podremos entendernos.... Iré yo, porque tú de fijo te pelearías con él, y lo echarías á perder.... ¡Ea! Buenas noches, y que duermas bien.... Ya verás cómo al fin y al cabo todo se arregla.

De nuevo se besaron, y se durmieron. En el techo la mancha luminosa se redondeaba semejante á un ojo colosal fijo en aquellos dos seres de rostros amarillos que combinaban el crimen al calor de la cama, y que veían en sueños caer

dentro de su alcoba una lluvia de sangre, cuyas anchas gotas se trocaban en monedas de oro al chocar contra el pavimento.

Al siguiente día, antes de amanecer, Felicitas fué al Ayuntamiento, advertida por Pedro de la manera cómo podría llegar hasta Macquart. En una toalla llevaba envuelto el uniforme de guardia nacional de su marido.

Al entrar en la alcaldía, encontró á los que montaban la guardia durmiendo á pierna suelta. El portero, á cuyo cargo estaba la vigilancia del prisionero, la acompañó hasta el tocador convertido en calabozo, y luego bajó tranquilamente.

Dos días con sus noches hacía que Macquart estaba allí encerrado. Tiempo había tenido de reflexionar. Las primeras horas de prisión las pasó entregado á la cólera que le causaba su impotencia. Ganas le dieron de echar abajo la puerta, pensando que en la estancia inmediata estaba su hermano hecho un personaje, y desde luego se prometía estrangularle con sus propias manos, cuando los insurrectos le devolvieran la libertad. Al anochecer recobró la calma, y dejó de pasearse por el estrecho gabinete. Aquella

atmósfera impregnada de aromas delicados le producía indecible bienestar y calmaba sus nervios. Garçonnet era rico, sibarita y coquetón en sus aficiones, y había arreglado aquel retrete con exquisito gusto y elegancia; el diván era muelle y cómodo; multitud de pomadas y jabones ordenados sobre el lavabo de mármol saturaban de perfumes el aire, y la luz palidecía atravesando los cristales, semejante al tenue resplandor de la lámpara de una alcoba.

Macquart se durmió, respirando aquel ambiente aromático, y pensando que «los demonstres de los ricos eran muy felices»: cubrió su cuerpo con una colcha que le habían dado, y descansó hasta la mañana, apoyando la cabeza, las espaldas y los brazos sobre los mullidos cojines. Cuando abrió los ojos, un rayito de sol penetraba por la claraboya; tan caliente estaba y tan cómodo, que no quiso levantarse, y siguió echado, mirando distraído en torno suyo, y pensando que tarde ó nunca se vería en un sitio semejante para lavarse la cara. El lavabo, sobre todo, le interesaba. No era mucho andar siempre limpio, pudiendo disponer de tanto tarrito y tanto frasco. Esto le hizo pensar con amargura en su

pasado. Acaso había seguido mal camino; no se adelanta nada tratando á los vagabundos; más le hubiera valido dejarse de tonterías y ponerse bien con los Rougon. Pronto se reaccionó, pensando que su hermano era un bribón, que le había robado. Pero el tibio ambiente y la blandura del diván dulcificaban sus acritudes, y á su pesar experimentó cierta melancolía. Después de todo, los insurrectos le abandonaban y se dejaban matar como unos imbéciles. Acabó por convenir en que la República era un engaño. Pensó que los Rougon tenían buena suerte, y recordó con pena la inútil malevolencia que con él habían empleado y la sorda guerra que le hicieron; ninguno de los individuos de su familia le había favorecido, ni Arístides, ni Silverio, que era un tonto, entusiasta de las ideas republicanas, y nunca llegaría á ser nada, ni el hermano de éste, que estaba olvidado por todos. Encontrábase solo; muerta su mujer y abandonado por sus hijos, restábale morir en un rincón, como un perro, sin dinero, sin una mano amiga que le favoreciese. Discurriendo así, miraba el lavabo y le entraban ganas de lavarse las manos con ciertos polvos de jabón que había en un tarro de

cristal. Macquart, como todos los holgazanes á quienes una mujer ó sus hijos sostienen, tenía aficiones femeniles. Aunque llevara los pantalones llenos de remiendos, gustábale inundarse la cabeza de aceite aromático. Pasaba horas y horas en casa del barbero hablando de política, y haciendo que lo peinaran en los intervalos de las discusiones. La tentación fué invencible, y Macquart se instaló delante del lavabo. Se lavó la cara y las manos, se peinó, se perfumó, se hizo un tocado perfecto. Usó un poco de cada frasco, todos los jabones y todas las clases de polvos que tenía á mano.

Pero lo que le produjo mayor emoción, fué secarse con las toallas del Alcalde, extraordinariamente gruesas y flexibles. Con delicia envolvió en una de ellas el húmedo rostro, respirando ansioso aquellos olores que representaban la riqueza. Después de haberse puesto pomada y haberse perfumado la cabeza, volvió á echarse en el diván, rejuvenecido, con la mente llena de ideas conciliadoras. Desde que acercó las narices á los frascos aquellos, sentía mayor desprecio por la República; hasta llegó á pensar que acaso todavía fuera tiempo de hacer las paces con su

hermano, y calculó lo que podría valerle una traición.

Su odio por los Rougon seguía mordiéndole; pero estaba en uno de esos momentos durante los cuales el silencio, una postura cómoda y un estado especial del ánimo, son otros tantos agentes que impulsan á pensar amargas verdades; y lamentó no haberse creado un rincón donde poder ser feliz, olvidando las debilidades del alma y del cuerpo, aun á trueque de los más profundos odios. Por la tarde, Antonio estaba resuelto á procurarse una entrevista con su hermano al día siguiente. Pero cuando vió entrar á Felícitas, comprendió que le necesitaban, y se puso en guardia.

La negociación fué larga, llena de traiciones y manejada con extraordinaria astucia. Los dos cuñados empezaron dándose mutuas quejas. Felícitas, admirada de ver tan amable á Antonio, después de la escena ocurrida en su casa el domingo último, comenzó á hablar, recriminándole cariñosamente por los odios que había fomentado, calumniando á Pedro hasta sacarle de sus casillas.

—¡Caramba! (dijo Macquart, procurando en

vano contenerse): lo que es Pedro, nunca se portó conmigo como un hermano: ¿cuándo me ha socorrido? Si de él sólo hubiese dependido mi suerte, á estas horas habría ya reventado en mi tabuco. Mientras fué bueno conmigo, ya te acordarás, cuando me dió los doscientos francos, se me figura que mi conducta nada dejaba que desear. Por todas partes decía yo que era hombre de muy buen corazón.

Esto equivalía á decir: «Si hubieseis continuado dándome dinero, hubiéramos sido muy buenos amigos, y os hubiese ayudado en vez de combatiros; vosotros tuvisteis la culpa, porque bien podíais haberme entendido».

Felícitas le comprendió tan bien, que repuso:

—No extraño que nos juzgases malos hermanos, porque creías que vivíamos con mucho desahogo; pero te equivocabas, porque éramos y seguimos siendo pobres, y esa fué la razón de que no procediéramos contigo tan bien como era nuestro deseo.

Dudó un instante, y prosiguió:

—En rigor, podríamos hacer un sacrificio si lo exigiera la gravedad de las circunstancias; ¡pero somos tan pobres!....

Macquart aguzó el oído. «Ya caigo», pensó; y sin darse por entendido del indirecto ofrecimiento de su cuñada, pintó vivamente su miseria con voz dolorida, contó la muerte de su mujer y la huida de sus hijos. Felícitas, por su parte, lamentó la crisis que experimentaba el país, asegurando que la República los había acabado de arruinar, y de palabra en palabra, llegó á maldecir la época, en la cual, por ideas políticas, se veía su marido en el caso de prender á un hermano suyo. Si la justicia no quería entregar su presa, ¡cuán grandes serían los sufrimientos que experimentase al ver á un ser que llevaba su propia sangre, perseguido y confinado en alguna isla lejana y de mortífero clima!....

—Lo que es eso....,—dijo tranquilamente Macquart.

Felícitas prosiguió:

—Capaz sería, antes de consentirlo, de dar la vida para rescatar la honra de mi familia; y la prueba de que no miento, de que estoy dispuesta á probarte que no te abandonamos, es que vengo á facilitarte el medio de que te escapes.

Los dos cuñados se miraron cara á cara, tan-

teando el terreno antes de entablar la lucha.

—¿Sin condiciones?—preguntó Antonio.

—Sin condiciones (repuso Felícitas. Y sentándose junto á él en el diván, continuó con tono resuelto): y antes de que pases la frontera, tengo también arreglado el modo de que ganes mil francos, si quieres.

—Si el negocio es limpio (murmuró Antonio, tras breve silencio), porque te advierto que no estoy de humor de mezclarme en vuestros chanchullos.

—No se trata de ningún asunto peligroso (dijo Felícitas, sonriendo al ver los escrúpulos de aquel zorro viejo); la cosa es bien sencilla: en cuanto salgas de aquí vas á esconderte á casa de tu madre, y esta noche reunes á tus amigos y venís todos á apoderaros del Ayuntamiento.

Macquart no pudo ocultar la sorpresa que le produjeron aquellas palabras, cuyo alcance no comprendía.

—Yo pensé que habíais triunfado,—dijo.

—No es esta ocasión, ni tengo tiempo para enterarte de todo (replicó la vieja con impaciencia). ¿Aceptas ó no?

—Pues bien: no acepto....: quiero reflexionar. Sería una estupidez que por mil francos perdiera quizás una fortuna.

Felícitas se levantó.

—Como quieras (dijo fríamente); pero en verdad te digo, que no tienes idea exacta de tu posición. Viniste á mi casa á insultarme, y cuando, en cambio de tus palabrotas, tengo la bondad de tenderte la mano para sacarte del atolladero en el cual cometiste la estupidez de caer, me recibes con altanería y desconfianza.... ¡Bueno! Quédate aquí, esperando á que vengan las autoridades, y de lo que te suceda no te quejes. Por mi parte, me lavo las manos.

Dijo esto, dirigiéndose hacia la puerta.

—Pero, mujer, dame algunas explicaciones. ¿Cómo voy á hacer contrato ninguno sin saber á lo que me comprometo? Hace nueve días que ignoro lo que pasa por el mundo. ¿Quién me asegura que no tratáis de robarme?

—Eres un estúpido (replicó Felícitas, á quien aquel grito del corazón de Antonio hizo volver sobre sus pasos). Haces mal, no poniéndote ciegamente de nuestra parte. Mil francos no son cantidad tan pequeña que pueda arriesgarse, no

tratándose de una jugada hecha ya ; acepta , y no seas tonto.

Antonio dudaba.

—Pero cuando vengamos á apoderarnos del Ayuntamiento, ¿nos dejarán entrar tranquilamente?—preguntó.

—¡Psch ! ¡quién sabe ! (replicó Felícitas sonriendo.) Puede que os reciban á tiros.

Macquart la miró fijamente, exclamando:

—Y dime, chiquita: ¿no tendréis la intención de meterme una bala en la cabeza?

La vieja se ruborizó: precisamente en aquel instante estaba pensando que una bala durante el ataque al Ayuntamiento, podía hacerles un gran servicio, desembarazándoles de Antonio y ahorrándoles mil francos. Por eso se enfadó, y dijo:

—¡ Vaya una idea ! Es atroz tener pensamientos como ese. ¿Aceptas? ¿Te has hecho cargo del asunto?

Macquart había comprendido perfectamente. Se trataba de una emboscada, y como á primera vista no se le alcanzaban ni el objeto de ella ni sus consecuencias, se decidió á regatear. Después de hablar de la República como de una que-

rida á quien estaba desesperado de no amar ya, puso de manifiesto los peligros que correría, y acabó pidiendo dos mil francos. Pero Felícitas no cedió, y discutieron hasta quedar conformes en que, además de la suma convenida, cuando volviese de la emigración, le sería proporcionado un empleo de poco trabajo y muchas utilidades. En seguida vistióse Antonio el uniforme de guardia nacional que su cuñada había traído. Inmediatamente debía ir á casa de tía Dida, y á eso de la media noche conducir á la plaza del Ayuntamiento á todos los republicanos que encontrara, asegurándoles que aquel estaba abandonado, y bastaría empujar la puerta para apoderarse de él.

Antonio pidió señal, y recibió doscientos francos, comprometiéndose Felícitas á entregarle lo restante al día siguiente. Aquella suma representaba todo el dinero que tenían disponible los Rougon.

Cuando Felícitas llegó á la calle, detúvose un instante para ver salir á Macquart. Este pasó tranquilamente por delante de la guardia, sonándose para recatar el rostro con el pañuelo.

Antes de salir, rompió de un puñetazo la vidriera que en el techo del tocador había, para

hacer creer que por ella se había escapado.

—Ya está hecho el negocio (dijo la vieja á su marido, al entrar en casa): esta noche á las doce.... Lo que es á mí no me ha de causar ningún remordimiento.... De buena gana los vería fusilados á todos. Así como así, bien nos desollaban ayer en la calle.

—Es una tontería que dudases (repuso Rougon, que se estaba afeitando); en nuestro caso, cualquiera haría lo mismo.

Era aquella la mañana de un martes: Pedro se acicaló con gran esmero. Su mujer le peinó y le anudó el lazo de la corbata, haciéndole girar entre sus manos como si fuera un niño á quien vistiera para presentarle en la distribución de premios. Cuando terminó el tocado, le miró atenta, y declaró que haría muy buen papel en los graves acontecimientos que se preparaban. En efecto: su rostro pálido, de rudas facciones, expresaba mucha dignidad y una terquedad heroica. Acompañóle hasta el primer rellano de la escalera; repitiéndole lo que tenía que hacer: era preciso que conservase su valeroso continente, aunque el pánico rayase en locura; convenía cerrar las puertas á piedra y lodo, para que la población

agonizase de miedo detrás de las murallas ; y si lograba que todo el mundo se opusiera á estas medidas , quedando único voluntario para morir por la causa del orden , entonces el efecto de la sangrienta comedia sería admirable.

¡Qué jornada aquella ! Todavía la recuerdan los Rougon , como si fuera una batalla gloriosa y decisiva.

Pedro se dirigió al Ayuntamiento , sin parar mientes en las miradas de que era objeto ni en las murmuraciones de los grupos que hallaba al paso , en los cuales se hablaba mal de él. Como hombre resuelto á no abandonar su puesto , se instaló en la alcaldía. Á Roudier le dirigió cuatro letras , previniéndole que de nuevo recobraba el mando : «Velad en las puertas de la ciudad (le decía , sabiendo que su carta habría de ser conocida por el público) , que yo me encargo de hacer respetar las propiedades y las personas. Cuando en momentos como estos las malas pasiones renacen y se desenfrenan , los buenos ciudadanos deben tratar de ahogarlas , aunque sea á costa de su vida ». Las faltas de ortografía y el estilo , hacían más heroico aún aquel documento clásicamente lacónico.

Ni uno sólo de los consejeros municipales acudió á su puesto; hasta los más fieles, incluso el mismo Granoux, se quedaron prudentemente en sus casas. Del comité aquel, cuyos miembros fueron desapareciendo á medida que el pánico aumentaba, sólo Rougon había quedado, ocupando la poltrona presidencial. Ni siquiera se dignó convocarles: bastaba él sólo para hacer frente á todas las necesidades de la ciudad. Sublime espectáculo, que más adelante un periódico local caracterizó con la siguiente frase: «El valor dando la mano al deber».

Toda la mañana estuvo Pedro llenando de actividad el Ayuntamiento con sus idas y venidas.

Se hallaba completamente solo en aquel gran edificio, por cuyas espaciosas habitaciones vacías retumbaba el ruido de los pasos del héroe. Todas las puertas estaban abiertas. Paseaba su presidencia sin consejo por aquel desierto con tal énfasis y tan penetrado de sí mismo, que dos ó tres veces le halló el conserje en los pasillos, y le saludó respetuoso y sorprendido. Veíasele detrás de las vidrieras, y, no obstante el frío que hacía, varias veces asomóse al balcón, llevando en las manos carpetas llenas de papeles, como hombre

muy atareado, que espera importantes mensajes.

Al mediodía recorrió la ciudad; visitó las guardias, hablando de la posibilidad de un ataque, y dando á entender que los insurrectos no estaban lejos. Pero contaba, según decía, con el valor de los guardias nacionales, quienes, á ser preciso, debían dejarse matar, hasta no quedar uno, en defensa de la buena causa.

Cuando volvía de esta visita oficial, andando con gravedad y aspecto de héroe que ha puesto en orden los negocios de la patria y sólo espera la muerte, observó que todos le miraban con estupor. Los comerciantes retirados, á quienes no había catástrofe que fuera capaz de impedir tomar el sol á ciertas horas, le contemplaban con ojos asustados, como si no le conocieran, cual si no les cupiera en la cabeza que uno de ellos, también mercader de aceite en otro tiempo, tuviese ánimos para hacer frente á un ejército entero.

En la población la ansiedad había llegado al colmo. De un momento á otro se esperaba á la partida de insurrectos. La evasión de Macquart produjo gran espanto, y por doquier era comentada. Decíase que los rojos, sus amigos, le habían

ayudado á escapar, y que esperaba escondido la llegada de la noche para caer sobre las casas de los ricos y poner fuego á la ciudad. Plassans, enloquecido dentro de sus murallas, ya no sabía qué inventar para aumentar su miedo. Los republicanos desconfiaron al ver la enérgica actitud de Rougon. Los habitantes de la población nueva, abogados y antiguos comerciantes, que la noche anterior se deshacían en censuras contra el salón amarillo, se mostraban tan sorprendidos en presencia de aquel valiente, que no se atrevían á atacarle con franqueza. Contentábanse diciendo que era una locura desafiar de tal manera á los insurrectos victoriosos, y que tan extemporáneo heroísmo sería causa de grandes males para la ciudad.

Á eso de las tres de la tarde nombraron una comisión, encargada de hacer presentes á Rougon los sentimientos del vecindario, y es indudable que ni consultándole de antemano hubiesen hecho nada más á propósito para darle motivo de exhibir delante de sus conciudadanos su abnegación.

Dijo frases verdaderamente sublimes. Recibió á la diputación de la ciudad en el despacho del

Alcalde. Los comisionados, después de darle las gracias por su patriotismo, le suplicaron que no pensara en hacer resistencia. Pero él, con gran exaltación, les habló del deber, de la patria, del orden y de otra multitud de cosas. Díjoles que á nadie obligaba á imitarle; que sólo se proponía cumplir lo que le ordenaban su corazón y su conciencia.

—Ya lo veis, señores; estoy solo (añadió para concluir), y á mi cargo queda toda la responsabilidad para que nadie más que yo se comprometa. Si hace falta una víctima, me ofrezco á serlo: mi único deseo consiste en salvar con la mía la vida de los habitantes de Plassans.

Un Notario, que era la persona más importante de todos los comisionados, le hizo notar que corría en pos de una muerte segura.

—Lo sé (exclamó Rougon); y á ella estoy dispuesto.

Los comisionados se miraron llenos de asombro. Aquella frase los dejó parados: resueltamente aquel hombre era un héroe. El Notario le aconsejó que recurriese á los gendarmes; pero él repuso que la vida de aquellos soldados era preciosa, y no la expondría más que en último

extremo. La diputación se retiró emocionada. Una hora después, todo Plassans consideraba á Rougon como un ser heroico, y hasta los más cobardes le llamaban viejo loco.

Por la tarde, Pedro vió con asombro llegar á Granoux. El antiguo comerciante de almen-dras le estrechó entre sus brazos, llamándole «grande hombre», y diciéndole que quería morir con él. La frase aquella «estoy dispuesto», que había llegado á su noticia por medio de la criada, á quien la frutera refirió lo ocurrido, le había entusiasmado. En el fondo, aquel cobar-dón grotesco tenía cosas encantadoras. Pedro le aceptó, pensando que esto en nada le perjudicaba; hasta sintió cierto enternecimiento viendo su adhesión, y se prometió hacer que públicamente le felicitara el Prefecto, para que rabiasen de envidia todos los demás que tan cobardemente le habían abandonado. Rougon y Granoux esperaron hasta la noche en el desierto Ayuntamiento.

Arístides andaba muy inquieto mientras esto pasaba en la alcaldía. El artículo de Vuillet había le sorprendido extraordinariamente, y la actitud de su padre tenía le estupefacto cuando

le vió en una ventana vestido de levita negra y corbata blanca, tranquilo y satisfecho, no obstante la inminencia del peligro. Según de público se decía, los insurrectos, victoriosos, se acercaban. En su pobre cabeza surgían tremendas dudas: de suyo desconfiado, hacía infinitas cábalas, y, en extremo suspicaz, presentía alguna lúgubre comedia. No atreviéndose á presentarse en casa de sus padres, envió á su mujer, y cuando ésta volvió, díjole con voz calurosa:

—Tu madre te espera: no está enfadada, pero me parece que se burla de ti. Me ha repetido varias veces que harías muy bien si te quitaras el cabestrillo.

Aristides sintióse horriblemente humillado. Sin perder un momento fué á la calle de Banne, dispuesto á todo género de sumisiones. Su madre se contentó con decirle, prodigándole desdeñosas sonrisas:

—¡Ah, pobrete! Resueltamente no eres listo.

—¿Pero puede uno serlo en un rincón del mundo como Plassans? (replicó el joven, con violencia y despecho.) Conozco que en esta atmósfera me embrutezco; ¡no hay noticias!..., y no sabe uno á qué atenerse.... Esto de estar ence-

rrado entre esas malditas murallas.... ¡Ah! ¡Si hubiera podido seguir á París á mi hermano Eugenio!

Y viendo que Felícitas seguía riéndose, prosiguió con amargura:

—La verdad es que no fuiste muy buena conmigo; tarde lo supe.... Eugenio os tenía al corriente de cuanto sucedía, y nunca se os ocurrió hacerme ninguna indicación útil.

—¿Todo eso sabes? (dijo Felícitas, formalizándose y con cierta desconfianza.) Entonces eres menos tonto de lo que creía. ¿Acaso serás tú de los que abren las cartas, como cierta persona que yo conozco?

—No; pero escucho detrás de las puertas, —replicó Arístides con gran aplomo.

Esta franqueza agradó á Felícitas. De nuevo sonrió, y exclamó con más dulzura:

—Entonces, majadero, ¿por qué no has cambiado antes de conducta?

—¡Pseh!.... (dijo el joven con embarazo.) No tenía gran confianza en vosotros, francamente; porque como os rodeabais de estúpidos como Granoux, mi suegro y otros por el estilo...., y, además, no quería ir demasiado lejos.....

Dudó un instante, y prosiguió con recelo :

—Al menos, hoy por hoy, ¿estáis segura del éxito del golpe de Estado?

—¡Yo! (replicó Felícitas, herida por las dudas de su hijo.) No estoy segura de nada.

—Sin embargo, me has dicho que podía quitarme el vendaje.

—Sí, porque todo el mundo se burla de ti.

Arístides, con la mirada inquieta y fija en la pared, como si estuviese entretenido en contemplar los ramajes del papel, guardó silencio. Su madre, impaciente al verle dudar todavía, exclamó :

—Me ratifico en lo dicho. ¡No eres muy listo, que digamos!.... ¿Y tú eras el que querías que te leyésemos las cartas de Eugenio? ¿Pero no comprendes, ¡infeliz!, que con tus constantes dudas lo hubieras echado todo á perder?.... Ahora mismo....

—Sí, dudo (interrumpió Arístides, fijando en su madre una mirada investigadora y fría); no me conocéis. Capaz sería de poner fuego á la ciudad, si tuviera ganas de calentarme los pies; pero comprenderás que no es cosa de comprometerme dando un golpe en vago. Es-

toy harto de comer pan duro, y no quiero tentar la suerte. Cuando yo dé un paso, he de estar seguro del terreno que piso.

Pronunció estas palabras con tanta crudeza, que su madre, presa también de abrasador afán por triunfar, reconoció en ellas la voz de su propia sangre, y murmuró:

—Tu padre tiene buenos ánimos.

—Sí, ya lo he visto (prosiguió Arístides con acento socarrón): tiene buen aspecto, y me ha parecido Leónidas en las Termópilas.... Oye, madre: ¿fuiste tú quien le puso aquella cara?

Y resolviéndose de súbito, concluyó:

—Esto es hecho; soy bonapartista.... Papá no es hombre de exponer la pelleja sin la seguridad de ganar mucho.

—¡Haces bien! Hoy nada puedo decirte; pero creo que mañana no te arrepentirás de haber fiado en mí.

No insistió más. Juróle que muy pronto estaría orgullosa de él, y se marchó, mientras Felicitas, sintiendo en su ánimo la preferencia que tenía por Arístides, le miraba por la ventana, pensando que poseía un talento de todos

los diablos, y que seguramente no le hubiera dejado marchar sin ponerle en buen camino.

Por tercera vez la noche preñada de angustias caía sobre Plassans. La ciudad agonizante estaba en las últimas ansias. Los burgueses se retiraban á sus casas recelosos, y al cerrar las puertas percibíase ruido de cerrojos y barras de hierro. Parecía que todo el mundo abrigaba el temor de que aquella noche se tragaría la tierra á la población, ó de que ésta se evaporaría. Cuando Rougon se encaminaba á su casa á la hora de cenar, las calles estaban absolutamente desiertas. Aquella soledad le puso triste y melancólico. Al llegar á los postres, sintióse desfallecer, y preguntó á Felícitas si era de todo punto necesario dar pábulo á la insurrección que Macquart preparaba.

—Ya no murmuran (le dijo). ¡Si hubieras visto con qué respeto me saludaban las gentes del barrio nuevo! Á mi juicio, no hay necesidad de matar á nadie: ¿qué te parece? Haremos nuestro negocio sin tener que apelar á esos extremos.

—¡Cuidado que eres blanducho! (exclamó Felícitas colérica.) Tú fuiste el inventor de la

idea, ¿y ahora retrocedes? ¡Cuando te digo que nunca serás capaz de hacer nada sin mí! Sigue tu camino, déjate de tonterías, y está seguro de que si los republicanos te tuvieran en su poder, no andarían con requilorios.

Rougon, después de comer, se fué á la alcaldía, y preparó la emboscada. Granoux le fué utilísimo; le mandó á llevar órdenes á todos los guardias de las murallas; los guardias nacionales debían acudir al Ayuntamiento en pequeños grupos y con el mayor sigilo posible. Roudier, el parisién, extraviado en una provincia, era capaz de estropear la añagaza predicando humanidad, y no fué avisado.

Á poco más de las once de la noche, el patio del Ayuntamiento estaba lleno de guardias nacionales. Rougon los asustó, diciéndoles que por medio de su policía secreta había sido avisado á tiempo de que los republicanos de la ciudad preparaban un golpe de mano á la desesperada, para apoderarse de la casa consistorial.

Después de describir con sombríos colores el sangriento cuadro de horrorosos asesinatos, á los cuales se entregarían aquellos miserables

si lograban hacerse dueños de la población, mandó guardar silencio y apagar todas las luces. Él mismo tomó un fusil. Desde por la mañana parecía que estaba soñando; no se reconocía; sentía detrás de sí á Felicitas, dueña absoluta de su voluntad desde la crisis de aquella noche: estaba tan seguro de su mujer, que se hubiera dejado ahorcar sin inmutarse, pensando: «No importa; ella me descolgaría».

Para aumentar el barullo y causar mayor espanto en la ciudad, rogó á Granoux que se trasladase á la catedral, y tocase á rebato en cuanto oyera el primer tiro.

El nombre del Marqués bastaría para que le franquearan el campanario.

Con los ojos fijos en la puerta, impacientes por tirar, como si estuvieran acechando una manada de lobos, los guardias nacionales, á quienes la ansiedad tenía azorados, esperaban en el oscuro y silencioso patio del Ayuntamiento.

Macquart había pasado el día en casa de tía Dida, acostado sobre un arca vieja, echando de menos el diván de Mr. Garçonnet. Varias veces sintió vivos deseos de irse á cualquier

café y gastarse los doscientos francos que tenía guardados en un bolsillo del chaleco y le abrasaban el costado; mas pudo contenerse, y se conformó gastándolos con la imaginación. Su madre, á cuya casa acudían sus hijos desde hacía algunos días, desalentados, pálidos, sin lograr que rompiera el silencio, ni que en su fisonomía se alterase la inmovilidad que le era habitual, andaba de un lado para otro, moviéndose automáticamente, como si no hubiese advertido siquiera la presencia de Antonio. Ignoraba los temores que tenían amedrentada la ciudad, ni más ni menos que si viviese á mil leguas de Plassans, sin más idea que aquel pensamiento fijo, objeto único de toda su actividad.

Sin embargo, cierta inquietud, cierto humano interés hacían pestañear en aquellos momentos sus ojos fijos y sin expresión. Antonio, no pudiendo resistir el deseo de comer un buen bocado, la envió á buscar un pollo á casa de un pastelero del arrabal. Luego que estuvo sentado á la mesa, la dijo:

—¡Eh! ¿Qué te parece? Tú no comes pollo con frecuencia; eso se queda para los que tra-

bajan y saben manejar sus negocios.... Apuesto á que todas las economías se las das á ese mosquita muerta de Silverio. Y tiene una querida el bribonzuelo. Si has guardado el gato en algún rincón, verás cómo el día menos pensado te quedas sin él.

Bromeaba: sentíase abrasado por maligna alegría. El dinero que tenía en el bolsillo, la traición que preparaba, la certidumbre de haberse vendido á buen precio, le causaban ese gozo propio de los infames, que, cuando se disponen á hacer alguna maldad, experimentan el placer de verse en su elemento. Tía Dida no oyó más que el nombre de Silverio.

—¿Le has visto?—dijo por fin, saliendo de su mutismo.

—¿Á quién? ¿Á Silverio? (replicó Antonio.) Sí, le vi andar entre los insurrectos, del brazo de una mozuela vestida de colorado. Si le arriaman un chinazo, él se tendrá la culpa.

Adelaida le miró fijamente, y exclamó con voz grave:

—¿Por qué?

—¡Toma! Porque es una estupidez exponer la pelleja por estas ó las otras ideas (repuso

Macquart con cierto embarazo). Yo, como no soy un chiquillo, he arreglado bien mis negocios.

Tía Dida ya no le escuchaba; ensimismada, murmuró:

—Tenía llenas de sangre las manos: me lo matarán como al otro; sus tíos le entregarán á los gendarmes.

—¿Qué estáis gruñendo ahí? (exclamó Antonio, entretenido en roer el caparazón del pollo.) Á mí me gusta que las cosas me las digan cara á cara. Si alguna vez hablé con él de la República, fué para traerle al buen camino, porque estaba medio loco. Á mí me gusta la libertad, siempre y cuando no degenera en libertinaje. Cuanto á Eugenio, merece mi estimacion: es un muchacho valiente y de talento.

—¿Llevaba la escopeta, verdad?—preguntó tía Dida, cuya débil inteligencia se concentraba para seguir á Silverio á lo largo del camino.

—¿Una escopeta? Sí, la de Macquart (repuso Antonio, mirando á la campana de la chimenea, en donde acostumbraba estar colgada el arma). Me pareció vérsela entre las

manos. ¡Buena herramienta para andar por el mundo con una muchacha del brazo! ¡Qué imbécil!

Y parecióle oportuno decir unas cuantas chocarrerías. De nuevo andaba tía Dida de un lado para otro, silenciosa y ajena á cuanto la rodeaba. Por la noche, Antonio salió, después de haberse puesto una blusa y encasquetándose una gorra, que su madre fué á comprar por orden suya. Entró en la ciudad como había salido, engañando á los guardias nacionales que guardaban la puerta de Roma. Internóse en el barrio viejo, y deslizándose de portal en portal, llegó á un cafetucho, en donde todos los republicanos exaltados que no siguieron á la partida insurrecta le esperaban á las nueve.

Cuando hubo reunido como unos cincuenta, les pronunció un discurso, hablándoles de una venganza personal que quería realizar, y de una victoria fácil de conseguir; exaltóles más, diciéndoles que era llegada la hora de sacudir un yugo vergonzoso, y acabó asegurándoles que se comprometía á entregarles el Ayuntamiento en diez minutos. Les dijo que venía de allí, y que estaba seguro de que nadie le ocupaba;

que, si querían, al día siguiente la bandera roja ondearía en él. Los obreros se consultaron; creían que la reacción agonizaba, que estaban próximos á llegar los insurgentes, y que sería muy honroso para ellos no esperar su llegada para hacerse cargo del poder, y recibirlos con las puertas abiertas de par en par y las calles empavesadas. Ninguno desconfiaba de Macquart; su proverbial odio contra Rougon y la venganza personal de que les había hablado, abonaban su lealtad. Convinieron en reunirse á las doce en punto en la plaza del Ayuntamiento, y en llevar sus escopetas todos los que eran cazadores y las tenían. En poco estuvo que un pequeño detalle no los detuviera: no tenían balas; pero, considerando que no habían de hallar resistencia, decidieron cargar sus armas con perdigones.

Nuevamente cruzaron las calles de Plasans, iluminadas por la luna, grupos de hombres armados. Cuando estuvieron reunidos en el lugar de la cita, Macquart, que no las tenía todas consigo, se adelantó resueltamente hacia la puerta del Ayuntamiento. Llamó. El portero, aleccionado de antemano, preguntó

quién era el que deseaba entrar; y al ver las espantosas amenazas de Antonio, fingiendo miedo, apresuróse á abrir. Las puertas giraron lentamente. El portal se ofreció á la vista de los obreros negro y silencioso.

Macquart gritó :

—¡Á ellos !

Era la señal convenida. Mientras los republicanos avanzaban, él se echó á un lado, y el negruzco hueco del portal se iluminó con un torrente de llamas y vomitó una granizada de balas. Los guardias nacionales, exasperados y deseosos de librarse de aquella pesadilla que les oprimía el corazón en medio del silencio y la obscuridad durante varias horas de espera, disparaban todos á un tiempo con una prisa febril. El relámpago fué tan vivo, que Macquart, á la lívida luz de los fogonazos, vió claramente á Rougon, que procuraba apuntarle á él. Acordóse del rubor de Felícitas, y murmuró, echando á correr :

—Nada de tonterías; el muy bribón me debe ochocientos francos, y sería muy capaz de matarme.

Entretanto, multitud de gritos habían in-

terrumpido el silencio. Los republicanos, sorprendidos, hicieron fuego también. Un guardia nacional cayó muerto. Ellos huyeron, dejando tres tendidos en tierra, y gritando locos de terror: «¡Que asesinan á nuestros hermanos!», con acentos desesperados, que no encontraron eco.

Los defensores del orden cargaron otra vez sus armas, salieron á la plaza, y furiosos dispararon hacia todos los sitios en donde una sombra ó un guardacantón les parecía un insurrecto. Más de diez minutos pasaron haciendo fuego al aire.

La emboscada produjo el efecto de un rayo en los habitantes de Plassans. Los que vivían en las calles inmediatas, despertados por aquellas descargas, saltaron sobre el lecho, castañeteando los dientes de miedo. Por nada del mundo hubiesen asomado las narices á la ventana.

Mientras tanto, la campana de la catedral tocaba á rebato con son irregular y extraño compás; parecía un caldero colosal golpeado por el brazo de un niño furioso. Aquella campana aulladora, cuyo timbre no reconocie-

ron los vecinos, atemorizóles más que las detonaciones de los fusiles, y muchos de ellos creían percibir el fragoroso estrépito de una fila interminable de cañones maniobrando sobre el empedrado. Volviéronse á acostar, tapándose bien, como si sentados en la cama dentro de sus alcobas corriesen algún peligro; con el embozo subido hasta los ojos, la respiración entrecortada y los cuernecillos del nudo de la cinta del gorro de dormir caídos sobre la nariz, acurrucábanse, mientras sus esposas, apretándose contra ellos, hundían la cabeza en las almohadas, temblando de espanto.

Los guardias nacionales que estaban en la muralla, al oir los disparos, acudieron á la desbandada en grupos de cinco ó seis, creyendo que los insurrectos habían penetrado en la ciudad por alguna mina, y con sus carreras redoblaron el terror. Roudier fué uno de los primeros en acudir. Rougon los despidió, reprendiéndoles, porque no se dejaban así abandonadas las puertas de una ciudad. Consternados por aquella justa reprensión, porque, efectivamente, dominados por el pánico, ni un solo defensor dejaron en las puertas, vol-

viéronse á ellas á todo correr, produciendo en las calles un ruido infernal. Por espacio de una hora, Plassans pudo creer que un ejército enloquecido la recorría en todos sentidos. Las descargas, el toque de rebato, las idas y venidas de los guardias nacionales, sus gritos y el estruendo de las armas, producían un barullo semejante al que reina en una ciudad tomada por asalto y entregada al pillaje. Este fué el golpe de gracia para los desdichados habitantes, que creyeron ser ya presa de los insurrectos. Bien hicieron al decir que aquella sería una noche suprema; que antes del amanecer, á Plassans se lo habría tragado la tierra, ó se habría evaporado; y, locos de terror, imaginando á cada instante que ya se removían las casas, esperaban la catástrofe, sin ánimo siquiera para abandonar el lecho.

Á todo esto, Granoux seguía tocando á rebato. Cuando se restableció el silencio en la ciudad, las vibraciones de aquella campana resultaban fatídicas. Rougon, á quien abrasaba la fiebre, sintióse exasperado escuchando aquellos lejanos sollozos.

Corrió á la catedral, y encontró abierto el

postigo. El campanero estaba junto á la puerta.

—¡Basta, hombre, basta!—gritó Rougon.

—¡Pero si no soy yo el que toca, señor! (replicó el campanero, con voz compungida.) El que está arriba es el Sr. Granoux; precisamente para evitar que tocasen á rebato quité el badajo de la campana por orden del señor Vicario. Pero, á pesar de eso, subió, y no sé cómo diablos se las compone para meter tanto ruido.

Rougon subió precipitadamente las escaleras del campanario, gritando:

—¡Basta, hombre, basta; por el amor de Dios!....

Al llegar arriba, á la luz de un rayo de luna que penetraba por una de las ojivas, vió á Granoux, sin sombrero, con aire furioso, golpeando en la campana con un gran martillo. ¡Y vaya si pegaba con gusto! Se echaba atrás, tomaba impulso, y caía sobre el sonoro bronce como si quisiera hacerlo pedazos. Todos los músculos de su rollizo cuerpo se contraían, y cuando descargaba el martillo sobre la inmóvil campana, la vibración le rechazaba; pero él volvía con más furia todavía. Parecía un herrero machacando sobre el yunque; pero un

herrero con levita, pequeñito, calvo, de movimientos torpes y pesados.

La sorpresa detuvo un momento á Rougon delante de aquel hombre peleándose con una campana á la luz de un rayo de luna.

Entonces comprendió en qué consistían aquellos extraños sonidos de caldero que tanto le molestaban. Gritóle para que se detuviera; pero el martilleo ahogó su voz, y fué menester que, agarrándose á los faldones de la levita de Granoux, le atrajera hacia sí, para que cesara de tocar.

—¡Eh! (dijo éste, radiante de alegría.) ¿Qué os parece?... ¿Habéis oído?... Al principio probé á golpear la campana con los puños; pero me hacía daño, y, buscando cosa más á propósito, hallé este martillo.... Voy á dar unos cuantos golpecitos más....

Rougon no se lo consintió. Granoux estaba radiante, enjugando el sudor que bañaba su frente: hacía prometer á su compañero que contaría de qué manera con un triste martillo había él provocado tamaño alboroto. ¡Qué hazaña! ¡Qué importancia le daría á los ojos de todo el mundo aquella furiosa tocata!

De madrugada, Rougon pensó en tranquilizar á Felícitas. Los nacionales estaban reconcentrados en el Ayuntamiento por orden suya; además, había prohibido levantar los cadáveres, so pretexto de que era menester que su presencia sirviese de escarmiento á los revoltosos del barrio viejo.

Cuando para ir á la calle de Banne atravesó la plaza, la luna se había ya puesto, y, sin querer, apoyó el pie en la crispada mano de uno de los muertos que yacían sobre las aceras. Poco le faltó para caer. Aquella mano blanda que aplastó con el tacón, causóle una sensación inexplicable, mezcla de horror y asco. Á todo correr cruzó las calles desiertas, creyendo que el ensangrentado puño le seguía.

—Hay tres muertos,—dijo al entrar en su casa.

Pedro y Felícitas se miraron, como sorprendidos de su propio crimen. La lámpara daba á sus rostros un tinte amarillento.

—¿Los has dejado? (preguntó Felícitas.)
Conviene que la gente los vea.

—Sí, no he querido que los recogiesen....

Ahí están, patas arriba.... Me parece que he pisado á uno.

Miróse á los pies, y vió que tenía un tacón lleno de sangre. Mientras se ponía otro calzado, Felícitas prosiguió :

—Negocio concluido, entonces.... Ahora no dirán que rompes espejos á tiros.

La hecatombe que los Rougon habían preparado para hacerse aceptar definitivamente como salvadores de Plassans, puso á sus plantas la ciudad entera, humilde y consternada.

Amaneció un día triste y melancólico de invierno. Los vecinos, al ver que todo revelaba calma, cansados de temblar tapados en sus lechos hasta los ojos, se atrevieron á asomarse á las calles, primero unos pocos, y después que circuló el rumor de la completa derrota de los insurrectos, el vecindario entero. Toda la mañana duró el desfile de curiosos por delante de los cadáveres que yacían en la plaza del Ayuntamiento. Estaban horriblemente mutilados: uno, sobre todo, tenía tres balazos en la cabeza: por las aberturas del cráneo destrozado se le veía el cerebro. Pero el más atroz de todos era el cadáver del guardia na-

cional muerto en la puerta misma del Ayuntamiento. Había recibido en la cara una perdigonada á boca de jarro casi, y su rostro, agujereado como una criba, destilaba sangre por un sinnúmero de agujeritos. Con esa avidez por los espectáculos repugnantes que es propia de los cobardes, la multitud se hartó de ver aquel siniestro espectáculo.

Todos reconocieron al guardia nacional: era el choricero Dubruel, el mismo á quien recriminaba Roudier el día antes por haber disparado con una vivacidad punible. De los otros tres muertos, dos eran oficiales de sombrerero, y el tercero, desconocido, no fué identificado. En torno de cada muerto, bañado en un charco de sangre, había un grupo de vecinos contemplando el cuerpo inanimado con ojos asustados, y mirando á todas partes con desconfianza, como temerosos de que la misma mano justiciera que durante la noche restableció el orden á tiros, descargara sobre ellos otra granizada de balas, si no se postraban delante de quien acababa de salvarles de los horrores de la demagogia.

El pánico que había dominado al vecinda-

rio durante la noche, aumentó el efecto de la decoración que apareció delante de su vista por la mañana. La verdad de lo sucedido nunca llegó á saberse. El tiroteo, el tañido de la campana, las carreras de los nacionales por las calles, habían llenado los cerebros de pavorosos recuerdos, y todo el mundo pensó siempre que se había librado aquella noche una batalla homérica dentro de Plassans. Cuando los vencedores, por natural jactancia, aumentaron el número de los enemigos hasta quinientos, casi los desmentían; había muchos que sostenían haber visto pasar por debajo de las ventanas una multitud de insurrectos huyendo, muy superior, desde luego, á la cifra aquella. No había uno sólo que no hubiese oído correr á los bandidos por las aceras, y seguramente quinientos hombres no eran capaces de sobresaltar de aquel modo á una ciudad entera. La valiente milicia nacional de Plassans había derrotado á un verdadero ejército, *enterrándolo*. Esta frase era de Rougon, y á todos pareció muy justa, porque los guardias de las puertas juraban y perjuraban no haber visto salir uno solo de los fugitivos. Esto, lejos de quitar im-

portancia á la hazaña, dióla cierto carácter misterioso, cierto aspecto de arte diabólica por parte de los tragados por la tierra, que acabó de extraviar los juicios por completo. Verdad es que tampoco contaron los que montaban las guardias de las puertas sus carreras y el abandono de sus puestos.

Los más razonables creían que la partida de insurrectos debió penetrar en Plassans por alguna brecha de las murallas: más adelante circularon ciertos vagos rumores; hablábase de traición, de una emboscada puramente teatral: sin duda los infelices arrastrados por Macquart al matadero no guardaron silencio sobre la atroz verdad; pero el miedo era tal y la vista de la sangre había ganado tantos reaccionarios entre los cobardes habitantes de Plassans, que á todas aquellas murmuraciones dióseles explicación cumplida, atribuyéndolas al despecho de los republicanos. Decían, además, que Macquart estaba preso, y que Pedro le tenía en un calabozo húmedo y sombrío, en donde le dejaba morir de hambre poco á poco. Este horrible cuento dió tal prestigio á Rougon, que todo el mun-

do, al verle, se quitaba el sombrero hasta el suelo.

De esta suerte, en el corto espacio de una noche, aquel burgués grotesco, panzudo, amarillo y hambriento, se trocó en un personaje terrible, de quien nadie osaba ya reirse. Había puesto un pie en la sangre. El pueblo quedó mudo al verse delante de los muertos. Pero á las diez, cuando la gente encopetada acudió á la plaza, por doquier se oían palabras huecas y exclamaciones ahogadas. Hablaban del otro ataque, de la toma del Ayuntamiento, en el cual sólo un espejo salió hecho pedazos; pero ya no bromeaban; al pronunciar el nombre de Rougon, hacíanlo con profundo respeto: era un héroe de veras, el salvador de la ciudad. Los cadáveres, con sus ojos abiertos y vidriosos, parecía que miraban á aquella pléyade de abogados y propietarios medrosos, quienes, estremeciéndose de espanto, declaraban que la guerra civil tiene necesidades muy tristes. El Notario que presidió la diputación que fué al Ayuntamiento el día antes, recorrió los grupos, recordando la frase del héroe: «Estoy dispuesto». Aquello era el aplastamiento total

de todas las envidias. Los que más se burlaron de los famosos cuarenta y uno, los que trataban á los Rougon de intrigantes hacía pocas horas, eran los primeros en elogiar su valor extraordinario, y hablaban de ofrecer una corona de laureles al «hombre heroico de quien Plassans estaría eternamente orgulloso». ¡Porque los charcos de sangre seca sobre el pavimento, y los muertos con sus heridas, atestiguaban hasta dónde había llegado la audacia del partido del desorden, del pillaje y del asesinato, y cuán enérgica hubo de ser la mano que ahogó la insurrección!

Granoux también cosechaba felicitaciones y apretones de mano en todos los grupos. Todo el mundo conocía la historia del martillo. Sólo que por una debilidad humana permitióse una mentirilla, que acabó por creer él mismo: decía que fué el primero que vió á los insurrectos, y que, corriendo al campanario y tocando á rebato, dió la voz de alarma y evitó que por sorpresa fueran asesinados los nacionales. Esto duplicaba su importancia. La hazaña fué declarada prodigiosa. Desde entonces, cuando le nombraban, decían: «El señor

Isidoro, aquel que tocó á rebato con un martillo». Aunque la frase era un tantico larga, de buena gana hubiérala tomado por lema de su blason, y siempre que delante de él pronunciaba alguien la palabra «martillo», sonreía, creyendo que le aludían galantemente. Cuando estaban levantando los cadáveres, acudió á verlos Arístides. Contemplólos por todas partes, olfateando é interrogando á sus pálidos y ensangrentados rostros. Tenía el semblante inmóvil y los ojos brillantes. Con la mano que la víspera traía entrapajada, levantó la blusa de uno de los muertos, para ver mejor la herida. Aquel examen le tranquilizó, apartando de su ánimo hasta la menor sombra de duda. Convencido, apretó los labios, permaneció en la plaza un momento sin decir palabra, y se fué á la imprenta, para apresurar la tirada de *El Independiente*, en el cual publicaba aquel día un artículo magnífico. Cuando iba por la acera, recordaba las frases que su madre había pronunciado la víspera del combate: «Ya verás mañana». Y, en efecto, había visto, y, aunque con cierto miedo, pensaba que el golpe estaba bien combinado.

Entretanto, Rougon empezaba á sentirse inquieto, no obstante su victoria. Solo, en el despacho del Alcalde, escuchaba el murmullo de la muchedumbre, y experimentaba cierto extraño malestar, que le impedía asomarse al balcón. La sangre que había pisado le entorpecía las piernas. Preguntábase qué haría hasta la noche, y en vano ponía en tortura su pobre cerebro, desconcertado por la crisis de aquella noche, para hallar una ocupación, una orden que dar, algo, en fin, que le distrajera. En su cabeza se extraviaban las ideas. ¿Habría concluido todo? ¿No sería preciso matar más gente? ¿Adónde le conduciría su mujer? El miedo se apoderaba de él, y le asaltaban terribles dudas. Veía las murallas rotas y derribadas por el empuje del ejército vengador de los republicanos, cuando á sus oídos llegaron gritos y voces que decían: «Los insurrectos, los insurrectos». Levantóse de un salto, alzó una cortinilla, y vió á la multitud, corriendo desolada por la plaza. Paróse, como si un rayo hubiera caído á sus pies. En un segundo se vió ya arruinado, robado, asesinado, y maldijo á su mujer y á la ciudad entera.... Cuando

con inquietos ojos buscaba en torno suyo un sitio donde esconderse ó por donde huir, la multitud estalló en aplausos y gritos de júbilo, que estremecieron los vidrios de los balcones. Corrió á la ventana. Las mujeres agitaban los pañuelos, y los hombres los sombreros; algunos había que bailaban de gozo. Con la mente extraviada, estupefacto, sin saber qué le sucedía, quedó parado. Aquel gran edificio desierto le daba miedo.

Nunca supo decirle á Felícitas cuánto tiempo duró su suplicio, y eso que fué muy franco con ella. Recordaba sólo que le sacó de su estupor ruido acompasado de pasos, que repercutía en los ángulos de los salones. Esperaba hombres de blusa, armados de bieldos y guadañas, y encontróse frente á frente con el consejo municipal en pleno, de etiqueta y radiante de júbilo. Ni un solo consejero faltaba. Una fausta noticia había curado á un tiempo á todos los enfermos. Granoux echóse en brazos de su querido Presidente, balbuceando:

—¡La tropa!.... ¡La tropa!

En efecto: un regimiento, al mando del coronel Masson y bajo las órdenes del Prefecto

del departamento, señor de Bleriot, acababa de llegar.

En un principio, el grupo de hombres y el resplandor del sol en los cañones de los fusiles, hizo creer á los atalayas de la muralla que se trataba de una partida de insurrectos. Tal fué la emoción de Rougon, que dos gruesas lágrimas resbalaron por sus lívidas mejillas. ¡Lloraba aquel gran patricio! Los miembros todos del Consejo le contemplaron con admiración respetuosa. Pero Granoux le abrazó, exclamando:

—¡Ah! ¡Qué dicha! Soy franco, y lo confieso: todos hemos tenido miedo; ¿verdad, señores? ¡Sólo vos conservásteis el ánimo sereno! ¡Cuánta energía habéis desenvuelto! Hace un momento se lo decía á mi mujer. Rougon es un grande hombre, y merece ser condecorado.

Pensaron en salir al encuentro del Prefecto. Rougón, aturdido, sofocado, dando apenas crédito á lo que veía, á su completo triunfo, balbuceaba como un niño. Cobró fuerzas, y bajó con aparente calma y con la dignidad que requería aquel solemne acto. Pero el entusiasmo con que fueron recibidos él y el Consejo

municipal, en poco estuvo que no diera al traste con su gravedad de magistrado. Su nombre corría de boca en boca en medio de los más calurosos elogios. Por sus propios oídos escuchaba repetir lo que Granoux había dicho : que él fué el único valeroso en medio del pánico general. Hasta la plaza de la Subprefectura, en donde encontraron al Prefecto, bebió su propia gloria y su popularidad, con espasmos de mujer enamorada cuyos deseos están ya satisfechos.

M. de Bleriot y el coronel Masson dejaron á la tropa acampada sobre el camino de Lyon, y entraron solos en la ciudad. Engañados por las noticias que del itinerario de los insurgentes les habían procurado, perdieron mucho tiempo. Por eso, sabedores de que los encontrarían en Plassans, no pensaban permanecer en él más que una hora, el tiempo preciso para calmar los ánimos harto contristados, y publicar el bando, en el cual se decretaban la confiscación de los bienes de los insurrectos, y la sentencia de muerte para todo el que fuera hecho prisionero con las armas en la mano.

Cuando el Comandante de la Guardia nacio-

nal mandó descorrer los cerrojos de la puerta de Roma, con un estrépito espantoso de hierro viejo, el Coronel sonrió. La guardia hizo los honores, acompañando al Prefecto y al jefe del regimiento. Mientras cruzaron por el paseo de Sauvaire, Roudier contó á aquellos señores la epopeya de Rougon, los tres días de pánico terminados por la victoria de la noche última: así fué que cuando los dos cortejos se encontraron, M. Bleriot se adelantó, y estrechando la mano del Presidente interino del consejo municipal, le felicitó, rogándole que siguiera velando por el orden en la ciudad hasta el regreso de las autoridades. Mientras Rougon saludaba, á su vez, llegaron á la puerta de la subprefectura, en donde el Prefecto quería descansar un momento, y todos pudieron oír que éste elogiaba la conducta del héroe en voz alta, prometiendo hacerla presente en su informe, para que fuera premiado como su valeroso proceder merecía.

Á pesar del frío que hacía, toda la población se encontraba en la calle ó en los balcones.

Felicitas, asomada al suyo, á riesgo de caer,

estaba pálida de gozo. Precisamente hacía un momento que había llegado Arístides con un número de *El Independiente*, en el cual se declaraba partidario del golpe de Estado, considerándole «aurora de la libertad en el orden, y del orden en la libertad». Asimismo, hacía alusión al salón amarillo, y reconociendo sus errores, decía «que la juventud es presuntuosa, y que los grandes ciudadanos callan, reflexionan en silencio, desprecian los insultos, y, en el momento preciso, se levantan heroicos, y entablan la lucha». Esta era la frase que más le gustaba. Su madre encontró el artículo magistralmente escrito. Abrazó á su hijo, y púsole á su derecha. El Marqués, harto de clausura y ansioso de saber lo que pasaba, había ido á verla, y ocupaba un lugar en el balcón á su izquierda.

Cuando, en medio de la plaza, M. Bleriot tendió la mano á Rougon, Felicitas lloró.

—¡Oh! Mira, mira (dijo, dando con el codo á su hijo). Le ha dado la mano...., y se la estrecha con gran entusiasmo.

Y recorriendo de una ojeada las ventanas en donde tantas cabezas se agrupaban, prosiguió:

—¡Ah! ¡Cómo deben rabiar! Mira la mujer de Peirotte cómo muerde el pañuelo. Y las hijas del Notario, y la de Massicot, y la familia Brunett, ¡mira qué caras tienen, cómo estiran las narices! ¡Ah! ¡Por fin nos toca á nosotros la vez!....

Con ansiedad seguía observando la escena que ocurría á la puerta de la subprefectura, y su cuerpecillo de cigarra ardiente se estremecía. Interpretaba todos los gestos, adivinaba las palabras que no podía escuchar, y decía que Pedro era muy buena figura. Cuando el Prefecto habló á Granoux, que andaba á su alrededor esperando un elogio, hizo ella un gesto de disgusto: sin duda M. Bleriot conocía ya la historia del martillo, porque el antiguo comerciante de almendras se puso encendido como una doncella, y, á juzgar por sus gestos, replicaba que sólo cumplió con su deber. Pero lo que más la disgustó fué el exceso de bondad de su marido, que presentó á Vuillet al Prefecto y al Coronel: verdad es que el librero se coló en el grupo, y Pedro no tuvo más remedio que presentarle.

—¡Qué entremetido! (murmuró Felícitas):

se mete en todas partes. El pobre Perico debe estar tan turbado.... ¡Ahora le habla el Coronel! ¿Qué le dirá?

—¡Bah, pequeña! ¿Qué ha de hacer más que felicitarle por haber atrancado bien las puertas?—repuso el Marqués con ironía.

—Mi padre hizo algo más: salvó á la ciudad (dijo Arístides con aspereza). ¿No visteis los muertos?

M. Carnavant no respondió. Retiróse de la ventana, haciendo un gesto y meneando la cabeza con disgusto, y fué á sentarse en el sofá.

Rougon, tan luego como dejó al Prefecto, corrió á su casa, y se echó en brazos de su mujer, exclamando:

—¡Ah! Querida mía....

Y no pudo concluir. Felicitas le hizo abrazar á Arístides, hablándole del magnífico artículo de *El Independiente*. Pedro, tan emocionado estaba, que hubiera sido capaz de besar al Marqués. Pero su mujer le llamó aparte, le dió la carta de Eugenio que había guardado en un sobre, la cual dijo que acababa de llegar. Rougon, triunfante, se la devolvió, después de

haberla leído, exclamando con grandísimo gozo:

— ¡Eres una hada! Todo lo adivinaste. ¡Ah! Sin tu consejo, ¡qué tontería hubiera hecho yo! Desde ahora, todos los negocios los haremos á medias. Dame un abrazo; eres una gran mujer.

Y la tomó entre sus brazos, mientras ella cambiaba con el Marqués una mirada y una sonrisa de inteligencia.



VII.

Hasta el domingo, dos días después de la matanza de Sainte-Roure, no volvieron á pasar las tropas por Plassans. El Prefecto y el Coronel, á quienes M. Garçonnet había convidado á comer, entraron en la población; pero los soldados rodearon por las fortificaciones, y fueron á acampar en el arrabal, alrededor de la carretera.

El sol llegaba á su ocaso: el cielo, nublado desde por la mañana, reflejaba los rayos postreros del astro del día sobre las nubes, con tintes cobrizos, como los que se observan cuando va á estallar una tormenta. Los habitantes de la ciudad recibieron con miedo

á los soldados aquellos, ensangrentados todavía, que, rendidos de fatiga y silenciosos, desfilaron á la tenue luz del triste crepúsculo por delante de los tímidos burgueses de Plassans. Mirábanlos con terror, retrocedían luego, y en voz baja referíanse al oído la historia de los fusilamientos, de las feroces represalias, que dejaron en el país imperecedera memoria. Comenzaba la terrible época del golpe de Estado una etapa de pánico abrumador, que por espacio de muchos meses hizo temblar á todo el Mediodía de Francia.

Por odio á los insurrectos, y á impulsos del temor que ellos le inspiraban, Plassans recibió con entusiasmo á las tropas cuando iban en persecución de los que imaginaban capaces de quitarles su adorada tranquilidad: pero al regreso, en aquella hora melancólica, en presencia del regimiento que hacía fuego á la voz de su jefe, los propietarios, y hasta los que no lo eran, hacían examen de conciencia llenos de miedo, y pensaban que algún pe-cadillo político de los que cometieron merecería quizás un balazo.

Las autoridades llegaron á Plassans el día

antes en dos carricoches alquilados en Sainte-Roure. Su imprevisto regreso no fué acogido con grandes muestras de entusiasmo. Sin gran pesadumbre devolvió Rougon la poltrona que había ocupado aquellos días, á su natural propietario: estaba hecha la jugada, y esperaba con febril impaciencia el premio que desde París debían enviarle en recompensa de su heroísmo.

El domingo llegó una carta de Eugenio, la cual no esperaba él antes del lunes. Felicitas había tenido el cuidado de mandarle á su hijo los números de la *Gaceta* y *El Independiente*, los cuales, en un extraordinario, publicaron el relato de la batalla de aquella famosa noche y la noticia de la llegada del Prefecto. Eugenio, á vuelta de correo, contestaba, anunciándoles que el nombramiento de Rougon sería firmado de un momento á otro: y añadía que se apresuraba á darle una buena nueva: la de haber obtenido para él la cruz de la Legión de Honor. Felicitas lloró de gozo. ¡Su marido había sido condecorado! Semejante honra sobrepujaba con ventaja lo que soñó en punto á satisfacciones de su orgullo. Rougon, pálido de

alegría, dijo que era menester dar una gran comida aquel mismo día. Su tacañería congénita había sido derrotada por el amor propio: para celebrar su fortuna, hubiera sido capaz de tirar por la ventana las piezas de á cinco francos que le quedaban.

—Oye (le dijo á su mujer): convidarás á Sicardot: hace mucho tiempo que me fastidia con su roseta en el ojal. Además, quiero que vengan Granoux y Roudier, para demostrarles que con todo su dinero no son capaces de obtener lo que yo con mis méritos. Vuillet es un hipócrita; pero deseo que el triunfo sea completo. Convidale también, como á todos los demás contertulios.... ¡Ah! Se me olvidaba: es preciso que vayas también á casa del Marqués. Le pondremos á tu derecha, y hará muy buen efecto sentado á nuestra mesa. Ya sabes que Garçonnet ha convidado al Prefecto y al Coronel: lo ha hecho para hacerme entender que no valgo nada, y le he de dar en la cabeza. Me río yo de su alcaldía, que no produce un céntimo.... Me ha convidado; pero le diré que también espero gente á comer.... Mañana veremos si tiene ganas de reir.... Toda la comida

quiero que la traigan del Hotel de Provenza, ¿oyes? Es menester eclipsar á Garçonnet.

Felícitas puso manos á la obra sin perder un instante. En medio de su alegría, Pedro abrigaba todavía ciertos temores. Aunque su engrandecimiento, debido al golpe de Estado, le permitiría pagar todas las deudas que le acosaban, no obstante el arrepentimiento de Arístides y á pesar de que sin duda iba á verse libre de su hermano Antonio, temía que alguna locura de su hijo Pascual le comprometiera, y estaba muy preocupado, pensando en la suerte que á Silverio le esperaba; no porque sintiese la desgracia de éste, sino porque era muy probable que las heridas del gendarme le obligaran á comparecer ante los tribunales de justicia. ¡Lástima de bala providencial é inteligente! ¡Qué bien les hubiera venido á todos, si se le hubiese clavado en los sesos al pillete aquel!

Como su mujer le había hecho notar por la mañana, los obstáculos se desvanecían: aquella familia que antes le deshonraba, había contribuido á su engrandecimiento: sus hijos, Eugenio y Arístides, los hambrones, cuyos estudios costeó tan á regañadientes, le paga-

ban con creces el capital que le hicieron derrochar. ¡Á no ser por aquel miserable Silverio que se le cruzaba delante en el momento del triunfo!....

Mientras Felicitas se atosigaba preparando la comida, Pedro supo la llegada del regimiento, y salió á husmear: Sicardot no sabía una palabra de nada: Pascual debió quedarse cuidando heridos; y en cuanto á Silverio, el Comandante le conocía apenas, y no recordaba haberle visto en ninguna parte aquel tremendo día. Rougon se trasladó al arrabal, con propósito de entregar á Macquart los ochocientos francos, que á duras penas logró reunir. Pero cuando se metió entre el barullo del campamento y vió desde lejos á los prisioneros, sentados en largas filas sobre las maderas del solar de Saint-Mittre entre centinelas arma al brazo, temeroso de comprometerse, encaminóse á casa de su madre, con intención de enviarla en busca de noticias.

Al penetrar en la casucha del callejón, era casi de noche. Sólo halló en la puerta á Macquart, bebiendo copitas de aguardiente y fumando.

—¡ Ah ! ¿ Eres tú ? ¡ Menos mal ! (murmuró Antonio, entrando tras él.) ¡ Oh ! ¡ qué aburrimiento ! Estoy consumido. ¿ Traes el dinero ?

Pedro no contestó. Acababa de fijarse en su hijo Pascual, inclinado sobre el lecho de Adelaida. Acercóse á él, y le interrogó con presteza. El médico, sorprendido de verle tan inquieto, atribuyéndolo á la ternura paternal, le dijo tranquilamente que le habían cogido los soldados, y le hubieran fusilado sin duda, á no ser por la intervención de un buen hombre á quien no conocía. Su título de Doctor le había salvado la vida y permitídole volver con la tropa. Rougon se tranquilizó mucho : era uno menos, capaz de comprometerle. Manifestaba su alegría estrechando las manos del médico, cuando éste le interrumpió, diciendo con tristeza :

—No os alegréis, padre. La pobre abuela está muy mala. Le traía esta escopeta, que ella estimaba mucho, y, miradla, ¡ infeliz ! ¡ Ni siquiera se movió al acercarme á ella !

Los ojos de Pedro se habían ido acostumbrando á la obscuridad, y, fijándose mucho, lo-

gró ver á tía Dida echada en la cama , rígida, como muerta.

Aquel pobre organismo, víctima de la neurosis desde la cuna, había cedido á una crisis demasiado violenta. Los nervios parecía que habían absorbido la sangre: el sordo trabajo de un temperamento ardiente de suyo, al extinguirse , al consumirse, víctima de una tardía castidad , había convertido á la infeliz mujer en un cadáver galvanizado por algunas sacudidas eléctricas. Un acerbo dolor aceleró aquella desorganización lenta. Su palidez de monja , de mujer absorbida por la sombra y las privaciones del claustro, se había matizado de manchas rojizas. Con el rostro contraído , la boca encajada, los ojos horriblemente abiertos, las manos gafas y crispadas, tendida, con las ropas ceñidas á las piernas , parecía una muerta, cuyos perfiles enjutos se dibujaban á través de las sayas.

En el rincón de aquella obscura alcoba, ofrecíase el triste cuadro de una cruel pero muda agonía.

Rougon hizo un gesto de disgusto. Aquel espectáculo le fué muy desagradable : tenía

gente á comer por la noche, y le disgustaba estar triste. Su madre no sabía ya qué inventar para ponerle en un apuro. Bien podía haber escogido día menos señalado. Por eso, con acento que revelaba grande confianza en sus palabras, dijo:

—¡Bah! Eso no será nada. ¡Tantas veces la hemos visto así! Déjala descansar, y con el reposo basta para que se ponga bien.

Pascual meneó la cabeza como quien duda, y contestó:

—¡No! Este ataque no es, por desgracia, como los otros. Muchas veces la he asistido, y jamás observé los síntomas de ahora. Mirad esas pupilas, que tienen un brillo y una vaguedad singulares. Ved su faz, qué espantosa torsión de todos los músculos ofrece.

Y acercándose, mirando desde más cerca las facciones, prosiguió en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—Fisonomías como esta sólo las he visto en personas muertas en medio del espanto que les produjo la presencia del asesino. Por fuerza debe haber sufrido alguna emoción terrible.

—¿Pero cuándo le ha dado el ataque?—interrogó Rougon impaciente, sin saber cómo haría para marcharse á la calle.

Pascual lo ignoraba. Macquart, sirviéndose una copa, contó que le vinieron ganas de beber aguardiente, y la mandó á comprar una botella. Que estuvo largo rato fuera de casa, y que al volver cayó en tierra, rígida y convulsa, sin pronunciar palabra.

—Entonces (añadió) la tomé en brazos y la llevé á la cama. Lo que me choca es cómo fué que no hizo pedazos la botella.

El joven médico reflexionó un momento, y luego dijo:

—Al venir oí dos tiros. Acaso esos miserables hayan fusilado algunos prisioneros, y si pasó cuando tal hacían, la vista de la sangre bien pudo causarla el ataque.... De todos modos, preciso es que haya sufrido mucho.

Por fortuna, traía encima el botiquín que llevaba cuando se incorporó con los insurrectos. Á costa de grandes esfuerzos procuró verter en la boca de la enferma algunas gotas de un licor sonrosado. Entretanto, Macquart repitió su pregunta.

—Sí, lo traigo. Vamos á acabar nuestro negocio,—replicó Rougon, gozoso al ver que se le ofrecía un pretexto para escapar.

Entonces, Macquart, viendo que iba á pagarle, empezó á lamentarse. Había comprendido demasiado tarde las consecuencias de su traición : á no ser así, hubiese pedido tres veces más dinero. En verdad, mil francos no era casi nada. Sus hijos le habían abandonado; estaba solo en el mundo, próximo á un gran conflicto. En poco estuvo que no llorase hablando de los horrores del destierro.

—¡Acabemos ! ¿Quieres los ochocientos francos?—dijo impaciente Rougon, que estaba deseando marcharse.

—¡No ! Dame el doble. Tu mujer me engañó. Si francamente me hubiese dicho lo que deseaba que yo hiciera, no me hubiera comprometido tanto por una miseria.

Rougon amontonó los ochocientos francos en oro sobre la mesa, diciendo:

—Repito que es todo lo que tengo. Más adelante me acordaré de ti. Pero vete esta noche.

Macquart, gruñendo, mascullando sordas lamentaciones, llevó la mesita delante de la

ventana, y se puso á contar las monedas á la moribunda luz del crepúsculo. Sonábalas, haciéndolas caer desde lo alto, y gozando con el cosquilleo que le producían en la punta de los dedos, escuchaba con delicia su argentino ruido distinto como una música en medio de las tinieblas que envolvían la estancia. De pronto se interrumpió, y dijo:

—Acuérdate que me ofreciste un empleo.... Quiero volver á Francia. Me gustaría ser guardabosque en un departamento elegido por mí....

—Bueno. Conforme. ¿Has contado ya tus ochocientos francos?—interrumpió Rougon.

Macquart empezó á contarlos de nuevo. Al sonar el tintineo del último luis, una estridente carcajada les hizo volver la cabeza á los dos hermanos. Tía Dida estaba de pie delante del lecho, medio desnuda, con los blancos cabellos en desorden y la pálida faz jaspeada de manchas rojas. Pascual procuró en vano sujetarla. Extendió los brazos, estremeciéndose de pies á cabeza, convulsa y delirante, agitando la cabeza á uno y otro lado.

—Ese es el dinero de la muerte.... Una venta de sangre.... (dijo varias veces). He oído

el ruido del oro.... Ellos...., ellos le vendieron.... ¡Oh! Asesinos.... Parecéis lobos....

Separó los cabellos de su frente, pasándose las descarnadas manos, como para leer en ella. Luego prosiguió:

—Hace mucho tiempo que le veía con la cabeza atravesada por una bala.... Siempre tenía yo en la imaginación hombres que le apuntaban con los fusiles.... Y por señas me decían que iban á tirar.... ¡Oh! Esto es espantoso.... Me rompen los huesos, y me vacían el cráneo.... ¡Piedad!.... ¡Favor!.... ¡Por compasión!.... No le volveré á ver, no le amaré.... Yo le encerraré, le tendré siempre cosido á mis faldas.... Pero no tiréis.... No es culpa mía.... Si supierais....

Poco á poco había ido doblando las rodillas, y estaba casi de hinojos, llorando, suplicante, con los escuálidos brazos extendidos hacia un ser imaginario, al cual debía ver con horror. De pronto se irguió, sus ojos se agrandaron más todavía, y de su garganta convulsa dejó escapar un grito estridente, como si un espectáculo, para ella sola visible, la llenase de horror.

—¡Oh! El.... gendarme....—dijo, ahogándose casi; retrocediendo hasta caer otra vez sobre la cama, agitada brutalmente por carcajadas histéricas que la dejaban sin aliento.

Pascual, con atenta mirada, observó todos los detalles de la crisis. Los otros dos hermanos, espantados, no logrando comprender más que frases incoherentes, se habían retirado á un ángulo de la estancia. Cuando Rougon oyó la palabra *gendarme*, creyó entender á quién se refería: desde la muerte de su amante en la frontera, tía Dida aborrecía implacable á los gendarmes y á los aduaneros, que en su muerte se confundían en un solo enemigo, causa de todos sus males.

—¡Bah! Está delirando con el contrabandista,—dijo.

Pascual le hizo seña para que callara. La moribunda volvió á levantarse penosamente. Giró en torno suyo los ojos con estupor: estuvo un instante sin decir palabra, como si hiciera grandes esfuerzos para reconocer los objetos que la rodeaban. Luego, con viveza, revelando súbita inquietud, preguntó:

—¿Dónde está la escopeta?

El médico se la entregó. Al verla y tocarla, lanzó un grito de alegría; la miró detenidamente, y con voz semejante á la de una niña pequeña, canturreaba muy quedito:

—Sí, esta es, la reconozco.... Está toda manchada de sangre.... Hoy las manchas son frescas. Sus manos ensangrentadas se grabaron en la culata.... ¡Ah! ¡Pobre tía Dida!....

De nuevo se escapó la luz de su inteligencia, y quedó pensativa otra vez.

—El gendarme que estaba muerto (murmuró), ha vuelto. Lo he visto.... No mueren nunca esos pillos....

Y vuelta á ser presa de súbito furor, agitando la carabina, se abalanzó hacia sus dos hijos, que se arrinconaron, mudos de espanto. Las faldas la arrastraban; su cuerpo, medio desnudo, se erguía convulso, exhibiendo la seca piel, arrugada horriblemente por la vejez.

—¡Vosotros le tirasteis! (gritaba.) Sí. He oído el ruido del oro.... ¡Ah! Desgraciada de mí, que sólo engendré lobos...., toda una familia de lobos...., toda unaca mada.... Sólo había uno, ¡pobre niño mío!, que era bueno, y se lo han comido; todavía tenéis los labios llenos de

sangre.... ¡Ah! ¡Malditos!.... ¡Ladrones!.... ¡Asesinos!.... ¡Y viven como si fueran señores!.... ¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos!

Cantaba, reía, gritaba, y siempre repetía: «¡Malditos!», con extraño ritmo musical, semejante al ruido horrísono de una descarga de fusilería. Pascual, con los ojos llenos de lágrimas, la tomó en brazos y la acostó. Ella, como si fuera una niña, no opuso resistencia alguna, continuando su canción, acelerando el compás, y marcándola sobre la colcha con las escuálidas manos.

—He aquí lo que temía yo (dijo el médico): está loca. El golpe fué demasiado rudo para una pobre criatura, predestinada, como ella, á ser víctima de la neurosis aguda. ¡Infeliz! Morirá, como su padre, en una casa de locos.

—¿Pero qué puede haber visto para llegar á este extremo?—preguntó Rougon, decidiéndose á salir del ángulo en donde se había refugiado.

—Tengo una duda cruel (dijo Pascual). Cuando entré, quería hablaros de Silverio. Es menester interceder con el Prefecto, salvarle, si aún es tiempo.

El antiguo comerciante de aceite miró á su hijo, y palideció. Luego, con rapidez, dijo:

—Quédate al cuidado de ella: yo tengo mucho en qué ocuparme esta noche. Mañana haremos que la trasladen al manicomio de Tulettes. Y tú, Macquart, vete. Es necesario que salgas de Plassans esta misma noche. ¿Me lo juras? Yo voy á ver al Prefecto.

Tal ansia tenía por verse en la calle, que balbuceaba. Pascual, alternativamente fijó su penetrante mirada en la loca, en su padre y en su tío: el egoismo del sabio le dominaba: estudiaba aquella madre y á sus dos hijos con la atención del naturalista que sorprende las metamorfosis de un insecto. Pensaba en aquellas diversas ramas de un mismo tronco, cuya savia acre nutría los tallos más delgados y más lejanos de él, aunque en la forma resultaban diversamente retorcidos, según se desarrollaron al sol ó á la sombra. Como á la luz de un relámpago parecióle ver el porvenir de los Rougon-Macquart: un torbellino de apetitos abandonados después de satisfechos en medio de un centelleo de oro y de sangre.

Al escuchar el nombre de Silverio, tía Dida dejó de cantar. Escuchó un instante ansiosa. Luego comenzó á lanzar horrorosos aullidos. Era ya de noche, la estancia, á obscuras, ofrecía un aspecto fatídico. Los gritos de la loca salían de entre las tinieblas, como si procedieran de una tumba cerrada. Rougon, espantado, huyó, perseguido por aquellos gemidos, que en la obscuridad resultaban más terribles.

Al salir del callejón de Saint-Mittre, dudaba si sería ó no peligroso impetrar del Prefecto gracia para Silverio, cuando advirtió que su hijo Arístides andaba de un lado para otro alrededor del depósito de maderas. Al reconocer á su padre, el joven corrió á su encuentro, y le dijo algunas palabras al oído. Pedro se tornó lívido, y fijó los espantados ojos en el fondo tenebroso del solar, sobre el cual sólo el rojo resplandor de la hoguera que unos bohemios habían encendido, se distinguía. Luego, padre é hijo desaparecieron por la calle de Roma, recatándose y apretando el paso, como si fueran asesinos, y levantando los cuellos de sus gabanes para no ser reconocidos.

—Así me evita una carrera (murmuró Rou-

gon). Vamos á comer, que ya nos estarán esperando.

Cuando llegaron á su casa, el salón amarillo estaba resplandeciente. Felícitas se multiplicaba. Todos los invitados estaban ya allí: Sicardot, Granoux, Roudier, Vuillet, los comerciantes de aceite, los de almendras, la banda entera, menos el Marqués, el cual se excusó por estar enfermo de reuma y porque tenía que emprender un pequeño viaje. Aquellos burgueses manchados de sangre heríanle en su delicadeza, y, además, su pariente, el conde de Vålqueyras, le había rogado que fuera á pasar una temporada, mientras de él se olvidaban aquellas gentes, en su finca de Corbière.

La negativa del aristócrata hirió á los Rougon.

Pero Felícitas, prometiéndose instalar su casa con gran lujo, se consolaba, y para comenzar, y al paso, para sustituir la presencia del Marqués, alquiló dos candelabros y encargó dos platos más en la fonda.

Para mayor solemnidad, la mesa fué colocada en el salón. La plata, el cristal y la va-

jilla, procedían del *Hôtel de Provenza*, y desde las cinco de la tarde estaba todo corriente para que los convidados, á medida que iban llegando, gozasen del golpe de vista que el improvisado comedor ofrecía. En los dos extremos de la mesa, sobre el blanco mantel, había dos jarrones de porcelana rameada de flores de colores, llenos de rosas artificiales.

Cuando todos los habituales tertulios del salón estuvieron reunidos, no fueron dueños de ocultar el asombro que semejante espectáculo les produjo; sonriendo con cierto embarazo, se miraban unos á otros como diciendo: «Esta gente está loca; tira el dinero por la ventana». La verdad es que Felícitas, cuando fué á convidar á sus amigos, no pudo contenerse, y soltó la lengua. Nadie ignoraba que Pedro había sido condecorado, y esperaba un nombramiento de alta categoría; lo cual *hacía estirar las narices*, según ella decía.

El día de las recompensas, aquella banda de burgueses que había caído sobre la República espirante, observándose unos á otros, vanagloriándose de dar una dentellada más fuerte que la de su vecino, hallaban muy in-

justo que sus huéspedes se llevaran los laureles de la victoria. Hasta los que sólo por temperamento aullaron, sin esperar nada del naciente Imperio, se consideraban vejados viendo que, gracias á ellos, el más pobre, el más insignificante de todos, iba á llevar la enseña roja en el ojal. ¡Si al menos hubiesen condecorado á todos los que conspiraban en el salón amarillo!

—No es que yo tenga afán por ser condecorado (decía Roudier á Granoux, en el hueco de un balcón, en donde uno y otro se habían retirado). En tiempos de Luis Felipe, cuando era yo proveedor de la real casa, no quise aceptar la cruz que me ofrecían. ¡Ah! Luis Felipe era un buen rey; no volverá á tener la Francia otro como él.

Roudier había vuelto á ser orleanista. Luego prosiguió, con la proverbial hipocresía de un lencero de la calle de Saint-Honoré:

—Pero á vos sí os convendría. ¿No os parece que la cinta roja sentaría muy bien en el ojal de vuestra levita? Y después de todo, tanto intervinisteis vos en la salvación de la ciudad como Rougon. Ayer, en casa de ciertas perso-

nas, muy distinguidas por cierto, nadie quería creer que con un martillo se pudiera hacer tanto ruido.

Granoux balbuceó un cumplimiento, y, ruborizándose como una doncella la primera vez que confiesa su amor al hombre amado, inclinóse al oído de su compañero, murmurando:

—¡No digáis nada; pero tengo entendido que Rougon va á pedir la cruz para mí! Es una buena persona.

El antiguo lencero se puso grave, y desde aquel momento se manifestó político y reservado. Cuando Vuillet fué á hablarle de la recompensa que Pedro había merecido, con voz grave y fuerte, para que Felícitas le oyese, repuso «que hombres como Rougon honraban la orden de la Legión de Honor».

El librero hizo coro á estas alabanzas: por la mañana habíanle prometido que de nuevo tendría á su cargo el abasto de libros de texto para el Liceo. Cuanto á Sicardot, estaba al principio algo disgustado de que alguien más que él estuviese condecorado. Á su juicio, sólo los militares tenían derecho á aquella especie de honores. Pero tal era la sorpresa que el he-

roico valor de Pedro le causaba , y tanto era él un infeliz en el fondo , que al cabo llegó á convencerse á sí propio de que Napoleón sabía distinguir á los hombres enérgicos y de corazón , pertenecieran ó no al ejército.

Por todas estas razones, Rougon y Arístides fueron recibidos con entusiasmo , de suerte que todas las manos se extendieron hacia ellos. Alguno hubo que llegó hasta el extremo de besarles. Ángela , sentada junto á su suegra , contemplaba con entusiasmo la mesa, con ojos de glotona que en la vida había visto tantos manjares juntos.

Arístides se acercó á ella , y Sicardot le estrechó la mano, felicitándole por el magnífico artículo publicado aquella mañana en *El Independiente*: aquella fué la señal de reconciliación entre su suegro y él. Al ser interrogado por Pedro, díjole que su deseo era marchar á París en compañía de su familia , y acercarse á su hermano para que le protegiera. Pero le hacían falta quinientos francos, que se apresuró á ofrecer desde luego Sicardot, gozoso de pensar que su hija sería recibida en las Tullerías por Napoleón III.

Felícitas hizo una seña á su marido, y éste, rodeado por todos sus amigos, que le abrumbaban á preguntas y no le dejaban á sol ni á sombra, interesándose cariñosamente por saber de qué procedía su palidez, á duras penas logró desembarazarse de ellos para acudir al llamamiento de su mujer. De prisa y corriendo pudo murmurar á su oído que había encontrado á Pascual, y que Macquart habría partido ya á aquellas horas: bajó más la voz para decirle la noticia de la locura de su madre, y acabó poniéndose un dedo sobre los labios, como diciendo: «Pero no digas una palabra, porque se aguaría nuestro convite». Sin pronunciar una frase, cambiaron una mirada y se comprendieron, porque sus pensamientos eran comunes. Ya no les molestaría la vieja; arrasarían la maldita casucha del contrabandista, como hicieron con los muros del cercado de los Fouque, y para siempre podían contar con el respeto y la estimación de Plasans.

Los convidados rodeaban la mesa, y Felícitas les mandó sentarse á ella. Cuando cada cual cogía su cuchara, Sicardot pidió un mo-

mento de atención con un gesto, y, levantándose, dijo gravemente :

—Señores: en nombre de sus amigos, quiero hacer presente á nuestro anfitrión la alegría que todos sentimos al ver premiados su valor y su patriotismo. Ahora reconozco que Rougon tuvo una idea feliz, inspirada por el cielo, cuando hizo de manera que, mientras á nosotros nos llevaban prisioneros por esos caminos los bandidos y canallas que entraron en Plasans, él se quedó velando por la tranquilidad y el orden de la población. Por lo tanto, con toda mi alma aplaudo las disposiciones del gobierno.... Dejadme acabar....; ahora os tocará la vez de felicitar á nuestro amigo.... Aplau- do, decía, las disposiciones del gobierno, que, además de conceder la cruz de la Legión de Honor á tan insigne patricio, va á nombrarle Jefe económico.

De todos los pechos se escapó un grito de sorpresa, porque todos esperaban verle ocupar un destino relativamente pequeño: algunos hicieron una mueca con pretensiones de sonrisa, y la vista de los manjares que adornaban la mesa resolvió la crisis, de suerte que

las felicitaciones más calurosas partieron de todas partes.

De nuevo reclamó silencio Sicardot, y prosiguió :

—Esperad, que aún no he concluído.... Sólo me falta decir una palabra.... Para concluir, sabed que, muerto Peirotte, nos cabe la honra de conservar entre nosotros á un amigo tan querido como Rougon. He dicho.

En medio de las exclamaciones de los convidados, Felícitas sintió que el corazón le daba un vuelco. Ya le había referido Sicardot la muerte del Jefe económico. Pero el recuerdo de aquel accidente imprevisto y súbito, traído á colación al comenzar el banquete triunfal, la hizo estremecerse, como si el helado aliento de la Parca le acariciara el rostro. Se acordó de su deseo: ella era la que había matado al hombre aquél.

En las provincias come la gente con gran ruido y algazara; así es que los convidados devoraban al son de los cubiertos y de las copas. Desde el tercer plato hablaban todos á la vez: coceaban sobre los infelices vencidos, se tiroteaban entre ellos con adulaciones sin cuen-

to, y hacían comentarios no muy lisonjeros sobre la ausencia del Marqués; los nobles eran intratables: Roudier llegó á decir que el Marqués había rehusado porque, de resultas del miedo que pasó cuando la entrada de los insurgentes, estaba enfermo de ictericia. El cuarto plato colmó el desorden: no eran comensales; eran una trailla devorando las entrañas de las reses perseguidas durante un día entero, entre el ruido de las trompas y el chasquear de los látigos de los picadores. Aquellos comerciantes de aceite y de almendras salvaban á la Francia con sus conversaciones. Brindaron por la gloria de Rougon; Granoux, muy encendido, empezaba á balbucear, y Vuillet, muy pálido, estaba completamente borracho; Sicardot escanciaba sin tomar punto de reposo, y Ángela, ahita ya, bebía á sorbitos vasos de agua con azúcar. La alegría de verse en salvo, libres de todo temor, en el salón amarillo y en torno de una bien servida mesa, á la luz de las bujías de los dos candelabros y de la araña, á la cual era la primera vez que veían desnuda de su envoltorio de gasa lleno de pintitas depositadas por las moscas, ampliaba la estupidez

congénita de aquellas gentes, prestándoles una alegría sin límites, pero grosera.

Á cada nuevo plato que les servían, sus voces pastosas, en medio de la atmósfera caliente, tornábanse más melifluas y aduladoras; llovían las lisonjas á cual más hiperbólicas, y hubo quien llegó á decir,—un curtidor retirado era, por cierto,—que la comida aquella era «un verdadero festín de Lúculo».

Pedro estaba radiante. En su ancha y pálida cara rebosaba la alegría del triunfo: Felicitas, reventando de vanidad, decía que alquilarían la habitación del pobre M. Peirotte, mientras no se les presentara ocasión de adquirir una casita en la parte nueva de la ciudad; y ya hacía la distribución del mobiliario en la del difunto Jefe económico.

También ella tenía sus Tullerías. En un momento en el cual el barullo era ensordecedor, la asaltó de súbito un pensamiento; se levantó, y acercándose á Arístides, le dijo al oído:

—¿Y Silverio?

El joven, cogido de improviso por la pregunta aquella de su madre, se estremeció, y repuso en voz baja:

—Ha muerto. Yo mismo vi cómo un gen-darme le hizo saltar la tapa de los sesos.

Á su vez, un ligero escalofrío estremeció á Felícitas. Abrió la boca con intención de preguntar á su hijo por qué no había impedido aquel asesinato, reclamando al pobre muchacho; pero antes que formulase la pregunta, Arístides, que la había leído en sus temblorosos labios, añadió:

—Comprenderéis que no dije nada...., porque, después de todo...., es un estorbo menos....

Aquella brutal franqueza desagradó á Felícitas. También Arístides, igual que su padre y que su madre, tenía á su cargo una muerte. Si el vino del *Hôtel de Provenza* y los ensueños de ambición que acariciaba, pensando en su viaje á París, no le hubieran sacado de su habitual hipocresía, ciertamente no hubiese confesado tan paladinamente que paseaba tranquilo por los alrededores del solar en donde á su primo le levantaron la tapa de los sesos, sin ocurrírsele siquiera procurar evitarlo. Luego de pronunciar la cruel frase, echóse para atrás, y empezó á columpiarse en la silla.

Pedro, que desde lejos observaba á la madre y al hijo, comprendió lo que estaban hablando, y les dirigió una mirada de cómplice que implora silencio. Aquél fué el pòstrer átomo de terror que los tres sintieron, estremeciéndose en medio del bullicio y la calurosa alegría que reinaba en el salón. Al volver á su asiento, Felícitas vió por la ventana, detrás de las vidrieras de una de las casas de enfrente, un blandón encendido: era uno de los que alumbraban el cadáver de Peirotte, llegado aquella mañana de Sainte-Roure. Sentóse, y parecíale que la rojiza llama del cirio le quemaba la espalda. Al aparecer los postres, el ruido era infernal, y llenaba todos los ámbitos de la casa.

Mientras esto sucedía en el salón amarillo, el arrabal continuaba estremecido de espanto á la vista del drama que ensangrentaba el solar de Saint-Mitre. El regreso de las tropas después de la hecatombe de la meseta de Nores quedó grabado en la memoria de Plassans entero, por el recuerdo de crueles represalias. Muchos infelices murieron á culatazos junto á un bastión de la muralla, y otros perecieron á

manos de los gendarmes, que los asesinaron á pistoletazos. Para mayor escarmiento, aquellos desgraciados quedaban abandonados en los caminos. Podía señalarse la dirección que seguían por el rastro sangriento que los asesinos dejaban detrás de ellos. ¡Fué un enorme asesinato la jornada aquella! Cada vez que la columna hacía alto, caían unos cuantos prisioneros bañados en su sangre. En Sainte-Roure mataron dos, tres en Orchères y uno en Beage.

Cuando acampó el regimiento en Plassans, sobre la carretera de Niza, el fusilamiento de los más comprometidos fué decidido: los vencedores juzgaban muy bueno dejar huellas sangrientas de su paso, para inspirar á la ciudad respeto al naciente Imperio. Pero los soldados, hartos de matar, no se prestaban á nuevos asesinatos. Los infelices cautivos, echados sobre los montones de maderos como sobre un lecho de campaña, atados por las muñecas de dos en dos, escuchaban la cruel sentencia, y muertos casi de fatiga, aguardaban la muerte con estupor, que parecía resignación.

De pronto el gendarme Rengade se abrió paso por entre la multitud de curiosos que lle-

naba aquella parte del arrabal. En cuanto supo que volvían las tropas conduciendo prisioneros, presa del temblor de la fiebre, se levantó, desafiando la muerte, envuelta en un sudario de heladas sombras. Al salir, la herida se le abrió, y el vendaje que cubría la vacía órbita se manchó de sangre, que, resbalando por la mejilla en tortuosos hilillos, fué á perderse coagulándose entre el rizado bigote. Espantoso de cólera, pálido, mudo, con la cabeza envuelta en sangrientos trapos, fué reconociendo uno por uno á todos los prisioneros. Así recorrió todos los montones de maderos, sobresaltando con su aspecto siniestro á los más estoicos. De repente gritó:

—¡Ah! Ladrón, ya te tengo....

Acababa de poner la mano sobre el hombro de Silverio. El niño, acurrucado sobre una viga, con el semblante dolorido y la mirada dulce y estúpida á la vez, contemplaba la triste puesta del sol. Desde que salió de Sainte-Roure, sus miradas se perdían en un caos, y faltaba vida en sus pupilas. Durante aquella penosa marcha, cuando los soldados, para que apretara el paso, le golpeaban con las culatas, manifes-

tóse dulce y sumiso como un cordero. Cubierto de polvo, muerto de sed y de cansancio, andaba sin pronunciar palabra, semejante á las reses que caminan al matadero, dóciles á la voz y al látigo de sus conductores. Su pensamiento único era Mietta: no se apartaba de su vista, caída sobre la bandera debajo de un árbol, con los ojos abiertos, fijos é inmóviles. Veíala en medio de las sombras que le rodeaban, porque en su retina estaba grabada con indelebles colores la escena horrible que había presenciado.

Rengade se volvió al oficial, que no había encontrado en su compañía hombres que quisieran fusilar á los insurrectos, y le dijo, señalando á Silverio:

—Este bribón me reventó un ojo. Dádmelo. Lo mismo os dará que lo mate yo ú otro cualquiera.

El oficial, haciendo un gesto de indiferencia, se retiró. El gendarme, comprendiendo que le entregaban la presa solicitada, prosiguió, dando un empujón al pobre niño:

—¡Ea! Arriba....

Como todos los demás prisioneros, Silverio

tenía un compañero atado al brazo con la misma cuerda. Era éste un campesino de Poujols, llamado Mourgue, entrado ya en los cincuenta años, á quien el sol abrasador de los campos y la vida de trabajo material habían embrutecido en extremo.

Desde que estaba preso, con las manos crispadas y la cara estúpida, guiñaba los ojos á cada paso, mirando á todas partes con desconfianza y una expresión en los ojos, que asemejaba la que se revela en los de los animales cuando alguien les pega. Se había lanzado á la guerra, con un biello por arma, porque todo el pueblo lo hizo; pero le hubiera sido imposible decir por qué razón abandonaba el trabajo y su casa. Desde que lo cogieron prisionero, se daba menos cuenta todavía de la situación. Creía vagamente que le conducían á su aldea. La sorpresa de verse atado, siendo objeto de la pública curiosidad, aún le embrutecía más. Como ni hablaba ni entendía más lengua que el *patois*, no adivinó lo que el gendarme se proponía. Haciendo un esfuerzo, alzó la estúpida cara, y creyendo que le preguntaban de dónde era, dijo con voz ronca:

—Soy de Poujols.

Una carcajada recorrió la multitud, y varios de los que presenciaban la escena dijeron:

—Soltad al paleta.

—¡Bah! (repuso Rengade.) Cuanta más morralla de esta se quite de en medio, mejor. Ya que están juntos, juntos acabarán.

Un murmullo acogió estas palabras.

El gendarme se volvió, y al ver su tremenda cara manchada de sangre, los curiosos se apartaron. Uno de ellos, un burgués melindroso, se volvió, diciendo que si seguía allí, se le iban á quitar las ganas de comer. Unos pilluelos reconocieron á Silverio, y al verle hablaron de la niña colorada. Entonces el burgués volvió al lugar de la escena, para conocer al amante de la mujer de la bandera, de quien había hablado la *Gaceta*. Silverio ni veía ni oía. Preciso fué que Rengade le cogiera por el cuello de la blusa para que se levantase. Al ponerse en pie, Mourgue se levantó á su vez.

—Venid (le dijo el gendarme). Pronto acabaremos.

Silverio reconoció al tuerto, y sonrió, comprendiendo lo que le iba á suceder. Luego vol-

vió la cabeza. La presencia del gendarme, de aquellos bigotes empapados en sangre coagulada, le trajo á la mente un recuerdo muy doloroso. Su deseo era morir con una calma perfecta, y por eso evitaba ver á Rengade, cuyo ojo único brillaba, en contraste con la blancura del vendaje. De prisa, y sin vacilar, ganó Silverio la desierta callejuela del solar de Saint-Mitre, oculta por los montones de tablas. Mourgue le siguió.

Bajo el cielo amarillo, aquel desierto lugar parecía más fatídico. Nunca aquellas maderas solitarias y tristes aparecieron tan tétricas como entonces. En la carretera, los soldados, los prisioneros y la multitud curiosa, se perdían entre las sombras de los árboles. El solar, iluminado por la tenue claridad del crepúsculo, asemejaba el cauce de un torrente seco, sembrado de despojos arrastrados por la última avenida.

Los caballetes de los aserradores, arrinconados, dibujaban sus escuetos perfiles, semejantes á los rudos ángulos de una guillotina. Sólo tres bohemios, dos viejos y una joven de cabellos crespos, cuyos ojos brillaban como los

de un lobo, asomando sus rostros asustados por la puerta de su carromato y morada al propio tiempo, animaban aquel desierto.

Antes de llegar á la oculta calleja, Silverio giró la vista en torno suyo. Acordábase de un domingo: el último. También entonces cruzó la explanada á la luz de la luna. Pero ¡qué diferencia ! Entonces, los pálidos rayos del astro de la noche alumbraban los montones de madera ; del cielo helado descendía soberano silencio, y en medio de él, la bohemia de los cabellos crespos cantaba con extraña voz una balada en lengua incomprensible. Hacía ocho días que fué á despedirse de Mietta..., y le parecía un siglo aquella semana : ¡un siglo, que transcurrió sin que él pisara el solar de Saint-Mittre!

Al entrar en la desierta calle, oculta detrás de los montones de tablas, desfalleció su corazón. Reconoció el olor de las hierbas, la sombra que la envolvía, los agujeros del muro.... De todos aquellos objetos se desprendía una voz sobrenatural: la del recuerdo. La calle se prolongaba triste, vacía ; sintió que un aire frío, helado, envolvía su cuerpo. Aquel rincón

de mundo, ¡cuánto había envejecido! Veía el muro roído por el musgo, la hierba abrasada por el hielo, las tablas podridas por la humedad: ¡qué cuadro tan desolador! El melancólico crepúsculo, aquella luz amarillenta, caía como un sudario sobre aquellos objetos impregnados de tristes recuerdos.... Cerró los ojos, y vió la calle sembrada de fresca hierba, el cielo claro y sereno, y percibió el tibio ambiente de la primavera, y vió á Mietta viva y amante. Luego cayeron heladoras las lluvias de Diciembre; él seguía acudiendo á las citas de la enamorada niña, se ocultaba entre la sombra de los tallos, y esperaba, oyendo caer el agua con delicia: Mietta saltaba el muro y se juntaba con él, riente y feliz: la veía con su cuerpo esbelto y su cabello de ébano. Á lo lejos oía el rugido del Viorne, el canto de las cigarras y el viento que gemía entre las hojas de los álamos de Sainte-Claire.

¡Cuánto habían gozado debajo de su dosel de verdura! ¡Cuán dolorosos llegaban á su corazón aquellos recuerdos! ¡Aprendió á nadar en quince días! Era una criatura valiente como un hombre. Sólo tenía un defecto, merodeaba:

pero se le hubiese corregido. Aquellos lugares le recordaban sus primeras caricias. Siempre habían ido á reunirse en aquel rincón. Al fin llegaba la hora de separarse; ¡qué pronto! Mietta volvía á saltar la tapia, y él la despedía enviándole besos con la mirada. ¡La perdía de vista!.... Una terrible angustia le anudó la garganta.... Ya no la volvería á ver.....: jamás, jamás, jamás....

—Vamos, á tu gusto ha de ser; escoge el sitio donde quieres morir.

Silverio anduvo todavía algunos pasos. Adelantó por la callejuela; sobre su cabeza sólo veía una franja de cielo, en el cual el día se apagaba. Allí había concretado su vida por espacio de dos años. Aproximarse á la muerte por aquel sendero lleno de recuerdos, le halagaba. Gozaba dando el postrer adiós á todos aquellos objetos amados, la hierba, las maderas, las piedras de la tapia, mudos testigos del amor de Mietta. De nuevo se extravió su mente. Esperaba la edad precisa para casarse. Entonces tía Dida hubiera vivido con ellos. ¡Ah! ¡Por qué no huyeron á algún rincón del mundo, en donde los vagabundos del arra-

bal no hubieran ido á echar en cara á la hija de Chantegreil el crimen de su padre! ¡Qué dichosa vida gozarían! Él hubiera instalado un taller de carretería en la margen de algún camino. Ya no envidiaba la gloria de un maestro de coches que fabricaba carruajes de maderas relucientes como espejos. En su desesperación, no alcanzaba por qué aquellos ensueños de felicidad eran imposibles. ¿Por qué no se iba con Mietta y tía Dida? Prestaba oído atento, y escuchaba horrísono ruido de descargas; veía caer delante de él una bandera con el asta rota y la tela colgante como el ala de un pájaro herido por el cazador. Era la República, que yacía envuelta en un girón rojo como Mietta. ¡Ah! ¡Mísera vida! Los dos cayeron heridos por la misma bala. Ella, con un agujero en el pecho; él, con una puñalada en el corazón. Ya no le quedaba nada en el mundo; ¡bien podía morir! Desde la matanza de Saint-Roure estaba como idiota: le hubieran pegado, y no hubiese lanzado un gemido. No era un vivo; era un harapo de hombre, herido, destrozado, á quien los seres queridos robaron la vida al hallar la muerte.

El tuerto se impacientaba : empujó á Mourgue , que se dejaba arrastrar , y exclamó :

—Adelante. No quiere morir aquí.

Silverio tropezó , miró al suelo , y vió un pedazo de cráneo que blanqueaba entre la hierba.

Parecióle que la callejuela se llenaba de vida. Le llamaban los muertos , los viejos muertos , cuyos ardorosos alientos les turbaban tanto en las cálidas noches del estío , á él y á su amante Mietta. Reconocía sus discretos murmullos ; estaban gozosos , y le ofrecían devolverle á su amada en la tierra , en un rincón todavía más oculto que aquella oculta callejuela. El cementerio , que había llenado de deseos los corazones de los dos jóvenes , con sus olores acres y su negra vegetación , sin lograr echarles al uno en brazos del otro , ofreciéndoles fresco lecho de húmeda hierba , ansiaba helar la sangre de Silverio. Hacía dos veranos que esperaba á los jóvenes desposados.

—¿Aquí quieres morir?—interrogó el tuerto.

El joven miró delante de sí. Habían llegado al extremo de la calle ; vió la losa funeraria , y se estremeció. Tenía razón Mietta : aquella

rodó inerte. Su cadáver quedó pegado contra un montón de tablas. La violencia de la caída había roto la cuerda que á su compañero le unía. Silverio cayó de rodillas sobre la losa funeraria.

Rengade mató primero á Mourgue para hacer más cruel su venganza. Jugando con la otra pistola, la levantaba poco á poco, gozándose en la agonía de Silverio. Éste, tranquilo, le miraba cara á cara, aunque el semblante feroz del tuerto le producía malestar. Por eso volvió los ojos, temeroso de morir como un cobarde si seguía contemplando la faz de aquel hombre tembloroso de fiebre, con el sangriento vendaje y los bigotes llenos de sangre coagulada. Al levantar la cabeza, vió el rostro de Justino al nivel de la barda de la tapia por la cual saltaba Mietta en más felices tiempos.

Cuando el gendarme cogió á los dos prisioneros, el joven Justino estaba presente. Deceoso de presenciar la ejecución, corrió cuanto pudo, dando la vuelta alrededor del Jas-Meiffren. Tal prisa llevaba por verla desde lo alto de la tapia como desde un balcón, que se cayó dos veces.

Á pesar de su desenfrenada carrera, llegó tarde para ver morir á Mourgue. Pero aún quedaba Silverio, y sonrió. Sabía por los soldados la muerte de la niña, y para completar su alegría, le faltaba gozarse en la agonía del carretero. Con aquel placer que experimentaba al ver sufrir á otros, duplicado por el horror de la escena, aguardó el disparo. Silverio, al ver sobre la tapia aquella cabeza repugnante, de faz amarillenta y gozosa, con los cabellos crespos sobre la frente, experimentó una sorda rabia; la necesidad de vivir. Fué la postrera protesta de su genio, pero una protesta que duró sólo un segundo. Volvió á arrodillarse y á mirar al cielo. En el fondo de la callejuela apareciósele una visión: creyó distinguir la figura de tía Dida, pálida é inmóvil como una estatua de piedra, que le contemplaba en la agonía.

Sintió sobre la sien el frío contacto del cañón de la pistola. Justino sonrió. Silverio cerró los ojos, y oyó que los muertos le llamaban con premura. Sólo veía á Mietta, debajo de los árboles, caída encima de la bandera, con los ojos inmóviles. El tuerto disparó: el cráneo del joven estalló como una granada

rodó inerte. Su cadáver quedó pegado contra un montón de tablas. La violencia de la caída había roto la cuerda que á su compañero le unía. Silverio cayó de rodillas sobre la losa funeraria.

Rengade mató primero á Mourgue para hacer más cruel su venganza. Jugando con la otra pistola, la levantaba poco á poco, gozándose en la agonía de Silverio. Éste, tranquilo, le miraba cara á cara, aunque el semblante feroz del tuerto le producía malestar. Por esó volvió los ojos, temeroso de morir como un cobarde si seguía contemplando la faz de aquel hombre tembloroso de fiebre, con el sangriento vendaje y los bigotes llenos de sangre coagulada. Al levantar la cabeza, vió el rostro de Justino al nivel de la barda de la tapia por la cual saltaba Mietta en más felices tiempos.

Cuando el gendarme cogió á los dos prisioneros, el joven Justino estaba presente. De-seoso de presenciar la ejecución, corrió cuanto pudo, dando la vuelta alrededor del Jas-Meifren. Tal prisa llevaba por verla desde lo alto de la tapia como desde un balcón, que se cayó dos veces.

Á pesar de su desenfrenada carrera, llegó tarde para ver morir á Mourgue. Pero aún quedaba Silverio, y sonrió. Sabía por los soldados la muerte de la niña, y para completar su alegría, le faltaba gozarse en la agonía del carretero. Con aquel placer que experimentaba al ver sufrir á otros, duplicado por el horror de la escena, aguardó el disparo. Silverio, al ver sobre la tapia aquella cabeza repugnante, de faz amarillenta y gozosa, con los cabellos crespos sobre la frente, experimentó una sorda rabia; la necesidad de vivir. Fué la postrera protesta de su genio, pero una protesta que duró sólo un segundo. Volvió á arrodillarse y á mirar al cielo. En el fondo de la callejuela apareciósele una visión: creyó distinguir la figura de tía Dida, pálida é inmóvil como una estatua de piedra, que le contemplaba en la agonía.

Sintió sobre la sien el frío contacto del cañón de la pistola. Justino sonrió. Silverio cerró los ojos, y oyó que los muertos le llamaban con premura. Sólo veía á Mietta, debajo de los árboles, caída encima de la bandera, con los ojos inmóviles. El tuerto disparó: el cráneo del joven estalló como una granada

madura, y su cuerpo cayó con la cara pegada á la piedra funeraria, con los labios sobre el sitio en donde Mietta puso tantas veces los pies, en aquella losa que conservaba algo del ser de la enamorada joven.

Entretanto, en casa de los Rougon reinaba la alegría en torno á la mesa aquella, sembrada de los despojos de las viandas. Por fin gozaban los placeres de los ricos. Sus apetitos, aguzados por las privaciones de muchos años, les hacían mostrar los agudos dientes. Aquellos insaciables glotones, aquellos hambrientos, aclamaban al Imperio naciente, la época de las concupiscencias. Como reconstituyó la fortuna de los Bonaparte, formó la base de la de los Rougon.

Pedro se levantó, y, alzando la copa llena de vino, dijo:

—¡Brindo por el príncipe Luis, nuestro digno Emperador!

Sus comensales, que habían ahogado en champagne la envidia, se levantaron á su vez, y brindaron con entusiásticos gritos. Era aquel un chocante espectáculo. Los burgueses de Plassans, Roudier, Granoux, Vuillet y todos

los demás , lloraban y se abrazaban delante del cadáver aún caliente de la República. Sicardot tuvo una idea feliz : tomó del tocado de Felícitas un lazo de raso de color de escarlata que llevaba encima de la oreja izquierda , cortóle una punta con el cuchillo de postre , y , acercándose á Rougón , se lo puso solemnemente en el ojal. El anfitrión , fingiendo modestia , se defendía , exclamando :

—No ; por favor : aún no. Es preciso que el decreto confirme la noticia.

— ¡Caramba ! (exclamó Sicardot.) ¿Queréis estaros quieto ? Soy un veterano de Napoleón el Grande , y en su nombre os condecoro.

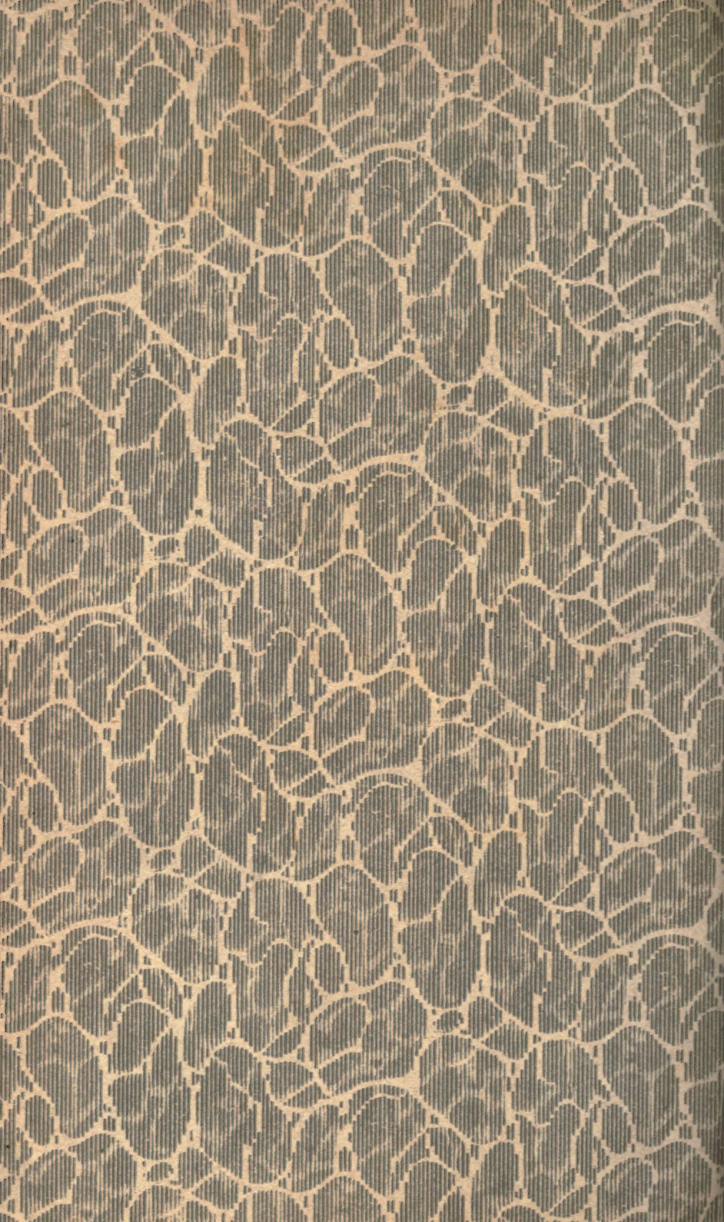
Un nutrido aplauso retumbó en el salón amarillo. Felícitas estaba medio desmayada. Vuillet se encaramó en la silla , y pronunció un discurso , que se perdió en medio del tumulto. El salón amarillo estaba en el delirio del triunfo.

Aquel pedazo de cinta roja que ostentaba Pedro en el ojal , no era la única mancha sangrienta de su vida. Debajo del lecho que en la estancia inmediata estaba , un zapato , con el ta-

cón ensangrentado, recordaba su infamia; enfrente, el candil que ardía junto al féretro de Peirotte, sangraba como una herida abierta; y á lo lejos, en el solar de Saint-Mittre, sobre la piedra funeraria, se coagulaba un charco de sangre.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.







UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 047321408